

Introducción

Para una lectura del evangelio de Marcos

El de Marcos es el evangelio más antiguo: llegó a nosotros en lengua griega en torno al año 70 d. de C. Según el testimonio de Papías, el evangelista Marcos, discípulo de Pablo (cf. Hch 12,12-25; 13,5-13; 15,27-39) e intérprete de Pedro (cf. 1 Pe 5,13), escribió su evangelio en Roma. El tema de su relato es la *alegre noticia* de que Jesucristo es el Hijo de Dios, es el Mesías salvador del mundo (cf. Mc 1,1; 15,39). Narra la vida de Jesús atendiendo tanto al hecho histórico, que se desarrolla desde la predicación de Juan el Bautista y concluye con la muerte y resurrección de Jesús, como al aspecto catequético-kerigmático, que presenta un itinerario de fe en el que se va introduciendo gradualmente al lector en la comprensión de quién es Jesús y quién es discípulo, y cómo éste puede ponerse a seguir al Maestro de Nazaret a fin de llevar a cabo una experiencia de vida. Este evangelio, en el que se pone la historia al servicio de la teología, ha sido considerado como el «evangelio del catecúmeno», de quien anda en busca de la identidad del Señor para redescubrir su persona, su humanidad y su divinidad.

Tomando como base el desarrollo de la narración, se suelen distinguir dos grandes partes en la estructura del evangelio de Marcos, precedidas de un prólogo (1,1-13) y seguidas de un epílogo (16,9-20). La primera parte aborda el tema progresivo del misterio del Mesías

(1,14–8,30); la segunda se concentra en el misterio del Hijo del hombre orientado hacia la cruz (8,31–16,8). Veamos la estructura literaria de un modo más detallado, algo que permitirá al lector comprender mejor el desarrollo de la obra y que deberemos tener presente en el campo de la catequesis pastoral:

1. *El prólogo (1,1-13):*

1,1: El tema

1,2-13: Introducción

2. *El misterio del Mesías (1,14–8,30):*

1,14–3,6: Jesús manifiesta su autoridad

3,7–6,6a: Jesús manifiesta su reino

6,6b–8,30: Jesús manifiesta su poder

3. *El misterio del Hijo del hombre (8,31–16,8):*

8,31–10,52: El camino del Hijo del hombre

11,1–13,37: El juicio sobre Jerusalén

14,1–16,8: la Pasión y la resurrección

4. *El epílogo (16,9-20)*

1. Los interrogantes fundamentales: la identidad de Jesús y la del discípulo

Las preguntas centrales a las que Marcos intenta responder son esencialmente dos: por una parte, las relacionadas con la persona de Jesús, con la presencia de su Reino en el mundo y con las leyes que lo rigen; por otra, quién es el discípulo y de qué modo está llamado a seguir al Maestro. En realidad, todos los evangelios ponen en el centro a la persona de Jesús, a fin de que todo ser humano, una vez convertido en discípulo, pueda conocerle y seguirle en su camino. Al leer el evangelio de Marcos vemos que el evangelista nos refiere no sólo las palabras y las acciones de Jesús, sino que nos presenta asimismo las distintas reacciones que el pueblo, los ad-

versarios y, especialmente, los discípulos tienen frente al Señor. Lo mismo cumple decir respecto a la acogida de su Palabra, de su estilo de vida y, por consiguiente, de las distintas actitudes de fe o incredulidad que provoca la enseñanza del Maestro en el corazón de sus oyentes.

Marcos, con su evangelio, nos muestra gradualmente, en primer lugar, *quién es Jesús* y su misterio. De hecho, no es Jesús quien revela y proclama su verdadera identidad, sino que son los discípulos que le acompañan y viven con él quienes deben comprenderla y manifestarla. Son los discípulos quienes deben aprender a conocer quién es el Señor por sí mismos, acogiendo su enseñanza, siguiéndole en su camino de vida y, sobre todo, interrogándose sobre las experiencias que han vivido con el Maestro (cf. 4,40s; 8,16-21). El contenido de este evangelio converge así no tanto en la doctrina, sino en el *conocimiento experiencial de Jesús*, que nace del contacto diario y de la comunión de vida con él. No se comprende el Evangelio «desde fuera», sino viviendo en unidad con él y entrando en su intimidad. Este conocimiento experiencial es fruto de la escucha dócil y confiada de lo que dice el Maestro, de la lectura de los signos de su misión y del hecho de compartir su vida. Sólo cumpliendo estas condiciones se comprende la verdad evangélica y se penetra en sus pliegues más auténticos. La llamada y el seguimiento del discípulo tras los pasos de Jesús implican, en consecuencia, una finalidad muy precisa: conocer su persona, acoger su enseñanza y adherirse a su camino de vida. El evangelista impulsa de este modo al lector a que proceda a una confrontación con la persona de Jesús, lo que permite entrar a todo discípulo en el contenido del Evangelio y en el conocimiento directo de la identidad del profeta de Nazaret.

Por otra parte, es también esta luz la que permite comprender cómo se ha de llevar a cabo la predicación del Evangelio. La *alegre noticia* del Señor no se ha de

predicar con el poder de los medios humanos –con libros, apoyos y reglas varias–, sino que tienen que predicarla sólo personas que hayan vivido en comunión de vida con él, que hayan penetrado en los secretos de su corazón, es decir, discípulos auténticos y reconocidos por Jesús, a los que él mismo envía a predicar al pueblo el alegre anuncio de la liberación y de la salvación (cf. 3,14; 6,12; 16,20). Éstos deben hablar a cada hombre y a cada mujer de la plenitud del encuentro fulgurante que han tenido con él. Por otra parte, el anuncio del Evangelio se ha de llevar a cabo en unidad con los otros discípulos: como el encuentro con Jesús y la comunión de vida, entregados por el Maestro, unieron a los discípulos con él, así también, análogamente, la misma comunión y fraternidad une a los discípulos entre ellos en la transmisión de la Buena Noticia.

2. El centro del evangelio: la cruz-resurrección de Jesús

Si bien el evangelista Marcos subraya fuertemente el tema del discipulado, con todo, para comprender los dieciséis capítulos de su evangelio, penetrar en su corazón y conocer a fondo la persona y la misión de Jesús, es preciso referirse a un pasaje fundamental que se encuentra en el centro del evangelio y que marca el final de la primera parte y el comienzo de la segunda: se trata del fragmento 8,27–9,13, donde se presenta el misterio de Jesús, su cruz y resurrección: *«Jesús empezó a enseñarles que el Hijo del hombre debía padecer mucho, que sería rechazado por los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; que lo matarían y a los tres días resucitaría»* (8,31). El cerro del Gólgota constituye, por consiguiente, el lugar panorámico por excelencia desde el que se comprende todo el acontecer de Jesús. Con el capítulo 8 se separan, en efecto, las dos secciones de la obra, que ponen la profesión de fe de

Pedro en Jesús: *«Tú eres el Mesías»* (8,29), como punto central material y doctrinal de la obra de Marcos. Aquí se recogen las diferentes respuestas sobre la identidad de Jesús. Para la gente, es un profeta; para los discípulos, el Mesías terreno y glorioso; para el propio Jesús, es el Mesías crucificado, el Hijo de Dios, que va camino de la cruz, en plena obediencia al Padre (8,28-30).

La *primera parte* del libro (capítulos 1–8) contiene el relato de la vocación de los primeros discípulos (1,16-20) y la institución de los Doce (3,13-19); las parábolas sobre el Reino de Dios (4,1-34) y los milagros de Jesús, que conducen al reconocimiento de su verdadera identidad como Señor con poder sobre los espíritus del mal, sobre las enfermedades y sobre la naturaleza (4,35–5,43); la misión y el retorno de los Doce (6,6-29) con las dos multiplicaciones de los panes (6,31-56; 8,1-10), y la conclusión de Jesús como Mesías en Cesarea de Filipo, algo que no comprenden ni Pedro ni los otros discípulos (8,27-30). Marcos, mostrando a Jesús en su humanidad, plenamente implicado en nuestra condición humana, cuenta una historia y desvela el significado de su persona. Lo presenta como Mesías e Hijo de Dios y, de este modo, ofrece la respuesta a los problemas más vivos y acuciantes de la persona humana.

La *segunda parte* del evangelio, contenida en los capítulos 9–16, desarrolla el tema de las exigencias que presenta el seguimiento de Jesús. El discípulo, que ha comprendido la verdadera identidad del Maestro, está ahora en condiciones de comprender también las exigencias que implica el caminar con Jesús hacia Jerusalén a través de los tres anuncios de la Pasión (cf. 8,31-34; 9,32-34; 10,32-40) y la historia de sufrimiento ligada a la muerte en la cruz. Estas exigencias del mesianismo doliente del Maestro son también las que se presentan a cada uno de sus discípulos: *renunciar a sí mismo, cargar con su cruz, perder su vida para salvarla* (8,34s), ser servidor de todos (9,35). Esta sección se cierra con el juicio

sobre Jerusalén (11,1-13,37), la Pasión, el misterio de la tumba vacía y la resurrección del Señor (14,1-16,8).

A buen seguro, todo el acontecer humano de Jesús es mesiánico y revela el plan salvífico de Dios, pero es innegable que los acontecimientos finales de la vida del Señor iluminan toda su misión con una fuerza particular. Así pues, ni los milagros ni su enseñanza bastan por sí solos para comprender la figura de Jesús, sino que todo el conjunto está al servicio del acontecimiento histórico fundamental e interpretativo del Evangelio, que sigue siendo, sin duda, el de la *cruz* (cf. 8,34-38), que no es el lugar de la derrota, sino el de la victoria de Dios sobre las potencias del mal y sobre Satanás (cf. 15,38s).

La escena del relato de la Pasión y muerte del Señor, con las diferentes actitudes de las personas presentes en el Calvario, bosqueja bien los dos tipos de fe que chocan ante el Crucificado: los que querrían que el Mesías bajara de la cruz e hiciera un milagro (cf. 15,29-32) y aquellos que, como el centurión romano, son capaces de reconocer la divinidad del Hijo de Dios precisamente a través del escándalo de la cruz: «*Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*» (15,39). Marcos alcanza aquí la cima de su teología: la cruz muestra que la debilidad se ha transformado en poder. En la cruz, efectivamente, el dualismo entre poder y debilidad, que ha marcado toda la vida de Jesús, muestra en el fracaso el poder del Hijo de Dios: en la obediencia de éste al plan del Padre por amor, la debilidad se transforma en victoria y abre el camino a la realización plena. En realidad, es ante la imagen del Crucificado donde todo ser humano decide su fe y afirma o niega el sentido de su propia vida.

3. ¿Cuál es el mensaje para nosotros?

La continua confrontación del discípulo con Jesús en el evangelio de Marcos muestra que todas las cosas tienen un sentido y que la vida en el seguimiento del profeta de

Nazaret adquiere toda su belleza cuando se entrega toda la vida por la esperanza y la salvación de todos. Aprender a ser discípulos de Jesús significa así embellecer y dar sentido a la propia vida, significa contemplar al Hijo de Dios crucificado en aparente debilidad, que no se salva a sí mismo, sino que muere por los demás. Ser discípulo significa revivir la experiencia de vida de Jesús, hecha amor sin límites como respuesta última a los problemas del hombre, significa acompañar al Maestro con una adhesión de fe convencida y testimoniada.

El evangelio de Marcos se cierra con las palabras de un joven vestido de blanco que lanza un desafío a las mujeres que se habían acercado al sepulcro: «*Buscáis a Jesús de Nazaret [...] Él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis*» (16,6s). Los creyentes no podemos detenernos ante la tumba del Señor, sino que, con la fe que nos viene del sepulcro vacío y glorioso, debemos emprender un camino en nuestra «Galilea de los gentiles» (cf. Mt 4,15), a fin de seguir el camino que nos ha indicado el Resucitado y encontrarle en una vida de solidaridad con todos y de humilde servicio, sobre todo al hermano menesteroso y enfermo, en el que Cristo nos quiere salir al encuentro.

4. Bibliografía selecta (pastoral y espiritual) del evangelio de Marcos

- E. BIANCHI, *Evangelo secondo Marco*, Qiqajon, Magnano (Bi) 1990.
- J. DELORME, *El evangelio según san Marcos*, Cuadernos bíblicos 15-16, Verbo Divino, Estella 1986.
- R. FABRIS, «Il Vangelo secondo Marco», en AA. VV., *I Vangeli*, Cittadella, Asís (Pg) 1989.
- S. FAUSTI, *Ricorda e racconta il Vangelo. La catechesi narrativa di Marco*, Ancora, Milán 1994.

- M. GALIZZI, *Vangelo secondo Marco*, Elle Di Ci, Leumann (To) 1996 (traducción española: *El evangelio según Marcos: comentario exegético-espiritual*, San Pablo, Madrid 2007).
- PH. VAN LINDEN, *Vangelo secondo Marco*, Queriniana, Brescia 1991.
- B. MAGGIONI, *Il racconto di Marco*, Cittadella, Asís (Pg) 1994 (traducción española: *El relato de Marcos*, San Pablo, Madrid ²1988).
- A. SISTI, *Marco*, Paoline, Roma ⁵1991.
- K. STOCK, *Gesù, la buona notizia*, ADP, Roma 1990.

Giorgio Zevini

El evangelio de Marcos

Dedicación exclusiva

(Mc 1,1-8)

¹ Comienzo de la Buena Noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios.

² Según está escrito en el profeta Isaías:

*Mira, envío mi mensajero delante de ti,
el que ha de preparar tu camino.*

³ *Voz del que grita en el desierto:
¡Preparad el camino al Señor,
allanad sus senderos!*

⁴ Apareció Juan el Bautista en el desierto predicando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados. ⁵ Toda la región de Judea y todos los habitantes de Jerusalén acudían a él y, después de reconocer sus pecados, Juan los bautizaba en el río Jordán.

⁶ Iba Juan vestido con piel de camello, llevaba una correa de cuero a su cintura y se alimentaba de saltamontes y de miel silvestre. ⁷ Esto era lo que proclamaba:

—Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo. Yo no soy digno ni de postrarme ante él para desatar la correa de sus sandalias. ⁸ Yo os bautizo con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.

La Palabra se ilumina

Nuestro texto pertenece al conjunto formado por los vv. 1-13, que podríamos definir como las «credenciales» de Jesús. En efecto, tras el título del v. 1, tenemos un doble testimonio: el autorizado de Juan, última voz profética del Antiguo Testamento e iniciador del Nuevo Tes-

tamento, y el testimonio supremo de la voz divina, que interviene para proclamar la divinidad de Jesús, el «*Hijo amado*» (v. 11). Jesús demuestra, inmediatamente después, que es en verdad hijo, porque sigue de manera benevolente la voluntad del Padre, rechazando las tentaciones («*los ángeles le servían*»: v. 13). Jesús inaugura así una nueva generación, muy diferente a la de los padres que se opusieron a Dios en el desierto.

En ese contexto está situado nuestro fragmento, compuesto por un título que vale para todo el libro (v. 1) y por un pasaje sobre Juan el Bautista (vv. 2-8). La cita profética de los vv. 2s (una mezcla de Mal 3,1 y de Is 40,3: las dos referencias han sido reunidas por el concepto de preparación) certifica la misión preparatoria del Bautista, declarándola como la última llamada antes del acontecimiento definitivo; vale como un pórtico de acceso que conecta el Antiguo con el Nuevo Testamento.

Juan está, en efecto, a caballo entre ambos. Su vida y su mensaje se resumen en pocas palabras: una invitación categórica e inaplazable a cambiar de vida dirigida a todos (v. 4: aquí se presenta a Juan, cuyo nombre significa «Dios es misericordioso» o «Dios se ha apiadado», en su doble misión: la de anunciar y la de bautizar). La respuesta positiva de la muchedumbre, expresada en el texto con un énfasis absolutamente oriental (v. 5), indica, más que un éxito personal, el cumplimiento del tiempo de preparación y la disponibilidad para acoger al Esperado: la enorme muchedumbre se dirige a confesar sus propios pecados.

A continuación, en el v. 6, se perfila la figura exterior de Juan. Se trata de una especie de «fotografía» que no concede nada a lo exterior o a la frivolidad; su *look* extravagante y excéntrico, en la medida en que atestigua algo esencial, no hace más que reforzar el sentido de la misión del Bautista: es como decir que todo su tiempo

y todas sus energías están dedicados a su misión y no a su propia persona. Por último, llega el eco de su predicación, en la que se esboza la grandeza de Jesús (vv. 7s, centro de gravedad de todo el fragmento). Son dos las directrices: en primer lugar, Juan emplea el contrapunto de su *propia inferioridad*, expresada en la bella metáfora de no ser digno de desatar los lazos de sus sandalias (una tarea reservada en aquel tiempo a los esclavos); a renglón seguido, señala la *diferencia cualitativa* entre su bautismo, limitado al agua, y el de Jesús, enriquecido con el Espíritu Santo.

Jesús tiene los rasgos inequívocos del Mesías, mientras que Juan parece deslizarse hacia la sombra de la relación que le liga al nazareno. Más aún, si nos fijamos bien, entre Juan y Jesús media la diferencia que se interpone entre lo humano y lo divino, la distancia abismal que separa la orilla del arrepentimiento de la orilla de la gracia. De ahí que nuestro fragmento se abra y se cierre con la referencia a Jesús, origen, sentido y fin de la actividad de Juan el Bautista.

La Palabra me ilumina

«*¡Convertíos!*»: reorientemos nuestra vida, cambiemos de camino, porque la Palabra del Señor es siempre un don que deseamos captar y admirar, con el deseo de convertirlo en don de vida.

Juan el Bautista nos brinda una orientación, válida para hoy y válida también para todos los días de nuestra vida, cuando ésta quiere crecer, respecto al día precedente o al pasado. Orienta nuestro corazón y nuestro pensamiento, nos ayuda a mirar, a amar al Señor. Estamos invitados cada día a recorrer el camino de la santidad, el que va –como se dice con el estilo que emplea hoy Juan– de lo «antiguo» a lo «nuevo», de lo bueno a lo mejor, a lo perfecto; es nuestro camino, el que el Señor ha pensado para nosotros. No es uno de los muchos

caminos locos y confusos de nuestras ciudades; tal vez se parezca más a una «cañada», a un «sendero», a un camino silencioso, interior; un camino pequeño, simple, pero con una meta precisa: Él. Un camino que debemos recorrer con fe, atención y empeño.

El profeta Malaquías nos recuerda cómo podemos preparar la nueva jornada, el camino de la vida, para que sea un «encuentro nuevo» con Jesús. Es una referencia a lo que Dios decía ya al pueblo judío que caminaba en el desierto: «*Yo enviaré mi ángel delante de ti, para que te guarde en el camino...*» (Éx 23,20-22).

La Palabra de hoy es una referencia continua y decidida al desierto, al valor espiritual del desierto como experiencia fuerte de esencialidad, de amor matrimonial. Marcos recuerda precisamente la vestimenta y el alimento de Juan el Bautista para que nosotros nos mostremos diligentes a la hora de eliminar lo superfluo de las infinitas exigencias de nuestra vida diaria, a fin de llegar a lo único necesario, a nuestro verdadero bien, como también recordará Jesús al joven rico (cf. Mt 19,16-23).

El camino que nos indica Juan es un mensaje de vida que nos ayuda a descubrir cada vez mejor al «maestro» esperado. Nos orienta y nos pone a la escucha de su voluntad. Juan la vivió en un recorrido completamente suyo, desde la alegría al ocultamiento, con una atención total a la espera, olvidándose de sí mismo. Su ejemplo es una invitación a la espera de algo o, mejor, de Alguien que nos espera por vez primera, convidándonos a alimentar la esperanza, a modificar las situaciones engorrosas o poco claras, a intentar proyectos nuevos. La vida convertida en una cuna de demandas, de estímulos, de invitaciones, de propuestas. Éste es el «*cambiad de vida...*» pedido por Juan y manifestado con el acercarse a él para recibir el bautismo de penitencia. No podemos ser menos que los peregrinos que

se dirigen al Jordán, y tanto más porque nosotros ya hemos recibido el bautismo del Espíritu.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, sentimos fuertemente la tentación del protagonismo, arde en nosotros la voluntad de sobresalir y de estar en el escenario el mayor tiempo posible. De este modo nunca seremos ángeles, nunca seremos mensajeros de buenas noticias, y mucho menos aún mensajeros tuyos.

Enséñanos a encontrar, como hizo Juan, nuestro sitio en el marco de tu Palabra, a construir una vida de servicio a los demás, orientándonos a que se encuentren contigo. Entonces podremos deslizarnos hacia la sombra del olvido, porque estaremos iluminados por la gratificación de tu luz. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

«*No soy digno de desatar la correa de sus sandalias*». Era costumbre entre los antiguos que cuando alguien quería tomar como esposa a la muchacha que le estaba destinada, ésta le desatará las sandalias dando a entender que, por derecho de parentesco, habría de ser su esposo. ¿Cómo, pues, apareció Cristo entre los hombres, sino como Esposo de la santa Iglesia? De él dice Juan: «*Quien tiene a la esposa es el esposo*». Ahora bien, dado que los hombres consideraron que Juan era Cristo –algo que él negó–, de una manera oportuna se proclamó indigno de desatar el lazo de sus sandalias. Dando a entender así: «*No puedo descalzar los pasos de nuestro Redentor, porque no pretendo usurpar su título de esposo*».

Sin embargo, es posible dar otra interpretación. ¿Quién no sabe, en efecto, que las sandalias se hacen con pieles de animales muertos? El Señor apareció en la

Encarnación llevando sandalias porque quiso asumir en su divina naturaleza la condición mortal de nuestra humanidad caída.

Con todo, el ojo humano no está en condiciones de penetrar el misterio de esta encarnación. No hay, en efecto, ninguna posibilidad de comprender plenamente cómo se revistió el Verbo de un cuerpo, cómo el Espíritu supremo y dador de vida asumió el alma en el seno de su madre, cómo fue concebido y llegó a la vida Aquel que no tiene comienzo.

El lazo de las sandalias simboliza, por tanto, la trama del misterio. Aquí está, pues, Juan, colmado de espíritu de profecía, dotado de una ciencia admirable, que admite, sin embargo, estar completamente a oscuras respecto a este misterio (Gregorio Magno, *Omélies sui Vangelii*, I, VII, 3, Roma 1994, 114-117 [edición española: *Homilias sobre los evangelios*, Rialp, Madrid 1957]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y medita esta Palabra:

«Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo. [...] él os bautizará con Espíritu Santo» (cf. Mc 1,7s).

Caminar con la Palabra

A modo de frontispicio de un templo, como comienzo del relato de Marcos aparece escrita la noticia más tremenda de la historia: «Comienzo del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios», grabada ahora en la carne del mundo como anuncio de alegría. Porque decir «Jesús» significa finalmente el fin de la triste orfandad del hombre, de su angustiosa contumacia. El cielo y la tierra se encuentran en el hombre de Nazaret.

El comienzo del relato de Marcos parece proyectar luz sobre el Precursor. En realidad, Juan brilla con una luz refleja. Toda su figura refleja a Jesús; corresponde totalmente a él. Juan se encuentra también bajo el signo del cumplimiento de las Escrituras:

«Según está escrito en el profeta Isaías»; Juan predicará también la «conversión», como hará Jesús; el vasto eco de su ministerio de congregación de toda la Judea y de Jerusalén es anticipo de la magna reunión mesiánica de Jesús, y, por último, la misma suerte del Precursor inocente condenado a muerte prelude también la del Calvario. Marcos, incluso cuando presenta la ruda figura del hombre del desierto «vestido con piel de camello», evocadora del profeta Elías (2 Re 1,8), está pensando en el nuevo Elías: Jesús.

En suma, en el relato de Marcos subyace ya desde sus primeros renglones esta pregunta: «¿Quién es Jesús?». Y éste es «el que viene», el «que es más fuerte», el que «bautizará con el Espíritu Santo». En Jesús se resumen las visitas que Dios nos ha hecho en la historia; más aún, se concentra el «venir» de Dios, el cumplimiento de sus promesas inscritas en las expectativas de los siglos. En Jesús se lleva a cabo el gran encuentro entre las expectativas y el Esperado, en el que las esperanzas del hombre ya no se pueden ver decepcionadas, porque el Esperado es el «más fuerte». Jesús será el que «bautizará con el Espíritu Santo»: él será, en la primitiva comunidad, el que da el Espíritu Santo y dará comienzo a la nueva comunidad de los redimidos comunicando un corazón nuevo. De hecho, la conversión a la que invitaba el bautismo de Juan orientaba al hombre viejo hacia el nuevo, el Mesías. La conversión predicada por Jesús se basa en la novedad absoluta del corazón, recreado por el mismo Dios: el Espíritu Santo.

Jesús es el cumplimiento, Jesús es la fuerza de Dios, Jesús es la novedad absoluta de la historia (E. Masseroni, *La Parola come pane*, Cinisello B. [Mi] 1999, 18-20, *passim*).

Al descubrimiento de la plena identidad de Jesús y de la nuestra (Mt 1,7-11)

Esto era lo que [Juan] proclamaba:

—Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo. Yo no soy digno ni de postrarme ante él para desatar la correa de sus sandalias. ⁸ Yo os bautizo con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.

⁹ Por aquellos días llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. ¹⁰ En cuanto salió del agua vio rasgarse los cielos y al Espíritu descender sobre él como una paloma. ¹¹ Se oyó entonces una voz desde los cielos:

—Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco.

La Palabra se ilumina

El retrato de Jesús que nos presenta Marcos tiene unos perfiles bien definidos. Tres testimonios certifican su identidad y su obra: las humildes y, al mismo tiempo, sublimes palabras de Juan el Bautista (v. 7); la presencia discreta, aunque altamente expresiva, del Espíritu (v. 10); las amorosas palabras del Padre (v. 11). El acontecimiento del bautismo de Jesús equivale a la inauguración oficial de su misión, con el crisma de la autoridad plena, garantizada por la presencia del Espíritu y por el testimonio afectuoso del Padre.

Pero procedamos de manera ordenada. Juan había preparado al pueblo con un fructuoso «retiro espiritual» compuesto a base de palabras que invitaban a la

conversión y con gestos expresivos que indicaban la necesidad de purificación. Era preciso dejar una mentalidad y adecuarse a la novedad traída por Alguien. El Bautista anuncia, en efecto, que viene alguien «*más fuerte*» (cf. Is 9,6) que él: la desproporción es descomunal. El pensamiento de Juan se vuelve todavía más claro con la referencia al bautismo. Juan desarrolla un servicio propedéutico con la inmersión purificadora en las aguas del Jordán: acoge a los peregrinos del arrepentimiento y les prepara para el encuentro con el Mesías. Su bautismo es, por consiguiente, un signo de buena voluntad y de disposición interior expresado por los que se acercan a él. El que vendrá, el más fuerte, bautizará «*con Espíritu Santo*». El Espíritu Santo es el signo de los últimos tiempos. Si Jesús es el portador del Espíritu, eso significa que la historia llega con él a su punto decisivo.

El v. 9 contempla la entrada solemne de Jesús en la escena. Se respira un aire de novedad incluso en la referencia geográfica: Jesús baja desde el norte, «*desde Nazaret de Galilea*», al sur, como si quisiera entrar en un contacto directo con el mundo judío después de su larga estancia en el norte, más cerca de los paganos. Juan le bautiza en el Jordán. Aparentemente, es uno de los muchos peregrinos del arrepentimiento que concretan con el gesto externo del agua que reciben su compromiso de cambiar de vida. Como es evidente, esto no vale para Jesús. Pero sí hay un cambio: se trata de reconocerle su verdadera identidad. Hay dos factores determinantes: la presencia del Espíritu y la voz del Padre.

La teofanía del v. 11 es solemne y está bien construida. Jesús, al recibir el bautismo, expresaba su plena solidaridad con la humanidad: era el «*verdadero hombre*». Faltaba la otra dimensión de su identidad, la de «*verdadero Dios*», que se le reconoce ahora oficialmente, conferida en el escenario trinitario. Dios Padre proclama a Jesús como su «*Hijo amado*», con el que tiene un enten-

dimiento pleno, expresado con las palabras «*en ti me complace*». Es un modo de afirmar la naturaleza divina de Jesús. Éste, por su parte, transcribirá un concepto análogo en el cuarto evangelio en estos términos: «*El Padre y yo somos uno*» (Jn 10,30).

La comprensión de la identidad de Jesús está enriquecida por la presencia del Espíritu. El mundo de los hombres y el de Dios, en antítesis a causa del pecado, están ahora en comunión: eso es lo que significa la apertura –o, mejor, el «*rasgarse*»– de los cielos (v. 10). El Espíritu desciende sobre Jesús dando vida al primer Pentecostés de la historia cristiana. No se trata de una experiencia carismática, ni simplemente de la fuerza que animaba a los profetas y estará después en los apóstoles. El Espíritu está presente en Jesús de una manera estable, definitiva, ontológica, consustancial. En efecto, dado que el Padre identifica a Jesús como su Hijo, de ahí se deduce que el Espíritu no es otro que el Espíritu divino, la persona trinitaria, para usar el lenguaje de la teología.

La Palabra me ilumina

Juan es el anunciador, el siervo; más aún, alguien más humilde todavía que el siervo, alguien que pondrá a Jesús siempre en el primer puesto. Nos enseña a respetar los roles. Alguien está por delante, y ése es el Maestro, el Guía o, para emplear la misma expresión del evangelio, el Fuerte. Los otros están detrás y le siguen. Juan no pretende usurpar el papel de Jesús, ni proyectar la mínima sombra sobre su absoluta preeminencia. Juan, con palabras inequívocas, con la vivacidad de la imagen del siervo que desata los lazos de las sandalias, reivindica una posición absolutamente subordinada a su Maestro, respecto al que es indigno de realizar hasta la humilde tarea de siervo. Dejarle *el primer sitio a Jesús* o volver a ponerle en el primer sitio es

el compromiso continuo de cada cristiano, el nuestro, el mío.

¿Por qué le corresponde a Jesús el primer puesto? Porque posee una relación única, excepcional, con el Espíritu y con el Padre. En términos teológicos, decimos que Jesús es una de las tres personas de la Trinidad. El bautismo le sirve a Jesús para mostrar su profunda identidad, la que no aparece en el exterior. Los cielos que se rasgan dan a entender que ya no están sellados, como lo estuvieron en un tiempo, y que se lleva a cabo una nueva comunicación entre el cielo y la tierra.

El Espíritu, expectativa y don de los últimos tiempos, hace su aparición. A Juan se le admite a contemplar el estrecho e íntimo vínculo que existe entre Jesús y el Espíritu. No es difícil deducir de aquí el carácter excepcional de la persona de Jesús. A pesar de todo, es también el amigo que se hace uno de nosotros. Por eso deja que el agua, signo de conversión, recubra toda su humanidad. Lleva a cabo este acto también por nosotros. Hay momentos en la vida en los que también nosotros deseamos que nos envuelva un lavado de purificación como signo y compromiso de novedad de vida. Con este acto de solidaridad se une a nosotros, a fin de que nosotros, unidos a él, podamos sumergirnos en la vida divina.

El Espíritu se posa sobre Jesús y la voz del Padre confirma que Jesús es su «*Hijo muy amado*», «*el Predilecto*», el Mesías. Aquí está presente la Trinidad. El bautismo representa para Jesús la ocasión de mostrar su relación con el Padre y con el Espíritu. Con una halagadora analogía, también nuestro bautismo representa el acceso a la intimidad trinitaria: se nos hace hijos en el Hijo.

Para proseguir con la analogía, también nosotros querríamos oír la frase del Padre dirigida al Hijo. El fragmento llega aquí a su cima teológica. Es la primera vez que habla el Padre, y de sus palabras deducimos la afectuosa comunión que le une al Hijo, como si dijéramos

mos que en él se refleja fielmente. A Jesús se le define como «*hijo amado*» de una manera solemne. Lo demostrará con una fidelidad a toda prueba, empezando por la tentación en el desierto y siguiendo después a lo largo de toda su vida. La presencia de Jesús, el Fuerte, y el don del Espíritu Santo en el bautismo constituyen dos preciosas condiciones para que también nuestra vida pueda convertirse en una respuesta cada vez más fiel a las expectativas del Padre.

La Palabra se convierte en oración

Padre, necesitamos toda la vida para comprender y apreciar nuestra dignidad de hijos, que nos has comunicado por tu Hijo, predilecto y colmado del Espíritu Santo. De su dignidad deriva la nuestra.

Queremos planificar nuestra vida para que sea un canto de gratitud. A nosotros nos corresponde la tarea de conservar esa dignidad y de reconocerla en los hombres y en las mujeres con los que nos encontremos. Señor Jesús, de este modo iremos madurando la convicción de una nueva fraternidad universal que, empezada en ti, primogénito de muchos hermanos, establece una relación correcta entre nosotros y con el Padre. Ésta será también una manera privilegiada de conservar el candor de la vestidura que nos entregaron en el momento de nuestro bautismo. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Se dice que él recibió el Espíritu, en cuanto que se hizo hombre y le convenía recibirlo como hombre. Él, como Hijo de Dios Padre, y engendrado de su sustancia, incluso antes de la encarnación, más aún, incluso antes de todos los siglos, no desdeña en absoluto escuchar a Dios Padre, que dice, después de que él se hubiera hecho hombre: «*Tú eres mi Hijo: hoy te he engendrado*». En

efecto, el que antes de los siglos era Dios engendrado de él, dice que lo engendra hoy para hacernos comprender que en él nos acogía a nosotros para hacernos hijos adoptivos.

En Cristo se encuentra toda la naturaleza humana, dado que es hombre. Así se dice que el Padre, puesto que tiene su propio Espíritu, lo da, a su vez, al Hijo, a fin de que nosotros también tengamos en él el Espíritu. Por ese motivo asumió la semilla de Abrahán, como está escrito, y se asemejó en todo a sus hermanos.

En consecuencia, el Unigénito recibió el Espíritu Santo no para sí mismo; es, efectivamente, suyo, y está en él, y por medio de él se da el Espíritu, como ya hemos dicho. Ahora bien, puesto que se hizo hombre, tenía en sí toda la naturaleza, para refundarla toda y restituirla de manera integral. Por eso es preciso considerar también esto. Veremos, en efecto, razonando sabiamente, y basándonos en los testimonios de la Sagrada Escritura, que Cristo no recibe el Espíritu para sí, sino que más bien nos da a nosotros lo que está en él: en efecto, todos los bienes nos vienen por medio de él (Cirilo de Alejandría, *Comento al Vangelo di Giovanni*, V, 2, Roma 1994, 44s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y medita esta Palabra:

«Por aquellos días llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán» (Mc 1,9).

Caminar con la Palabra

Se pidió a los apóstoles que fueran por todo el mundo y proclamaran la Buena Noticia a la creación. Antes de proclamar la Buena Noticia del Reino de Dios, Jesús mismo la descubrió en su propia vida, dentro de él mismo. Sucedió durante su bautismo, cuando se abrieron los cielos y bajó sobre él el Espíritu de Dios

y le reveló que él era el Hijo de Dios; que Dios era su Padre; que Dios era el fundamento de su ser. Los cielos están siempre abiertos. Es el corazón humano el que ha construido muros y techos, separándose así de la luz del cielo. Cuando se derriben los muros y los techos, el corazón humano se encontrará a la luz del sol y conocerá su propia identidad verdadera en relación con Dios. Jesús nació en el seno del judaísmo. El judaísmo fue su madre espiritual. El Dios del judaísmo era el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Jesús creció en la memoria de aquella tradición. Fue protegido y alimentado por aquella memoria. Sin embargo, cuando hubo crecido plenamente y comprendió que aquel seno ya no podía contenerle, llegó su momento, se liberó del seno de su madre espiritual, vio por vez primera la luz de Dios de una manera directa y descubrió su propia identidad verdadera en relación con Dios.

La humanidad ha vuelto, en Jesús, a su estado originario: a vuelto a ser a imagen y semejanza de Dios. Jesús no sólo llevó a la humanidad a su estado originario, sino que lo superó ulteriormente, al darse cuenta de que él y la humanidad son el Hijo, o la Hija, de Dios. Comprendió no sólo que era el Hijo de Dios, sino que era una sola cosa con él, de suerte que se vuelve imposible la caída: «*El Padre y yo somos uno*». Encontró su fundamento en una roca firme [...]. Cuando Jesús oyó decir a la voz del Padre: «*Tú eres mi Hijo amado*», oyó esta frase como dirigida no sólo a sí mismo, sino a todas las criaturas, porque Jesús estaba en presencia de Dios junto con toda la creación [...]. Esta Buena Noticia que Jesús oyó en el fondo de su corazón, esta Buena Noticia que Dios anunció en el corazón de Jesús, es la Buena Noticia anunciada y dirigida a toda criatura (J. M. Kuvarapu, *Sulle acque dell'oceano infinito. Una lettura indo-cristiana della buona novella di Gesù*, Roma 2002, 15s).

Una contraseña para acceder a los tiempos nuevos: conversión (Mc 1,12-15)

¹² A continuación, el Espíritu lo impulsó hacia el desierto, ¹³ donde Satanás lo puso a prueba durante cuarenta días. Estaba con las fieras y los ángeles le servían.

¹⁴ Después de que Juan fue arrestado, marchó Jesús a Galilea, proclamando la Buena Noticia de Dios. ¹⁵ Decía:

–Se ha cumplido el plazo y está llegando el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio.

La Palabra se ilumina

La solemne escenografía del bautismo y las autorizadas palabras divinas han aclarado la identidad de Jesús. Ahora se trata de verificar esa identidad. Y eso tiene lugar en el desierto. Marcos presenta la escena de una manera concisa, a diferencia de Mateo y de Lucas, que articulan la escena en tres cuadros y le añaden diálogo. Aunque nos encontramos ante simples alusiones, no afecta a la claridad del pensamiento.

El desierto es el lugar habitual de la prueba y de la verificación. La tradición bíblica lo convierte en teatro de continuos fracasos: impaciencia por el futuro proyecto de Dios, lugar de vehementes añoranzas de Egipto y de la situación anterior, rebelión contra Moisés. Sobre este fondo negativo se recorta la experiencia de Jesús. Él, en analogía con la experiencia del pueblo, *se dirige al*

desierto para cumplir la voluntad de Dios (enviado por el Espíritu) y se queda allí cuarenta días, una referencia concreta a los cuarenta años que estuvieron en él los judíos. Aquí le tentó Satanás. El evangelista no precisa ni el contenido de la tentación ni la reacción de Jesús a los halagos del tentador. El texto, sin embargo, ofrece dos indicaciones preciosas: Jesús está con las fieras y los ángeles le sirven. Con la *primera indicación* se restablece una armonía que el pecado había lacerado. La tragedia del pecado destrozó las relaciones de cordialidad y de colaboración entre el ser humano y la criatura, instaurando la ley del más fuerte, pero cuando los profetas contemplaban los tiempos nuevos, los de una armonía restablecida, hablaban de un renovado entendimiento entre el hombre y los animales, incluidos los más feroces y peligrosos (cf., por ejemplo, Is 11,8). Jesús, que se encuentra tranquilamente con los animales feroces del desierto, abre la aurora de esta reconciliación. El *segundo signo* –los ángeles que sirven a Jesús– resulta todavía más expresivo. Los ángeles, asumiendo el principio de que es el inferior el que debe ponerse a disposición del superior, dan a entender que tienen una dignidad inferior a la de Jesús. Así pues, la armonía con los animales feroces y el servicio de los ángeles certifican *la victoria de Jesús sobre Satanás*: se presenta a Jesús como el vencedor, como el que acoge e interpreta la voluntad divina de manera adecuada. El desierto vuelve a florecer como lugar de encuentro, de comunión, de intimidad divina.

Aclarada ulteriormente la identidad de Jesús como aquel que está en comunión con la voluntad del Padre y, en consecuencia, ha salido vencedor sobre Satanás, pasa a presentar sus exigencias en la segunda parte de nuestro fragmento (vv. 14s).

El traslado de Jesús a Galilea marca una separación geográfica y también teológica: con él empieza una experiencia nueva, aunque Juan el Bautista ya había

preparado algo de una manera egregia. La elección de Galilea, región del norte en contacto con los paganos, implica una nota de incipiente universalidad, y deja presagiar que están a punto de superarse las antiguas distinciones y divisiones. Jesús anuncia en Galilea *«la Buena Noticia de Dios»*, entendida como la feliz y exaltante noticia que Marcos había hecho resonar como primera palabra de su escrito (Mc 1,1): Jesús se anuncia a sí mismo como la salvación enviada por el Padre. La misión de Jesús había sido preparada por el amplio grupo de los profetas y de los que habían llevado a cabo la fase preparatoria del proyecto salvífico de Dios. Ahora ha llegado el tiempo de su plenitud, su maduración plena: podemos traducir: *«se ha cumplido el tiempo»*, recordando que el texto griego emplea el término *kairós*, que es precisamente un «momento de gracia». El carácter excepcional lo da la aproximación del Reino de Dios, una idea que podríamos traducir por la expresión «el Hijo está presente». Es el hijo enviado por el dueño de la viña después de haber enviado a los siervos, como ocurre en la parábola de los viñadores homicidas (cf. 12,1-12), alusión clara a la misión de Jesús después de la de los profetas.

Tras las dos frases que han señalado el hecho, dos órdenes dirigidas a las personas contienen la actitud correcta para acoger y vivir ese hecho. Es preciso convertirse, es decir, participar plenamente en el proyecto de Dios, y adherirse al Evangelio, o sea, al mismo Cristo. Jesús exige una adhesión plena a su persona, como acontecerá con los apóstoles en la escena de la llamada que sigue inmediatamente a la de ahora.

La Palabra me ilumina

Queríamos unirnos cada vez más al cantor del Sal 80: *«Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve»*, al que le hace eco la súplica acongojada del Sal 51,9.12:

«*Rocíame con el hisopo: quedaré limpio... Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme*».

Nuestras voces deben elevarse para pedir a Dios una intervención que modifique el curso de los acontecimientos y las situaciones de las personas. Con el arrepentimiento expresamos el momento del comienzo, el medio con el que nos desconectamos del pasado para proyectarnos hacia algo nuevo. Lo que los griegos consideraban imposible y expresaban en sus máximas –«Ni los mismos dioses podrían cambiar el pasado»– se vuelve para nosotros una exigencia que Gregorio de Nisa sintetizó así: «Aquí abajo vamos siempre de comienzo en comienzo hasta el comienzo sin fin».

La voluntad de comenzar desde el principio y de ser siempre nuevos constituye un signo epifánico de la actitud compleja y global que recibe el nombre de «conversión». Es mejora, transformación, retorno a Dios, cambio de corazón, opción por el Reino, disponibilidad a los impulsos del Espíritu, renuncia a nosotros mismos para hacernos como niños (cf. Mt 18,3). La conversión no se entiende como un hecho episódico y extemporáneo, sino como una *actitud constante* que interesa a toda la existencia. Siempre es posible ser más fieles a la alianza, siempre podemos acercarnos cada vez más a Dios, siempre podemos empezar desde el principio.

Por consiguiente, el proceso de conversión no interesa sólo y exclusivamente a los grandes pecadores o a un posible gran error nuestro, sino que implica a todos y siempre. El evangelio de Juan lo documenta haciendo desaparecer del léxico de Jesús los términos «convertir», «conversión», para dejar sitio a los conceptos de «seguimiento», «amor» y «observancia de los mandamientos» (cf. Jn 10,27; 14,15).

Al principio ateo, ya conocido por los asirio-babilónicos, del vivir *ina raminaschu*, es decir, «de manera

autónoma», separado de Dios, le oponemos el principio bíblico de la conversión constante, que nos lleva a valorar el tiempo presente, tiempo de gracia, lleno de la Palabra que ilumina y que salva. Acogiendo la Buena Noticia que es el mismo Cristo, seremos admitidos a vivir con Dios y en Dios, gracias también a la presencia en nosotros del Espíritu, que nos hace gritar: «*Abba, Padre*», tanto en los momentos de serenidad (Rom 8,15) como en los tiempos de tempestad (Mc 14,36).

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, nos resulta muy difícil escuchar tu voz, delicada pero exigente, en medio de la algarabía de nuestra agitada existencia. Confundidos por continuas presuntas novedades, nos cuesta reconocer que eres tú la novedad, la perenne y definitiva presencia de Dios en medio de nosotros.

Concédenos un corazón que esté a la escucha, capaz de percibir los latidos de tu amor, dócil a la hora de hacer suya la certeza de que tu presencia confiere al tiempo un toque de novedad absoluta y de perenne estabilidad.

Para ese corazón, debemos convertirnos: dejarnos transformar cada día de la historia que vivimos, iluminada por tu Palabra y santificada por la gracia de los sacramentos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Éste es el estilo de Dios en las Escrituras: dispensar sus bendiciones en el silencio y en lo secreto, de suerte que no las comprendemos en el momento, sino sólo en un segundo tiempo, por medio de la fe.

Tenemos, por otra parte, al respecto dos ejemplos relevantes en la historia evangélica: la misión del Señor, que sólo fue reconocido más tarde como Hijo del Altísi-

mo, y la misión del Espíritu Santo, más rica en bienes espirituales y todavía más secreta. La carne y la sangre no estuvieron en condiciones de reconocer al Hijo de Dios ni siquiera cuando realizaba milagros visibles; el hombre natural comprende aún menos las cosas del Espíritu de Dios.

¡Maravillosa providencia, tan silenciosa y, sin embargo, tan eficaz, constante, segura! Esto confunde al poder de Satanás, que no puede advertir la mano de Dios en lo que acontece, y si bien en su loca y blasfema rebelión contra el cielo desea medirse con ella, con todo es impotente para descubrirla.

Por muy astuto y perspicaz que sea, sus mil ojos y sus numerosos medios no le sirven de nada contra el silencio sereno y majestuoso, contra la calma santa e imperturbable que reina en la acción providente de Dios. Por muy experto y sagaz que sea, tiene el aspecto de un niño o de un bobo, de alguien a quien se sigue el juego y que sufre cada día el fracaso y la burla frente a la sabiduría profunda y secreta del proyecto divino. Hace conjeturas y arriesga actos de audacia, pero siempre en la oscuridad (J. H. Newman, *Gesù, pagine scelte*, Milán 1992, 218s [edición española: *Jesús: páginas selectas*, Monte Carmelo, Burgos 2002]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Se ha cumplido el plazo y está llegando el Reino de Dios» (Mc 1,15).

Caminar con la Palabra

«Convertíos y creed en el Evangelio». La primera conversión pedida es una inversión de la mentalidad que nos lleve a abandonar la imagen de Dios omnipotente y temible, para descubrir, en cambio, con un inmenso asombro, a un Dios desarmado y

vulnerable, a un Dios de una ternura inexpresable con todos. Esta conversión sería fácil si se viviera únicamente en sus aspectos consoladores y pacificadores. En realidad, ésta implica asimismo una conversión del corazón, porque no es posible abrirse a la estupenda revelación de la inmensa piedad de Dios sin compartir su pasión por comunicar a todos confianza y esperanza. ¿Cómo es posible, por ejemplo, aceptar que el otro, el que para ti es diferente, el extranjero, el enemigo, adquiera a tus ojos una dignidad que le acerque a la categoría de hermano? Hay una muerte que debemos conquistar porque, en realidad, esa muerte abre los espacios de la vida y de la libertad: es la muerte del orgullo, de los prejuicios, de los apegos egoístas, de la defensa obstinada de los propios privilegios. Si convertirse significa cambiar todas las reglas habituales de nuestro propio juego, es inevitable padecer una agonía dolorosa. Ahora bien, se trata de un morir que es, en realidad, un renacer: todo lo que se posee muere, todo lo que se entrega vive. La certeza de esto nos la brinda el acontecimiento ejemplar de Cristo, que, ya en el desierto, opta por morir a todo lo que podría capturar la libertad y por confiarse por completo a la fuerza vital del amor. Unidos a Cristo, pasamos continuamente de la muerte a la vida, de la tristeza a la esperanza. Jean Bastaire dijo que «la tierra es un valle donde el sol da los colores del arco iris a nuestras lágrimas». El sol es Cristo. El arco iris es Cristo. Una vez bautizados en Cristo ya no estamos sometidos a la ley de la muerte, sino que caminamos a la luz de la resurrección (L. Pozzoli, *Sul respiro di Dio*, Milán 1999, 68s, *passim*).

El contagio de una pasión

(Mc 1,14-20)

¹⁴ Después de que Juan fue arrestado, marchó Jesús a Galilea, proclamando la Buena Noticia de Dios. ¹⁵ Decía:

–Se ha cumplido el plazo y está llegando el Reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio.

¹⁶ Pasando Jesús junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, que estaban echando las redes en el lago, pues eran pescadores. ¹⁷ Jesús les dijo:

–Venid detrás de mí y os haré pescadores de hombres.

¹⁸ Ellos dejaron inmediatamente las redes y lo siguieron.

¹⁹ Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan. Estaban en la barca reparando las redes.

²⁰ Jesús los llamó también, y ellos, dejando a su padre, Zebedeo, en la barca con los jornaleros, se fueron tras él.

La Palabra se ilumina

Cuando Jesús empieza a hablar, hace referencia a algo que ha concluido y, más aún, a una novedad que irrumpe en la historia y para la que es preciso prepararse. Todo esto está expresado con la categoría, conocida, aunque no siempre familiar, de «Reino de Dios». Se trata de un tema central que el nuevo predicador propone de inmediato a su auditorio.

La de Reino de Dios es asimismo una clave interpretativa destinada a abrir, en parte, el misterio de su persona. Jesús, ciertamente «rabí» y también «profeta», como le

llama la gente, se define más bien como el anunciador del Reino, como el que dice con la palabra que el Reino está presente y lo hace visible con su acción; el v. 15 se vuelve, bajo este aspecto, particularmente iluminador.

El anuncio de Jesús, en virtud de las coordenadas espacio-temporales, está situado en un marco geográfico bien preciso, la región de Galilea, e insertado en un marco histórico de referencia, la detención del Bautista, última voz autorizada capaz de invitar a los hombres a una renovación.

Son muchos los comentaristas que están de acuerdo en leer en las palabras del Nazareno la visión que resume su pensamiento. Esas palabras marcan el paso de una época a otra, de una actitud de espera confiada a otra de inminente realización. En efecto, al oír anunciar que «*se ha cumplido el plazo*», se comprende que ha llegado a su fin un proceso. La expresión, en el lenguaje de Marcos, hace referencia al tiempo de preparación del Antiguo Testamento y presupone el conocimiento de las distintas etapas del plan divino, unidas entre ellas por la continuidad que en Dios es simple unidad, y, sin embargo, en el hombre es revelación progresiva. Sólo Jesús, plenitud de la revelación, puede decir que el tiempo de preparación ha llegado a su fin y sólo después de la Pascua, plenitud de la manifestación de Jesús, podrá adherirse la comunidad de los creyentes a la verdad de que él, hijo del hombre e hijo de Dios, da comienzo a una época nueva.

El plazo «*se ha consumado*» indica una fase de realización y de acabamiento que Pablo llama «*plenitud de los tiempos*» (Gál 4,4) y que Marcos reconoce en la presencia del Reino de Dios. En efecto, el verbo griego *énghiken* se puede traducir tanto por «está cerca» como por «ha llegado», «está presente».

La venida del Reino de Dios debe ser verdaderamente algo extraordinario, porque exige un cambio radical,

expresado por la orden «*convertíos*», que, unida al «*creed en el Evangelio*» que le sigue, indica que el pasado y el presente no se pueden mezclar. Lo confirma, desde el punto de vista lingüístico, el término griego *metánoia*, que alude a un cambio de mentalidad, correspondiente al término hebreo *shûbh*, que expresa la vuelta de un camino equivocado para tomar el justo. Es preciso cambiar o retornar para adherirse con un corazón nuevo al «Evangelio».

Las primeras palabras de Cristo van seguidas de su primera acción. También ella merece atención, precisamente para comprender las intenciones de Jesús. La conversión, apenas anunciada, tiene necesidad de mediadores, de personas que hayan experimentado por vez primera lo que significa. Dos parejas de hermanos, Simón y Andrés, y Santiago y Juan, sorprendidos en su trabajo diario, reciben la llamada para un nuevo servicio. Ya no deberán interesarse por los peces, sino por los hombres, y no deberán sacarlos del agua, sino de una vida sosa e insulsa. Deben hablarles del «Reino», que es la presencia amorosa de Dios en la historia, tal como se nos da percibirlo con la venida de Jesús.

La Palabra me ilumina

Debemos estar agradecidos a Jesús, que ha transformado el tiempo, convirtiendo el simple *chrónos* en un feliz *kairós*: el primer término expresa una sucesión de instantes que huyen, semejantes desde el punto de vista cualitativo y, por consiguiente, repetitivos; el segundo designa una ocasión única para vivir ahora en su totalidad y exclusividad. La llegada de Jesús a la escena de la historia ha transformado el tiempo en un acontecimiento. Además, llama a los hombres a ser actores de este momento excepcional. Se requieren cambios tanto internos como externos. La novedad de Jesús es perceptible y se vive cuando *toda* nuestra vida sufre una trans-

formación en la línea indicada por el mismo Jesús: la conversión entendida como adecuación progresiva a la voluntad divina. Frente a una ostentosa convicción de que la transformación se lleva a cabo cambiando las estructuras, Jesús pide la conversión del corazón, la asimilación de la Palabra de Dios, la realización del *fiat voluntas tua* para llegar a una nueva estructuración de la vida y del mundo.

La transformación de nosotros mismos se lleva a cabo también gracias a la ayuda de otros que ya han aportado antes sustanciosas modificaciones a su vida. Los «llamados» por Jesús aprendieron un estilo de vida que están invitados a exponer mediante su predicación. Anuncian y dan a conocer su experiencia con Jesús, que ha transformado su vida, y favorecen el encuentro con el mismo Jesús a fin de que otros puedan repetir el milagro de la novedad de vida. El hecho personal de la conversión asume las connotaciones de un compromiso social, eclesial. No es posible «ser buenos sólo para nosotros», sino que es preciso hacer propaganda del bien, dar a conocer al Dios que es el único bueno y que Jesús nos ha hecho encontrar. Nace así la comunidad eclesial, animada por la pasión de transformarse y de transformar el mundo en la línea indicada por el programa de Jesús.

La vida nueva con Jesús adquiere el color del compromiso por la renovación de la vida de los otros. Con la llamada de los primeros discípulos al seguimiento de Jesús, se ponen las bases de la comunidad eclesial. Hay algunos puntos que merecen una gran atención:

- Los llamados responden con una adhesión personal, dispuesta y total. Se adhieren con toda su vida y para siempre. No se admiten trabajadores *part time*.
- Se trata de personas llamadas a una vida de comunión, en primer lugar con Jesús y, a continuación,

entre ellos. No se adhieren a un programa, a un «manifiesto», sino a una persona.

- Se trata de personas implicadas en el Reino. Si el anuncio del Reino fue la «pasión» de Jesús, también ellos deberán tomarse a pecho la difusión del Reino: serán «pescadores de hombres».
- El grupo no tiene nada de secta. Es cierto que al principio son sólo cuatro, pero después se convierten en doce y todos tendrán como tarea principal el anuncio del Reino, su difusión en medio de los hombres (cf. 6,6ss). Eso significa que su experiencia de encuentro y de vida con el Señor se convierte en el objeto de su anuncio. Irán a presentar a una persona, una persona hacia la que vale la pena orientar toda nuestra propia vida. Son «convertidos» que tendrán la pasión de convertir a otras personas. Para la misma causa. Para el Reino. Para que Dios sea todo en todos.

Jesús continúa pasando y llamándonos en nuestra vida diaria. Nos llama a ser discípulos del Reino, es decir, personas capaces de dejar las redes de nuestros intereses para seguirle con corazón indiviso. Convertirnos a él significa, entre otras cosas, reconocerle como el Esperado, como el que nos libera del mal, que nos confía un fragmento de la historia para que la escribamos como páginas de amor.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, gracias por habernos sacado del mar de nuestro tiempo monótono y soso, para sumergirnos en la novedad de tu vida. Hemos sabido que contigo ha terminado la fase de preparación y ha comenzado el momento final. Estamos sobre la pista de los tiempos decisivos, los que te contemplan como protagonista: ahora como Anunciador del Reino e Hijo obediente del

Padre, después como Cordero inmolado y resucitado. Nos has asociado a tu misión del anuncio de la Buena Nueva, pidiéndonos que estuviéramos dispuestos respecto a los otros hermanos que se crucen en nuestro camino.

Concédenos apreciar el don de ser llamados a conocer, a compartir tu misma novedad. Haz que nos sintamos orgullosos de participar en la construcción de tu Reino de justicia, de verdad y de paz. Haznos sentir la alegría de la corresponsabilidad, para que, si es verdad que cada hombre es hermano nuestro, podamos compartir tu pasión de anunciar a todos que estás vivo y presente en medio de nosotros. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

El Señor Jesús eligió lo débil del mundo para confundir a los fuertes; por consiguiente, al querer reunir a su Iglesia de todas partes del mundo, no empezó con los emperadores o senadores, sino con unos pescadores. Si, efectivamente, hubiera elegido al principio a personas situadas en puestos altos, se habrían atribuido la elección a sí mismos y no a la gracia de Dios. Este modo de proceder de Dios, oculto a nosotros, esta disposición de nuestro Salvador, los expone el apóstol cuando dice: «*Observad, hermanos, los que entre vosotros han sido llamados*» (cf. 2 Cor 6,10).

Hoy participamos verdaderamente de la gracia del Señor sin hacer distinciones entre nobles y plebeyos, doctos e ignorantes, pobres y ricos. Cuando se trata de recibir esta gracia, no tiene derecho de precedencia la soberbia respecto a la humildad de quien nada sabe ni nada posee ni puede nada. Ahora bien, ¿qué les dice? «*Seguidme y os haré pescadores de hombres*» (Mc 1,17). Si no nos hubieran precedido aquellos pescadores, ¿quién habría venido a pescarnos? En nuestros días podemos decir que alguien es un gran predicador si consi-

gue presentar bien lo que escribió el Pescador (Agustín de Hipona, *Sermoni*, 250, Roma 1984, 727 [existe edición española en la BAC]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Jesús los llamó también, y ellos, dejando a su padre, se fueron tras él*» (Mc 1,20).

Caminar con la Palabra

La vida cristiana engendrada por la fe conoce un cambio en su comienzo, un cambio llamado «conversión» en todas las Escrituras. La conversión marca un *antes*, caracterizado por la idolatría, el pecado, la esclavitud, por situaciones de tinieblas y de muerte, y un *después*: la vida cristiana, la experiencia de liberación, el servicio al Dios único y vivo, la vida verdadera, la luz. En consecuencia, para ser cristianos, para poder revestirnos de la misma vida de Cristo y llevar una vida cristiana, se impone la conversión, que recibe su autenticación en el bautismo, y la asunción de una incesante dinámica de retorno a Dios, de modo que vivamos la vida cristiana como desarrollo de la gracia bautismal, como crecimiento hasta llegar a la estatura de Cristo. En suma, una vida cristiana debe ser capaz de mostrar la *diferencia cristiana* respecto a la vida del que no es cristiano. No por una voluntad de diferenciación, sino porque, al haber sido iniciada, comenzada por Jesucristo, es, de hecho, *diferente, otra* distinta a la vida mundana. El cristiano se compromete, en efecto, en una *lucha* terrible contra el pecado mortífero, contra las tentaciones y los deseos que habitan en él, comprometiendo todo su ser: cuerpo, mente y espíritu. Hoy, en el mundo cristiano occidental de antigua cristiandad, nos resulta más difícil experimentar esta dimensión pregnante de la conversión. El clima de homologación cultural y de «indiferencia» que ha llevado a nuestra sociedad a perder el sentido del discernimiento riguroso, de la elección necesaria, de la capacidad de decir «no», y que alimenta la ilusoria libertad del «todo es posible y conciliable», del embotador «*et et*», del seductor «todo y enseguida»,

hace verdaderamente problemático vivir la dimensión elemental de conversión que es el distanciamiento «de los ídolos falsos para servir al Dios vivo y verdadero» (1 Tes 1,9). Sin embargo, la fe cristiana, que es «martirial», tiende por sí misma a convertirse en testimonio: aparece el signo de lo nuevo, de lo inaudito, de lo imposible a los hombres, aunque posible para la gracia, la epifanía del amor, del ágape, de la caridad (E. Bianchi, *Cristiani nella società*, Milán 2003, 25-28, *passim*).

Una palabra poderosa (Mc 1,21-28)

²¹ Llegaron a Cafarnaún y, cuando llegó el sábado, entró en la sinagoga y se puso a enseñar a la gente, ²² que estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad, y no como los maestros de la ley.

²³ Había en la sinagoga un hombre con espíritu inmundo, que se puso a gritar:

²⁴ –¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? ¡Sé quién eres: el Santo de Dios!

²⁵ Jesús lo increpó diciendo:

–¡Cállate y sal de ese hombre!

²⁶ El espíritu inmundo lo retorció violentamente y, dando un fuerte alarido, salió de él.

²⁷ Todos quedaron asombrados y se preguntaban unos a otros:

–¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva llena de autoridad! ¡Manda incluso a los espíritus inmundos y éstos le obedecen!

²⁸ Pronto se extendió su fama por todas partes, en toda la región de Galilea.

La Palabra se ilumina

Después de haber llamado a los primeros discípulos, Jesús empieza su vida en medio de la gente. Y su éxito es inmediato. La escena está ambientada en Cafarnaún, ciudad elegida como «campamento base» para la pri-

mera parte de su actividad apostólica. Los discípulos, tras una primera mención de su presencia («llegaron»), caen en el olvido en el relato, para dejar el papel de protagonista exclusivamente a Jesús.

Jesús «se puso a enseñar» en el día festivo, el sábado, en el lugar de la reunión litúrgica, la sinagoga. El verbo *enseñar* caracteriza una actividad privilegiada y bien registrada por el evangelista, que se la atribuye dieciséis veces (por una sola vez a los discípulos). Es fácil deducir que la actividad de enseñar es propia del Maestro. Por otra parte, la construcción aquí empleada, «se puso a enseñar», denota una acción prolongada, como para recordar la plena dedicación a esta actividad. No se refiere aquí el contenido de la enseñanza, ni se hace tampoco, excepto muy raras veces, en la continuación: esto tal vez se deba a que un anuncio temático sería pobre o al menos inoportuno. Es preciso estar junto al Maestro, recorrer con él todo el camino que ha elegido, y sólo entonces será posible entrar en posesión de su mensaje. Es más, ya podemos decir que el contenido de su mensaje es su misma persona, que debemos acoger y seguir como hicieron los primeros discípulos.

Falta el contenido de la enseñanza, pero no falta el efecto que produce (vv. 21s). Los oyentes están admirados por la incluso excesivamente clara diferencia con la que el Maestro de Nazaret se distingue de los otros maestros: éstos hablan basándose en la autoridad de otros, y Jesús habla con su propia autoridad. Su palabra se impone por sí misma, porque es capaz de liberar luz para la inteligencia, calor para el corazón y vigor para la vida. Se trata de una palabra poderosa, capaz de producir lo que dice, precisamente como la palabra creadora de Gn 1, en el origen del mundo. Se comprende bien por lo que sigue.

Las palabras de Jesús provocan una fuerte reacción en un hombre poseído por un espíritu inmundo (vv. 23-26).

«Espíritu inmundo» (o bien «impuro») es una expresión bíblica usada frecuentemente para referirse a un demonio. Se le llama «inmundo» porque su influjo se opone a la santidad de Dios y de su pueblo. En el caso que nos ocupa, reacciona a la santidad de Jesús gritando: «¿Qué tenemos nosotros que ver contigo?» (una fórmula bíblica usada para rechazar una intervención considerada inoportuna o para manifestar el rechazo de cualquier tipo de relación con una persona). Queda claro inmediatamente que entre Jesús y el espíritu inmundo no existe ningún vínculo, aunque el conocimiento que este último tiene del Maestro es óptimo: proporciona tanto su identidad personal («Jesús de Nazaret») como su identidad profunda («el Santo de Dios»). Jesús es el Santo de Dios por excelencia, dado que es el Cristo (cf. Mc 1,1) y el Hijo de Dios (cf. 1,1.11). Entre esta santidad y la condición de impureza no puede haber ninguna relación, a no ser la de un fuerte antagonismo que llega a la anulación del otro: «Has venido a destruirnos».

El verbo empleado expresa no sólo un grave daño, sino la derrota total, la eliminación completa. El lector, que ya había deducido del choque en el desierto quién era el vencedor (cf. 1,12s), puede percibir ahora claramente que la presencia de Jesús asegura la victoria del bien sobre el mal. Satanás es el perdedor. Debe abandonar la presa que hizo suya al apoderarse de aquel hombre y unirle a él con este extraño plural: «¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos?». Podríamos pensar que se emplea el plural porque se incluye a otros demonios, pero tal vez sea mejor leerlo como englobando también al hombre poseído, víctima del demonio.

En este punto, la palabra que antes había suscitado tanta admiración toma la fuerza de un mandato perentorio compuesto de dos partes: «¡Cállate y sal de ese hombre!». En la primera parte se prohíbe al demonio anunciar la identidad de Jesús. Comprender quién es

verdaderamente Jesús supone una larga y fatigosa conquista que procede del hecho de frecuentarle y de la acogida de su persona en la vida del discípulo fiel. De poco o nada valen las «sugerencias», sobre todo cuando proceden de maestros sospechosos o, peor aún, iniciosos.

La segunda parte del mandamiento muestra el poder creativo de la Palabra de Jesús, que le devuelve la salud al hombre y le hace nuevo, liberado ahora de la posesión demoníaca. La presencia de Satanás esclaviza, pero la presencia de Jesús «re-crea», permitiendo al hombre volver a encontrarse a sí mismo y encontrar su unión con Dios.

En la parte conclusiva (vv. 27s) resuena la pregunta de la gente, que, admirada por las palabras de Jesús, tan distintas y tan poderosas, se interroga por todo lo que está aconteciendo. Del hecho a la persona sólo media un paso breve. Nace un vivo interés por la persona de Jesús, que ha realizado la obra prodigiosa de la liberación de un endemoniado. Ya no es posible bloquear una fama que se difunde rápidamente. El comienzo de la actividad de Jesús está marcado por un acontecimiento clamoroso. Será importante conservar el asombro por su palabra y, sobre todo, por su persona.

La Palabra me ilumina

«Palabras, palabras, palabras...», repetía una vieja canción que se hizo muy popular. No resulta fácil liberarse de la masa de palabras que nos invaden a diario y que nosotros mismos producimos con una generosa abundancia. Hay palabras solapadas, cubiertas con una pátina de verdad, pero con el corazón maléfico, como las del demonio; hay palabras sinceras, pero tal vez superficiales, como las de la gente con la que se encuentra Jesús; hay también palabras verdaderas y poderosas que proceden de un corazón bueno y miran al bien de

los demás. Jesús sigue siendo el ejemplo y el modelo de una palabra buena y poderosa.

Antes que nada, querríamos ser capaces de distinguir las palabras, evaluando su calidad y su procedencia. A continuación, sería útil filtrarlas, de suerte que algunas puedan asombrarnos y tener acceso a nuestra vida y otras se queden en la periferia. De hecho, esto sucede, aunque no siempre del modo correcto y deseable. A veces son las palabras gruesas, pesadas, ofensivas, las que se albergan dentro de nosotros, creando divisiones, rencores y hasta sed de venganza. Sería hermoso que las palabras malas y ofensivas resbalaran tangencialmente por nuestra existencia, rozándonos sin dejar huella. Por el contrario, deberíamos abrir las puertas de nuestra inteligencia y de nuestro corazón a las palabras que iluminan la mente, nos estimulan a la solidaridad, promueven el bien y crean puentes de simpatía y de familiaridad con los otros.

Es siempre la Palabra la que nos ayuda a usar el texto como don, acogida, perdón y estímulo para una vida renovada. Fue la Palabra la que volvió a dar vida al endemoniado. Sumergirnos en la contemplación cotidiana de la Escritura es camino seguro para transformar todo lo que decimos y hacemos en semilla de vida.

La Palabra se convierte en oración

A ti, Palabra divina hecha carne, dirigimos nuestra súplica, a fin de que nos instruyas en la escucha de tu Palabra y nos enseñes a vivirla. Concédenos sintonizar, en el tumulto de muchas palabras, con la tuya, que es Palabra de vida eterna. De este modo nos veremos iluminados y fortalecidos para que tu Palabra escuchada se convierta en un fragmento de vida, en una voz que se une al coro de los que te escuchan y quieren vivir de tu enseñanza. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

El amor de Dios no es algo que pueda aprenderse con unas normas y preceptos. Así como nadie nos ha enseñado a gozar de la luz, a amar la vida, a querer a nuestros padres y educadores, así también, y con mayor razón, el amor de Dios no es algo que pueda enseñarse, sino que desde que empieza a existir este ser vivo que llamamos hombre es depositada en él una fuerza espiritual, a manera de semilla, que encierra en sí misma la facultad y la tendencia al amor. Esta fuerza seminal es cultivada diligentemente y nutrida sabiamente en la escuela de los divinos preceptos y así, con la ayuda de Dios, llega a su perfección.

Por esto, nosotros, dándonos cuenta de vuestro deseo por llegar a esta perfección, con la ayuda de Dios y de vuestras oraciones, nos esforzaremos, en la medida en que nos lo permita la luz del Espíritu Santo, por avivar la chispa del amor divino escondida en vuestro interior.

Digamos, en primer lugar, que Dios nos ha dado previamente la fuerza necesaria para cumplir todos los mandamientos que él nos ha impuesto, de manera que no hemos de apenarnos como si se nos exigiese algo extraordinario, ni hemos de enorgullecernos como si devolviésemos a cambio más de lo que se nos ha dado. Si usamos recta y adecuadamente estas energías que se nos han otorgado, llevaremos con amor una vida llena de virtudes; en cambio, si no las usamos debidamente, habremos viciado su finalidad. En esto consiste precisamente el pecado, en el uso desviado y contrario a la voluntad de Dios de las facultades que él nos ha dado para practicar el bien; por el contrario, la virtud, que es lo que Dios pide de nosotros, consiste en usar esas facultades con una recta conciencia, de acuerdo con los designios del Señor.

Siendo esto así, lo mismo podemos afirmar de la caridad. Habiendo recibido el mandato de amar a Dios,

tenemos depositada en nosotros, desde nuestro origen, una fuerza que nos capacita para amar, y esto no necesita demostrarse con argumentos exteriores, ya que cada uno puede comprobarlo por sí mismo y en sí mismo. En efecto, un impulso natural nos inclina a lo bueno y a lo bello, aunque no todos coinciden siempre en lo que es bello y bueno. Y aunque nadie nos lo ha enseñado, amamos a todos los que de algún modo están vinculados muy de cerca a nosotros y rodeamos de benevolencia, por inclinación espontánea, a los que nos complacen y nos hacen el bien.

Y ahora yo pregunto: ¿qué hay más admirable que la belleza de Dios? ¿Puede pensarse en algo más dulce y agradable que la magnificencia divina? ¿Puede existir un deseo más fuerte e impetuoso que el que Dios infunde en el alma limpia de todo pecado y que dice con sincero afecto: *Desfallezco de amor?* El resplandor de la belleza divina es algo absolutamente inefable e inenarrable (Basilio Magno, *Regla monástica mayor*, Respuesta 2, 1).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo esta Palabra y responde en tu corazón:

«*Todos quedaron asombrados y se preguntaban unos a otros: “¿Qué es esto?”*» (Mc 1,27).

Caminar con la Palabra

Algunos signos parecen pertenecer a la fisonomía humana de las personas que nos encontramos, revelan su carácter, reproducen su retrato interior. Ahora bien, los signos que acompañan los primeros pasos de la vida pública de Jesús —palabras y acciones— son tan distintos que no se sabe qué decir. El estupor y el temor admirado de la gente constituyen, no obstante, el espejo revelador de una intuición profunda y verdadera: la autoridad y el poder que se manifiestan en las palabras y en las obras de Jesús son únicos y nunca se habían visto antes, incluso resulta-

ban inimaginables. No proceden de otorgamientos humanos, por sumos y cualificados que sean, y tampoco entran en jerarquías para ocupar el primer puesto. Son precisamente otra cosa e imponen la gran pregunta: «¿Qué es esto?». El anuncio de la salvación llega por fin al mundo de la pobreza, de la miseria, de la enfermedad, de la violencia, y empieza a difundirse el Reino. E inmediatamente se produce el grito descompuesto de rabia e impotencia de quien se siente irremediamente derrotado, del enemigo, del antagonista radical. De modo paradójico, es precisamente él el que reconoce al «Santo de Dios», el que le llama por su nombre y le desafía, en el umbral del choque frontal y ya perdido: «¡Sal de ese hombre!». De cada hombre. Porque para eso ha venido el Mesías. El hombre, como una tierra invadida, ocupada y «desgarrada» por el enemigo, como un campo sembrado de noche con los gérmenes de todas las muertes, como una maraña de raíces malas, como una oscura prisión sin luz en el interior del inexplicable misterio del mal, puede volver a ser tierra libre y sagrada, reconsagrada por haber sido redimida. Su liberador es poderoso, más fuerte que cualquier enemigo y definitivamente vencedor. Es el Dios salvador, que se inclina sobre el mal del hombre y, en un misterio de amor infinito e incomprensible desde el punto de vista humano, le acoge y le cura, asumiendo todo esto como una tarea personal, dolorosa hasta la muerte. Pero es también el aliado invencible que se pone al lado del hombre en su lucha contra todo mal y le hace participar en su propio destino de resucitado vencedor. No hay liberación del mal más que en Jesús (A. Anzani Colombo, *Per fede per amore. Commento ai Vangeli delle domeniche*, Casale Monf. [Al] 1995, 29s).

Una mano para volver a ponerse en pie (Mc 1,29-39)

²⁹ Al salir de la sinagoga, Jesús se fue inmediatamente a casa de Simón y de Andrés, con Santiago y Juan. ³⁰ La suegra de Simón estaba en cama con fiebre. Le hablaron en seguida de ella, ³¹ y él se acercó, la cogió de la mano y la levantó. La fiebre le desapareció y se puso a servirles.

³² Al atardecer, cuando ya se había puesto el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. ³³ La población entera se agolpaba a la puerta. ³⁴ El curó entonces a muchos enfermos de diversos males y expulsó a muchos demonios, pero a éstos no los dejaba hablar, pues sabían quién era.

³⁵ Muy de madrugada, antes del amanecer, se levantó, salió, se fue a un lugar solitario y allí se puso a orar. ³⁶ Simón y sus compañeros fueron en su busca. ³⁷ Cuando lo encontraron, le dijeron:

–Todos te buscan.

³⁸ Jesús les contestó:

–Vamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para predicar también allí, pues para esto he venido.

³⁹ Y se fue a predicar en sus sinagogas por toda Galilea, expulsando los demonios.

La Palabra se ilumina

No es difícil reconocer tres momentos en el fragmento: el milagro de la curación (vv. 29-31), un resumen de la actividad taumatúrgica de Jesús (vv. 32-34) y la preocupación misionera por llegar a todos (vv. 35-39). Si

bien la primera impresión que se saca es la de la heterogeneidad del material, poniendo una mayor atención se puede descubrir una conexión entre las partes. A fin de comprender mejor, debemos recordar que el primer milagro realizado por Jesús es la liberación de un hombre de la posesión de Satanás; la victoria sobre el maligno –y, por extensión, sobre todo lo negativo– confirma desde el principio la indiscutible superioridad de Jesús.

Precisamente esta *superioridad* liga y conecta las tres pequeñas unidades de nuestro texto. La predicación de Jesús en Galilea va acompañada de la nota de exorcismos (cf. v. 39): entre los muchos milagros que realiza Jesús, el evangelista da prioridad a la victoria sobre Satanás, porque es particularmente emblemática. De modo semejante, en el resumen de los vv. 33s, junto al genérico «*curó entonces a muchos enfermos de diversos males*», se añade de una manera explícita: «*y expulsó a muchos demonios*». Quedaría aislada la primera unidad, que trata de la curación de la suegra de Simón-Pedro. A nuestra mentalidad le cuesta ver aquí –e instintivamente se niega a ello– la conexión con Satanás, pero será bueno recordar que en tiempos de Jesús se atribuía con frecuencia a la fiebre un origen diabólico. Lo vemos con toda nitidez comparando este texto con el texto paralelo de Lucas, que habla de una manera explícita de amenaza de Jesús a la fiebre, precisamente como si se tratara de una persona (cf. Lc 4,39: «*increpó a la fiebre*»). Por otra parte, el pasaje veterotestamentario de Lv 26,15-16a enumera a la fiebre entre los castigos con que Dios amenaza a su pueblo.

En este punto se impone una precisión obligatoria: el texto no autoriza la conclusión indebida de que la mujer que había sido favorecida con el milagro fuera culpable, y mucho menos que estuviera endemoniada; el texto muestra la soberana autoridad de Jesús, que también ejerce en esto su poder vencedor sobre la enfermedad, símbolo y recuerdo de la negatividad, que tiene en Sata-

nás su máxima expresión. El evangelista Marcos introduce, una vez más, al lector en el misterio de la persona de Jesús. De otro modo, habría que preguntarse por qué Marcos eligió un milagro aparentemente modesto. En efecto, la curación de la suegra de Simón, no sólo por la brevedad, sino también por su escueta presentación, parece una intervención de poco relieve. Sin embargo, si la leemos en el conjunto y, mejor aún, en la economía del comienzo del evangelio de Marcos, entonces la victoria sobre Satanás merece ocupar las primeras páginas.

Existe otro motivo que hace agradable y hasta simpático este milagro de curación. Jesús no tiene miedo a tender una mano amiga que ayuda a una mujer a volver a ponerse en pie. No pasa desapercibido el verbo griego usado por Marcos, que se distingue netamente tanto de Mateo como de Lucas: mientras que éstos no hacen referencia a la mano, y mientras que Mateo emplea el término más genérico de «tocar», Marcos se sirve del verbo «coger», casi como una aprehensión fuerte que arranca a la mujer de su posición de enferma y la pone en pie. Su servicio se convierte en la respuesta operativa a un gesto de amor y de solidaridad.

El Señor Jesús coge la mano y vuelve a poner en pie. Se trata de una imagen de la actitud de misericordia que se repite en la secuencia del perdón. Se comprende que el tema de la liberación demoníaca no es un asunto peregrino.

La Palabra me ilumina

La expresión popular «te voy a echar una mano» esconde muchas veces un exquisito sentimiento de solidaridad y, no rara vez, de amistad genuina. Es muy bello oír que nos lo dicen, porque significa que alguien se interesa por nosotros y de este modo se supera el miedo a estar solos y abandonados. Jesús no dice esta frase, pero realiza el gesto que es su equivalente. Tiende a la mujer

enferma una mano amiga y, lo que es más, la toma y la estrecha, como si ya no la quisiera dejar. Este gesto, mucho más que un sentimiento de soledad superada, crea una comunión de horizontes y hace entrar a la mujer en la vitalidad de Jesús: su vida pasa a la mujer, que responde con el precioso gesto del servicio, una diaconía de la gratitud, a cambio de un amor que la ha vuelto a poner en pie, en el circuito de la vida.

Se tiende la mano a quien necesita algo material, pero también a quien se encuentra en un sufrimiento moral. Se trata de «echar una mano», de ofrecer nuevos motivos de esperanza, de volver a poner en pie a una persona, de liberarla de las trabas del pasado y restituirla, si fuera el caso, un futuro.

Tanto en uno como en otro caso, se trata de atesorar las múltiples ocasiones de restituir un atisbo de esperanza, de proporcionar una alegría que inunda el corazón, de proponer una nota de sano optimismo: es la mano tendida del Señor que restituye la vida; es también la mano que estamos dispuestos a tender, imitando a Cristo, y a ofrecer al prójimo con el que nos cruzamos todos los días. De este modo es como la comunidad cristiana y todos los hombres de buena voluntad perpetúan el gesto amigo de Jesús. Ensanchando la esfera de acción del bien, restringimos automáticamente la esfera de acción del mal: en consecuencia, Satanás queda expulsado y vencido una vez más.

En último lugar, aunque no por su importancia, queremos recordar que el mismo Señor no se cansa de repetir el gesto afectuoso y «recreativo» que restituye nuevo vigor, una vitalidad fresca, alegría de vivir. Así es el sacramento de la reconciliación, una mano amiga que vuelve a ponernos en pie después de la caída del pecado. Que también nuestro servicio a los hermanos sea la respuesta operativa al amor de Cristo que perdona.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, es bello recordar que volviste a poner en pie a personas aplastadas por el sufrimiento y postradas a causa de sus problemas. Es todavía más bello experimentar tu presencia salvífica en nuestro tiempo y en nuestra vida. Leemos los episodios evangélicos para reflejarnos y volver a encontrar nuestra existencia: cuántas veces habrás pasado junto a nosotros en la persona de algún amigo que, poniéndonos la mano en el hombro, nos ha animado a continuar, nos ha abierto atisbos de esperanza en el nublado de nuestra desesperación o incluso en la miopía de nuestra perspectiva. Gracias, Señor, por continuar pasando a nuestro lado. Gracias también porque muchas veces nos haces experimentar en nuestro propio interés tu presencia salvadora y con ello tenemos la alegría del perdón. Continúa echándonos una mano y recordándonos que muchos otros esperan lo mismo de nosotros. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

¿De dónde nos viene esta inquietud del espíritu, sino de la aversión que sentimos a lo que nos contraría y de una mezquindad que nos hace pensar que todos los demás están mejor que nosotros? Todo viene de lo mismo: el que no está plenamente resignado, ya puede mirar para acá o para allá, porque nunca encontrará reposo.

Los que tienen fiebre no encuentran buena ninguna postura; no llevan ni un cuarto de hora en una cama, cuando ya quieren pasarse a otra, y esto no depende de la cama, sino de la fiebre, que los atormenta en cualquier lugar. Quien no tiene la fiebre de la propia voluntad, se siente a gusto con todo; con tal de que Dios sea servido, no se preocupa del lugar en el que él le ha colocado: siempre que se cumpla su Divina voluntad, lo demás nada le importa.

Esto no es todo, sino que, para ser devoto, no sólo hay que querer cumplir la voluntad de Dios, sino hacerlo con alegría. Si yo no fuera obispo, quizá no querría serlo, por saber lo que sé, pero, puesto que lo soy, no solamente estoy obligado a hacer todo lo que esa penosa vocación exige, sino que debo hacerlo con gozo, y complacerme en ello y sentir agrado. Es lo que dice san Pablo: que cada uno permanezca en su vocación ante Dios. No tenemos que llevar la cruz de los demás, sino la nuestra, y, para poderla llevar, nuestro Señor quiere que cada uno renuncie a sí mismo, es decir, a su propia voluntad (Francisco de Sales, *Lettere*, 168, Milán 1984, 420).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repíte a menudo y medita esta Palabra:

«Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. La fiebre le desapareció y se puso a servirles» (Mc 1,31).

Caminar con la Palabra

Es el relato de una jornada que Jesús pasó en contacto con la gente, sumergido en los problemas de todos. Jesús, debemos decirlo enseguida, no se las da de héroe o de superhombre. En él todo es natural. Aunque hay una gran expectativa respecto a él, no pierde su habitual compostura ni padece estados de ansiedad. Sabe que no puede estar en todas partes y que no puede hacer milagros para todos. Y sabe además que, para hacer el bien, no hay que esperar nunca un consenso unánime. Nunca faltan las reservas. Ni tampoco las sospechas. ¿Creéis, por ejemplo, que el milagro en favor de la suegra de Pedro no hizo surgir algunas objeciones?

Pero Jesús no se preocupa. Hace lo que le parece justo. No está amenazado por el infarto, como ha dicho alguien justamente. El evangelio nos da a entender que duerme bien de noche. ¿Su secreto? El diálogo con el Padre con que comienza su jornada lo explica todo. Lo que le decía al Padre no podemos

saberlo. Sólo podemos imaginarlo. Los rostros que encontraba en las puertas de la ciudad, los ojos llenos de esperanza, las enfermedades, las miserias, habrían ocupado, a buen seguro, un recuerdo, una palabra de intercesión, un acongojado sentimiento de piedad, en aquel diálogo. Y Jesús debía recibir del Padre el aliento para hacer visible el rostro de Dios a través de gestos de ternura, de solidaridad, de una piedad humanísima y divina.

Su jornada, tras el diálogo con el Padre, es un incesante prodigarse en favor de los otros, una ocasión continua de hacer el bien. ¿Es una jornada difícil de imitar? En realidad, no se trata de una empresa imposible. Lo que cuenta es enfrentarse a cada jornada con una gran naturalidad, conectando lo que vivimos, a través de algún momento de oración, con un sentido más elevado, con un destino más grande. Y se trata de comprender que el tiempo dedicado a los otros es un tiempo ganado y supone ya un testimonio en favor del Evangelio. Todo depende del espíritu justo, un espíritu que ignore la fiebre del éxito, la búsqueda del consenso, la necesidad del reconocimiento, y sea capaz de confiarlo todo al que nos da cada mañana una nueva jornada, la bendice y la guarda en la memoria de su corazón (L. Pozzoli, *Sul respiro di Dio. Commento alle letture festive. Anno B*, Milán 1999, 178-181, *passim*).

El contagio que salva

(Mc 1,40-45)

⁴⁰ Se le acercó un leproso y le suplicó de rodillas:

–Si quieres, puedes limpiarme.

⁴¹ Jesús, compadecido, extendió la mano, lo tocó y le dijo:

–Quiero, queda limpio.

⁴² Al instante le desapareció la lepra y quedó limpio.

⁴³ Entonces lo despidió, advirtiéndole severamente:

⁴⁴ –No se lo digas a nadie; vete, preséntate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para que les conste a ellos.

⁴⁵ Él, sin embargo, tan pronto como se fue, se puso a divulgar a voces lo ocurrido, de modo que Jesús no podía ya entrar abiertamente en ninguna ciudad. Tenía que quedarse fuera, en lugares despoblados, y aun así seguían acudiendo a él desde todas partes.

La Palabra se ilumina

Jesús había iniciado su desplazamiento a Galilea llevando su mensaje de vida compuesto de palabras nuevas y de acciones prodigiosas. Se le acerca un leproso que expresa su estado de ánimo con el gesto de ponerse de rodillas y con palabras. El gesto manifiesta un gran respeto por Jesús, y las palabras denotan una fina sensibilidad, porque su oración de petición no tiene nada de pretensión. Un delicado como inusual «*si quieres*» lo remite todo a la soberana libertad del Maestro.

Debemos señalar de inmediato el carácter excepcional de los gestos: el leproso se acerca y Jesús le toca. Se trata de infracciones a las reglas que una minuciosa casuística había elaborado y que podemos leerlas en los capítulos 13–14 del Levítico. El leproso no era un simple enfermo, sino un ser inmundo, el «*primogénito de la muerte*», como le define Job 18,13. Con la ropa desgarrada, el pelo greñudo y la barba oculta en señal de luto, debía gritar: «Inmundo, inmundo», a fin de mantener alejadas a las otras personas. Era el impuro por excelencia, y el manto de la impureza le cubría por completo en todas sus dimensiones: religiosas, sociales, personales. La ley, para limitar al máximo el contagio, dividía y segregaba; con el objetivo de preservar la vida, creaba condiciones de muerte. El leproso llevaba los signos del luto y, además de la pena de la enfermedad, debía sufrir la deshonra de la marginación. Estaba abandonado ineluctablemente a su destino de muerte.

Con este marco de referencia, parece muy extraño el comportamiento de Jesús. Extraño a los ojos de los hombres, incluso contrario a las leyes vigentes, pero no extraño para él, dada su capacidad de compasión. «*Compadecido*» expresa mucho más que un sentimiento instintivo de participación en el dolor del otro. El verbo griego remite a un amor materno (cf. Is 49,15), profundo. La acción de Jesús, que se acerca y toca al leproso, es un acto revolucionario que aproxima dos mundos hasta ahora en colisión. «*Quiero, queda limpio*» es la orden que hace saltar los mecanismos de exclusión. Jesús derriba muros seculares de división, suprime fronteras, desmonta los prejuicios y pone las bases para una nueva relación entre los hombres. Acerca a los alejados. Jesús, que es la Vida, le toca y vuelve a darle la vida.

La alegría del receptor del milagro podría crear demora y dispersar el efecto de la curación. La comunicación al exterior podía retrasar el reconocimiento de su nuevo estado de salud. Los sacerdotes tenían la tarea

de declarar la curación acontecida y, en consecuencia, readmitir al enfermo de otro tiempo en el consorcio de los hombres (cf. Lv 13,49). El segregado podía volver a entrar en la comunidad y «volver a ser hombre». Aquella certificación era importante para acreditar la condición de normalidad. Los sacerdotes, informados después de lo sucedido por el mismo interesado, habrían podido comprender que había comenzado el tiempo nuevo, porque Jesús estaba presente.

Por otra parte, el silencio pedido al receptor del milagro tiene la función de evitar una propaganda que favorezca el acudir a Jesús sólo para obtener beneficios materiales. La idea del silencio, un poco utópica si pensamos en la alegría explosiva que pudo haber invadido el ánimo del antes leproso, permite comprender que Jesús desee un encuentro personal, porque quiere crear un contagio que salve y no sólo un contagio que cure. Para ser salvados, es preciso encontrarle personalmente y estar dispuestos a seguirle por el camino que él nos trace. Los entusiasmos fáciles son como fuego de paja destinado a apagarse enseguida. Por consiguiente, se recomienda el silencio que equivale a cautela, interiorización, participación directa y no «de oídas».

La Palabra me ilumina

Un leproso se acerca a Jesús y Jesús se acerca a él: un movimiento espacial insólito, contra las férreas reglas del aislamiento vigentes por entonces como precaución sanitaria. Al mismo tiempo se verifica un acercamiento espiritual –o, si se quiere, una especie de «contagio»– llevado a cabo mediante un delicado «*si quieres*» por parte del leproso y un tan generoso como perentorio «*quiero*» por la de Jesús.

La lepra es una enfermedad erradicada hoy en gran parte. Con todo, sigue existiendo con otra forma, y puede llamarse droga, alcoholismo, prostitución, y tomar

los mil rostros de la marginación. Los cristianos, a imitación de nuestro Señor, debemos continuar caminando por las calles de los leprosos, provocando una genuina «compasión» y dando ese paso de acercamiento físico que expresa nuestro acercamiento interior. Se ha dicho que el Señor usa nuestras manos para seguir curando, nuestros pies para seguir caminando. Nosotros se los damos voluntariamente, nos ponemos a su disposición para dejarnos guiar por él y movernos hacia las nuevas pobrezas con la misma actitud y la misma sensibilidad que nos conducen a construir puentes de conexión y a derribar los muros de la división.

Queremos creer en la verdad de un verdadero contagio. No existe sólo el negativo, el que infecta y destruye; existe también el positivo, que construye y hace percibir al otro, que no es ni un rechazado ni un aislado, sino un hombre hecho a imagen de Dios, llamado a una vocación de nobleza a la que damos el nombre de santidad. Tiene necesidad de alguien que se lo diga con palabras y con gestos, con el corazón y con la voluntad de «hacerse prójimo», es decir, cercano. Entonces podremos ver repetirse el milagro de un contagio que salva.

Jesús nos toca, nos libera. Siempre es «buena noticia» todo contacto nuestro con él. Su Palabra, si la vivimos, nos cura de la lepra que invade la pobreza de nuestra vida. El leproso curado proclama y difunde la noticia: ésa es la tarea de todo discípulo.

La Palabra se convierte en oración

Señor, tenemos necesidad de un nuevo contagio de tu amor, a fin de difundirlo y manifestarlo. Demasiadas clasificaciones y demasiados «distingos» nos enredan el corazón y la mente. Concédenos el valor de acercarnos y «tocar» la lepra de las nuevas pobrezas que envilecen nuestra opulenta sociedad, sin miedo de quedar infectados, porque, cuando se es puro, todo es puro. Tendremos

la alegría de descubrir que bajo los despojos del marginado, del anciano, del desocupado, del extracomunitario, del pobre, del pequeño, te escondes tú, que vas mendigando nuestra atención y nuestra sensibilidad, para hacer que estemos atentos a los otros, menos replegados en nosotros mismos, proyectados en la alegría de continuar tu maravilloso contagio. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

La fe pura, vivida en el amor, mantenida por medio de la perseverancia, paciente en la espera, humilde en su afirmación y firme en su confianza, llena de respeto en su oración y de sabiduría en lo que pide, está absolutamente segura de oír en cada circunstancia esta Palabra del Señor: «*Quiero*».

Teniendo presente en nuestro espíritu esta respuesta admirable, debe reagrupar las palabras según su sentido. Así, el leproso dice para empezar: «*Señor, si quieres*», y el Señor: «*Quiero*». Y tras haber añadido, a continuación, el leproso: «*... puedes curarme*», el Señor ordenó con el poder de su palabra: «*... queda limpio*» (Mc 1,41). En verdad, todo lo que el pecador ha proclamado en una verdadera confesión de fe, lo han realizado la bondad y el poder divino inmediatamente por medio de la gracia.

Otro evangelista precisa que el hombre al que se le restituyó la salud estaba «*completamente cubierto de lepra*» (Lc 5,12), a fin de que nadie pierda la confianza a causa de la gravedad de sus culpas (Pascasio Radberto, *Comentario al evangelio de Mateo*, V, 8).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y medita esta Palabra:

«*Jesús, compadecido, extendió la mano, lo tocó y le dijo: "Quiero, queda limpio"*» (Mc 1,41).

Caminar con la Palabra

¡Cuántos leprosos entre la muchedumbre que sigue a Jesús! Tal vez, todos; leprosos no sólo en la carne, sino, mucho más frecuentemente, en el espíritu. Y entre ellos también estoy yo, que intento acercarme a Jesús. ¡Señor, si quieres, puedes sanarme! Es la oración del leproso, es la oración de todo el que tiene conciencia de necesitar ser sanado. Jesús quiere, ciertamente, sanar, porque es bueno, porque ha venido como sanador y salvador del género humano. Este leproso sabe que Jesús quiere, pero no pretende; en vez de eso, espera: Si quieres, puedes. Se pone bajo la mirada del médico bueno, acepta la gratuidad de Dios, ora con confianza, remitiéndose humildemente a la decisión de Jesús. Y Jesús responde: ¡Quiero! Le toca con la mano sin temor al contagio. Es la mano de quien quita las llagas de nosotros, de quien vuelve a sanarnos sin verse contagiado por nuestro mal, pero cargando con todas las consecuencias de pena, dolor y humillación. «*Quiero, queda limpio*». Y la lepra desapareció de inmediato. ¡Queda limpio! Esto nos dice Jesús a nosotros, me lo dice a mí: quiere. Ahora bien, la curación tiene lugar si también yo lo deseo y lo quiero de verdad.

Querer curar espiritualmente es, a buen seguro, más incómodo que querer curar físicamente. ¡Cuántas cosas hemos de decidirnos a dejar, cuántas cosas debemos cambiar! El leproso curado por Jesús debe disponerse a comenzar una vida social y familiar normal, una vida responsable en medio de los otros. Si queremos curar también espiritualmente, debemos decidirnos a vivir como personas maduras en la fe, capaces de cargar también, si es preciso, con el peso de los otros, no sólo con nuestro propio fardo. Jesús nos quiere curar; nos toma la palabra si se lo pedimos en serio, y, tal vez, aunque no se lo pidamos precisamente tan en serio. Nos toma la palabra porque quiere curarnos. Ha venido adrede para ello. Está en medio de nosotros, nos toca con su mano, cada día; nos toca con su carne purísima, santísima: la eucaristía; llega a nosotros con su palabra, penetra en nuestro corazón, nos toca en lo íntimo: ¡Quiero, queda limpio! También nosotros debemos quererlo, hasta el fondo, y cada día. Es necesario que curemos de todas las búsquedas de nosotros mismos, de todas las modalidades de autoafirmación que no ponen en el primer puesto lo que es verdaderamente im-

portante. Debemos llevar buen cuidado en no convertirnos en leprosos, en parásitos por propia decisión nuestra, por nuestra indolencia. Vivamos intensamente si queremos vivir de verdad. Jesús quiere hacernos vivir, y hacernos vivir en la convivencia, hacernos vivir no encerrados en nosotros mismos y separados de los otros, sino en comunión con todos y para todos (A. M. Cànopi, *Incontri con Gesù*, Leumann [To] 1993, 76-80, *passim*).

Un hombre que recibe un milagro por dentro y por fuera

(Mc 2,1-12)

¹ Después de algunos días entró de nuevo en Cafarnaún y se corrió la voz de que estaba en casa. ² Acudieron tantos que no cabían ni delante de la puerta. Jesús se puso a anunciarles el mensaje. ³ Le llevaron entonces un paralítico entre cuatro. ⁴ Pero como no podían llegar hasta él a causa del gentío, levantaron la techumbre por encima de donde él estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla en la que yacía el paralítico.

⁵ Jesús, viendo la fe que tenían, dijo al paralítico:

–Hijo, tus pecados te son perdonados.

⁶ Unos maestros de la ley que estaban allí sentados comenzaron a pensar para sus adentros:

⁷ –¿Cómo habla éste así? ¡Blasfema! ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?

⁸ Jesús, percatándose en seguida de lo que estaban pensando, les dijo:

–¿Por qué pensáis eso en vuestro interior? ⁹ ¿Qué es más fácil? ¿Decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, carga con tu camilla y vete? ¹⁰ Pues vais a ver que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder para perdonar los pecados.

Entonces se volvió hacia el paralítico y le dijo:

¹¹ –Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

¹² El paralítico se puso en pie, cargó en seguida con la camilla y salió a la vista de todos, de modo que todos se quedaron maravillados y daban gloria a Dios diciendo:

–Nunca hemos visto cosa igual.

La Palabra se ilumina

Se abre el fragmento con las coordenadas geográficas, los personajes y las circunstancias que nos ayudan a comprender la situación (vv. 1-4). Jesús había fijado su residencia en Cafarnaún durante el primer período de su actividad apostólica, que lo había contemplado como anunciador del Reino en la zona que rodea al lago. Jesús mora en «casa», y en casa –que simboliza la Iglesia– acoge a todos. Jesús, además de hablar bien, realiza signos prodigiosos. Si le llevan a un paralítico acostado en una camilla, debe ser que la fama que le habían procurado sus curaciones debía ser ahora bien conocida. La gran cantidad de gente que había acudido impedía al paralítico llegar a Jesús. Así las cosas, los cuatro que le llevaban recurren a la estrategia de subir al techo de la casa, hacer un agujero y hacer bajar por él al enfermo hasta colocarlo ante Jesús. Esto era posible hacerlo en las casas palestinas, que sólo tenían la planta baja, con un techo plano al que se podía acceder por una escalera exterior, construido con un material ligero y fácil de quitar. El gesto ingenioso y un poco invasor encuentra una acogida benevolente en Jesús. Ni el enfermo ni sus portadores piden expresamente una intervención estrepitosa, dejando que sean los gestos, más que las palabras, los que manifiesten sus sentimientos. Jesús ve, en efecto, «*la fe que tenían*» (v. 5a), hecha palpable por el gesto de no querer ceder ante las dificultades y que recurre a una fantasía ingeniosa.

La respuesta de Jesús a su fe no es la curación del enfermo, como de una manera instintiva se podría esperar, ateniéndonos a las fórmulas convencionales. Las palabras: «*Hijo, tus pecados te son perdonados*» (v. 5b), suenan como inesperadas y parecen fuera de lugar. Que verdaderamente suenan un poco extrañas lo confirma lo que piensan algunos de los que están presentes, los maestros de la ley, que las consideran una blasfemia. Es

posible que tuvieran algo de razón, porque, según la Biblia, sólo Dios tiene el poder de perdonar los pecados (para poner sólo dos ejemplos, cf. Is 43,25 y Miq 7,19: YHWH es el único y exclusivo realizador de la salvación). Las palabras de Jesús suenan, por consiguiente, a los oídos de un judío no sólo como inadmisibles, sino incluso como blasfemas. De ahí la hostilidad y la irritación de los maestros de la ley allí presentes. Según ellos, Jesús está blasfemando, porque se arroga una prerrogativa divina (vv. 6s). ¿Cómo puede perdonar un hombre los pecados a otro hombre?

El lector moderno, en cambio, se sentirá desconcertado por el vínculo que parece establecer el texto entre enfermedad y pecado. Las palabras de Jesús se comprenden a partir del presupuesto de ese vínculo, según el cual «no hay muerte sin pecado, ni sufrimiento sin culpa». Jesús participa en parte de esa mentalidad, pero le aporta modificaciones notables. No sostiene, a buen seguro, que el portador de un *hándicap* sea culpable necesariamente y que la minusvalía sea consecuencia directa de una culpa moral (cf. Jn 9,3).

Con todo, el mal físico y todo tipo de desorden o de sufrimiento tienen su última causa en el pecado. Lo prueba el hecho de que en el plan original de Dios todo era orden, armonía, comunión de los hombres entre ellos, con la naturaleza y con Dios. Sólo después del pecado se hace la amarga experiencia del sufrimiento y del desorden. Jesús tiene la tarea de re-crear al hombre, de restituirle la imagen de Dios que el pecado había estropeado y vuelto ilegible. La sola curación física del paralítico sería un trabajo mal hecho, una restauración a medias: se le restituiría la salud exterior, pero el hombre no quedaría curado del todo y permanecería el *hándicap* del desorden interior. «*Hijo, tus pecados te son perdonados*» son las palabras del nuevo nacimiento, de la renovación del corazón, gracias al milagro del amor que se llama perdón.

Para concretar, a continuación, sus palabras y dar fundamento histórico a su derecho, venciendo la resistencia pasiva de la incredulidad y ofreciendo señales capaces de no frustrar las palabras de perdón, Jesús ordena al parálítico que se ponga en pie y camine (vv. 8-11). Las palabras de Jesús no eran sólo una frase bella de efecto, una especie de fuegos artificiales que se agotan en el mismo momento en que se manifiestan, sino una realidad que desde ese mismo momento se hacía operativa en la vida del parálítico.

¿Cómo probar la nueva condición de este hombre receptor del beneficio? No es posible proporcionar una verdadera «prueba», porque no hay «termómetros» humanos para el perdón. Jesús ayuda a los presentes a comprender que él no está navegando en el absurdo y que sus palabras pueden producir verdaderamente su efecto, y para ello plantea un simple razonamiento: «¿Qué es más fácil? ¿Decir al parálítico: Tus pecados te son perdonados; o decirle: Levántate, carga con tu camilla y vete?» (v. 9). Para acreditar, pues, que su palabra produce verdaderamente lo que dice, manda al parálítico que camine. A partir de la eficacia constatada de estas últimas palabras (la curación), se debería presumir también la eficacia de la primera (perdón). Con los signos de su palabra eficaz y eficiente, Jesús se acerca a la palabra creadora de Gn 1. Con la seguridad del perdón, reivindica un atributo divino para sí.

Jesús se define aquí por vez primera como «Hijo del hombre», y después lo hará en otras trece ocasiones. Esta expresión, si bien por un lado resulta genérica, porque se emplea para referirse a un hombre común (cf. Sal 8,5), por otro, recuerda al misterioso Hijo del hombre de Dn 7,13, que, junto al Anciano de los días (Dios), recibe el poder y ejerce la autoridad sobre toda la gente de la tierra. Precisamente a causa de esta ambivalencia, que le hace al mismo tiempo ordinario y excelso, Jesús prefiere este título y lo usa a menudo. De

hecho, la reacción de la muchedumbre no es de asombro, propio de los que no comprenden, sino de temor reverencial ante la manifestación de lo divino: la glorificación de Dios por parte de la gente evidencia que Jesús es el enviado escatológico de Dios.

La Palabra me ilumina

El mensaje de esta página evangélica es singular y rico. Aquí aprendemos a redimensionar y, posiblemente, a eliminar el fetiche de la pura exterioridad. La tentación es fuerte y recurrente, entre otras razones porque está alimentada continuamente por nuestro tiempo, que parece otorgar mayor privilegio a las apariencias en el obsequioso culto a la «figura bella», en vez de tributar el necesario interés a la sustancia. Nos parece fácil e instintivo apreciar y cualificar lo que se ve, dejando con frecuencia en la sombra o en el olvido lo que no es accesible a los sentidos.

La intervención de Jesús sobre un parálítico nos pide una inversión de la tendencia: celebrar lo que vale más, ir más allá de las apariencias. Puesto que él reivindica, entre otras cosas, los derechos del mundo interior, sin el que tenemos un hombre a medias, sentimos la urgencia de volver a sanar toda nuestra persona. Es justa la atención prestada al cuerpo y a la salud física, aunque curando también el bienestar espiritual. Tenemos tanta necesidad de la serenidad interior como de la salud. Jesús devuelve la salud a un hombre en su cuerpo después de haberle devuelto la salud en el espíritu con el perdón.

Nos ponemos ante Jesús con una actitud reverente y agradecida. *Reverente* porque se acredita como el enviado de Dios –más aún, él mismo es Dios, con los mismos poderes–. *Agradecida* porque Jesús, el hombre-Dios que camina por las calles que transitan todos, busca al hombre para restituirle la salud integral, la física, que acos-

tumbramos a llamar salud sin más, y la moral, a la que llamamos perdón. Por otra parte, hemos comprendido mejor la naturaleza de la misión de Jesús, que no es, de entrada, sanar las enfermedades, sino curar las heridas profundas infligidas por el pecado. De un conocimiento más profundo de la misión de Jesús se deriva un conocimiento más adecuado de nosotros mismos, porque nos ayuda a recuperar nuestra plena identidad y a adquirir de nuevo la imagen que nos hace hijos e hijas de Dios. Sólo ésta es la «figura bella» que debemos ambicionar y, mucho más aún, a la que debemos tender, aprendiendo a alabar al Señor, porque también realiza acciones maravillosas para nosotros.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, Hijo del hombre, tú restituiste a aquel hombre su plena dignidad e integridad, aun a costa de enemistarte con algunos sectores de población. Ahora bien, eran los sectores que contaban, los maestros de la ley, sabiendo que te encaminabas inexorablemente hacia tu pasión. Sin embargo, ofreciste un ejemplo inequívoco de tu misión y del sentido que debemos atribuir a tu presencia entre los hombres. No te limitaste a restituir la salud y a eliminar el mal en sus efectos exteriores, sino que lo atacaste a fondo en su misma raíz. Hiciste resonar la consoladora palabra del perdón.

Gracias, Señor. Continúa haciéndola resonar en nuestra vida mediante el ministerio de la Iglesia: porque es misión de la Iglesia volver a sanar al hombre de hoy, restituyéndole la imagen divina desteñida y perdida con el pecado. Necesitamos el perdón como el pan. Ayúdanos a comprender que, sin un trabajo interior profundo y continuado, no llegaremos nunca a la plena dignidad de hombres, aunque por fuera estemos sanos y bellos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

La fe tiene tanta energía como para no sólo salvar a quien cree, sino para que se salven unos por la fe de otros. Pues no tenía fe aquel paralítico de la ciudad de Cafarnaún, pero sí tenían fe quienes lo transportaron e introdujeron a través del tejado. El alma del enfermo sufría juntamente con el cuerpo la enfermedad. No creas que temo que él me acuse, pues el mismo evangelio dice: «Viendo Jesús» no la fe de él, sino «la fe de ellos, dice al paralítico: Levántate». Los que lo llevaban (al paralítico) eran quienes creían, y la curación sobrevino al que estaba paralítico.

Pero si no tienes ninguna fe, o la tienes escasa, claramente es el Señor para volverse propicio hacia ti cuando te conviertes. Con sencillez y de corazón, di simplemente: «Creo, Señor, ayuda a mi incredulidad» (Mc 9,23). Pero si crees que tienes fe, aunque todavía de modo imperfecto, es necesario que tú también digas con los apóstoles: «Señor, auméntanos la fe» (cf. Lc 17,5). Pues ya tienes algo en ti, pero recibirás algo de lo mucho que en él se contiene (Cirilo y Juan de Jerusalén, *Catechesis*, V, 8, Milán 1994, 238s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta misma maravilla:

«Todos se quedaron maravillados y daban gloria a Dios diciendo: "Nunca hemos visto cosa igual"» (Mc 2,12).

Caminar con la Palabra

«Entonces Jesús le ordenó: "Levántate, coge tu camilla y vete". En aquel instante, el enfermo quedó curado, tomó su camilla y comenzó a andar» (Jn 5,8s). La orden de vida la da Jesús. El hombre obedece: él no sabe quién es Jesús, pero intuye que el que le habla es portador de vida. Se habría podido que-

dar, perfectamente, tendido. Se adhiere a la resurrección. Jesús no le toca, como hace con otros enfermos, no le coge de la mano para ayudarlo a levantarse, precisamente porque la curación de este hombre pasa por recuperar la confianza en su propia identidad. Él mismo debe optar por levantarse, por recuperar su propio deseo de vivir.

Todo se da con una gratuidad total: es Dios el que cura. Pero a nosotros se nos pide un acto interior para acoger el don, y el acto que realiza este hombre es no cerrar su puerta pensando que es indigno de Dios.

Sin embargo, no deja allí su camilla. Se le ha pedido que la «coja» y no que la tire. Llevar la propia camilla es un acto interior preciso. «Llevar» es un verbo activo, mientras que «estar acostado» indica un estado pasivo. Llevar la propia camilla significa sustituir un movimiento de muerte por un movimiento de vida. Llevar el propio camastro, en vez de tirarlo, significa que no partimos de la nada, no partimos de cero, sino que nos levantamos, nos ponemos en camino, pero a partir de nuestro pasado. Llevar nuestro propio camastro significa dejar de estar aferrados a nuestro propio mal. Significa tomar conciencia de nuestros verdaderos problemas, salir del «victimismo» y no esperar a que los otros nos lleven para sumergirnos en la piscina.

Todos nosotros tendremos que hacer una parte de nuestro recorrido con nuestra camilla a cuestas. Vendrá después el momento en el que habremos de tirarla y, con la gracia de Dios, nos habremos vuelto capaces de «dejar ir lo que nos ha hecho mal» (S. Pacot, *L'evangelizzazione del profondo*, Brescia ³2004, 28s [edición española: *Evangelizar lo profundo del corazón: aceptar los límites y curar las heridas*, Narcea, Madrid ³2007]).

Todos, llamados (Mc 2,13-17)

¹³ Jesús volvió a la orilla del lago. Toda la gente acudía a él, y él les enseñaba. ¹⁴ Al pasar vio a Leví, el hijo de Alfeo, que estaba sentado en su oficina de impuestos, y le dijo:

–Sígueme.

Él se levantó y lo siguió.

¹⁵ Después, mientras Jesús estaba sentado a la mesa en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores se sentaron con él y sus discípulos, pues eran ya muchos los que lo seguían. ¹⁶ Los maestros de la ley del partido de los fariseos, al ver que Jesús comía con pecadores y publicanos, decían a sus discípulos:

–¿Por qué come con publicanos y pecadores?

¹⁷ Jesús lo oyó y les dijo:

–No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. Yo no he venido a llamar a justos, sino a pecadores.

La Palabra se ilumina

El escenario es el mismo lago (denominado impropiamente «mar» por Marcos) que contempló la llamada dirigida a los primeros discípulos. Se va constituyendo progresivamente el número doce, oficializado en 3,16ss.

Jesús prosigue su obra misionera de predicación («enseñaba», tiempo imperfecto empleado para indicar una acción prolongada) y de llamada a la gente que está a su alrededor. Jesús «captura» con la mirada y antes aún con su palabra, porque «ve», como ya ocurriera con

los primeros discípulos, a la persona a la que dirige después una apremiante invitación. La vista es una primera forma de contacto y de encuentro, que nos ayuda a superar nuestra ajenez. El destinatario de esa mirada cargada de interés es un recaudador de impuestos, una profesión que, en aquel tiempo y en aquella cultura, era motivo de desprecio y de aislamiento para los que la ejercían, porque caían con facilidad en abusos e injusticias. Por eso se les equiparaba a los pecadores, como se dirá un poco más adelante en el v. 16: «*publicanos y pecadores*». La opinión pública y el pensamiento dominante no pesan lo más mínimo en Jesús, que le dirige a aquel hombre, en el marco de su trabajo, esta orden: «*Sígueme*». Una palabra franca, cargada de confianza, enrola a Leví al servicio del Reino; reacciona con prontitud, se levanta (en griego puede sonar también «resurge») y sigue a Jesús. Y así seguirá con empeño y dedicación hasta el final. La tradición le identificará con el apóstol y evangelista Mateo.

Nace una relación nueva, hecha a base de docilidad, apertura, «ecumenismo». En la mesa común, expresión de amistad íntima y de ideales compartidos, este grupo, inicialmente heterogéneo por su procedencia y por el planteamiento de vida (discípulos, publicanos, pecadores), encuentra una homogeneidad de vida en torno al Maestro. Las diferencias ceden el paso en beneficio del estar con Jesús. Él crea comunión, sin anular las diferencias, pero sí privándolas de su maléfico poder de contraposición (cf. Col 3,11).

No todos reciben la lección de universalidad. Los presuntos maestros, bloqueados en el esquematismo rancio de sus categorías, no pueden aceptar que el Maestro se «rebaje» al nivel de los «*publicanos y los pecadores*». Va en ello su honorabilidad y su misma credibilidad. Su pregunta, dirigida a los discípulos, recibe una respuesta directa de Jesús, que interviene para impartir una enseñanza oral, después de haberla dado con su comporta-

miento. Jesús cita un proverbio, tal vez nuevo para el mundo judío, pero localizable en el mundo griego, capaz de expresar jugosamente el sentido de la misión. Él es el médico divino que va en busca de los enfermos. Sin metáforas: él ha venido para los pecadores, para aquellos que tienen necesidad de ser sanados por dentro, antes aún que del cuerpo, como ya aparece en el episodio del paralítico perdonado y sanado (cf. 2,1-12). La cita de los «*sanos*» sirve sólo para formar la contraposición con «*enfermos*», del mismo modo que «*justos*» se contraponen con «*pecadores*». En realidad, no hay «*sanos*» interiormente, porque todos los hombres experimentan la amarga tiranía del pecado, como sugiere Pablo: «*Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios*» (Rom 3,23). La presencia de Jesús resulta, por consiguiente, indispensable a todos los hombres.

La Palabra me ilumina

Clasificar, distinguir, dividir... son modos connaturales e instintivos. Si bien esto es muchas veces útil y necesario, en no pocos casos crea la anómala categoría de «buenos y malos», basada en los criterios inestables del subjetivismo y de las impresiones epidérmicas.

La escuela del Médico divino es antes que nada una enfermería donde aprendemos a curarnos de nuestra presunción de clasificar a los otros como «*publicanos y pecadores*». Esto nos da el sentido de nuestro límite y nos hace sentirnos necesitados del abrazo de misericordia que se llama perdón.

Aprendemos también la dulce ley de la comprensión. Acogida no es sinónimo de connivencia, y con ello aprendemos a distinguir la verdad del error, el bien del mal. Manteniendo siempre, no obstante, la posibilidad de una mejora en caso de que cometamos un desliz, de puesta al día o de rectificación, en caso de error. Como Jesús, debemos dar a conocer la vía de la mejora y

recorrerla nosotros primero, esperando que otros nos sigan.

Sentirnos en orden y clasificar a los otros como pecadores es un arrogante fariseísmo, ignaro de la realidad y miope ante la evidencia de una fragilidad crónica que aúna a todos, aunque sea a niveles y con modalidades diferentes.

Es mucho mejor que nos dejemos instruir por Leví e imitarle en lo de abrir su casa a todos, para que el Maestro pueda entrar y traer la frescura de la vida. Sentándonos a la mesa con él, en cada eucaristía, seremos purificados de la mezquindad de nuestras relaciones, nos conoceremos mejor a nosotros mismos y abriremos de par en par los horizontes de nuestro corazón.

La Palabra se convierte en oración

Busco tu horizonte, Señor, y sólo veo montañas que bloquean mi mirada y aguas en las que se ahoga mi vista. Experimento, además, el turbión de los sentimientos... y después están los acontecimientos que se suceden.

Sin embargo, sé, Señor que para llegar a tu horizonte debo llegar al pozo de tu impulso de amor, debo esperar según tu ardiente paciencia.

Señor, llévame de la mano y encontraré tu horizonte, el espacio infinito, la vida eterna. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

¿Los desterráis, pues, oh novacianos? ¿Y qué significa eso sino quitarles la esperanza del perdón? El samaritano no abandonó al que había sido abandonado medio muerto por los salteadores. Curó sus heridas con aceite y con vino. Vosotros, en cambio, exclamáis: «*No me toques*» (Jn 20,17). Dicen a título de justificación:

«No es nuestro prójimo», con una soberbia mayor que la de aquel doctor de la ley que quería poner a prueba a Cristo. Aquél preguntó, en efecto: «¿*Quién es mi prójimo?*» (Lc 10,25-29). Plantea una pregunta. Vosotros, en cambio, os negáis a prestar los cuidados a quienes hubierais debido hacerlo. Os alejasteis a la manera del sacerdote y pasasteis indiferentes como el levita. No hospedasteis en la posada a aquel por quien Cristo pagó dos denarios y del que os ordena haceros prójimo, para poder usar de misericordia con él con mayor facilidad.

Tu prójimo no es el que está unido a ti por los lazos de una naturaleza idéntica, sino el que está unido a ti por vínculos de piedad. Cuando depauperáis a la penitencia de todo fruto, no decís otra cosa que esto: Que ninguno que haya sido herido entre en la posada. Que nadie sea sanado en el seno de la Iglesia. Entre nosotros no se prestan cuidados a los enfermos. Estamos sanos y para nosotros el médico está de sobra. De hecho, Cristo en persona dijo: «*No necesitan médico los sanos, sino los enfermos*» (Ambrosio de Milán, *La Penitencia* I, 6, Roma 1976, 47s [edición española: *La penitencia*, Ciudad Nueva, Madrid 1993]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo e imita esta Palabra:

«*Leví se levantó y lo siguió*» (Mc 2,14).

Caminar con la Palabra

Leví, a diferencia de Zaqueo, no mira a Jesús, no espera su paso por allí. Está ocupado en sus asuntos, en su oficina de impuestos. Como es publicano «a todos los efectos», no da ninguna señal de arrepentimiento y conversión. Pues bien, precisamente a él, al *telón* despreciable, enriquecido por quién sabe que tráfico y especulaciones, se dirige Jesús: *¡Sígueme!* Leví no se ha dirigido a Jesús; la iniciativa es aquí completamente del

Hijo. Y ni siquiera se cuenta que Leví cambiara de vida o de mente o de costumbres a causa de esta llamada. Sólo está escrito que hospedó a Jesús en su rica casa, con sus amigos publicanos y pecadores. Un escándalo inaudito para los fariseos y los escribas. Pero también escándalo para los cristianos que vieron, siglos después, perfectamente representado el sentido de ese episodio (tan perfecta como involuntariamente) por el Tintoretto en el gran *teler* de la Academia.

Leví no se dirige a Jesús ni se convierte. Pero le *acoge*. Acoger es, por consiguiente, el gesto esencial. Es el gesto que abre —y si no se abre a quien llama a la puerta, nada resulta posible—. El de Leví es el primero, el esencialísimo acto de la dinámica de la fe. Por eso Jesús le sale al encuentro. Leví ni siquiera alude a una voluntad de devolver, según la ley, sus infames «ganancias». Sin embargo, se ha puesto en camino: ha respondido y acogido. Y Jesús lo ve y Jesús es amigo de esto. No condena a Leví por lo que hacía en su oficina de impuestos, ni siquiera le juzga. Es verdaderamente *médico*, verdaderamente aquel que viene a salvar. Y en pocos pasajes como en éste brilla más fuerte el poder de su *no juzgar*.

Ahora bien, esta llamada de Leví ha de ser escuchada formando unidad con otra. Se trata del apóstol Mateo (Mt 9,9; 10,3), calificado explícitamente de *telónes*. También Mateo estaba sentado en su mostrador, también a él se dirigió Jesús con esta expresión: *Sígueme*. El fariseo se mantiene alejado del pecador, pues teme que le contagie y quiere permanecer inmune. Jesús no sólo acepta su hospitalidad, habla con ellos y come con ellos, sino que les busca, les invita a seguirle. Les hace apóstoles suyos (Massimo Cacciari).

Novedad garantizada (Mc 2,18-22)

¹⁸ Un día en que los discípulos de Juan y los fariseos ayunaban, fueron a decir a Jesús:

—¿Por qué los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan y los tuyos no?

¹⁹ Jesús les contestó:

—¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos? Mientras el novio está con ellos, no tiene sentido que ayunen. ²⁰ Llegará un día en que el novio les será arrebatado. Entonces ayunarán.

²¹ Nadie cose un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo, porque lo añadido tirará de él, lo nuevo de lo viejo, y el rasgón se hará mayor.

²² Nadie echa tampoco vino nuevo en odres viejos, porque el vino reventará los odres y se perderán vino y odres. El vino nuevo en odres nuevos.

La Palabra se ilumina

El fragmento está compuesto por unidades minúsculas: la primera tiene que ver con el ayuno (vv. 18-20) y la segunda con el contraste entre lo viejo y lo nuevo (vv. 21s).

El punto de partida es un dato de hecho: los discípulos de Juan el Bautista y los fariseos están ayunando (v. 18a). Esta práctica estaba codificada desde los tiempos antiguos, pero su empleo amplio comenzará después

del exilio. El fariseo observante ayunaba dos veces por semana (cf. Lc 18,12). Los motivos del ayuno eran múltiples: como signo de luto, como modo de impetrar la ayuda divina con ocasión de calamidades inminentes o presentes, para pedir la curación o una asistencia particular (por ejemplo, antes de un viaje), para pedir perdón... No estará de más recordar, por otra parte, que esta práctica tenía en sí misma un valor relativo: dependía mucho de las intenciones y de las disposiciones del que ayunaba.

El contexto polémico en el que se inserta nuestro fragmento nos ayuda a comprender que la situación se pone de inmediato incandescente. La pregunta asume un tono acusatorio: «¿Por qué los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan y los tuyos no?» (v. 18b). Si dos escuelas teológicas de alto nivel –la de Juan y la de los fariseos– valoran esta práctica devocional (ése era el sentido del ayuno, diferente al obligatorio impuesto por la ley), ¿quiénes son los discípulos de Jesús para seguir un camino diferente? Evidentemente, la polémica se dirige contra el Maestro, que no enseña bien a sus discípulos. El choque es, por tanto, con Jesús: él no se alinea, sino que es un «diferente» que recorre un camino solitario y de meta incierta, si no incluso equivocada.

Jesús responde con una contrapregunta, según el estilo rabínico. Equipara a sus discípulos a los invitados a un banquete de bodas. Dado que los invitados forman parte constitutiva de la fiesta, practicar un ayuno equivaldría a no participar y, en consecuencia, la fiesta se esfumaría.

La verdadera novedad de la respuesta de Jesús se encuentra en un paso, sutil, pero decisivo: desde la imagen del banquete/invitados que tiene que ver con sus discípulos, a la del esposo que tiene que ver con su persona. Jesús, al identificarse con el esposo, introduce un salto

cualitativo en la esperanza mesiánica, que hablaba sólo de los «días del Mesías» y de las bodas, pero no atribuía al Mesías la imagen del esposo. Jesús es el esposo, el que hace posibles las bodas y el banquete anunciados por los profetas y esperados por la esperanza de Israel. Su presencia es alegría; es la novedad que desplaza los signos de luto o de tristeza, personificados en el ayuno.

Jesús no polemiza con el ayuno ni tampoco le quita su valor. Hay también un tiempo oportuno para el ayuno, expresado proféticamente con el «*llegará un día...*» del v. 20, una alusión a su pasión y muerte. Jesús no desdeña los signos de penitencia, pero ayuda a distinguir la novedad de la que es portador. Adopta una línea teológica nueva, pascual, compuesta de presencia (invitados/bodas/esposo) y de ausencia (no invitados/no banquete/no esposo). Jesús quita el ayuno de la lista de las prácticas devocionales y le confiere un valor cristológico: es el modo nuevo de relacionarse con él.

En este marco hemos de comprender también las dos imágenes siguientes. La primera se comprende de un modo más inmediato: el paño nuevo tiene un apresto más robusto que el viejo y coserlos juntos significaría producir un desgarró todavía mayor.

La segunda imagen es menos intuitiva para el lector moderno. Los recipientes para el vino se hacían con piel de animales que, cuando todavía estaba fresca, tenía la capacidad de soportar la fermentación del vino. Una vez seca, tendía a agrietarse y a perder la elasticidad que le permitía contener el vino nuevo en fermentación. De ahí el uso de poner el vino nuevo en odres nuevos.

En consecuencia, el mensaje es que la novedad, Jesús mismo, requiere una mentalidad y una vida que no tienen modelos precedentes. El único en quien es posible inspirarse es él, el Maestro. A él deben mirar los discípulos, y deben dejarse conducir por él.

La Palabra me ilumina

Se cuenta que un día Luis XIV le preguntó a Boileau por qué acudía tanta gente a la predicación del padre Letourneaux. El gran crítico le respondió: «Señor, sabéis muy bien que el mundo busca las novedades, y Letourneaux predica el Evangelio». La anécdota concreta algo que dijo san Ireneo en el siglo II: «Sabed que [Jesús] aportó consigo toda la novedad que había sido anunciada» (*Adversus haereses*, IV, 34, 1). Él es el esposo que obliga a suspender todo ayuno, él es el vino nuevo que necesita odres nuevos.

Las cosas que se repiten se echan a perder y las cosas que se echan a perder resultan molestas. También en nuestro caso las cosas o situaciones que percibimos por primera vez brillan como nuevas. A medida que las situaciones se repiten, pierden su capacidad de producir impacto, porque, en el fondo, la novedad no es otra cosa que el efecto de un impacto. Al perder la novedad se echan a perder y, al echarse a perder, pierden vida. Al mismo tiempo, desaparece por nuestra parte la capacidad de asombrarnos, que es la capacidad de percibir lo nuevo e incluso de captar cada vez como nueva la misma situación. Cuando muere nuestra capacidad de asombro, aparece la monotonía, que es madre e hija de la rutina, la cual, a su vez, engendra la apatía y la muerte.

Para salir de esta espiral puede servirnos de ayuda nuestra relación con Cristo: es el impulso lo que neutraliza la monotonía con la variedad. Ahora bien, con el tiempo viene también la monotonía de la variedad. La variedad viene de fuera; la vivificación, de dentro, de nuestro corazón. La solución profunda es que la novedad debe surgir de dentro. Un paisaje maravilloso, contemplado por un espectador triste, será siempre un paisaje triste. Una primavera espléndida es, para un melancólico, como un otoño mortecino. Lo importante es la capacidad de asombro, una capacidad que reviste de vida

las situaciones repetidas y da un nombre nuevo a cada cosa. Es la inagotable re-creación.

Es el corazón lleno de Dios el que hace bello lo que está a nuestro alrededor y lo que está dentro de nosotros. Nos amonesta san Agustín: «Despojaos de lo que ya es viejo; habéis conocido el nuevo canto. Un hombre nuevo, un Testamento Nuevo, un canto. El nuevo canto no es propio de hombres viejos; sólo lo comprenden los hombres nuevos, renovados de la vejez por medio de la gracia, que pertenecen ya al Nuevo Testamento, que es el Reino de los Cielos» (*Enarrationes in Psalmos*, 32, 8).

Se trata de una invitación, de un compromiso de novedad también para nosotros: cada día «nuevos», cada vez más nuevos...

La Palabra se convierte en oración

Señor, parafraseando al poeta, podemos repetir: «Hoy hay algo nuevo bajo el sol, mejor dicho, antiguo», pero pensamos de inmediato y sólo en ti, que eres la perenne novedad. Para nosotros, los cristianos, que escuchamos la Palabra de Dios, la novedad sólo puede surgir de Cristo. Y permanecer con él significa participar en el «valsar» de novedad que hace la vida chispeante cada día, porque está llena de sentido.

Por eso no queremos dejarnos seducir por las muchas «sirenas» que cantan himnos a lo nuevo pero nos dejan después amargura en la boca y decepción en el corazón. Creemos en ti y te celebramos como el Esposo que trae la vida, que acompaña nuestra existencia, que celebra las bodas de la eternidad. Queremos permanecer junto a ti: en el momento de la alegría, para compartir la mesa de la fiesta; en el momento del sufrimiento, para participar en tu *via crucis*, premisa y condición para encontrar la *via gloriae*. Pero siempre contigo, eterna novedad de vida. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Que cada uno, si quiere, se examine a sí mismo para ver de qué se alimenta, dónde vive, dónde se encuentra, a fin de que, teniendo entendimiento y adquiriendo un discernimiento exacto, se dé con ardor a tender al bien. Y después, cuando ores, pon atención a ti mismo, dominando los pensamientos y las potencias, preguntándote de dónde vienen, si de Dios o del adversario, y quién lleva el alimento a tu corazón, el Señor o las potencias de las tinieblas de este siglo.

Oh alma, cuando te hayas examinado y te hayas conocido a ti misma, pídele al Señor con deseo ardiente el alimento celestial, pídele crecer y obrar según Cristo, como se ha dicho: «*Pero nuestra ciudadanía está en los cielos*» (Flp 3,20), y esto no en apariencia y en figura, como piensan algunos. Fíjate cómo el corazón y los pensamientos de los que sólo tienen una apariencia de piedad están atados al mundo. Fíjate en la agitación y en la inestabilidad de su propósito, en la inconstancia de sus juicios, en la vileza y el miedo, como se ha dicho: «*Estarás en la tierra gimiendo y temblando*» (Gn 4,12).

De acuerdo con su incredulidad y con la confusión de sus pensamientos inestables, se ven zarandeados en todo momento como todos los otros hombres. Éstos se distinguen del mundo sólo en apariencia, en la imaginación y en las obras del cuerpo llevadas a cabo por el hombre exterior, pero con el corazón y la mente se ven arrastrados al mundo y se ven enredados en vínculos terrenos y vanas preocupaciones, y no poseen en el corazón la paz celestial, como dice el apóstol: «*La paz de Dios reine en vuestros corazones*» (Col 3,15). Es la paz que reina en los pensamientos de los creyentes y los renueva en el amor a Dios y a todos los hermanos (Pseudo Macario, *Omelie* 31, 6, Magnano [Bi] 1995, 326s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos?*» (Mc 2,19).

Caminar con la Palabra

Comer significa vivir, y la vida del hombre consiste en corresponder al amor gratuito de Dios. Pero sólo es posible amar a Dios porque él nos ha amado primero: «*Me amó y se entregó a sí mismo por mí*» (Gál 2,20), cuando yo era todavía pecador. Por eso los pecadores banquetean. Los justos, en cambio, ayunan, porque ignoran este amor. Pretendiendo todos merecerlo, no se dan cuenta de que el amor merecido no es ni gratuito ni amor; se quedan fuera de él precisamente con su esfuerzo por conquistarlo. Nuestra comida de pecadores perdonados con el Señor no es un banquete cualquiera. Es un banquete nupcial. Ésta es la alegría gloriosa e inefable que nadie habría podido suponer: en Jesús celebramos las bodas de Dios con la humanidad. Él se ha unido a nosotros para unirnos a él; se ha hecho hombre para que el hombre llegara a ser Dios. Ahora viven ambos en comunión e intimidad de vida, forman una sola carne y tienen un único espíritu. Toda la Escritura nos habla del «amor loco» del Señor; habla del amor excesivo con que nos amó. Desde las primeras páginas del Génesis, a través de los profetas y del Cantar, hasta el Apocalipsis, reivindica ser nuestro único interlocutor, nuestro *partner* celoso. La relación hombre-mujer es figura de la relación hombre-Dios. Él nos ha amado con amor eterno (Jr 31,3). Es discípulo el que ha conocido y creído este amor de Dios por él: dice su sí a quien le ha dicho su sí desde siempre, y vive en la alegría de la unión. Si en el pasado ayunaba esperando al esposo, ahora goza de su presencia. También él conocerá el «ayuno» en los días de tribulación, cuando el esposo beba el cáliz de la muerte. Ahora bien, este ayuno le recordará la fuente de su vida, cuando el Señor se convertirá en su alimento, uniéndose a él de una manera indisoluble. Jesús habla de nuestra relación con él a través de imágenes sencillas, que responden a experiencias primordiales: alimento, amor, vestido, bebida. Él es el esposo, el que da comienzo al banquete-

te nupcial al que se va con el traje nuevo y en el que se beberá un Espíritu nuevo. Lo viejo ha pasado; se mantienen todas las promesas, todas nuestras expectativas se han realizado: comienza la novedad del Evangelio, la vida en la alegría del sí recíproco entre Dios y el hombre (S. Fausti, *Ricorda e racconta il Vangelo. La catechesi narrativa di Marco*, Milán 1992, 89s, *passim*).

Sábado, día de liberación y de comunión (Mc 2,23-28)

²³ Un sábado pasaba Jesús por entre los sembrados, y sus discípulos comenzaron a arrancar espigas según pasaban.

²⁴ Los fariseos le dijeron:

–¿Te das cuenta de que hacen en sábado lo que no está permitido?

²⁵ Jesús les respondió:

–¿No habéis leído nunca lo que hizo David cuando tuvo necesidad y sintieron hambre él y los que lo acompañaban?

²⁶ ¿Cómo entró en la casa de Dios en tiempos del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes de la ofrenda, que sólo a los sacerdotes les era permitido comer, y se los dio además a los que iban con él?

²⁷ Y añadió:

–El sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. ²⁸ Así que el Hijo del hombre también es señor del sábado.

La Palabra se ilumina

Subsiste un clima tenso entre Jesús y sus adversarios. Nos encontramos en el marco agreste de un campo sembrado de trigo. Podemos deducir el tiempo: la primavera. Jesús y sus discípulos van de camino. Los segundos arrancan espigas para alimentarse. El gesto –trivial en sí mismo, pero invalidado por el hecho de ser realizado en sábado, convirtiéndose así en ilícito– brin-

da la ocasión para una nueva disputa (la cuarta) con los fariseos. Como en la precedente, Jesús defiende a sus discípulos y así orienta en la siguiente hacia una mejor comprensión del sábado.

Según la ley de Moisés, el sábado es un día de reposo absoluto, un día consagrado al Señor (cf. Éx 20,8-11). La casuística farisaica había precisado una serie de treinta y nueve actividades prohibidas; entre ellas figuran las relacionadas con la siega y, en consecuencia, el hecho de espigar. De ahí que los fariseos, celosos guardianes de la ortodoxia, pidan a Jesús una explicación de ese comportamiento incorrecto que viola la santidad del sábado. Los fariseos se mueven en el terreno de la legalidad: tienen la palabra escrita y la tradición de su parte.

Jesús responde sacando a relucir sus conocimientos bíblicos. También él se mueve en el terreno del texto escrito y cita un conocido episodio, referido en 1 Sm 21,1-7, relacionado con David y con sus compañeros. Todos ellos, que se encontraban en grave necesidad, reciben y comen los panes de la ofrenda, reservados a los sacerdotes. Fue el mismo sacerdote del santuario el que entregó los cinco panes a David: «*No tengo a mano pan ordinario; sólo hay pan del que ha sido ofrecido al Señor*». Jesús deja entender que, en algunos casos, las leyes tienen su justa derogación. El legislador tiene presente la situación común y general, y no puede pensar en todas las excepciones. El uso iluminado de la razón (¡no la propia conveniencia!) orienta hacia la justa aplicación de la norma. Se habla de *epikéia*, término técnico para intentar comprender la mentalidad del legislador y, por consiguiente, lo que éste pretendía al redactar la norma. Al mismo tiempo, se admite serenamente que el mismo legislador, en el caso particular, habría suspendido la regla general. Podríamos aplicar aquí este principio: «la excepción confirma la regla».

La cita bíblica prepara una conclusión que va mucho más allá del hecho. Jesús extrae un principio general y, después, una aplicación a su propia persona. El principio se convierte en una máxima, muy conocida y citada con frecuencia: «*El sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado*» (v. 27). La ley ha sido hecha para promover al hombre, para ayudarlo a vivir mejor, no para aprisionarlo en una red de observancias. El sábado es la fiesta de la liberación, la celebración de la liberación respecto a las cosas –incluso respecto a nosotros mismos–, para entrar en una comunión mayor con Dios. Somos libres *de* y, sobre todo, libres *para*. La aplicación, aunque no está propuesta de una manera explícita, es de una evidencia inmediata: los discípulos, mal alimentados, difícilmente habrían continuado el camino y tenían necesidad de reponerse, como los compañeros de David. Por eso era legítimo derogar la ley del rígido reposo sabático para espigolar en aquel sembrado.

La aplicación más importante viene al final y está referida a la persona de Jesús con un procedimiento *a minori ad maius*, que nosotros llamaríamos del «tanto más». Si David pudo transgredir un precepto en caso de necesidad, sin que por ello se le pueda incriminar, con mayor razón puede Jesús dejar hacer a sus discípulos. Jesús no sólo deroga el precepto, sino que es «*Señor*» del sábado, elevándose así con mucho respecto a la figura de David. Reivindica para sí una autoridad divina, que le permite una nueva reglamentación del sábado.

El capítulo 2 de Marcos acaba así con una solemne afirmación sobre la identidad de Jesús y recuerda otra, análoga, al comienzo del mismo capítulo. Con ocasión de la curación del parálítico bajado por el techo, Jesús había reivindicado ser el Hijo del hombre con poder para perdonar los pecados (cf. 2,10). Y ahora declara que es superior al sábado. Son mensajes fuertes, enviados a sus adversarios no menos que a sus discípulos.

La Palabra me ilumina

Sentimos la urgencia de redescubrir el valor del sábado, el día del Señor, que para nosotros, los cristianos, es el domingo. No tenemos el rigor miope de los fariseos, pero hemos perdido el pudor de «*dar a Dios lo que es de Dios*». La obligación de los llamados trabajos serviles estaba destinada a garantizar el tiempo útil para el reposo, el estar juntos, la prolongación de nuestra permanencia en presencia de Dios.

Hemos acabado por rellenar el día del Señor con todo: cosas buenas, otras lícitas, otras sospechosas, otras todavía discutibles o negativas. Es hermoso el tiempo pasado en familia, visitando a los amigos y parientes, a fin de recuperar el sentido de la comunidad. Esto es todavía más hermoso si lo vivimos como una prolongación o extensión de otro modo de compartir, el eclesial, el de la Palabra y el Pan partidos. La celebración eucarística festiva debe caracterizar nuestra relación con Dios, hacernos sentir como su familia. De este modo se vuelve infinitamente más enriquecedor el sentido de la familia y de la amistad que compartimos con los otros.

No estamos llamados a emprender ninguna «cruza-da». Las contraposiciones rígidas, o las tomas de posición fuertes, raramente producen un buen efecto. Es mejor seguir la vía más larga y también tortuosa del convencimiento poco a poco, del testimonio «puerta a puerta». Los otros, al ver las opciones y el estilo de vida que caracterizan a nuestros domingos, se mostrarán estimulados a reflexionar sobre el hecho de que existe un modo alegre y fructuoso de vivir el día del Señor, evitando el estrés y la sobrecarga de compromisos. Después de habernos repuesto «*a la sombra de sus alas*», podemos empezar la nueva semana laboral templados de nuevo en el aspecto físico y saciados por dentro.

La Palabra se convierte en oración

Señor Dios, apreciamos la libertad que nos has dado de hacer excepciones. En ella leemos tu gran amor por el hombre, al que quieres liberar de las trabas del legalismo y ligarlo a la ebriedad de un amor que une sin encadenar.

Nos has liberado de Egipto para llevarnos a la tierra donde manan la leche y la miel que nos dan la posibilidad de estar contigo sin límites ni condicionamientos, como en el tiempo de la esclavitud. Nos liberaste del pecado enviando a tu Hijo para dar concreción histórica al anhelo de libertad, a menudo publicitada y nunca saboreada hasta el fondo. Al sentirnos tus hijos experimentamos la alegría de la libertad respecto a las cosas y respecto a nosotros mismos para estar contigo.

En el juego del derecho, hemos acabado por dejarnos guiar por las excepciones, olvidando las reglas. Hemos hablado de libertad, cuando hubiera sido más correcto llamarla libertinaje; hemos invocado nuestra persona, cuando era nuestro egoísmo el que nos dominaba. Te pedimos, pues, que nos hagas saborear tu nuevo sábado, que es estar contigo, plenamente libres de las cosas y de nosotros mismos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Las fiestas y las tradiciones han sido establecidas como frutos de la caridad, y no para que la caridad fuera fruto de ella. En consecuencia, no se debe destruir aquello por lo que ellas existen, con el pretexto de mantenerlas inmutables. En efecto, la santa eucaristía, el crisma santificador, las fiestas del Señor y todo lo que de ahí se sigue se nos han dado como signos de las gracias que nos concede el Salvador.

Pues bien, ¿qué consideraréis más conveniente: cambiar su materia, el tiempo, o bien, para conservarlas tal

cual de manera obstinada, deshacer la unidad de la Iglesia de Cristo, establecida en la paz? ¿No preferís más bien tomar como ejemplo la voluntad del Señor, que, tras haber instituido el sábado para el reposo del hombre, consideró justo romper aquel reposo en beneficio de la salvación del hombre (Mc 2,28)?

Estemos bien atentos, hermanos, que el Verbo no tenga que decir también de nosotros que somos hipócritas y que, por atenernos a nuestras tradiciones, destruimos la Ley de Dios. Tal vez también tenga que dirigirnos a nosotros el Señor el reproche de Isaías: «¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; en vano me dan culto, pues las doctrinas que enseñan son preceptos humanos”. Vosotros desobedecéis el mandato de Dios para seguir vuestra tradición» (Mt 15,6ss; Is 29,13). Pero, dirá alguno, ¿qué mandato de Dios hemos transgredido para mantener nuestra tradición? ¡Es la caridad recíproca, hermano mío! (Nerses de Lambrón, *Discorso sinodale*, Magnano [Bi] 1996, 84s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repíte a menudo y vive esta Palabra:

«Y añadió: “El sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado”» (Mc 2,27).

Caminar con la Palabra

Las autoridades religiosas del tiempo de Jesús dieron un carácter absoluto a la ley y transformaron el nido en una jaula. La ley religiosa no es negativa. Es, más bien, necesaria. Es un regalo que Dios ha hecho a la humanidad, a fin de revelarle su voluntad. Sólo cuando se vuelve absoluta, se hace negativa. La humanidad no está condenada eternamente a vivir siguiendo un código exterior, sino que debe usar el código exterior como una escalera que lleva a la caridad infinita. Las escaleras sirven para

ser subidas y no para sentarse encima de ellas. Si el que había empezado a subir se sienta en la escalera, no entra en la libertad infinita, ni permite a otros entrar en la vida. Se convierte en un obstáculo para el crecimiento espiritual de las personas hacia Dios. Lo dijo Jesús.

Si la religión basada en la ley escrita es un nido, el pájaro madre contempla con alegría el momento en que sus pequeños vuelan en la libertad del espacio infinito. Ahora bien, si es una jaula, instituye guardianes de la prisión que controlan las puertas, proveen el alimento cotidiano y están atentos a que los pajarillos no dejen la jaula. Castiga a los pajarillos que prueban a salir de la jaula y ponen en tela de juicio su naturaleza absoluta. Por otra parte, crea dualidad entre el justo y el injusto: entre el que está dentro y el que está fuera de la jaula. En la jaula hay seguridad, protección, alimento y existencia, pero no hay vida. El pájaro que vuela no tiene seguridad, es vulnerable, pero tiene vida, con sus infinitas posibilidades. La diferencia entre un nido y una jaula es que esta última tiene puertas y guardianes, mientras que el nido no tiene puertas, sino sólo tiene una madre y un maestro. Cuando se pone puerta a un nido, éste se transforma en una jaula. Cuando se quita la reja de la jaula, ésta se convierte en un nido. Los guardianes se transforman en madre y en maestro (J. M. Kuvrapu, *Sulle acque dell'oceano infinito. Una lettura indo-cristiana della buona novella di Gesù*, Roma 2002, 9).

El hombre, en el centro

(Mc 3,1-6)

¹ Entró de nuevo en la sinagoga y había allí un hombre que tenía la mano atrofiada. ² Le estaban espiando para ver si lo curaba en sábado y tener así un motivo para acusarle. ³ Jesús dijo entonces al hombre de la mano atrofiada:

–Levántate y ponte ahí en medio.

⁴ Y a ellos les preguntó:

–¿Qué está permitido en sábado: hacer el bien o hacer el mal, salvar una vida o destruirla?

Ellos permanecieron callados.

⁵ Mirándoles con indignación y apenado por la dureza de su corazón, dijo al hombre:

–Extiende la mano.

Él la extendió, y su mano quedó restablecida.

⁶ En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos para planear el modo de acabar con él.

La Palabra se ilumina

Estamos en la sinagoga de Cafarnaún, lugar de oración y también de encuentro y de debates teológicos. La relación con Jesús ya está estropeada por parte de algunos que se relacionan con él de una manera polémica. Falta la serenidad de la relación, la docilidad de la escucha, la obediencia de la fe. El fragmento se resiente desde el comienzo de esta fuerte desavenencia y hace respirar al lector el aire contaminado de la disputa hostil.

Está presente un hombre con una mano atrofiada. Algunos, no bien identificados, aunque, a buen seguro, hostiles a Jesús, «*le estaban espiando para ver si lo curaba en sábado y tener así un motivo para acusarle*» (v. 2). Se trata de personas prevenidas, prisioneras de las sospechas y envenenadas por los resentimientos. Les falta la libertad de una relación serena, de una escucha virgen de la realidad. Jesús sale enseguida al descubierto, toma la iniciativa y ordena al enfermo que se ponga en medio. La posición espacial remite metafóricamente a la espiritual: el ser humano debe *estar en el centro*, siempre.

La polémica, que podía permanecer en el ámbito del pensamiento y de las sospechas, sale a la luz. La pregunta de Jesús (v. 4) sirve para plantear el problema de manera correcta y para situar el centro de gravedad de la discusión. Para sus adversarios, el dilema se situaba en la licitud o ilicitud de la curación en sábado. La alternativa –sugiere Jesús, en cambio– no se sitúa entre realizar o no una acción (perspectiva de los adversarios de Jesús), sino entre realizar el bien o el mal, idea reformulada con esta expresión: salvar una vida o destruirla. La pregunta encuentra como respuesta sólo un silencio hostil (v. 5). Los adversarios de Jesús no quieren responder porque, si lo hicieran, deberían orientarse sin sombra de duda hacia el bien, que equivale, en este caso, a salvar la vida. Entrarían en contradicción consigo mismos y se verían obligados a darle la razón a Jesús. Mejor, por consiguiente, guardar un silencio bellaco.

Marcos estampa la bellaquería de los adversarios de Jesús en la descripción, extrañamente detallada, de los sentimientos de éste: «*Mirándoles con indignación y apenado por la dureza de su corazón*» (v. 5). La indignación expresa un contraste clamoroso en la relación entre Jesús y los otros: no tienen nada en común. La tristeza envuelve a Jesús por dentro al ver el efecto devastador de una soberbia obstinación en las personas que no se abren a la evidencia de la realidad porque están mez-

quinamente empeñadas en aprisionar todo y a todos en sus mortificantes esquemas.

Jesús pasa a la acción y cura al enfermo, mostrando la prioridad del bien y de la salvación de la vida sobre los rígidos esquemas del descanso sabático. Aparentemente, Jesús ha infringido la ley, al contravenir el descanso del sábado. Lo que hace en realidad es ayudar a comprender el espíritu de la ley, a considerarla en su interior y a extraer las debidas aplicaciones. La gloria de Dios –fin último de la observancia de la ley– no entra en competición con el bien del hombre. Colocar al ser humano *en el centro del interés* significa reconocerle la altísima dignidad de la que ha sido revestido por Dios. Y Dios se siente glorificado cuando se le restituyen al hombre la dignidad y la salud, cuando se le dan amor y futuro. Es el sábado de Dios puesto al servicio del hombre.

La reacción de sus adversarios es brutal, incluso homicida, porque deciden eliminar al incómodo Maestro de Nazaret que altera el orden constituido (v. 6). Para crear esta «asociación para delinquir» inventan nuevas y heterogéneas alianzas, confabulándose los fariseos con los herodianos. Se trata de dos grupos radicalmente distintos por sus planteamientos políticos y su sensibilidad religiosa, dos grupos antagonistas, coaligados, sin embargo, para hacer frente al enemigo común: Jesús. Paradójicamente, el que hace reflorar la vida en el hombre enfermo debe ser quitado de en medio. Se perfila el drama de la Pasión, aunque una íntima convicción deja ver que el mal no tendrá la última palabra y al final surgirá el canto de victoria de la vida, anticipado ahora con la curación del enfermo.

La Palabra me ilumina

Cuore matto (corazón loco) era el título de una simpática canción italiana que estuvo de moda hace algunos años. Podría convertirse en el estribillo que foto-

grafía la situación de los adversarios de Jesús y, tal vez, de algunos de nuestros comportamientos. Atentos a la escrupulosa observancia exterior, no caemos en la cuenta de que decapitamos la ley, envileciéndola en su función. La norma, la regla, el código, están en función del crecimiento armónico del ser humano y son una guía, no un fin. Ponerlos en el centro equivale a esclavizar al hombre, despojándole del papel principal que le compete. La ley, precisamente porque no es un absoluto, hay que situarla en la historia, que es el marco en el que vivimos.

Para evitar vernos enredados por lo que es exterior, debemos sentirnos protagonistas y, humildemente, en el centro. Debe estar implicada toda nuestra persona: inteligencia, voluntad, corazón, sentidos externos e internos. La ley sólo ilumina y orienta si interactúa con toda la persona.

En algunos casos, la ley se convierte en un pretexto o en una cómoda mampara para ocultar sentimientos contaminados que crecen en nuestro corazón. Es preciso ser sinceros con nosotros mismos para distinguir bien si estamos dando valor a la norma o si nos estamos sirviendo de ella para nuestras segundas intenciones. Se trata de mecanismos subterráneos, que no siempre conseguimos ver y descifrar.

Debemos «caldear» la ley y vivirla como palpito de amor. Jesús es médico y ama la vida; es el esposo que desea el florecimiento total de la esposa. La libera del mal, de todo mal. Nos repite: «Extiende la mano, confíate a mí, yo soy tu salvador y el que te cura».

La Palabra se convierte en oración

Oh Espíritu Santo, nos alegra tener una ley que nos guía y nos orienta. También somos conscientes de que muchas veces la eludimos para seguir nuestro instinto

de autonomía. Otras veces la tomamos como pretexto para defender nuestras posiciones, para acusar o «enredar» a los otros. Tanto en uno como en otro caso, consideramos la ley como una realidad exterior y distinta. Ayúdanos a comprender que tú eres la verdadera ley, la escrita en los corazones y en tu Palabra. Concédenos un oído fino para escucharla, una voluntad robusta para cumplirla y un amor delicado para vivirla como parte constitutiva de nosotros mismos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Me parece, hermanos, que habéis escuchado atentamente el fragmento evangélico que se acaba de leer, donde el Señor Jesús, al entrar en sábado en la sinagoga, curó con medicina espiritual a un hombre que tenía una mano parálitica: no con compresas de hierbas u otros medicamentos, sino con una orden vigorosa y decidida. Pero veamos qué representa esta mano parálitica, puesto que el Salvador no viene a tratar la causa de un solo hombre, a curar la enfermedad de una sola persona, sino a sanar los males de todo el género humano.

Jesús dice: «*Extiende la mano*», la mano que se ha entumecido sacrificando a los ídolos. Dice: «¡Extiende tu mano!», la mano que se ha secado recibiendo los frutos de la usura; Jesús dice: «¡Extiende tu mano!», la mano que se había alargado para apropiarse de los bienes de los huérfanos y de las viudas. Sin embargo, aunque tú creas que tienes las manos sanas, ten cuidado de que no se contraigan por la avaricia. Extiéndelas más bien con frecuencia para socorrer a los pobres, para brindar hospitalidad a los peregrinos; extiéndelas siempre para invocar la misericordia del Señor con tus pecados.

Sé misericordioso, sé generoso y recuerda lo que dijo el profeta: «*Que no esté tu mano contraída a la hora de recibir y replegada a la hora de dar*». De este modo, podrá estar sana tu mano si se abstiene de obrar el mal y se

abrirá a obrar el bien (Máximo de Turín, *Sermoni*, 43, Milán 1975, 131).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y acoge esta Palabra:

«*Jesús dijo al hombre: "Extiende la mano". Él la extendió y su mano quedó restablecida*» (Mc 3,5).

Caminar con la Palabra

«*Extiende la mano*». A esto apunta toda la acción de Jesús: a curarnos la mano, cerrada en la posesión y acartonada en la muerte, para que acoja el don del sábado. Este milagro, dice Jesús, es cuestión de vida o muerte. Si lo hace, nos salva; si no lo hace, es como matarnos, porque nos deja en nuestra muerte. No basta con que nos haga el don; debe darnos también la mano para cogerlo. De otro modo, caerá en tierra. Todo lo que ha hecho hasta ahora, y que culmina en el alimento sabático, imagen de la vida divina, quiere dármelo Jesús personalmente. Cura, por tanto, mi mano, libera mi deseo, para que la extienda, para que se extienda a recoger su don: «*Abre tu boca, quiero llenarla*» (Sal 81,11). Es el milagro más difícil de Jesús: le costará la vida. En efecto, inmediatamente después, el poder religioso se alía con el civil para eliminarlo. Ahora bien, su cruz será al mismo tiempo el mayor mal y el máximo bien: desenmascarará a Satanás y el mal que nos hace impidiéndonos este deseo, y, al mismo tiempo, Dios nos revelará el bien que nos desea, capaz de enternecer hasta el corazón más endurecido. Sus manos clavadas soltarán nuestra mano rígida. Se perfila en el horizonte el árbol del que colgará el fruto hacia el que podemos y debemos tender la mano para llegar a ser como Dios.

Este relato cierra una etapa del evangelio, en la que Jesús nos ha revelado quién es él en lo que hace por nosotros. Marca así mismo un giro decisivo en su vida: se verá obligado a «*retirarse*» definitivamente «*junto al mar*» (Mc 3,7). Allí, con el poder de su palabra, comenzará el nuevo éxodo (capítulo 4). Liberará al pueblo de la esclavitud del mal, de la enfermedad y de la muerte (capítulo 5), y lo convocará en el desierto, donde lo ali-

mentará con su maná (capítulos 6-8). Son los sacramentos fundamentales de la Iglesia: el anuncio, el bautismo y la eucaristía, que son, respectivamente, la llamada a la vida nueva, el don y el desarrollo de la misma (S. Fausti, *Ricorda e racconta il Vangelo. La catechesi narrativa di Marco*, Milán 1992, 101).

De parte de los desheredados, a pesar de una búsqueda interesada (Mc 3,7-12)

⁷ Jesús se retiró con sus discípulos hacia el lago y le siguió una gran muchedumbre de Galilea. También de Judea, ⁸ de Jerusalén, de Idumea, de Transjordania y de la región de Tiro y Sidón acudió a él una gran multitud al oír hablar de lo que hacía. ⁹ Como había mucha gente, encargó a sus discípulos que le preparasen una barca, para que no lo estrujaran. ¹⁰ Pues había curado a muchos, y cuantos padecían dolencias se le echaban encima para tocarlo. ¹¹ Los espíritus inmundos, cuando lo veían, se postraban ante él y gritaban:

–Tú eres el Hijo de Dios.

¹² Pero él les prohibía enérgicamente que lo descubriesen.

La Palabra se ilumina

Al marcado contraste entre Jesús y sus adversarios, registrado en los episodios precedentes, le sirve de contrapunto un cuadro de relación serena con la muchedumbre. Aunque Marcos deja entender a las claras que muchos buscan a Jesús por interés, el clima está sereno y el terreno preparado para próximas siembras fructuosas, como la llamada de los Doce.

Jesús abandona el centro habitado, probablemente Cafarnaún, para retirarse a las proximidades del lago. El lugar, ameno y desierto, ha sido ya antes escenario de la llamada de los primeros discípulos. Éstos, junto con otros llamados, se encuentran con Jesús, prosi-

guiendo la relación que, a continuación, se estabilizará con una intensa comunión de vida. También «*una gran muchedumbre de Galilea*» se une al Maestro. Las razones de tal afluencia de gente no se dicen, de momento. Se precisan, inmediatamente después, junto con numerosas y precisas informaciones geográficas. Llega también gente del sur, de la región de Judea y de Jerusalén.

La fama de Jesús ha superado los límites históricos de Palestina, porque llega una «*gran multitud*» del exterior. Si la fama de Juan el Bautista atraía a personas de Judea y de Jerusalén, en el caso de Jesús acuden judíos y no judíos, que habitaban en Idumea, al sur; en Transjordania, al este, y en las zonas situadas en torno a Tiro y Sidón, ciudades ubicadas al norte de Galilea. Con este círculo ideal –en el que falta el oeste, porque está ocupado por el mar Mediterráneo–, el evangelista parece decirnos que la gente acude de todas partes. Aquí encontramos la causa de tanto interés: la gente acude porque ha oído hablar de las numerosas curaciones llevadas a cabo por Jesús. Se trata de una «carrera para llegar al curador», que se explica también por la creencia popular de la época según la cual un simple contacto con él proporciona la curación del mal, sea cual sea (eso será también lo que piense la mujer que padecía hemorragias en 5,28). Jesús no desdeña salir al encuentro de una muchedumbre necesitada; por eso, no huye, ni se muestra irritado con tanta invasión. Tampoco se niega a acoger a una muchedumbre que le busca por interés. Se limita a tomar algunas precauciones, para garantizar su propia integridad física. Pide a los discípulos que pongan una barca a su disposición («*barquilla*» en griego) para evitar que le aplasten.

Hasta los demonios intentan «aplastarle» a su manera. Al reconocerle y aclamarle como «*Hijo de Dios*», expresan una sacrosanta verdad. Sin embargo, están movidos por un intento malvado que, de una manera solapada, querría evitarle la cruz. Es querer proclamar

la gloria olvidando que el único acceso a ella es por la puerta estrecha del sufrimiento amorosamente aceptado. No se puede «saltar» la cruz, sino que es preciso acogerla y llevarla. Por eso rechaza Jesús radicalmente esta afirmación, caída como un meteorito por el testimonio forzado de los demonios.

Para acoger el Evangelio, que es «buena noticia», es preciso estar, como los discípulos, con el Señor Jesús, escucharle cuando habla desde la «barquilla» que es la Iglesia, interrogarse ante los signos que realiza, vivir de la confianza que infunde su persona y seguirle por el camino que va trazando.

La Palabra me ilumina

La búsqueda de Dios apasiona desde siempre a la historia de la espiritualidad. Los latinos la expresaban con una fórmula plena y expresiva: *quaerere Deum*. La adoptamos como un principio útil inspirador de vida. Con todo, debemos estar en guardia para evitar, como la muchedumbre, una búsqueda utilitaria, marcada por un interés egoísta. Podemos caer en una religiosidad que sea sólo la satisfacción de una necesidad, un fuerte asidero para acometer nuestros titubeos o miedos. Si así fuera, estaríamos preparando un sucedáneo y no una verdadera relación con Dios. Precisamente porque nos damos cuenta del peligro, debemos estar vigilantes para tener una relación personal, constituida por una amorosa confianza y abandono. Él está siempre con nosotros, nos rodea y caldea las fibras de nuestro corazón. También nosotros le invocamos: «*Tú eres el Hijo de Dios*». En cualquier caso, el divino Maestro nos educa para hacer el bien.

Cuando la otra parte se muestra adversa o simplemente no en plena sintonía, encontramos de inmediato excusas para escurrirnos, para reducir nuestro compromiso, para remitir el asunto a condiciones más propicias. Hoy hemos aprendido que debemos apoyarnos en unas mo-

tivaciones vigorosas, que no vacilen ante comportamientos ambiguos o no del todo correctos respecto a nosotros. La opción de Jesús es clara e inequívoca: estar de parte de los desheredados y de los que no cuentan. Su intervención representa una mano fuerte para restituirles, junto con el bienestar físico, un poco de dignidad y, sobre todo, para asegurarles que Dios está a su lado. Lo han experimentado en la persona de Cristo; que el que gravite en nuestra órbita de acción pueda experimentarlo en nosotros, los cristianos.

La Palabra se convierte en oración

Señor, querríamos ser cada vez menos muchedumbre y cada vez más discípulos. La muchedumbre es anónima y le mueve más el instinto que una decisión ponderada. No queremos buscarte por un vil interés. Sabemos, ciertamente, que sin ti no podemos hacer nada, no valemos nada. Pero nuestra búsqueda querría ser una señal de amor, un resorte del corazón y un relámpago de la inteligencia, un continuo ejercicio de la voluntad para estar siempre junto a ti, aun cuando las condiciones se presenten, humanamente hablando, desfavorables. Si somos capaces de buscarte por amor, porque tú eres el Señor, encontraremos también luz y vigor para confesar-nos discípulos tuyos en los momentos oscuros.

Concédenos, Señor, la constancia de la búsqueda y la alegría de encontrarte. Hoy y siempre. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Extiende tu caridad al mundo entero, si quieres amar a Cristo, puesto que los miembros de Cristo están dispersados por todo el mundo. Si no amas más que a una parte, estás separado de él; si estás separado, entonces no formas parte del cuerpo; si no formas parte del cuerpo, entonces no estás bajo el dominio de la cabeza.

¿Por qué razón creer y blasfemar? Tú le adoras como cabeza y le blasfemas en el cuerpo. Él, en cambio, ama su cuerpo. Aunque te separes de su cuerpo, la cabeza no se separa absolutamente de él. En vano me honras –te grita desde el cielo–, precisamente me honras en vano.

Como si alguien quisiera besarte el rostro pisándote los pies. He aquí que con botas herradas te pisa los pies queriendo coger entre sus manos tu rostro para besarlo. ¿Acaso no interrumpirías semejante demostración de respeto gritando: Qué haces, me estás pisando?

De este modo, nuestro Señor, Jesucristo, antes de subir al cielo, nos recomendó su cuerpo a través del cual se quedaría en la tierra. Se daba cuenta de que muchos le habrían honrado en su gloria, pero veía que semejantes honores habrían sido vanos en cuanto que habrían seguido despreciando a los miembros de su cuerpo en la tierra (Agustín de Hipona, *Cartas*, “*Ad Parthos*”, X, en PL 35, 2.060s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y medita esta Palabra:

«Jesús encargó a sus discípulos que le preparasen una barca, para que no lo estrujaran» (Mc 3,9).

Caminar con la Palabra

Los hombres acuden a Jesús en multitudes desbordantes porque han oído decir lo que hace. Lo que les atrae es la fama de sus curaciones y de sus prodigios. Diríase que se ha querido subrayar aquí el ansia de milagros que había en la muchedumbre y el anhelo de obtener ayuda para sus sufrimientos corporales. Sin embargo, no se trata más que de una impresión falaz: en el centro no se encuentra el pueblo, sino Jesús y su obrar. Debe ser visto a través de la irresistible atracción que ejerce y a través del poder para curar que se difunde desde él. Lo que se describe aquí con los medios intuitivos de una cosmología primordial mantie-

ne intacto su significado revelador: Jesús es la fuente oculta de la salud, el médico de la humanidad enferma en el espíritu.

La fuerza que, según esta descripción, sale y se exterioriza en el Jesús terreno, obra de una manera más elevada, como poder redentor, en el *Resucitado*, que puede y quiere llevar a toda la humanidad la fuerza de la vida divina. El cuadro esbozado en este relato, donde se resume el éxito conseguido por la actividad de Jesús a orillas del lago de Genesaret, punto terreno de partida y centro de su mensaje de salvación, es como una figura de la humanidad reunida en torno a la persona del Resucitado, que le da la fuerza de la divina redención siempre que ésta reconozca en él al Salvador y al Médico que Dios le ha enviado (R. Schnackenburg, *Commenti spirituali del Nuovo Testamento. Vangelo secondo Marco*, Roma 1973, I, 83s, *passim* [edición española: *El evangelio según san Marcos*, Herder, Barcelona 1980]).

Llamados para hacer y dar comunión de vida

(Mc 3,13-19)

¹³ Subió después al monte, llamó a los que quiso y se acercaron a él. ¹⁴ Designó entonces a doce, a los que llamó apóstoles, para que lo acompañaran y para enviarlos a predicar ¹⁵ con poder de expulsar a los demonios. ¹⁶ Designó a estos doce: a Simón, a quien dio el sobrenombre de Pedro; ¹⁷ a Santiago, el hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, a quienes dio el sobrenombre de Boanerges, es decir, hijos del trueno; ¹⁸ a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el Cananeo ¹⁹ y Judas Iscariote, el que lo entregó.

La Palabra se ilumina

La narración evangélica desarrolla una serie de recuerdos históricos sobre la relación entre Jesús y sus discípulos: en primer lugar, los llama, después los tiene junto a él para formarlos y, por último, los envía en misión. Aquí nos encontramos en la fase inicial, la fase de la *llamada*. Encontramos, por primera y única vez, la lista de los que Jesús invitó a participar más cercamente en su misión y a ser fieles testigos suyos.

Jesús se reúne con la muchedumbre a orillas del mar y les ofrece su enseñanza, manifestándose como maestro y profeta, mientras que cuando quiere orar o realizar actos importantes para sus discípulos sube al monte (v. 13), apartándose así de la muchedumbre. Estamos

ante un movimiento cargado de mensaje y de luz: no se trata, a buen seguro, de rebajar a la muchedumbre respecto a los discípulos, y mucho menos de menospreciar la obra de evangelización, sino que, al contrario, lo que se pretende es ilustrar los dos momentos, complementarios entre ellos y no sólo sucesivos, de la única obra salvadora de Jesús: el servicio a la Palabra y la institución de instrumentos de servicio para el pueblo de Dios. La institución de los Doce forma parte constitutiva y esencial del proyecto salvífico de Jesús.

Los dos verbos que rigen toda la sintaxis de estos relatos son «llamó» y «designó» (este último se repite dos veces). Mientras que el primero remite a la *vocación* de Andrés y Simón, de Santiago y de Juan (1,16-20), el segundo prelude la *misión* de los Doce y su participación efectiva en la obra mesiánica (6,7-13). La misión presupone la vocación, y ésta fundamenta y justifica aquélla. Esto vale para los discípulos de todos los tiempos y de todos los lugares. Está trazado el itinerario completo para quien quiera ponerse a seguir a Jesús y colaborar en la difusión del Evangelio. En la raíz de todo esto se encuentran la acogida de su invitación, la aceptación de la tarea misionera y el compartir el misterio de aquel que llama, designa e invita.

Lo que se debe poner de relieve en estos dos momentos es la iniciativa de Jesús, que «llamó a los que quiso» (v. 13). En esta expresión reconocemos la autoridad (*exúsia*), ya señalada por Marcos en 1,22.27, que caracteriza al Nazareno en las controversias que mantiene con los maestros de la ley, aunque Jesús ejerce también este poder respecto a los que llama a su lado, para investirles de su misión y para hacerles partícipes de sus prerrogativas mesiánicas. No cabe la menor duda de que, al obrar de este modo, Jesús apunta a garantizar una continuidad sólida y estable con la misión que él mismo recibió del Padre y que está desarrollando en beneficio de los hombres y las mujeres de su tiempo.

Es él quien designó a doce «para enviarlos» (vv. 14s): es el acto de la institución de los Doce, en la línea de lo que leemos en 1 Sm 12,6 respecto a Moisés y Aarón, o bien en 1 Re 12,31 respecto a los sacerdotes. Los Doce son exclusivamente creación de Jesús y representan la nueva comunidad salvífica. Al decir que los «designó» (literalmente: «hizo») indica que los «creó», llevando a cabo algo insólito. Jesús elige, entre el gran número de sus discípulos (cf. Mc 2,15), un círculo más restringido, el de los Doce. No son gente perfecta ni, mucho menos aún, están sustraídos a las lisonjas del mal. Con todo, se distinguen de los simples discípulos tanto por su particular vocación como por su especial misión. Son doce porque éste era el número de las tribus de Israel y, al elegir a doce apóstoles, Jesús remite a la continuidad y se sitúa también en la línea de un nuevo punto de partida, porque ahora serán ellos el punto de referencia.

Es preciso señalar el contraste entre el primero y el último de los Doce: Simón y Judas. Del primero se dice que Jesús le «dio el sobrenombre de Pedro» (v. 16; cf. 1 Cor 12,28) para subrayar la posición primacial de Pedro. El hecho de que Jesús cambiara el nombre de Simón por el de Pedro significa también, por una parte, que Jesús es superior a Pedro, como el que da el nombre respecto al que lo recibe, y, por otra, que Simón tendrá, de ahora en adelante, un destino nuevo, una nueva tarea que le cualifica –gracias al don que le otorga Jesús– frente a los otros apóstoles. A Judas, sin embargo, se le califica como «el que lo entregó» (v. 19). El detalle remite al acontecimiento de la Pasión de Jesús y, al mismo tiempo, imprime un tono de gran dramatismo a la lista de los Doce. El drama se consuma en la «entrega». A la *traditio* del Evangelio, que inaugura la gran tradición, corresponde dramáticamente la *traditio* del inocente, que desencadena la furia del maligno y de sus aliados.

La Palabra me ilumina

La llamada de Jesús estimula numerosas reflexiones. En primer lugar, debemos señalar con placer que Jesús busca la colaboración, y en esto continúa la praxis divina del Antiguo Testamento. Jesús, como YHWH, continúa teniendo necesidad de los hombres y nos llama a través de la pluralidad de las vocaciones. Toda existencia es una llamada a la vida, vocación primordial de todo ser humano. Hay una vida física y hay una vida de gracia. El bautismo es la segunda vocación que aúna a todos los cristianos y nos da la dignidad real de hijos de Dios.

Se abre, por consiguiente, el abanico de las *diversas formas posibles* en la realización de la vocación según el estado de vida: la vocación al matrimonio, la vocación al sacerdocio, la vocación a la vida consagrada... La de los Doce es una vocación asimilable, en parte, a las otras y, en parte, dotada de un carácter original. Jesús llama a las personas para que estén con él. Se trata de una invitación a la comunión y a la intimidad con él; es la condición del «enamoramiento», necesaria para que se dispare la flecha del amor. Si bien toda vocación debe conocer este momento de amor, también es cierto que prolongamos la proximidad al Señor volcándonos en ella por completo. Se trata de una consagración especial al Señor; después de que él nos haya llamado. Aquí ejerce su derecho de llamada: la elección no recae, necesariamente, en los más generosos o los más dotados. No nos han sido dados a conocer los «parámetros» divinos. Mejor es dejarlo todo a su insondable voluntad de bien.

La intimidad con Cristo, alimentada sobre todo con la oración y con la coherencia de vida, *prepara para la misión*. Si verdaderamente hemos estado con Jesús, debemos darlo a conocer, anunciarlo a los otros, transmitir la alegría de haberle encontrado, hacer ver que nuestra vida ha cambiado para mejor. Entonces seremos puentes de comunión, preparados para hacer pasar el flujo del bien

que ha invadido nuestra vida. Aunque no pertenezcamos al número de los Doce, nos hemos aprovechado de su experiencia y hemos tomado el agua saludable de la misma fuente: Cristo, el Señor.

La Palabra se convierte en oración

Te suplicamos, Señor, que continúes asistiendo y enriqueciendo a tu Iglesia con el don de las vocaciones. Te suplicamos para que sean muchos los que quieran acoger tu voz y alegren a la Iglesia con la generosidad y la fidelidad de sus respuestas.

Te pedimos, Señor, por tus obispos, tus sacerdotes, tus diáconos; por todos tus consagrados religiosos y laicos, hombres y mujeres; por tus misioneros y por todos los que desarrollan un ministerio en la comunidad cristiana.

Te pedimos, Señor, por los que están abriendo su ánimo a tu llamada: que tu Palabra les ilumine, tu fascinación les conquiste y tu gracia les guíe.

Escucha, Señor, nuestra oración y, por la intercesión de María, madre de la Iglesia, madre tuya y madre nuestra, atiéndela con amor. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Debemos mantener y defender con toda energía esta unidad, especialmente los obispos, que hemos sido puestos al frente de la Iglesia, para probar que el mismo episcopado es uno e indivisible. Nadie engañe con mentiras a los hermanos, nadie corrompa la pureza de la fe con una páfida prevaricación. Como el episcopado es único, y cada uno participa de él por entero, así es única la Iglesia, que se extiende sobre muchos por el crecimiento de su fecundidad. Muchos son los rayos del sol, pero una sola es la luz; muchas son las ramas del árbol, pero uno solo es el tronco clavado en la tierra con fuerte

raíz; y cuando de un solo manantial fluyen muchos arroyos, aunque aparezcan muchas corrientes desparrahadas por la abundancia de las aguas, con todo una sola es la fuente en su origen.

Si separas un rayo de la masa del sol, no subsiste la luz a causa de la separación; si cortas la rama del árbol, no podrá germinar la rama cortada; si atajas el arroyo aislándolo de la fuente, se secará. Del mismo modo, la Iglesia del Señor esparce sus rayos, difundiendo la luz por todo el mundo, y esa luz que se esparce por todas partes es, sin embargo, una y no se divide la unidad de su masa. Extiende sus ramas frondosamente por toda la tierra, y sus arroyos fluyen con abundancia en todas direcciones. Con todo, uno solo es el principio y la fuente, y una sola la madre exuberante de fecundidad. De su seno nacemos, con su leche nos alimentamos, de su espíritu vivimos (Cipriano de Cartago, *L'unità della Chiesa cattolica*, V, Turín 1980, 182s [edición española: *La unidad de la Iglesia*, Ciudad Nueva, Madrid 1991]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Designó entonces a doce, a los que llamó apóstoles, para que lo acompañaran y para enviarlos a predicar con poder de expulsar a los demonios» (Mc 3,14s).

Caminar con la Palabra

La escena descrita por Marcos la debemos imaginar alrededor del lago de Tiberíades, en Galilea. La gente está acampada en los valles y ve a Jesús subir solo a la montaña. Después le oye gritar algunos nombres, llamar a algunas personas. Algunos se separan de aquella multitud y suben hacia él. ¡Qué extraordinaria escena! Primero Jesús solo, en la montaña, que representa el lugar sagrado del contacto con Dios, de la oración, de la adoración, de la revelación de la Palabra, y, después, uno tras otro, los nombres

que resuenan entre aquellos valles. Y al oír aquellos nombres, doce personas se mueven para unirse a Jesús. «Y se acercaron a él»: no se encaminaron hacia un lugar, sino que se acercaron para estar con una persona. Habría que preguntar: «¿Y con quién deberían estar sino con él?». Marcos se siente obligado a subrayar que los Doce no fueron llamados, en primer lugar, para una misión, sino «para que le acompañaran». No fueron llamados, de entrada, para repetir una u otra palabra y enseñanza de Jesús, para aprender una doctrina, para llevar un mensaje a otros. Lo primero para lo que fueron llamados fue «para que le acompañaran». Los apóstoles deben ver lo que hace Jesús, vivir con él, para llevarlo y reproducirlo después: deben reproducir su presencia. Su vida y su predicación debe ser un continuo hablar de él: un signo, humanamente evidente, de su presencia. Este sentido de vocación personal aparece por primera vez. Abrahán fue llamado sobre todo a creer, a un fiarse confiado y, después, a una posesión simbólica de la tierra; Jeremías fue llamado para edificar y destruir, para ser anunciador del amor de Dios, para comunicar un mensaje; Moisés fue llamado para formar un pueblo, para darle una fisonomía y una unidad; los Doce son llamados, en primer lugar, «para que le acompañaran». Para estar con él, que es «Buena Noticia», vida para el pueblo, esperanza para los oprimidos, posesión permanente. Marcos pretende subrayar, con la lista de los Doce, la toma de posesión personal de los apóstoles por parte de Jesús. Dar un nombre significa conocer, poseer. Jesús mismo es ahora la fuente de la misión y de la vocación, de la elección realizada en vistas al mundo y a la gente a la que pertenecen los discípulos y a la que son enviados (C. M. Martini, *Bibbia e vocazione*, Brescia 1993, 117-121, *passim* [edición española: *La vocación en la Biblia*, Sígueme, Salamanca 2002]).

Una nueva familia

(Mc 3,20-35)

²⁰ Volvió a casa, y de nuevo se reunió tanta gente que no podían ni comer. ²¹ Sus parientes, al enterarse, fueron para llevárselo, pues decían que estaba trastornado.

²² Los maestros de la ley que habían bajado de Jerusalén decían:

–Tiene dentro a Belzebú.

Y añadían:

–Con el poder del príncipe de los demonios expulsa a los demonios.

²³ Jesús los llamó y les propuso estas comparaciones:

–¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? ²⁴ Si un reino está dividido contra sí mismo, ese reino no puede subsistir.

²⁵ Si una casa está dividida contra sí misma, esa casa no puede subsistir. ²⁶ Si Satanás se ha rebelado contra sí mismo y está dividido, no puede subsistir, sino que está llegando a su fin.

²⁷ Nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear su ajuar si primero no ata al fuerte; sólo entonces podrá saquear su casa.

²⁸ Os aseguro que todo se les podrá perdonar a los hombres, los pecados y cualquier blasfemia que digan, ²⁹ pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás: será reo de pecado eterno.

³⁰ Decía esto porque le acusaban de estar poseído por un espíritu inmundo.

³¹ Llegaron su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. ³² La gente estaba sentada a su alrededor, y le dijeron:

–¡Oye! Tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan.

³³ Jesús les respondió:

–¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?

³⁴ Y mirando entonces a los que estaban sentados a su alrededor, añadió:

–Éstos son mi madre y mis hermanos. ³⁵ El que cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.

La Palabra se ilumina

Es la perspectiva del parentesco, del natural al espiritual, la que da el tono del fragmento: lo abre (vv. 20s) y lo cierra (vv. 31-35).

Jesús sigue su infatigable obra no en la sinagoga, sino en el escenario de una casa. La gente se agolpa y ni siquiera le deja comer. Sus parientes están preocupados por este trabajo excesivo y se sienten en la obligación de tomar medidas. Van a buscarle para llevárselo. Marcos nos regala una nota que no recogen los otros evangelistas; se trata de la valoración desfavorable que hacen de él los que aparecen designados como «*sus parientes*». Le consideran alguien que ha perdido la cabeza. Su entrega a la misión emprendida supera los límites de una normalidad aceptable. Si a esto añadimos las ásperas críticas que dirige a la clase dominante, los numerosos choques verbales y otras rarezas, tendremos el cuadro que justifica la preocupación de sus parientes. Además, todo concurre a poner en peligro el buen nombre de la familia y a proyectar sobre ella la sombra del descrédito. Es mejor poner freno a esas extravagancias –aunque sea de una manera torpe, si es de utilidad– y reconducir a Jesús al regazo familiar de la vida cotidiana. En realidad, Jesús «*está fuera*» (como dice el verbo griego) verdaderamente, aunque no del sentido común, como creían sus parientes, sino de la uniformidad plana en la que querrían encerrarle. Está fuera de lo común.

Si para sus parientes Jesús es un trastornado, para los maestros de la ley –que, como se precisa, proceden de Jerusalén– es un endemoniado (v. 22). La valoración de la persona de Jesús se vuelve ahora gravemente negativa. Jesús rechaza desde el principio (vv. 23-26) la calumnia de los maestros de la ley, y lo hace con una observación tan obvia que el evangelista la adjudica al género parabólico. Una actitud predisuelta en sentido negativo respecto al Maestro hace, en realidad, el corazón impenetrable incluso a la palabra más simple y persuasiva, y así acaba por transformar la parábola de instrumento de misericordia en ocasión de endurecimiento y causa de castigo (cf. Mc 4,10.12). Que Belzebú se sirva de Jesús para expulsar a uno de sus acólitos del endemoniado es comportarse de una manera estúpida, eso lo ve hasta un niño; ahora bien, Jesús lo dice «*en parábolas*» porque sabe que los maestros de la ley no se dan por enterados, y con ello firman su propia condena.

El v. 27 presenta, a continuación, al hombre que, aunque fuerte, no puede impedir que otro más fuerte que él entre en su casa y la saquee. Esta consideración tal vez sea menos transparente que la anterior. El escenario sigue siendo la casa, pero el drama que se desarrolla en ella contempla la contraposición de dos enemigos declarados, no, como antes, dos aliados que, de una manera desconsiderada, se hacen guerra sin darse cuenta de que se están dañan ellos mismos. El más fuerte de los dos enemigos es Jesús y él garantiza a la Iglesia que, en la lucha emprendida contra el príncipe de los demonios, pondrá al adversario contra las cuerdas; por consiguiente, la invita a depositar en él su confianza y a seguirle con una fidelidad plena.

Con los vv. 28s cambian los destinatarios. Jesús deja de lado a los que se niegan a creer y se dirige sólo a los que lo aceptan. El v. 30 declara, en la conclusión de la perícopa, que, al hablar de la blasfemia contra el Espíritu Santo, Jesús toma como motivo la perfidia de los

maestros de la ley, que se han atrevido a decir que está conchabado con Belzebú. En efecto, la blasfemia contra el Espíritu Santo es «el rechazo obstinado a reconocer los signos y la acción de Dios en los signos de su Santo Espíritu, es cerrar los ojos a la positividad de la predicación profética y de la actividad de Jesús, interpretándolas como acción demoníaca» (R. Pesch). Es el pecado contra la luz. Quien llega a este nivel de odio y de rechazo es como si hubiera sellado su destino y su condena definitiva, porque cancela la luz, declarándola tiniebla y combate contra el bien definiéndolo como mal. Lo que dice Jesús sobre el pecado contra el Espíritu Santo «pone en guardia, con profunda seriedad, contra la extrema, casi inimaginable, posibilidad demoníaca del hombre de declararle la guerra a Dios no en medio de la debilidad y la duda, sino después de haber sido derrotado por el Espíritu Santo, sabiendo, por consiguiente, con precisión, a quién le declara la guerra» (E. Schweitzer).

De manera antitética con lo que se ha dicho hasta ahora, la parte final del fragmento (vv. 31-35) está llena de luz y de esperanza. Los protagonistas son ahora aquellos que intuyen de manera profunda el misterio de Jesús. Éstos reciben, en cambio, una definición exaltante, porque se les identifica con los que cumplen la voluntad de Dios. Todo había partido de una visita de su madre y de sus «hermanos». Jesús sorprende a todos poniendo en tela de juicio el primado de los vínculos de la sangre, que han constituido los fundamentos de la sociedad desde tiempos inmemoriales: están primero los vínculos espirituales y la voluntad de comprometerse con el proyecto de Dios. La consanguinidad queda trascendida en beneficio de *una nueva fraternidad*. Ya no cuentan los vínculos de la nación, de la raza, de la pertenencia étnica o social, porque ahora es posible ser familia de Jesús.

La Palabra me ilumina

¿Cómo relacionarnos con Jesús? Hay diferentes modos. Podríamos mirarnos en el espejo del comportamiento de los parientes de Jesús o en el de los maestros de la ley, ambos negativos. Sería deseable, sin embargo, que pudiéramos reconocernos en el de los verdaderos parientes.

Como los parientes naturales de Jesús, podemos intentar neutralizar su acción en nombre de la normalidad y del equilibrio: «No es justo», «Es demasiado», «Exagera»..., impidiendo a la gracia mostrarse excepcional, realizar el milagro de transformar a las personas. Corremos el peligro de declarar en favor de una mediocre respetabilidad, realizada con este decepcionante principio: «Ni gloria, ni infamia».

Podríamos atrincherarnos, como los maestros de la ley, detrás de la red de nuestras convicciones, haciéndonos impermeables a cualquier llamada o, peor todavía, juzgando el bien que nos rodea de una manera negativa. Cuando nos ponemos unas gafas negras, todo se vuelve automáticamente oscuro. Dejar cundir el pesimismo como estilo habitual de juicio significa cerrarnos a la evidencia de muchos hechos y bloquear los efectos del bien.

Cambemos de camino y tomemos el de un justo y correcto parentesco que inaugura un estilo de vida nuevo, una familia nueva. Antes que nada debemos mostrarnos sensibles a la escucha de la voz de Dios. Esto nos hace ya disponibles a la acogida de un pensamiento diferente al nuestro y nos estimula para encaminarnos por senderos diferentes a los que transitamos habitualmente.

De la escucha se pasa a la acción. Cumplir la voluntad de Dios es como inclinarnos de su parte, es rendirnos a la acción imprevisible, fantástica y creadora del Espíritu, es familiarizarnos con el «hermano» Jesús, de-

clarado «*primogénito de muchos hermanos*» (Rom 8,29), y poder decir con él: «*Mi alimento es hacer la voluntad del Padre*» (Jn 4,34). Experimentaremos la íntima juventud del que se siente en sintonía con la divinidad y tendremos el honor de ser familia de Dios.

La Palabra se convierte en oración

Gracias, hermano Jesús, por habernos admitido a la dignidad de los hijos del Padre, que está en el cielo; gracias, Espíritu Santo, por sugerirnos y por autorizarnos a emplear el dulce título de *abba*, «papá», con el que sentimos vivo y próximo el vínculo con la divinidad.

Si el pueblo del Antiguo Testamento podía gloriarse recordando: «*¿Qué nación hay tan grande que tenga dioses tan cercanos a ella, como lo está el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?*» (Dt 4,7), ¿qué podremos decir nosotros, admitidos a ser familia de Dios, hasta el punto de que nos atrevemos a decir «Padre nuestro»?

Nunca lograremos expresar toda la gratitud que debemos por la dignidad que se nos ha concedido de sentirnos miembros de la familia trinitaria. Acoge, hermano Jesús, nuestro agradecimiento en la tierra e intercede por nosotros ante el Padre, para que podamos cantar un aleluya infinito en la eternidad. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

A ejemplos semejantes, pues, hermanos, hemos de adherirnos también nosotros. Porque está escrito: *Allégate a los santos, porque los que se allegan a ellos serán santificados*. Y también dice el Señor en otro pasaje: *Con el inocente te mostrarás inocente, y con los elegidos serás elegido y con el ladino te mostrarás sagaz*. Por tanto, juntemos con los inocentes e íntegros, que son los elegidos de Dios.

¿Por qué hay, pues, disensiones, facciones y guerra entre vosotros? ¿No tenemos un solo Dios y un Cristo

y un Espíritu de gracia que fue derramado sobre nosotros? ¿Y no hay una sola vocación en Cristo? ¿Por qué, pues, nos separamos y dividimos los miembros de Cristo, y causamos disensiones en nuestro propio cuerpo, y llegamos a este extremo de locura?

Que el que ama a Cristo cumpla los mandamientos de Cristo. ¿Quién puede describir el vínculo del amor de Dios? ¿Quién es capaz de narrar la majestad de su hermosura? La altura a la cual el amor exalta es indescriptible. El amor nos une a Dios; *el amor cubre multitud de pecados*; el amor soporta todas las cosas, es paciente en todas las cosas. No hay nada burdo, nada arrogante en el amor. El amor no tiene divisiones, el amor no hace sediciones, el amor hace todas las cosas de común acuerdo. En amor fueron hechos perfectos todos los elegidos de Dios; sin amor no hay nada agradable a Dios; en amor el Señor nos tomó para sí; por el amor que sintió hacia nosotros, Jesucristo, nuestro Señor, dio su sangre por nosotros por la voluntad de Dios, y su carne por nuestra carne, y su vida por nuestras vidas (Clemente Romano, *Ai Corinti*, 46.49, Roma 1984 [edición española: J. B. Lightfoot, *Los padres apostólicos*, Clie, Terrassa 1990]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y medita esta Palabra:

«*Os aseguro que todo se les podrá perdonar a los hombres, los pecados y cualquier blasfemia que digan, pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás: será reo de pecado eterno*» (Mc 3,28s).

Caminar con la Palabra

¿Qué es el mundo de los demonios? Es el que encontramos todos los días, en todos los momentos, en nosotros y en los otros, cuando tocamos la esfera moral; cuando encontramos en nosotros una vacuna contra el Espíritu Santo; cuando justi-

ficamos ciertas cosas diciendo que «no se puede hacer nada» o que «siempre se ha hecho así»; cuando aceptamos elementos de decadencia espiritual como si fueran inevitables; cuando nos adaptamos a la tibieza nuestra y ajena, y, encallecidos, ya no reaccionamos ni frente a nuestro pecado ni frente al ajeno, frente a las injusticias, etc. Del demonio viene todo lo que es flaqueza moral, componendas, todo lo que nos lleva a decir: «Esto no depende de mí, de mi libertad, sino de condicionamientos externos, de la situación en la que me encuentro»; todo lo que traslada a los otros responsabilidades que son nuestras; todo lo que pretende hacernos creer que el combate del Reino de Dios es un combate contra otros seres humanos y no contra alguien que les domina tanto a ellos como a nosotros. Si perdemos la percepción de este combate espiritual, deja de tener sentido el ministerio de Jesús, y también todo el Nuevo Testamento.

Todos los días y en todas partes estamos en combate contra el maligno, y sólo podemos vencerle con la Palabra de Dios. Es un engaño pretender hacernos creer que los demonios son sólo los de las misas negras y otros fuegos artificiales diabólicos. Todos los días estamos luchando contra el pecado y contra la mediocridad espiritual. ¿Qué son el ministerio de la confesión, la celebración de la eucaristía, la predicación, sino un exorcismo continuo sobre el mundo para hacer avanzar el Reino de Dios y hacer retroceder el reino del maligno? Ésta es la razón por la que allí donde llega Jesús, salen los demonios. Jesús toca la raíz de todo (F. Rossi de Gasperis, *La roccia che ci ha generato*, Roma 1994, 136s [edición española: *La Roca que nos ha engendrado. Ejercicios espirituales en Tierra Santa, Sal Terrae, Santander 1966*]).

Una semilla que fructifica para la vida eterna

(Mc 4,1-20)

¹ De nuevo se puso a enseñar junto al lago. Acudió a él tanta gente que tuvo que subir a una barca que había en el lago y se sentó en ella, mientras toda la gente permanecía en tierra, a la orilla del lago. ² Les enseñaba muchas cosas por medio de parábolas.

Les decía:

³ –¡Escuchad! Salió el sembrador a sembrar. ⁴ Y sucedió que, al sembrar, parte de la semilla cayó al borde del camino. Vinieron las aves y se la comieron. ⁵ Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra; brotó en seguida, porque la tierra era poco profunda, ⁶ pero en cuanto salió el sol se agostó y se secó porque no tenía raíz. ⁷ Otra parte cayó entre cardos, pero los cardos crecieron, la sofocaron y no dio fruto. ⁸ Otra parte cayó en tierra buena y creció, se desarrolló y dio fruto: el treinta, el sesenta y hasta el ciento por uno.

⁹ Y añadió:

–¡Quien tenga oídos para oír, que oiga!

¹⁰ Cuando quedó a solas, los que le seguían y los Doce le preguntaron sobre las parábolas.

¹¹ Jesús les dijo:

–A vosotros se os ha comunicado el misterio del Reino de Dios, pero a los de fuera todo les resulta enigmático, ¹² de modo que:

*Por más que miran, no ven
y, por más que oyen, no entienden,
a no ser que se conviertan
y Dios los perdone.*

¹³ Y añadió:

—¿No entendéis esta parábola? ¿Cómo vais a comprender entonces todas las demás? ¹⁴ El sembrador siembra el mensaje. ¹⁵ La semilla sembrada al borde del camino se parece a aquellos en quienes se siembra el mensaje pero en cuanto lo oyen viene Satanás y les quita el mensaje sembrado en ellos. ¹⁶ Lo sembrado en terreno pedregoso se parece a aquellos que, al oír el mensaje, lo reciben en seguida con alegría ¹⁷ pero no tienen raíz en sí mismos; son inconstantes y en cuanto sobreviene una tribulación o persecución por causa del mensaje sucumben. ¹⁸ Otros se parecen a lo sembrado entre cardos. Son esos que oyen el mensaje, ¹⁹ pero las preocupaciones del mundo, la seducción del dinero y la codicia de todo lo demás los invaden, ahogan el mensaje y éste queda sin fruto. ²⁰ Lo sembrado en la tierra buena se parece a aquellos que oyen el mensaje, lo acogen y dan fruto: uno treinta, otro sesenta y otro ciento.

La Palabra se ilumina

Tras una introducción narrativa (Jesús está sentado en una barca y habla a la muchedumbre reunida en la orilla: vv. 1s), la estructura esencial de nuestro fragmento es ésta: parábola del sembrador (vv. 3-9), significado del discurso en parábolas (vv. 10-13), explicación de la parábola que Jesús acaba de referir (vv. 14-20). En esta sección de Marcos, que es una de las pocas páginas discursivas del segundo evangelio, los discípulos son los destinatarios privilegiados de una explicación personal; es como decir que se les ha reservado un suplemento de revelación, pero no por ello consiguen llegar a la percepción correcta de la identidad de Jesús. Su camino sólo concluirá en la luz pascual.

En la parábola del sembrador, la atención se fija de inmediato en la diversidad del terreno y en su rendimiento. Se proponen tres situaciones desfavorables, como el camino, el terreno pedregoso y los cardos, que anulan la fuerza de la semilla. En cambio, cuando el terreno es bueno, la semilla produce frutos extraordinarios que el

porcentaje del treinta, del sesenta y cien por cien expresan con una progresión asombrosa.

Podemos pensar que Jesús esconde bajo la vivacidad de las imágenes el realismo de la situación. Él es el sembrador que ha esparcido la Palabra de manera generosa, obteniendo a menudo incomprensión y rechazo, manifestados —como hemos visto antes— por los demonios, por los maestros de la ley y los fariseos, por sus mismos parientes. Junto a tantos fracasos, no han faltado momentos de alegre acogida, como ha sucedido con los discípulos. Ellos han demostrado prontitud para seguirle, pero no consiguen comprenderle bien todavía. Alejados de la muchedumbre, en un momento de intimidad familiar, le piden que les explique las parábolas.

Con el v. 10 comienza un fragmento difícil para la interpretación. Daba la impresión de que las parábolas favorecerían la comprensión de la muchedumbre con su lenguaje vivo de imágenes y, sin embargo, condenan a permanecer ciegos «a los de fuera». Sólo los discípulos han sido admitidos al «misterio del Reino de Dios». Cuando Marcos escribe, ya se ha consumado el rechazo de gran parte de los judíos, que han cerrado los ojos y sobre todo el corazón al mensaje cristiano. El lenguaje de las parábolas era claro, y su contenido sustancioso, pero prefirieron aislarse, no unirse a Jesús y a su obra de salvación. Se convirtieron en «los de fuera», es decir, en extraños por decisión personal. Otros, sin embargo, incluso entre los paganos, siguieron el ejemplo de los discípulos, se convirtieron en «parientes» de Jesús y pueden gozar de una comprensión que se vuelve vida.

En la última parte del fragmento se ofrece una explicación de la parábola en forma alegórica (vv. 14-20). Debemos subrayar la rareza de tal procedimiento. La semilla se identifica de inmediato con la «Palabra», término que se repite ocho veces en el fragmento. Bueno será recordar que con este término se entiende el Evan-

gelio, la Buena Noticia traída por Jesús. Estamos admitidos a «espíar» en la comunidad cristiana para ver las diferentes formas de acogida de la Palabra que salva. Están los absorbidos por las lisonjas de Satanás, que ceden fácilmente, impidiendo a la Palabra dar fruto de vida. Hay un segundo grupo que da el primer paso de la alegre acogida, pero demuestra muy pronto que le falta resistencia y constancia, haciendo inútil el buen arranque inicial. Podríamos clasificarlos como los superficiales: en cuanto asoman las nubes de la dificultad, como ocurría con las persecuciones a los primeros cristianos, ceden enseguida. Otros aún demuestran más resistencia y dejan madurar la Palabra, que da algunos frutos. Pero la buena voluntad y el empeño no son inoxidables, porque pronto se ven corrompidos por la mentalidad común, que sacia su sed en las fuentes contaminadas de la mundanidad y del egoísmo. El impulso inicial queda sofocado por muchos intereses de otra naturaleza. Tampoco en este caso da vida la Palabra. El cuarto y último grupo, equiparado al terreno bueno, produce de manera abundante y, escalonadamente, crece hasta garantizar un éxito excelente.

La Palabra me ilumina

Aparece por vez primera en el discurso parabólico la comparación con el Reino de Dios. Ya había sido objeto de las palabras inaugurales de Jesús (Mc 1,15), recordado como misterio confiado a los discípulos (cf. 4,11), pero su contenido seguía siendo enigmático y sibilino. La novedad fundamental a propósito del Reino está en el hecho de que Jesús anuncia que está *cerca*: Dios viene, está a las puertas; más aún, ya está aquí. En consecuencia, la expresión «Reino de Dios» se puede entender como «presencia de Dios», una presencia que da carácter de concreción y de actualidad a lo que hasta este momento sólo había sido objeto de esperanza.

Dios viene *en la persona de su Hijo*, Palabra viva. A nosotros nos corresponde el placer y el deber de acoger esa Palabra que, como semilla generosa, produce frutos de vida eterna. El don existe. No se dice nada sobre la semilla o sobre sus propiedades, dando por descontado que es de una calidad óptima. Todo está en la capacidad de ser un terreno receptivo. Aquí interviene nuestra responsabilidad, aunque también la única posibilidad que tenemos de ser o no fructíferos. Como en la parábola de los talentos, el don recibido ha sido confiado a la generosidad de nuestro compromiso y a la exuberancia de nuestra fantasía.

Escuchemos, por último, una reflexión de D. M. Turroldo: «El destino de la parábola, de modo diferente al de la fábula, es tomar parte en la vida cotidiana; es hacerse historia que te pertenece, profecía y anuncio de tu suerte. Más allá del hecho de que es propio de la alegoría dejar plena libertad de entender o no, es propio de la parábola contar con la libre apertura del corazón. De ahí la razón por la que, en general, las parábolas acaban con esta exhortación final: El que tenga oídos que oiga. En cierto sentido, Dios te habla, pero te habla respetando plenamente tu inteligencia; y te dice cuán escondido está en el envoltorio de las cosas o dentro de los acontecimientos y en tu misma vida personal, y eres tú el que debe «ver» u «oír», eres tú el que debe entender».

La Palabra se convierte en oración

Señor, experimentamos a menudo la aridez de nuestro corazón, estamos encantados con las hierbas de nuestro orgullo, presa fácil de los pájaros de paso. Casi nos resulta instintivo reconocernos en el terreno improductivo o fértil sólo para un destello de entusiasmo inicial, malgrado pronto por la vida cotidiana con sus muchas pequeñas dificultades, que acaban por convertirse en una montaña insuperable.

Pero tú, divino Sembrador, no ceses de esparcir de manera magnánima la semilla de tu Palabra, de pasar con el latido leve de tu presencia, de ayudarnos con la mano aterciopelada de tu invisible protección. Entonces se transformará nuestra aridez, porque nos regará el rocío de tu gracia y calmaremos nuestra fe en el río de tus delicias. Con tu ayuda nos descubriremos capaces de multiplicar el milagro de la vida: será nuestro treinta, sesenta, cien por cien de fidelidad que restituiremos a la fuente en la que hemos bebido y nos ha tonificado para realizar el camino de nuestra vida. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Tiene esta sancta virtud sus escalones y grados con que sube à Dios; y conforme à estos dá diversos fructos, uno como de treinta, y otro como de sesenta, y otro como de ciento. A este postrer grado han llegado los que alcanzaron la bienaventurada tranquilidad, señora de todas las pasiones. En el segundo están los fuertes cavalleros de Christo que varonilmente pelean y trabajan por la virtud; mas al primero todos pueden llegar.

El que verdaderamente conoce a sí mismo, nunca será engañado para que quiera acometer mayores cosas de lo que pueda, sino fixará el pie seguramente en este bienaventurado ternario de la humildad, que diximos. Las aves pequeñas temen al gavilán, y los amadores de la humildad el sonido de la contradicción; esto es la voz de la desobediencia. Muchos se salvaron sin gracia de prophecía, y de ciencia, y de revelaciones, y de milagros, y de prodigios; mas sin humildad ninguno jamás entró en el thalmo del cielo: y esta virtud es fiel guarda de aquellos dones: mas aquellos dones algunas veces fueron ocasion de matar esta virtud en los que no estaban bien fundados en ella.

También fue maravillosa dispensación de Dios para los que no se querían humillar, que nadie conociese

mas claro sus llagas que el ojo de su propio vecino, el qual no se engaña con amor propio, como se puede engañar en las que la tiene. De donde se sigue que nadie debe agradecer esta virtud del conocimiento de sí mismo, sino à Dios, y al próximo que le desengañó. El que es de corazón humilde, siempre tiene por sospechosa y engañadora su propia voluntad, y por tal la aborresce, y en sus oraciones, ayudándose de una fé firmissima, suele aprehender de Dios lo que conviene, y obedecer à esto promptamente, y à la voz de sus mayores, no poniendo los ojos en los defectos dellos, sino entregando à Dios con grandissima confianza el cuidado de sí mismo; el qual (quando fue menester) por medio de una asna enseñó lo que era necessario y convenía (Juan Clímaco, *La escala espiritual*, grado XXV).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repíte a menudo y vive esta Palabra:

«*Lo sembrado en la tierra buena se parece a aquellos que oyen el mensaje, lo acogen y dan fruto: uno treinta, otro sesenta y otro ciento*» (Mc 4,20).

Caminar con la Palabra

El Reino de Dios tiene un comienzo «pequeño», como todos los otros comienzos de la historia: todo parte de un principio, de una semilla, nada se presenta ya hecho. Nos encontramos, así, ante la historia de Dios, que sigue la lógica del mundo, de los hechos humanos. En efecto, si se hubiera producido la irrupción del Reino de Dios en el mundo, habría sido un hecho diferente de los otros, un acontecimiento espléndido, que habría suscitado inmediatamente sensación. Su venida se confunde, por el contrario, con la historia de los hombres, del mismo modo que la semilla se confunde con la tierra cuando se la entierra en ella. La obra del discípulo no consistirá nunca en llevar un Reino ya hecho (sería alguien que vende árboles, no un sembrador), sino en echar la semilla que irá germinando poco a poco y crecerá,

esperando pacientemente los frutos. Debemos aprender, por consiguiente, a ser sembradores, a pesar de que nos han enseñado a menudo a ser sólo cultivadores, podadores, algo que, en realidad, ya no funciona hoy: es preciso volver a echar la semilla.

Ésa es la razón por la que la misión *ad gentes* debe ser nuestro modelo: ésta es, por excelencia, la «pastoral de la semilla», una pastoral que no consigue prever los tiempos y las modalidades del crecimiento, las dimensiones de la planta, su forma final. En consecuencia, es posible experimentar frustraciones inútiles porque ha crecido algo que no correspondía a sus expectativas. Los tres primeros cuadros de la parábola son la historia de un fracaso repetido: la semilla, caída en el camino, o entre piedras, o entre cardos, no da fruto. Sólo en el último cuadro se dice que la semilla caída en terreno bueno da mucho fruto. De la evidente insistencia en el infortunio del sembrador se deduce la situación en que se debe leer la parábola: una situación en la que el trabajo del sembrador parece demasiadas veces inútil y el fracaso de la Palabra total, o casi. Y, sin embargo, Jesús dice que no es así. Es verdad que están los fracasos, incluso repetidos, pero es igualmente cierto –siempre *cierto*– que una parte de la semilla fructifica. Esto supone, por consiguiente, una invitación a la *confianza*. No hay nada más inútil que una Palabra anunciada por un discípulo que ha perdido la confianza en la *fuerza* de su verdad. Al sembrador se le pide no sólo la fe en la verdad de la Palabra, sino también la confianza en la eficacia de la misma (B. Maggioni, *La Parola si fa carne. Itinerari biblici di spiritualità missionaria*, Bolonia 1999, 35-37; edición española: *La Palabra se hace carne*, Combonianas, Bogotá).

¡Aviso para navegantes!

(Mc 4,21-25)

²¹ Les decía también:

–¿Acaso se trae la lámpara para tajarla con una vasija de barro o ponerla debajo de la cama? ¿No es para ponerla sobre el candelero? ²² Pues nada hay oculto que no haya de ser descubierto; nada secreto que no haya de ponerse en claro. ²³ ¡Quien tenga oídos para oír, que oiga!

²⁴ Les decía además:

–Prestad atención a lo que escucháis. Con la medida con que vosotros midáis, Dios os medirá, y con creces. ²⁵ Pues al que tenga se le dará, y al que no tenga se le quitará incluso lo que tiene.

La Palabra se ilumina

En este extenso discurso parabólico encontramos dos minúsculas unidades: la primera (vv. 21-23) es una invitación a la comprensión y a la realización del mensaje de Jesús; la segunda (vv. 24s) es una llamada a su importancia capital. El conjunto se podría asemejar a un «aviso para navegantes», a una exhortación acongojada a los que surcan el mar de la historia.

Tras el comienzo «*les decía también*» –referido al grupo que ya ha gozado antes de una enseñanza suplementaria–, entra ahora en escena la lámpara: «¿*Acaso se trae la lámpara...*». El texto original dice de un modo más seco, pero también tal vez más fuertemente alusivo:

«¿Acaso viene una lámpara...?». Podría tratarse de una referencia encubierta al mismo Jesús, que viene como luz (cf. Jn 8,12). La lámpara se ha de colocar en una posición que permita la difusión de la luz. No tiene sentido colocar un lampadario bajo un cubo de madera, bajo un tonel (significado por el «*moyo*», nombre de una medida de unos 8,7 litros, derivado del recipiente para cereales que contenía la mencionada cantidad) o bajo una mesa. El sentido común requiere que la lámpara sea colocada en una posición elevada y esté puesta en condiciones de difundir su luz. Escribe san Gregorio de Nisa: «El que no pone el candil en el candelero, sino bajo la cama, hace, ciertamente, que la luz se vuelva tiniebla para él».

La imagen sirve para recordar que el anuncio del Reino, cuyo pregonero es Jesús, se ha de proclamar a todos, superando la tentación del club o del pequeño grupo. Podemos leer aquí el deseo de Jesús de llegar a todos: todos deben poder llegar a la fuente de la Buena Noticia. El dicho proverbial del v. 23: «*¡Quien tenga oídos para oír, que oiga!*», pone, a continuación, a cada uno ante su propia responsabilidad. Es la invitación a llevar a cabo un esfuerzo de comprensión expresado ya en 4,9, a fin de transformar la Buena Noticia del Reino en vida. No puede haber excusas ni dispensas ventajosas, porque cada uno será juzgado sobre la base de su disponibilidad de acogida y de su buena voluntad, tal como se había dicho un poco más arriba al indicar las diferentes calidades del terreno.

Jesús dirige a los mismos oyentes una segunda invitación. Si antes les había invitado a la comprensión y a la realización, ahora el acento recae en la importancia, en la gravedad. Jesús había declarado que iba a revelar a los suyos «*el misterio del Reino de Dios*» (4,11). Se trata de un capital inmenso, de una importancia excepcional. Y como tal hay que acogerlo. Ésa es la razón por la que es preciso dilatar los espacios de nuestra propia gene-

rosidad en la escucha y de nuestro propio compromiso con la concretización. Con el dicho proverbial del v. 25: «*Pues al que tenga se le dará, y al que no tenga se le quitará incluso lo que tiene*», se nos recuerda que el tiempo de nuestro compromiso no es infinito. Mientras haya tiempo, urge atesorar y capitalizar el gran bien que se nos ha dado, a fin de crecer en la fe y en el amor, y encontrar, después, una recompensa en la eternidad. Con la muerte desaparece cualquier posibilidad de uso y de incremento, y lo que no hayamos sido y no hayamos hecho se nos imputará como culpa, perdiendo toda posibilidad de salvación. La amonestación, expresada a través del modo fuerte del contraste, es una invitación apremiante a que nos demos cuenta de la importancia que tiene la acogida del Reino de Dios: Cristo mismo, en definitiva. Se trata, dicho con otras palabras, de dejarnos provocar por la Palabra y de vivirla.

La Palabra me ilumina

«*¡Temo al Señor que pasa!*», escribió un día san Agustín. Cojamos el pensamiento para trasladar el centro de gravedad de la fe desde el pasado al presente y al futuro. Hemos sido invadidos por la gracia, tenemos el privilegio de haber escuchado la Palabra del Señor, somos testigos de dos mil años de vida cristiana. No podemos dejarnos ofuscar por la grisura de las acciones realizadas sin tensión y sin palpito. Tenemos la obligación de gritar desde los techos que el Señor vive, de hacer participar a los otros, posiblemente a todos, en el «*misterio del Reino de Dios*».

Nuestra tarea consiste también en hacer brillar la lámpara en medio de los jóvenes. La esperanza y la reflexión nos enseñan que a los jóvenes no se les puede ofrecer ideales mediocres, propuestas de vida en aparcía, entre la opacidad del bienestar y el obtuso sueño revolucionario de la sobremesa. Más que una espumosa

cascada de palabras, podemos ofrecerles el modelo de una vida realizada y fascinante, por estar centrada en Cristo y gastada en favor de los otros. Y puesto que el Evangelio no es un anuncio que se apague, una palabra estancada en quien la recibe, sino que invade la tierra y se hace historia, contagiando a los jóvenes, iniciamos una reacción en cadena. Ellos se convertirán en el *testimonio* más convincente entre los jóvenes.

La cascada de beneficios realizados se verá también en el hecho de que, ante el crecimiento insolente de la individualidad y a contrapelo de una sociedad con una elevada tasa de subjetividad, podremos intentar construir una comunidad de personas que ponga a Cristo en el centro. Contribuiremos a manifestarlo y, si fuera necesario, lo gritaremos también desde los techos, convencidos de que las ideas tendrán siempre la mejor parte sobre la fuerza de los cánones, dado que éstos, al contrario que aquéllas, tienen un alcance conocido por todos.

De este modo, no deberemos temer al Señor que pasa, porque habremos colaborado en la difusión de su misterio, esparciendo a manos llenas la semilla de nuestro compromiso. Será la medida abundante pedida por Cristo, compensada por la sobreabundancia de la vida eterna.

La Palabra se convierte en oración

¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé!

Y ves que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste.

Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Reteníanme lejos de ti aquellas cosas que, si no estuviesen en ti, no serían.

Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y abraséme en tu paz [...]

¡Oh eterna verdad, verdadera caridad y cara eternidad! Tú eres mi Dios, por ti suspiro día y noche.

Y cuando te conocí por vez primera, fuiste tú quien me elevó hacia ti para hacerme ver que había algo que ver y que yo no era aún capaz de verlo

(Agustín de Hipona, *Las confesiones*).

La Palabra en el corazón de los Padres

La lámpara colocada sobre el candelero de la que habla la Escritura es nuestro Señor, Jesucristo, luz verdadera del Padre que, viniendo a este mundo, alumbra a todo hombre; al tomar nuestra carne, el Señor se ha convertido en lámpara y por esto es llamado «luz», es decir, Sabiduría y Palabra del Padre, y es de su misma naturaleza. Como tal es proclamado en la Iglesia por la fe y por la piedad de los fieles. Glorificado y manifestado ante las naciones por su vida santa y por la observancia de los mandamientos, alumbra a todos los que están en la casa (es decir, en este mundo), tal como lo afirma en cierto lugar esta misma Palabra de Dios: No se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Se llama a sí mismo claramente lámpara, como quiera que, siendo Dios por naturaleza, quiso hacerse hombre por una dignación de su amor.

Según mi parecer, también el gran David se refiere a esto cuando, hablando del Señor, dice: Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero. Con razón, pues, la Escritura llama lámpara a nuestro Dios y Sal-

vador, ya que él nos libra de las tinieblas de la ignorancia y del mal.

Él, en efecto, al disipar, a semejanza de una lámpara, la oscuridad de nuestra ignorancia y las tinieblas de nuestro pecado, ha venido a ser como un camino de salvación para todos los hombres: con la fuerza que comunica y con el conocimiento que otorga, el Señor conduce hacia el Padre a quienes con él quieren avanzar por el camino de la justicia y seguir la senda de los mandatos divinos. En cuanto al candelero, hay que decir que significa la santa Iglesia, la cual, con su predicación, hace que la Palabra luminosa de Dios brille e ilumine a los hombres del mundo entero, como si fueran los moradores de la casa, y sean llevados de este modo al conocimiento de Dios con los fulgores de la verdad.

La Palabra de Dios no puede, en modo alguno, quedar oculta bajo el celemín; al contrario, debe ser colocada en lo más alto de la Iglesia, como el mejor de sus adornos. Si la Palabra quedara disimulada bajo la letra de la ley, como bajo un celemín, dejaría de iluminar con su luz eterna a los hombres. Escondida bajo el celemín, la Palabra ya no sería fuente de contemplación espiritual para los que desean librarse de la seducción de los sentidos, que, con su engaño, nos inclinan a captar solamente las cosas pasajeras y materiales; puesta, en cambio, sobre el candelero de la Iglesia, es decir, interpretada por el culto en espíritu y verdad, la Palabra de Dios ilumina a todos los hombres.

La letra, en efecto, si no se interpreta según su sentido espiritual, no tiene más valor que el sensible y está limitada a lo que significan materialmente sus palabras, sin que el alma llegue a comprender el sentido de lo que está escrito.

No coloquemos, pues, bajo el celemín, con nuestros pensamientos racionales, la lámpara encendida (es decir, la Palabra que ilumina la inteligencia), a fin de que

no se nos pueda culpar de haber colocado bajo la materialidad de la letra la fuerza incomprensible de la sabiduría; coloquémosla, más bien, sobre el candelero (es decir, sobre la interpretación que le da la Iglesia), en lo más elevado de la genuina contemplación; así iluminará a todos los hombres con los fulgores de la revelación divina (Máximo el Confesor, *Ad Thalassium*, 63, en PG 90, 668s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y reflexiona sobre esta Palabra:

«Con la medida con que vosotros midáis, Dios os medirá, y con creces» (Mc 4,24).

Caminar con la Palabra

La fe de los cristianos está llamada a sacar a la luz algunos aspectos del mundo que, sin ellos, se quedarían ocultos para siempre. Ciertamente, no estamos hablando del ámbito de los descubrimientos científicos, cuyo progreso se ha acelerado enormemente en nuestros días. La luz de la fe es diferente. Hace descubrir otro resplandor del mundo, en su relación con Dios y con los hombres. Revela hasta qué punto sigue estando habitado, todavía hoy, por el Verbo encarnado, que irradia a través de toda la belleza del mundo y la va transfigurando poco a poco. Se refleja, sobre todo, en los rostros humanos, en todos los rostros, tanto en los más graciosos como en los más desgraciados, y enseña a distinguir en ellos lo que el ojo del hombre normal, el ojo carnal, diría la Biblia, nunca será capaz de admirar en ellos. En efecto, la luz de la fe ilumina para hacer amable, y para hacer amar como Dios ama.

El cristiano no es la fuente de la luz. La recibe de otro, del que recibió la iluminación en el momento de su bautismo, del que dijo Jesús: «Yo soy la luz del mundo. El que me sigue tendrá la luz de la vida» (Jn 8,12), y sin el cual el mundo entero yace en tinieblas. Somos, verdaderamente, esplendor de Dios sin saberlo, y la mayoría de las veces incluso sin haberlo buscado.

¿Cómo atrevernos a ambicionar levantarnos por nosotros mismos sobre un candelero? Ahora bien, puede suceder que si tanteas en la noche puedas ser fuente de luz para los otros. Dios actúa así. Es una habilidad suya. A nosotros nos basta con permanecer firmemente insertados en Jesús, adheridos a él, luz del mundo (A. Louf, *Beata debolezza. Omelie per le domeniche*, Padua 2001, 113s, *passim*).

Dejémonos sorprender y asombrar (Mc 4,26-34)

²⁶ Decía también:

–Sucede con el Reino de Dios lo que con el grano que un hombre echa en la tierra. ²⁷ Duerma o vele, de noche o de día, el grano germina y crece, sin que él sepa cómo. ²⁸ La tierra da fruto por sí misma: primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga. ²⁹ Y cuando el fruto está a punto, en seguida se mete la hoz, porque ha llegado la siega.

³⁰ Proseguía diciendo:

–¿Con qué compararemos el Reino de Dios o con qué parábola lo expondremos? ³¹ Sucede con él lo que con un grano de mostaza. Cuando se siembra en la tierra, es la más pequeña de todas las semillas. ³² Pero, una vez sembrada, crece, se hace mayor que cualquier hortaliza y echa ramas tan grandes que las aves del cielo pueden anidar a su sombra.

³³ Con muchas parábolas como éstas, Jesús les anunciaba el mensaje, acomodándose a su capacidad de entender. ³⁴ No les decía nada sin parábolas. A sus propios discípulos, sin embargo, se lo explicaba todo en privado.

La Palabra se ilumina

Jesús quiere hablar del Reino, que es la realidad divina, y de nuestra relación con Dios. Usa el lenguaje sencillo e inmediato de dos ejemplos «agrícolas»: dos parábolas que, transparentes como un vaso de agua, provocan un examen de conciencia. En su significado profundo, nos invitan a asombrarnos por algo sorpren-

dente: si bien los comienzos y las manifestaciones de la acción de Jesús son, aparentemente, modestos, casi insignificantes, el resultado final será, a buen seguro, excelente.

La primera parábola presenta una sucesión articulada que, a partir del sembrador («*el grano que un hombre echa en la tierra*»: vv. 26s), pasa a considerar después el trabajo de la tierra (v. 28), para volver, por último, a la actividad humana. En su brevedad esencial, abarca un horizonte cósmico en el que pasan el día y la noche, y asistimos al festival de todas las estaciones: el otoño, que es cuando se siembra, el reposo del invierno, el germinar de la primavera y el verano o tiempo de la cosecha.

El labrador, una vez confiada la semilla a la tierra, se va: ha terminado su trabajo. El sembrador participa al comienzo con la semilla y al final con la cosecha. Todo lo que se sitúa entre estos dos momentos acontece sin su concurso: «*Duerma o vele, de noche o de día, el grano germina y crece, sin que él sepa cómo*» (v. 27). Él no sabe cómo, pero sabe que Dios trabaja a través de sus elementos. El secreto, por tanto, está en la tierra. Es el maravilloso misterio de la disponibilidad de la tierra, de la fecundidad de la semilla, que, extinguiéndose en la oscuridad de la tierra, se vuelve a encender de una manera milagrosa a la vida: «*Primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga*» (v. 28). El sembrador reconoce con su inactividad que hay un ámbito en el que no puede actuar. Debe limitarse únicamente a esperar confiado. Al final, vendrá la alegre ceremonia de la siega, que es el misterio transformado en milagro, en alegría y triunfo (cf. Is 9,2), en pan. Vuelve así a la escena el labrador: «*Y cuando el fruto está a punto, en seguida se mete la hoz, porque ha llegado la siega*» (v. 29).

La segunda parábola omite la figura del labrador –presente de una manera alusiva en la semilla echada en tierra– y se concentra en un tipo de semilla, el grano

de mostaza, tan minúsculo (v. 31) que casi se pierde cuando lo ponemos en la palma de la mano. Ahora bien, una vez que ha crecido se convierte en una planta que alcanza a veces cuatro metros de altura y pasa a ser un cómodo refugio para los pájaros (v. 32). Esta parábola, como la precedente, también es una mirada complacida y extasiada al poema de la naturaleza que, de manera estacional, vuelve a proponernos el ciclo de la vida. El proceso del crecimiento era para los antiguos, más aún que para nosotros, un secreto confiado y custodiado por la tierra (la cual «*da fruto por sí misma*»: v. 28). Dios ha puesto en la semilla una fuerza vital. Y él sigue siendo, en último extremo, el verdadero responsable del crecimiento (como bien nos recuerda 1 Cor 3,7: «*Ni el que planta ni el que riega son nada; Dios, que hace crecer, es el que cuenta*»; cf. también Sal 104,14s).

El Reino de los Cielos fue anunciado con la predicación del Evangelio: es la semilla plantada. Los discípulos, al verlo empezar de un modo tan pobre, podían preguntarse con inquietud cuál habría de ser su destino. Puesto que los efectos de esa predicación podían parecer lentos y no responder a las expectativas de unos frutos inmediatos o espectaculares, Jesús les tranquiliza exhortándoles a considerar la naturaleza y sus leyes. La semilla que crece y da frutos, a pesar de la inactividad del labrador, la semilla pequeña que se convierte en un árbol lozano, constituyen la lección continua que se debe oponer a las inquietas y subjetivas aceleraciones que el hombre quiere imprimir a la historia y al proyecto de Dios. El momento presente debemos considerarlo en función de un futuro que pertenece a Dios: una idea que será recogida en el discurso escatológico (cf. 13,32).

La Palabra me ilumina

Es norma nuestra la programación rápida, el culto a la eficiencia y la intolerancia frente a toda lentitud: se

vuelve obligatorio el método fuerte y eficaz, se invoca el autoritarismo para la consecución segura y rápida del fin. La paciencia se encuentra incómoda en la casa de la educación actual. En nuestra sociedad se combinan los plazos fulminantes a ritmos acuciantes, casi obsesivos. Sin embargo, nosotros hemos comprendido: la impaciencia no es de Dios, no es de Cristo y no debe ser del cristiano, porque la prisa mortifica y destruye la espera.

En la realización del Reino *no hacen falta golpes de efecto*, ni inquietud, porque el crecimiento ha sido confiado a una fuerza secreta e infalible. No queda más que esperar con confianza, sin presunción y sin desánimos. Ciertamente, debemos pedir la venida del Reino de una manera humilde y tenaz («*Venga a nosotros tu Reino*»), porque su crecimiento es un don que el hombre debe implorar y recibir del Padre. La mies, o el gran crecimiento, acontecerá en el tiempo que él ha fijado. Lo importante es saber que vendrá. La promesa de Dios es como la semilla plantada en el surco de la historia: es Cristo muerto y resucitado que actúa ya desde ahora en este mundo. Él es la semilla que brota por sí sola y que garantiza una rica cosecha, es el árbol frondoso que alberga a los pájaros; él es la fuerza vital y misteriosa que transforma al individuo y la sociedad. Gracias a Jesús, todo tiempo es tiempo de crecimiento y de maduración que prepara la venida de la salvación. Es un tiempo que exige fe y esperanza.

Las dos parábolas valen asimismo para la historia espiritual de cada persona. El crecimiento de cada uno y cada una supone la acción invisible, pero constante, de Dios. Se trata de una obra sobrenatural que no se lleva a cabo con recetas o con programas preestablecidos, que no se realiza con medios aparatosos, en medio del tumulto y la agitación. El saber estar tranquilos, en una aparente inactividad, es, en realidad, lo más importante que podemos hacer, porque expresa nuestra confianza en la intervención de Dios, que es fuerza de amor.

Al fanatismo de los que persiguen signos espectaculares, las parábolas les oponen el ritmo cotidiano del crecimiento, que, sin estar afectado por un carácter de excepcionalidad, esconde lo sensacional que nace del cruce de la pródica presencia de Dios con el empeño humilde y constante del hombre. El Padre, en su designio de salvación, ha querido la participación viva y cotidiana del hombre en la construcción de una humanidad libre y verdadera. Ahora bien, al estilo de Jesús: humilde, débil, orante...

Por eso se nos pide a nosotros el abandono de la protervia de actuar solos, convenciéndonos de que lo principal en la construcción del Reino es la obra divina. Cuando dejamos florecer una serena confianza, ya estamos ejerciendo una primera, y no desdeñable, forma de colaboración inteligente.

La Palabra se convierte en oración

Señor, ayúdanos a estar menos computarizados y programados, a seguir más el ciclo de la naturaleza, con sus ritmos y sus intrigantes silencios. Enséñanos a asombrarnos de un crecimiento que llega después del trabajo escondido en la tierra: un «milagro» continuo que sólo conocemos en parte, a pesar de nuestras doctas enciclopedias. Ayúdanos a doblar la cabeza, junto con las rodillas, para ser más contemplativos y menos pedantes, más «programados» por la sorpresa de la vida que programadores de crecimiento. Concédenos el tiempo amplio de la reflexión y del reposo interior, a fin de percibir que tú estás en la brecha, incluso cuando nuestros ojos no vean ni nuestros instrumentos registren tu presencia.

El florecimiento de la naturaleza, los destellos de santidad y el canto del bien de tantas personas son los «latidos» de tu presencia. Ayúdanos a contentarnos con estos momentos, mientras esperamos ver el florecimiento,

cuando tú seas todo en todos. Entretanto, concédenos la alegría de un empeño renovado, coloreado de esperanza confiada y de espera activa. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Todo elegido comienza como un brote tierno y se convierte después en una planta lozana y robusta. Es lo que afirma la verdad con toda claridad en el Evangelio cuando dice: *«Sucede con el Reino de Dios lo que con el grano que un hombre echa en la tierra. Duerma o vele, de noche o de día, el grano germina y crece, sin que él sepa cómo»*. Y precisamente para hacer ver el crecimiento de la semilla, añade: *«La tierra da fruto por sí misma: primero hierba, luego espiga, después trigo abundante en la espiga»*. Y subraya también el final de este proceso de maduración diciendo: *«Y cuando el fruto está a punto, en seguida se mete la hoz, porque ha llegado la siega»* (Mc 4,26-29).

¿Acaso no era Pedro aún un tallo cuando fue doblado de inmediato por el soplo de una sola palabra pronunciada por la boca de una criada? Era lozano por la devoción al Maestro, pero todavía tierno por su debilidad. Se había vuelto grano colmado en la espiga, cuando respondía a los jefes que le interrogaban: *«Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres»* (Hch 5,29). Se había vuelto grano colmado cuando en la trilla de la persecución soportó tantos golpes y, sin embargo, no fue triturado como la paja, sino que siguió siendo grano entero.

Existe en toda alma la savia, vamos a llamarla así, de la gracia divina, que poco a poco la fecunda, y así crece hasta producir el fruto. En consecuencia, que nadie pierda la esperanza del fruto si ve que alguien es todavía un tallo. De las hojas que ondean suavemente surgirá el grano colmado de la mies (Gregorio Magno, *Comentario morale a Giobbe*, XXII, 46, Roma 1997, 261-263 [edición española: *Libro de los Morales de san Gregorio. Sobre el libro de Job*, Universidad de Valencia, Valencia 1993]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Jesús les anunciaba el mensaje, acomodándose a su capacidad de entender» (Mc 4,33).

Caminar con la Palabra

Jesús estaba enamorado de todo lo que es pequeño, frágil, inconsistente, no llamativo. Su atención se detuvo muchas veces con una simpatía particular en las cosas pequeñas, como si quisiera rescatarlas de su condición de oscuridad. Y cuando su mirada se dirigía a las personas, tenía una predilección por los pequeños y por los humildes: a sus ojos los grandes se volvían pequeños, y los pequeños, los niños en particular, se volvían grandes. Esta celebración de la pequeñez era perfectamente coherente con todo su modo de ser. ¿Acaso no era él, Jesús, la pequeña semilla destinada a desaparecer en la oscuridad de la tierra para expresar después energías de resurrección y de vida? A nosotros nos gusta lo que es grande y espectacular; el Señor prefiere, en cambio, todo lo que es humilde y pobre; pensemos en la pobre materia de los sacramentos: el pan, el vino, el aceite, el agua, la palabra del perdón, el gesto de amor...

¿Cómo se explica esta divergencia entre nuestras medidas y las del Evangelio? Hay un detalle en la primera parábola que puede explicarlo todo: se habla del tiempo de la siega. El tiempo de la siega es, en el lenguaje bíblico, el último, el del juicio al final de la historia. Ahora bien, si nuestro acontecer existencial ignora el futuro que se encuentra más allá de la historia, ¿qué pasa? Que el tiempo, mutilado de su dimensión eterna, se hace demasiado breve. En consecuencia, es un tiempo que no conoce la espera y la paciencia del agricultor. Es menester recuperar otra cultura, la que nos sugieren las parábolas del evangelio. El tiempo es una realidad profunda. Está el tiempo de la siembra y el de la siega. Está la acción del agricultor y otra acción, misteriosa, por la que, incluso cuando el agricultor está inactivo, la semilla brota y crece. En consecuencia, es preciso estar enamorados, ante todo, de lo que está germinando, pero está lleno de energías. Es preciso, si podemos hablar así, hacer-

nos poetas de los comienzos. A buen seguro, no es fácil cuando se tiene prisa y se está obligado a padecer las lentitudes de Dios. El Reino crece: esto es una certeza. Dejemos hacer a Dios: lo que no podemos hacer nosotros lo hace él. Lo que importa es hacer bien lo que estamos llamados a hacer cada día, en las situaciones normales. Se trata de una promesa del Señor: no puede no ser verdadera (L. Pozzoli, *Sul respiro di Dio*, Milán 1999, 210-213, *passim*).

Liberados del miedo (Mc 4,35-41)

³⁵ Aquel mismo día, al caer la tarde, les dijo:

–Pasemos a la otra orilla.

³⁶ Ellos dejaron a la gente y lo llevaron en la barca, tal como estaba. Otras barcas lo acompañaban. ³⁷ Se levantó entonces una fuerte borrasca y las olas se abalanzaban sobre la barca, de suerte que estaba ya a punto de hundirse.

³⁸ Jesús estaba a popa, durmiendo sobre el cabezal, y le despertaron, diciéndole:

–Maestro, ¿no te importa que perezcamos?

³⁹ Él se levantó, increpó al viento y dijo al lago:

–¡Cállate! ¡Enmudece!

El viento amainó y sobrevino una gran calma.

⁴⁰ Y a ellos les dijo:

–¿Por qué sois tan cobardes? ¿Todavía no tenéis fe?

⁴¹ Ellos se llenaron de un gran temor y se decían unos a otros:

–¿Quién es éste, que hasta el viento y el lago le obedecen?

La Palabra se ilumina

El relato de la tempestad calmada, que aparece como conclusión del discurso en parábolas como signo del poder de Cristo (el primero de una nueva serie, una especie de *librito de los milagros*), es una joya narrativa. Culmina con la pregunta: «¿Quién es éste...? (v. 41), con

la que el evangelista empuja al lector hacia la fe en Jesús, el Hijo de Dios que vence a la muerte y salva a los creyentes.

El marco del relato es el ya familiar mar de Galilea; Jesús había contado hasta ahora sus parábolas desde una barca, mientras que la gente estaba en la orilla. Sin solución de continuidad («*Aquel mismo día, al caer la tarde*»: v. 35a), Marcos narra el hecho de la tempestad calmada. El relato constituye en sí mismo una secuencia brevísima de fuertes contrastes: entre la borrasca y el sueño tranquilo de Jesús, entre el reposo del Maestro y la angustia de los discípulos, entre la tempestad y la bonanza. Por otro lado, el episodio se puede ilustrar con un rico fondo veterotestamentario: nos vienen a la mente los textos narrativos y poéticos que celebran el dominio del Señor sobre las aguas (por ejemplo, Sal 89,10s); a continuación, el hecho de que el mar, criatura de Dios, es también el símbolo del caos primordial y la sede de los monstruos marinos, criaturas demoníacas que amenazan a los navegantes, o también el simbolismo de la nave y de la tempestad. En particular, hay un texto bíblico que borda como en filigrana nuestro relato, y es el Sal 107,23-30, que relata una tempestad calmada con expresiones que casi coinciden con el relato de Marcos.

«*Pasemos a la otra orilla*» (v. 35b) es una orden dada con autoridad, una orden que requiere confianza y obediencia. Los discípulos la siguen sin discutir, recogiendo a Jesús «*tal como estaba*», o sea, probablemente sin ni siquiera dejarle desembarcar, después de haber estado durante todo el día enseñando a la muchedumbre sobre la barca.

La tempestad que se desencadena de improviso en el lago, encajado en la fosa jordánica, a los pies de la cadena montañosa de Hermón, es un fenómeno que corresponde perfectamente a las condiciones climáticas del ambiente. Sin embargo, en el fondo de los textos bí-

blicos citados más arriba, aparece también de inmediato un significado más profundo: la pequeña y frágil comunidad de los discípulos está expuesta al asalto de fuerzas oscuras que amenazan su existencia. El sueño de Jesús es sorprendente en medio de este acontecimiento fortuito y desgraciado que sobreviene de modo inesperado. Explicarlo simplemente con el cansancio después de la larga jornada de predicación, o con el óptimo sistema nervioso del Maestro, ofrece una respuesta sólo satisfactoria en parte. ¿No habrá que ponerlo en relación con la intervención de los discípulos que «despiertan» a Jesús y con su «despertarse», alusivo a la misma resurrección de Cristo? Lo que sigue nos convencerá todavía más.

La invocación de los discípulos, ruda y desesperada, expresa una fe aún imperfecta: «*Maestro, ¿no te importa que perezcamos?*» (v. 38b; Mateo la transformará en una plegaria acongojada; cf. Mt 8,25). Jesús, que duerme, invita a los atemorizados discípulos a descubrir, más allá del silencio y de su aparente desinterés, la presencia amorosa de aquel que lo puede todo. La falta de fe de los discípulos consiste en haber pensado que Jesús los había abandonado a su destino. La duda concierne a su intervención, a su persona y, en último extremo, a su amor. En vez de mirar con un ánimo ansioso la situación, era mejor estar junto al que reposaba tranquilo «*a popa, durmiendo sobre el cabezal*» (v. 38a), un detalle que, como un *flash*, sólo recoge Marcos.

Jesús, despertado por los discípulos, se levanta. El verbo *eghéiro*, que se repite dos veces (la segunda en el compuesto *dieghéiro*), alude a la resurrección, para la que el vocabulario del Nuevo Testamento usa precisamente el mismo verbo. Al sueño, acostumbrada metáfora de la muerte, se contrapone, en suma, el «despertarse-levantarse» de Cristo, que vence para sí mismo y para los suyos el asalto del mar, símbolo bíblico de las potencias infernales y de la muerte.

Jesús «*increpó*» al viento y calmó el mar. Es preciso prestar atención, de nuevo, al vocabulario: los verbos usados, dando un colorido de exorcismo a la orden de Jesús, sugieren una lectura más rica del milagro. El Maestro aquietta el mar como lo haría con un ser demoníaco, enemigo del hombre. La «*gran calma*» –lo opuesto a la «*fuerte borrasca*» que se había abatido sobre el lago y sobre la barca– marca la victoria de Jesús, que libera a sus discípulos del asalto de la muerte. Y el Nazareno dirige ahora un reproche a sus discípulos, un reproche que apunta también al lector del evangelio: «*¿Por qué sois tan cobardes? ¿Todavía no tenéis fe?*» (v. 40).

El «todavía» alude a la experiencia pasada, que habría debido fundamentar el valor frente al peligro. Los discípulos deberían conocer ya a Jesús y su poder que salva. Sin embargo, están llenos todavía de miedo (al pie de la letra: «viles»): la muerte les aterroriza, del mismo modo que más tarde les espantará la perspectiva de la Pasión (cf. 8,32; 10,32) y se darán a la fuga (14,50). El miedo denuncia la falta de fe.

Los discípulos, cuya fe no ha llegado todavía a la madurez y sigue en un estado inicial, casi embrionario, son presa, al final del episodio, de un sentimiento religioso de «temor» ante la epifanía de lo divino. Esto se expresa en la pregunta que se dirigen unos a otros: «*¿Quién es éste*» (v. 41). La pregunta seguirá abierta hasta que las nuevas experiencias y la obra misteriosa de la gracia les lleven a confesar: «*Tú eres el Mesías*» (8,29).

La Palabra me ilumina

El miedo es mala compañía. Puede ser el miedo a lo desconocido o al mañana, el temor a cualquier enemigo o a una enfermedad, algo que venga a turbar de alguna manera nuestra serenidad impidiéndonos la realización de la felicidad.

Un día, en el lago de Tiberíades, también los discípulos de Jesús experimentaron un gran miedo. Aunque eran pescadores avezados y habituados a los caprichos de la naturaleza, la borrasca debía ser en aquella ocasión de unas proporciones gigantescas y la barca corría el peligro de hundirse. Afortunadamente, Jesús estaba con ellos. Su intervención trajo serenidad, primero a sus corazones y después al lago agitado. El fragmento sirve como ejemplo y como amonestación para expulsar nuestros miedos, incluso los que tienen base, porque el Señor Jesús es el fuerte, capaz de redimensionar –hasta eliminarlo por completo– cualquier obstáculo. Con él no hay nada que temer.

El reproche dirigido a los discípulos resuena en la historia y se convierte en amonestación para todos nosotros. Entrevemos en él la condición itinerante de la fe, que, amenazada, debe vencer la tentación de la poca confianza en el Señor Jesús. Si él está presente, su persona es título suficiente de salvación. Como el seguimiento, también la fe es un camino iniciado y nunca concluido. Adherirnos a Jesús significa aventurarnos en una gran empresa de progresivo conocimiento, significa iniciar y continuar, con *paciencia* y con *humildad*, un exaltante camino de descubrimiento. Esto es también un aspecto de la fe.

Nos encontramos fácilmente en la titubeante situación de los discípulos cuando, ante las dificultades, nos sentimos sumergidos y tenemos la impresión de estar abandonados. Experimentamos muchas veces el desánimo que nos abraza hasta triturar nuestra esperanza, impidiéndonos ver el futuro. Estamos ahogados en el mar de nuestros problemas, incapaces de darnos cuenta de la presencia de los otros y, sobre todo, de la de Jesús. Muchas veces experimentamos un miedo que, en ocasiones, se hunde en el pánico. Entonces lo vemos todo negro, nos dejamos caer en la depresión, la emprendemos con los otros y, tal vez, con el mismo Dios.

En estos casos estamos llamados a levantar la mirada de nuestro mundo limitado y a abrirnos a Otro. Aunque nuestro grito está motivado por el miedo y tal vez por la desesperación, es también siempre una incipiente oración. Jesús nos ha demostrado –y continúa haciéndolo– que no se muestra sordo a las llamadas de los hombres. Él está ahí y, aunque duerma, cuida de nosotros. Este pensamiento nos sostiene, nos estimula, nos garantiza que estamos en la parte de la vida.

La Palabra se convierte en oración

Señor, tú conoces nuestro miedo, todos nuestros muchos miedos. Aunque ya seamos adultos, nos sentimos con frecuencia perdidos e inseguros como niños. Son muchas, demasiadas, las cosas que crean en nosotros ansia e inquietud. Y, a continuación, están las personas a las que tememos o de las que no nos fiamos.

Tenemos necesidad de redescubrir que, si tú estas presente, nuestros miedos quedan redimensionados hasta desaparecer. Tu presencia discreta y amorosa nos asegura que no pueden ser abandonados o dejados de lado aquellos a los que el Padre creó, tú redimiste y el Espíritu santificó.

Al tiempo que te pedimos, Señor, que nos liberes de nuestros miedos, te suplicamos que nos dejes uno, el de perderte o quedarnos lejos de ti. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Así curó los vicios de mi alma e hizo tuyas las enfermedades de mi cuerpo el que es hombre por parte de madre y Dios por parte de padre. Soportó en verdad las debilidades que son naturales de la carne y no ocultó las sensaciones del cuerpo humano. Según la sensibilidad humana, come y bebe y cierra sus ojos con el sueño; al andar siente el cansancio del camino. Como hombre,

derrama lágrimas por el amigo fallecido, al que inmediatamente después, como Dios, hará resucitar del sepulcro.

Como hombre lo llevaba la barca, como Dios ordena a los vientos y, aun siendo hombre, camina sobre las aguas por virtud divina. Con sentimientos de hombre tiembla cuando se le acerca la muerte, con la mente de Dios sabe que le ha llegado el tiempo de la muerte. Como hombre fue crucificado, como Dios aterrizó al mundo desde la cruz. Es justo, por consiguiente, que reafirmemos nuestros ánimos, elevemos la mente, expulsemos de nuestro corazón los temores cobardes, puesto que por nosotros el Hijo de Dios, aun siguiendo siendo Dios en todo, dio la vida y al mismo tiempo volvió a tomarla. Dios vencedor consiguió el triunfo sobre nuestra muerte y se llevó consigo nuestro cuerpo al cielo, por no considerar suficiente el haber asumido por nuestra salvación todas las debilidades humanas para suprimir nuestras heridas con las tuyas (Paulino de Nola, *I Carmi*, XXI, 115-140, Roma 1990, 428s [edición española: *Poemas*, Gredos, Madrid 2005]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Se alegraron de aquella bonanza y él los condujo al ansiado puerto*» (Sal 107,30).

Caminar con la Palabra

Señor, ¿no te importa que perezcamos? ¿No te importa nuestra fatiga de vivir, nuestra desesperada insuficiencia, este deseo sin nombre que nos quema, la duda que mortifica toda nuestra esperanza? ¿No te importan las noches dolorosas en los hospitales, la respiración que falta en las prisiones de todo el mundo, el silbido de las balas o de los golpes del *machete*? ¿No te importa que ya nadie me dé trabajo? ¿No te importa que esté

llorando en la oscuridad? ¡No te importa, Señor, el dolor, nuestro dolor? Nunca acabaríamos de contarlo, de poner ejemplos, porque siempre es más. El mal parece en su casa en la tierra y en nuestro corazón. Pero ¿no te importamos nada?

Oh, sí que le importa. Él está aquí, vino como testigo absoluto de un amor, de un interés y de un «importar» infinitos, que sólo él conoce. Y nos los revela: Dios está de parte del hombre y se toma tan a pecho su suerte, esto es, el bien, la salvación, la felicidad para siempre, que le da a su Hijo. La solicitud, la entrega, la premura, la ternura de Dios hechas persona, convertidas en un rostro como el nuestro, en unas manos como las nuestras, en un corazón como el nuestro y en una vida que nace y que debe –porque quiere– morir para ser como nosotros, con nosotros, juntos.

Sólo dentro de este don sin límites puede despojarse nuestro dolor de toda desesperación, dejar el miedo, porque es un dolor que se refleja ahora en aquel otro que es libre y voluntario, potente y victorioso; más aún, se entrelaza en él de una manera inexplicable y comparte, ya desde ahora, su destino de gloria. La fe sabe que el Señor, poderoso, bien puede dominar el viento y el mar, el mundo y los acontecimientos humanos, pero sabe sobre todo que ninguna tempestad del mal podrá prevalecer jamás sobre el amor que se ha entregado hasta la muerte para salvarnos. Hemos sido «*bendecidos con toda bendición antes de que el mundo existiera*»: ¿por qué deberíamos tener miedo entonces? «¿*Por qué sois tan cobardes? ¿Todavía no tenéis fe?*». «En primer lugar» está la bendición y, después, aunque no sepamos el porqué, está nuestro dolor. Las cuentas saldrán, habrá una «*gran bonanza*» para siempre (A. Anzani Colombo, *Per fede per amore. Commento ai Vangeli delle domeniche*, Casale Monf. [Al] 1955, 164-166).

De muchos al uno, del uno al Único

(Mc 5,1-20)

¹ Llegaron a la otra orilla del lago, a la región de los gerasenos. ² En cuanto saltó Jesús de la barca, le salió al encuentro de entre los sepulcros un hombre poseído por un espíritu inmundo. ³ Tenía su morada entre los sepulcros y ni con cadenas podía ya nadie sujetarlo. ⁴ Muchas veces había sido atado con grilletes y cadenas, pero él había roto las cadenas y había hecho trizas los grilletes. Nadie podía dominarlo. ⁵ Continuamente, noche y día, andaba entre los sepulcros y por los montes dando gritos e hiriéndose con piedras.

⁶ Al ver a Jesús desde lejos, echó a correr y se postró ante él, ⁷ gritando con todas sus fuerzas:

–¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes.

⁸ Es que Jesús le estaba diciendo:

–Espíritu inmundo, sal de este hombre.

⁹ Entonces le preguntó:

–¿Cómo te llamas?

Él le respondió:

–Legión es mi nombre, porque somos muchos.

¹⁰ Y le rogaba insistentemente que no los echara fuera de la región.

¹¹ Había allí cerca una gran piara de cerdos, que estaban hozando al pie del monte, ¹² y los demonios rogaron a Jesús:

–Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos.

¹³ Jesús se lo permitió. Los espíritus inmundos salieron, entraron en los cerdos, y la piara se lanzó al lago desde lo alto del precipicio y los cerdos, que eran unos dos mil, se ahogaron en el lago.

¹⁴ Los porquerizos huyeron y lo contaron por la ciudad y por los caseríos. La gente fue a ver lo que había sucedido. ¹⁵ Llegaron donde estaba Jesús y, al ver al endemoniado que había tenido la legión sentado, vestido y en su sano juicio, se llenaron de temor. ¹⁶ Los testigos les contaron lo ocurrido con el endemoniado y con los cerdos. ¹⁷ Entonces comenzaron a suplicarle que se alejara de su territorio.

¹⁸ Al subir a la barca, el que había estado endemoniado le pedía que le dejase ir con él. ¹⁹ Pero no le dejó, sino que le dijo:

–Vete a tu casa con los tuyos y cuéntales todo lo que el Señor ha hecho contigo y cómo ha tenido compasión de ti.

²⁰ Él se fue y se puso a publicar por la región de la Decápolis lo que Jesús había hecho con él, y todos se quedaban maravillados.

La Palabra se ilumina

Después del discurso parabólico, que había mostrado a Jesús como Maestro de una palabra auténtica, Marcos nos propone una serie de cuatro milagros que sacan a la luz la acción extraordinaria del Nazareno, y nos ofrece así un fragmento de gran maestría narrativa, con un estilo fresco y con abundancia de detalles. Sirve de marco al fragmento el detalle de Jesús que baja de la barca (v. 2) y vuelve a subir a ella (v. 18). Los discípulos salen momentáneamente de escena, dejando su sitio a otros personajes.

Nos encontramos ahora en una región pagana (v. 1b): la actividad de Jesús supera los angostos límites de Israel y allana el camino para la futura misión *ad gentes* que incluye a todos los pueblos. El endemoniado que se acerca a Jesús está «fotografiado» con un efecto de *zoom* tan original como excepcional (vv. 2-6): se trata de un endemoniado, vive en lugares inmundos como los sepulcros, tiene las características del energúmeno al que nadie consigue dominar y está dotado de una fuerza bruta con la que elimina cualquier posibilidad de detención. Es un vagabundo que chilla y se hiere con piedras. Es

alguien que destruye y se autodestruye, un alienado, convertido en enemigo de sí mismo. Se comprende su aislamiento total. Se le ha dejado solo con su drama.

Cuando llega Jesús, suena otra música. El hombre se dirige hacia él, pero Jesús no huye. En honor a la verdad, esta parte del relato muestra a Jesús dialogando –tal vez sería más correcto decir luchando– con el que posee al hombre. Este singular demonio pide piedad ¡apelando a Dios! Es probable que la narración utilice aquí el lenguaje popular, el modo de expresión simple de la gente normal, a fin de remarcar la idea de base según la cual nadie puede resistirse, ni siquiera los demonios, a la Palabra de Jesús. El Maestro accede a la demanda de esta «legión» de demonios: permitirles «emigrar» a los cerdos. La mentalidad antigua consideraba que un demonio expulsado debía encontrar otra morada: los cerdos son los símbolos de la impureza y por eso resultan idóneos para acoger a este huésped invasor. Se añade un detalle no despreciable: que los cerdos, una piara considerable de casi dos mil cabezas, se precipitan en el lago y se ahogan (v. 13).

La noticia se divulga sobremanera y hace que acuda mucha gente (v. 14b). El energúmeno de antes se ha vuelto un hombre normal, repacificado consigo mismo y con el mundo: está sentado, vestido como los demás, tiene la mente sana. De este ser esquizofrénico y asocial, Jesús ha sacado un hombre dueño de sí mismo y lo ha convertido en un hermano. Sin embargo, este hecho sorprendente no parece interesar a la gente, tal vez exclusivamente atenta a la pérdida de los cerdos. En la comparación entre el beneficio perdido y la curación de un caso desesperado priva aquí el aspecto económico. Jesús se convierte en un personaje incómodo, en una persona *non grata*. La decisión de la gente no irrita al Maestro, que se vuelve a la barca. El rechazo a causa de la incompreensión no es una novedad en el anuncio del Evangelio.

En el mar de la ceguera brilla una luz. El endemoniado de antes, ahora perfectamente sano, pide que Jesús le deje ir con él (v. 18: era la fórmula que empleó Jesús cuando eligió a los Doce en Mc 3,14). El Maestro itinerante no le asocia como nuevo miembro al «colegio apostólico», pero, al mismo tiempo, no desdeña –más aún, aprecia– esa gran generosidad y la dirige hacia una nueva tarea (v. 19). Él, ex endemoniado, ex pagano, tiene las mejores credenciales para ser testigo autorizado e intérprete entre los suyos de las grandezas que Dios ha realizado en su persona por medio de Jesús. El ex endemoniado acoge de inmediato y con impulso la misión (v. 20). Como buen laico, desarrolla su obra eclesial en el medio pagano de la Decápolis.

El itinerario del episodio es apreciable y digno de ser recordado: desde la multiplicidad negativa de una legión de demonios se pasa a la unidad de la persona, que se recupera a sí misma en la compostura de la normalidad. El paso siguiente es verse habilitada para anunciar a los otros que Dios es misericordia, algo que se hace visible en Jesús. De muchos al uno, del uno al Único.

La Palabra me ilumina

Lo hemos visto en el fragmento evangélico: un hombre que se encuentra en una situación desesperada –un endemoniado, aspirante a suicida, pagano– queda transformado en una persona normal y útil a los demás después de haberse encontrado con Jesús. Pues bien, hoy, como ayer, anunciar la novedad liberadora del Evangelio a cada hombre, unirse a él en todo lo que constituye su existencia y expresa su humanidad, sigue siendo el reto que se plantea a la Iglesia. Ésta seguirá ocupándose de él, movilizándolo todas las fuerzas de las que dispone, que son, antes que nada, de naturaleza espiritual, a fin de contribuir al bien del hombre en todas las dimensiones de su ser.

Hagamos nuestro este programa, porque todos nosotros somos Iglesia, aunque tengamos diferentes funciones. Antes de anunciar la liberación, realicemos la experiencia de sentirnos liberados por Alguien que nos sale al encuentro; él no teme nuestras rabias, nuestras cóleras, nuestros actos impulsivos. Podríamos ser en algunas ocasiones unos energúmenos que reaccionan de manera violenta a los sobresaltos de la historia: «No hay derecho...», «¿Por qué me trata así el Señor?», «¿Qué he hecho mal?...». O bien podríamos parecer fantasmas que vagan entre los sepulcros de un pasado que ya no vuelve, o de esperanzas que ya están sepultadas. De este modo nos hacemos daño y no permitimos progresar a la historia. Tenemos necesidad de un liberador que nos haga saborear la alegría del perdón, el deseo de volver a empezar, el impulso del primer amor.

Una vez restituidos a nosotros mismos, debemos proseguir y completar la obra. Exaltamos nuestra liberación cuando tendemos una mano amiga a quien tiene necesidad de ser liberado. A través de diferentes modalidades, subsiste el agradable deber de comunicar a los otros que la liberación es posible, que hay Alguien que siempre está dispuesto a mostrar su bondad, porque pone al mal contra las cuerdas y después lo ahoga en el mar de su amor. De este modo nos sentimos atraídos por el Único y orientados a imitarle.

La Palabra se convierte en oración

¿Cuál será mi sitio en la casa de Dios? Lo sé, no me pondrás mala cara, no me harás sentirme una criatura que no sirve para nada, porque tú eres así: cuando una piedra te sirve para tu construcción, coges el primer guijarro que encuentras, lo guardas con una infinita ternura y lo conviertes en la piedra que necesitabas: unas veces brillante como un diamante, otras opaca y sólida como una roca, pero siempre adaptada a su objetivo.

¿Qué vas a hacer de este pequeño guijarro que soy yo, de esta piedra pequeña que tú creaste y que vas trabajando cada día con el poder de tu paciencia? Que me pongas bajo un pavimento que nadie ve, pero que sostiene el esplendor del zafiro o encima de una cúpula que todos miran y quedan deslumbrados, es algo que tiene poca importancia. Lo importante es que me encuentre cada día en el sitio donde tú me pongas, sin retrasos (A. Ballestrero).

La Palabra en el corazón de los Padres

Es preciso saber que Dios quiere, en primer lugar, que todos los hombres se salven y lleguen a su Reino. En efecto, no nos ha creado para castigarnos, sino, en cuanto bueno, para hacernos participar de su bondad. Sin embargo, quiere, justamente, que los pecadores sean castigados.

En consecuencia, a la primera se le llama también voluntad primaria y también beneplácito, y tiene su origen en él. A la segunda se le llama voluntad consecuyente y también permiso, y tiene su origen en una causa nuestra: ésta es a su vez de dos tipos, a saber: la providente y educativa para la salvación, y la definitiva para el castigo completo. Y éstas se encuentran entre las cosas que no dependen de nosotros.

De las cosas que dependen de nosotros, quiere las buenas en primer lugar y se complace en ellas; en cambio, las malvadas y realmente malas no las quiere ni en la línea primaria ni en la consecuyente. Con todo, las permite al libre albedrío; en efecto, lo que sucede por fuerza no es ni racional ni virtuoso. Dios provee a toda la creación y a menudo incluso a través de los mismos demonios, como ocurrió con Job y con los cerdos (Juan Damasceno, *La fede ortodossa*, II, 29, Roma 1998, 154).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive tú mismo esta Palabra:

«Vete a tu casa con los tuyos y cuéntales todo lo que el Señor ha hecho contigo y cómo ha tenido compasión de ti» (Mc 5,19).

Caminar con la Palabra

El Padre, incansablemente y a veces de una manera más evidente, nos pone a cada uno de nosotros en contacto con Jesús, curándonos no mediante una curación espectacular, sino sanando nuestro corazón. Es una maravilla que se renueva cada día: la curación del corazón, gracias a la cual salimos de nosotros mismos, de nuestro yo mortal; la curación gracias a la cual empezamos a creer.

Ésta es, en efecto, la verdadera curación: creer que somos amados por un amor que no se impone, ni siquiera a través de signos exteriores. El endemoniado, una vez curado, hubiera podido irse bailando. Sin embargo, se quedó para escuchar a Jesús, junto a él: reconoció, en el silencio de la fe, al que pacificó y unificó todo su ser. Este contacto es el que debe hacerse cada vez más habitual en lo más hondo de nuestra vida, este contacto con Jesús, que es la gracia dada gratuitamente y llena del amor del Padre. Contacto significa tocar de verdad a Jesús: él no está en cualquier otra parte, sino que está en nosotros. Mejor todavía, nosotros estamos en él, somos carne de su carne, miembros de su cuerpo. Nada de lo que somos le es extraño. Entrar en contacto con él es, si así podemos hablar, abrirle los espacios de nuestro corazón, los de todo nuestro ser, cuerpo, alma y espíritu, para que habite en nosotros. Entonces ya no seremos «legión», ni siquiera estaremos llenos de nosotros mismos: estaremos llenos de la plenitud de nuestro Dios (J. Corbon, *La gioia del Padre*, Magnano [Bi] 1997, 50s, *passim*).

Señor de la vida

(Mc 5,21-43)

²¹ Al regresar Jesús, mucha gente se aglomeró junto a él a la orilla del lago. ²² Entonces llegó uno de los jefes de la sinagoga llamado Jairo. Al ver a Jesús, se echó a sus pies ²³ y le suplicaba con insistencia, diciendo:

–Mi niña está agonizando; ven a poner las manos sobre ella para que se cure y viva.

²⁴ Jesús se fue con él. Mucha gente lo seguía y lo estrujaba. ²⁵ Una mujer que padecía hemorragias desde hacía doce años ²⁶ y que había sufrido mucho con los médicos y había gastado todo lo que tenía sin provecho alguno, yendo más bien a peor, ²⁷ oyó hablar de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto. ²⁸ Pues se decía: «Si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, quedaré curada». ²⁹ Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y sintió que estaba curada del mal. ³⁰ Jesús se dio cuenta en seguida de la fuerza que había salido de él, se volvió en medio de la gente y preguntó:

–¿Quién ha tocado mi ropa?

³¹ Sus discípulos le replicaron:

–Ves que la gente te está estrujando ¿y preguntas quién te ha tocado?

³² Pero él miraba alrededor a ver si descubría a la que lo había hecho. ³³ La mujer, entonces, asustada y temblorosa, sabiendo lo que le había pasado, se acercó, se prostró ante él y le contó toda la verdad.

³⁴ Jesús le dijo:

–Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu mal.

³⁵ Todavía estaba hablando cuando llegaron unos de casa del jefe de la sinagoga diciendo:

–Tu hija ha muerto; no sigas molestando al Maestro.

³⁶ Pero Jesús, que oyó la noticia, dijo al jefe de la sinagoga:

–No temas; basta con que tengas fe.

³⁷ Y sólo permitió que lo acompañaran Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago.

³⁸ Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y, al ver el alboroto, unos que lloraban y otros que daban grandes alaridos, ³⁹ entró y les dijo:

–¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no ha muerto; está dormida.

⁴⁰ Pero ellos se burlaban de él. Entonces Jesús echó fuera a todos, tomó consigo al padre de la niña, a la madre y a los que lo acompañaban, y entró adonde estaba la niña. ⁴¹ La tomó de la mano y le dijo:

–*Talitha kum* (que significa: «Niña, a ti te hablo, levántate»).

⁴² La niña se levantó al instante y echó a andar, pues tenía doce años.

Ellos se quedaron atónitos. ⁴³ Y él les insistió mucho en que nadie se enterase de aquello, y les dijo que dieran de comer a la niña.

La Palabra se ilumina

Continúa la acción prodigiosa de Jesús, acompañada de su sorprendente palabra. Se trata de dos milagros «entrelazados» narrativamente: comienza con el relato de Jairo, que intercede en favor de su hija, que está gravemente enferma (vv. 21-24); se inserta el episodio de la mujer enferma de hemorragias, que obtiene su curación (vv. 25-34); se vuelve al primer relato con la trágica noticia de la muerte de la muchacha, a lo que sigue la intervención de Jesús, que le restituye la vida (vv. 35-43). El encaje de los dos episodios no molesta, gracias a los elementos comunes que los unen de manera armónica: las destinatarias privilegiadas del beneficio divino son dos figuras femeninas, una mujer enferma y una mu-

chacha muerta; ambas están ligadas al número doce: los años de sufrimiento de la mujer y los años de vida de la muchacha. El elemento de mayor relieve lo pone la fe que alimenta los sentimientos hacia Jesús.

Pero vayamos por orden. El escenario sigue siendo el lago de Galilea, llamado generalmente «*mar*» porque así llamaban los judíos a toda superficie de agua. Entra en escena Jairo, uno de los jefes de la sinagoga. Su comportamiento y sus palabras revelan estima y confianza en Jesús. Se le echa a los pies en señal de gran respeto «*y le suplicaba con insistencia*» (v. 23: en la insistencia hay que ver un rasgo de la fe). Su petición consiste en que le imponga las manos –gesto habitual para comunicar energía y poder a fin de salvarla («*para que se cure y viva*»: el verbo griego traducido por «curar» tiene el significado de «salvar»). La petición tiene una acogida benevolente en Jesús, que se dirige hacia la casa seguido de la muchedumbre.

En este punto se inserta el nuevo episodio. Marcos se muestra vivaz y pintoresco en la descripción de la mujer. De ella recuerda la naturaleza de su enfermedad y el tiempo de sufrimiento que lleva, los numerosos y fracasados intentos de curación, con una nota negativa para la clase médica. E introduce al lector en el mundo interior de la mujer –con su dosis de ingenuidad, de fe sencilla, tal vez supersticiosa– a fin de interceptar las razones profundas de su gesto: «*Si logro tocar aunque sólo sea sus vestidos, quedaré curada*» (v. 28). Dicho y hecho (v. 29). La mujer no quería hacerse notar por Jesús, porque, a causa de sus pérdidas de sangre, estaba considerada «impura» por la ley y se creía que todo lo que ella tocara se volvía impuro. Ésta es la razón por la que se limita a rozar a escondidas el manto de Jesús, aprovechándose de la aglomeración de gente, y ésta es la razón por la que se siente tan culpable, temerosa y temblorosa cuando la descubren. La pregunta de Jesús («*¿Quién me ha tocado?*»: v. 30), cuando se agolpa tanta gente y todos

empujan, parece ilógica. Sin embargo, es totalmente plausible porque hace comprender que nada sucede por casualidad y que la curación de la mujer no está ligada, en primer lugar, al hecho material del tocar, sino a su fe. En todo caso, Jesús adopta el método de la publicidad: no sólo hace saber a todos que no se siente impuro por el hecho de ser tocado por aquella mujer, sino que convierte el caso en ocasión de una jugosa catequesis. Transforma, efectivamente, a la «culpable» en heroína, concediéndole, más allá del don de la salud física, la alegría de una vida nueva: «*Hija, tu fe te ha salvado*» (v. 34: se repite el verbo «salvar», que evoca un bienestar total, que afecta al cuerpo y al espíritu).

Se vuelve en este punto al primer episodio, con un epílogo trágico. La muerte se ha llevado a la muchacha que estaba gravemente enferma. Ya no hay nada que hacer, como dejan entender los que llevan la triste noticia al padre. Jesús, sin embargo, refuerza la fe del padre con esta recomendación: «*No temas; basta con que tengas fe*» (v. 36). Necesita una fe extraordinaria, casi heroica, para superar la evidencia de los hechos. Sin embargo, para Jesús todo es enormemente simple, hasta el punto de que llama a la muerte con el dulce nombre de «sueño». Quien no se adhiere a él encuentra únicamente el camino de la burla sarcástica. Gracias a Marcos podemos oír de viva voz a Jesús en su lengua original, el arameo: «*Talitha kum*». A la orden de Jesús no hay fuerza que pueda oponerse, ni siquiera la extrema de la muerte. De hecho, la muchacha se levanta, camina y come, señales claras de que ha recuperado la vida.

Es natural el asombro de los presentes (v. 42b), aunque insuficiente. Del hecho extraordinario es preciso remontarse a la persona que lo ha llevado a cabo y ahondar en su conocimiento, condición indispensable para seguirle y estar junto a él siempre y en todas partes. También cuando el camino se pone cuesta arriba hacia Jerusalén y, todavía más, hacia la cima del Calvario.

Unidos a él, nos será posible asistir no ya a la resurrección de los otros, sino a la nuestra. Jesús es siempre el Señor de la vida.

La Palabra me ilumina

Le preguntaron un día a Paul Claudel, célebre escritor y encarnizado lector, que había perdido la vista, cuál era el sentido de la vida. Respondió: «Ya no tengo nada, pero me quedan las rodillas para orar». En los momentos en que la vida se nos escapa de las manos, porque la desgracia nos cae encima e intenta triturarnos, o incluso sólo cuando la alegría deja de cantarnos por dentro y entramos en el túnel del desánimo, entonces es cuando debemos prolongar el tiempo con las rodillas dobladas y dirigirnos al Señor de la vida. Se ha dicho que la vida bella es un ideal de juventud realizado en la madurez. Debemos conservar el ideal e intentar realizarlo día tras días.

La mujer y el padre de la muchacha no se rindieron a la evidencia de los hechos. Comprendieron que la vida es como un libro: se pueden pasar las páginas, no arrancarlas. Para leer e interpretar también las páginas oscurecidas por el sufrimiento hace falta esa luz que se llama fe; es preciso redescubrir la presencia de Jesús, que pasa junto a nosotros para restañar nuestras heridas y continuar el camino con nosotros. No nos señala atajos ni senderos privilegiados. El único camino sigue siendo el que él recorrió, un camino fatigoso, pero que conduce seguro a la meta.

Queremos honrar a muchas personas que se empeñan en curar el cuerpo sin desatender las exigencias del espíritu. No se puede confinar el ámbito de la enfermedad –ni siquiera el de la muerte– en el dato biológico y material exclusivamente. Los santos, que también en este punto son modelos de comportamiento, lo comprendieron bien. A título ilustrativo, baste con esta cita:

«No se entra en la Pequeña Casa sólo para ser curados en el cuerpo. Para José Cottolengo, la Pequeña Casa, precisamente por estar fundada en la divina Providencia, es más que una enfermería o que un sanatorio. El amor de Dios se muestra amable con *todo* el ser humano: con su mente y con su corazón» (G. Maritati).

La Palabra se convierte en oración

Dios nuestro,
que de modo admirable creaste al hombre
a tu imagen y semejanza, y de modo más admirable
lo elevaste con el nacimiento de tu Hijo,
concédenos participar de la vida divina de aquel
que ha querido participar de nuestra humanidad
(*oración de la misa del día de Navidad*).

La Palabra en el corazón de los Padres

Además, quienes dicen que era un simple hombre engendrado por José, perseverando en la servidumbre de la antigua desobediencia mueren por no mezclarse con el Verbo de Dios Padre ni participar de la libertad del Hijo, como él mismo dice: «Si el Hijo os libera, seréis libres en verdad» (Jn 8,36). Desconociendo al Emmanuel nacido de la Virgen (Is 7,14) se privan de su don, que es la vida eterna (Jn 4,10.14); no recibiendo al Verbo de la incorrupción, permanecen en la muerte carnal, y son deudores de la muerte no recibiendo el antídoto de la vida. A ellos les dice el Verbo, exponiéndoles el don de su gracia: «Yo dije: todos sois dioses e hijos del Altísimo, pero como hombres moriréis» (Sal 82[81],6-7). Esto dijo a quienes no reciben el don de la filiación adoptiva y, menospreciando la encarnación por la concepción pura del Verbo de Dios, privan al hombre de su elevación hacia Dios y así desagradecen al Verbo de Dios hecho carne por ellos. Para eso se hizo el Verbo hombre, y

el Hijo de Dios, Hijo del Hombre, para que el hombre, mezclándose con el Verbo y recibiendo la filiación adoptiva, se hiciese hijo de Dios. Porque no había otro modo como pudiéramos participar de la incorrupción y de la inmortalidad, a menos de unirnos a la incorrupción y a la inmortalidad. ¿Pero cómo podíamos unirnos a la incorrupción y a la inmortalidad si primero la incorrupción y la inmortalidad no se hacía cuanto somos nosotros, «para que se absorbiese» lo corruptible en la incorrupción y «lo mortal» en la inmortalidad (1 Cor 15,53-54; 2 Cor 5,4) «para que recibiésemos la filiación adoptiva» (Gál 4,5)?

Por esto, «¿quién describirá su generación?» (Is 53,8). Porque «es un hombre, ¿quién lo reconocerá?» (Jr 17,9). Lo reconocerá aquel a quien el Padre que está en los cielos lo revele (Mt 16,17), para que entienda que «no de la voluntad de la carne ni de la voluntad de varón» (Jn 1,13) ha nacido el Hijo del hombre (Mt 16,13), que es «el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Mt 16,16) (san Ireneo, *Contra las herejías*, III, 19, 1s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu mal*» (Mc 5,34).

Caminar con la Palabra

El Reino de Dios es simplemente el mismo corazón de Jesús: un océano de paz soberana al que no podrá llegar nunca ningún tumulto. «¿Quién es éste, que hasta la muerte y la vida le obedecen?», decían en la casa de Jairo. Sólo Dios hace cosas semejantes. Y las hace en nosotros, para nosotros, en cuanto le permitimos hacerlas vivir. «No temas», decía Jesús a Jairo, «sólo ten fe». ¿Y qué es la fe? Distender el brazo y, con ello, la tensión de nuestros tumultos; coger la mano de Dios, que siempre está

tendida. La fe es la certeza de esta mano tendida, el instinto que nos hace cogerla, la confianza que nos hace abandonarnos a ella, la serenidad que se instaura en el fondo de nuestro ser y que va haciendo desaparecer poco a poco las huellas del tumulto, los sobresaltos del ansia, el estrépito de nuestra agitación.

La hemorroísa del evangelio ilustra esta fe victoriosa. La guía lo único necesario: el instinto seguro, que la hace apuntar en línea recta hacia Jesús, para extender la mano hacia la única fuente de curación y de paz. No va a ciegas, no tiende la mano hacia un taumaturgo de paso: la fe no es credulidad. Hoy son demasiados los que están dispuestos a probar cualquier receta que prometa maravillas. No, sólo la fe sabe a quién debe llegar. Busca a aquel que dijo: «*Mi paz os dejo, mi paz os doy, no como la da el mundo*» (Jn 14,27). Una paz no para dormir, sino para vivir. No para ser anestesiados de nuestros propios sufrimientos, sino para poder ofrecerlos y hacerlos fecundos. No para olvidar las necesidades de los otros, sino para servirles. Una paz en la que resuena la palabra que oyó la hija de Jairo, la palabra que nos hace ser y nos despierta continuamente: «*Niña, a ti te hablo, levántate*» (Mc 5,41). Esta palabra no se puede oír en medio de un gran trasiego. Y quien, al final, consigue oírla, de inmediato le invade una gran calma. Abre los ojos, se levanta y comienza a vivir y sabe que el Reino de Dios está ya entre nosotros... (A. Besnard, «*Oggi verrò da te*». *Cristo a Zaccheo e ognuno di noi*, Roma 1986, 91-94, *passim*).

El presunto conocimiento equivale a falta de acogida

(Mc 6,1-6)

¹ Salió de allí y fue a su pueblo, acompañado de sus discípulos. ² Cuando llegó el sábado se puso a enseñar en la sinagoga. La muchedumbre que lo escuchaba estaba admirada y decía:

—¿De dónde le viene a éste todo esto? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros hechos por él? ³ ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿No están sus hermanas aquí entre nosotros?

Y los tenía escandalizados.

⁴ Jesús les dijo:

—Un profeta sólo es despreciado en su tierra, entre sus parientes y en su casa.

⁵ Y no pudo hacer allí ningún milagro. Tan sólo curó a unos pocos enfermos, imponiéndoles las manos. ⁶ Y estaba sorprendido de su falta de fe. Jesús recorría las aldeas del contorno enseñando.

La Palabra se ilumina

La suerte está echada: Jesús ha atravesado el Rubicón, ha empezado la gran aventura. Jesús ha dejado desde hace ya algún tiempo la pequeña aldea donde había crecido y en la que había vivido durante unos treinta años, dando comienzo a una predicación extraordinaria. Se ha establecido en Cafarnaún, donde predica y realiza milagros. Su actividad como Maestro está indi-

cada dos veces, al comienzo y en la conclusión del fragmento (vv. 2 y 6).

En un determinado momento decide volver al pueblo donde había vivido. Ésta será la primera y única visita registrada por el evangelio. Vuelve con las vestiduras de rabí consolidado y acompañado de sus discípulos. Es una buena carta de presentación. Como buen judío observante, el sábado se dirige a la sinagoga, a fin de atender a sus obligaciones de creyente. Marcos se muestra muy lacónico en la descripción. Podemos imaginar que el jefe de la sinagoga, en vez de conducir él mismo la liturgia del sábado con el comentario correspondiente a la Torá, confió a Jesús la tarea de exponer su pensamiento, dado que ahora es un acreditado maestro.

De hecho, su explicación sorprende a muchos. Las explicaciones de Jesús no son las retahílas de citas aducidas por los rabinos; Jesús rehace una enseñanza inédita que tiene su origen en un modo muy original de leer la Escritura. La sorpresa y el estupor generan una serie de preguntas. Las preguntas, cinco en total (vv. 2s), forman dos grupos, de tres y dos, respectivamente. El primer grupo plantea verdaderas preguntas que no tienen una respuesta clara y continúan, por consiguiente, en suspenso; el segundo contiene preguntas retóricas, con respuesta precisa.

La primera pregunta –«¿De dónde le viene a éste todo esto?»– versa sobre el origen del conocimiento de Jesús. Todos sabían que no había asistido a ninguna escuela particular (no las había en el pequeño pueblo de Nazaret) y que no había estado en Jerusalén siguiendo las lecciones de maestros ilustres, como fue el caso de Pablo en la escuela de Gamaliel. En consecuencia, sigue siendo un misterio cómo y dónde ha podido aprender Jesús esa instrucción que ahora está exponiendo ante sus paisanos. Hay un aspecto particular que despierta todavía más la curiosidad de la atónita gente del pueblo: «¿Qué

sabiduría es esa que le ha sido dada?». La sabiduría, don de Dios, es el modo gustoso y sabroso de alcanzar la verdad, y afecta a toda la persona, tanto a su inteligencia como a su corazón. Las palabras de Jesús tienen al mismo tiempo la lucidez del saber y el deleite del sabor. Por eso Jesús «da en el blanco» con sus palabras, llegando a la totalidad de la persona. Alguien, mejor informado, sabe también de los milagros realizados por Jesús en las regiones vecinas. Por otra parte, Cafarnaún estaba a pocos kilómetros y las noticias corrían. Esas acciones extraordinarias alimentan también el enigma sobre la persona de Jesús.

La segunda serie de preguntas –esta vez retóricas– plantea los conocimientos que la gente de Nazaret poseía sobre Jesús. Éste era conocido por haber ejercido la modesta actividad de carpintero, término genérico para indicar, en un minúsculo centro habitado, un «arreglador». También conocen a su madre y se la cita por su nombre (la única vez en el evangelio de Marcos). El «carné de identidad» de Jesús está completado con la referencia a otros familiares, con cuatro hermanos citados por su nombre y con una referencia genérica a sus hermanas. Aquí, como ya en 3,32, y según la mentalidad semítica, el grado de parentesco es más elástico que en nuestra cultura: «hermano» y «hermana» señalan a los primos o un vínculo todavía más lejano.

La presunción de conocer a Jesús les bloquea en el umbral de su experiencia. Son incapaces de interrogarse a fondo, de indagar mejor la identidad de su ilustre paisano. Con semejante actitud de cerrazón no están dispuestos a acoger los gérmenes de la novedad revolucionaria que trae consigo y chocan («los tenía escandalizados») con los elementos que deberían impulsarles a revisar sus posiciones. Su equivocación consiste en acoger a Jesús como se acoge en nuestros días a un héroe deportivo o militar, a una personalidad científica o religiosa en su patria tras un período de alejamiento.

El amargo comentario de Jesús cita un proverbio bien conocido. Sucede con frecuencia que precisamente los que están más cerca, se muestran refractarios a cambiar de opinión, prisioneros de su pasado o de sus conocimientos. Por la falta de fe en su persona, los habitantes de Nazaret no disponen del requisito necesario para dejar espacio al milagro. En consecuencia, Jesús limita sus intervenciones bienhechoras. Se marcha de nuevo de Nazaret para llevar el calor de su Palabra y la novedad de su mensaje a otras personas que, al menos así lo espera, estén menos prevenidas en contra de él y se muestren mejor dispuestas a acoger una Palabra que transformará sus vidas.

La Palabra me ilumina

Una alegre salida termina en una amarga decepción: decepción por parte de los habitantes de Nazaret, que se escandalizan, y decepción por parte de Jesús, que constata su dureza de corazón. No basta la embriaguez momentánea del comienzo, ni tampoco la escucha de novedades agradables. Es menester pasar del mensaje al mensajero, de la acción al que la realiza. Este paso se vuelve posible cuando se está atento a los mensajes de la historia y se es dócil a las sugerencias interiores. No se puede dar por descontado nuestro conocimiento de Jesús, ni presumir que su carné de identidad nos resulte conocido desde hace mucho tiempo. Obrando así nos hacemos impermeables a las sorpresas.

En realidad, el evangelio, antes de ser un texto escrito y que ya conocemos, es una Persona, es el mismo Jesús, al que hemos de acoger en todo momento. Si bien es cierto que las páginas evangélicas no han cambiado desde hace dos mil años, también lo es que nosotros estamos en un cambio continuo: por la edad, por las experiencias, por los sentimientos. El estado de ánimo en que me encuentro en la Pascua de este año puede ser

muy distinto al que me encontraba el año pasado. Cada uno de nosotros cambia continuamente. Por otra parte, la omnipotencia divina incluye asimismo la fantasía divina, de ahí que Jesús no llegue nunca a nosotros del mismo modo y se reserve siempre la posibilidad de sorpresas agradables. Por eso no puedo presumir de conocerle de una vez por todas, ni dar por descontado un conocimiento adquirido antes. Existe siempre la posibilidad de una actualización, de percibir nuevos matices. Dicho con otras palabras, es preciso que nos pongamos siempre en una actitud de escucha, de una receptividad disponible al Espíritu que crea y recrea.

Sólo así podrá continuar realizando el Señor, en medio de nosotros, el milagro de su presencia, que nos exalta y nos asimila a él.

La Palabra se convierte en oración

¿Quién eres tú, Señor? La pregunta atraviesa los siglos y llega hoy, en este momento, a mí. No puedo confiarme a respuestas de manual, ni a una torpe chapucería. Mi respuesta debe venir antes de la vida que de los labios. Es verdad que me la planteo muchas veces, pero no encuentro nunca una respuesta que me calme de una vez para siempre. Debo ser un buscador obstinado, debo aprender a descodificar tu identidad a partir del mensaje del Evangelio, de las sabias inspiraciones de tu Espíritu, de las personas que encuentro en mi camino, sobre todo de las más necesitadas, con las que has dicho que te identificas.

Señor, al aceptar el dicho de que «todo lo que vive se transforma», deseo ponerme a la saludable escucha de tu Palabra, oír los ecos de la historia, la próxima y la remota, vivir mi vida como protagonista y percibir así el estremecimiento del *novum* que eres tú. Las afirmaciones perennes sobre tu identidad tendrán, de vez en cuando, la fragancia de la frescura y la originalidad de

lo inédito, porque mi mente y mi corazón te percibirán como la primera vez.

Es una gracia que te pido, Señor, para mí y para todos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

De este modo, se nos exhorta al deber de venerar y honrar al Hijo, es decir, el *Logos*, persuadidos por la fe de que él es el salvador y el guía, y, a través de él, lo es el Padre. Y debemos hacerlo no en días escogidos, como otros pretenden, sino continuamente, durante toda la vida y de todos los modos.

De ahí que el «gnóstico» honre a Dios no en un lugar determinado, ni en un templo especial ni tampoco en festividades y días fijos, sino durante toda la vida, ya se encuentre solo o tenga consigo a compañeros de fe. Si la presencia de una persona buena educa y forma siempre en el mejor de los sentidos al que se le acerca, en virtud de la atención que le presta y el respeto que le inspira, aquel que siempre, incesantemente, está cerca de Dios con la gnosis, con la vida, con su acción de gracias, ¿no es lógico que sea tanto más superior a sí mismo y en todo, dado que contempla todas sus obras y oye todas sus palabras y su disposición interior?

Así es el que está convencido de la omnipresencia de Dios y considera que no está encerrado en lugares determinados, para poder abandonarse a toda licencia noche y día, cuando cree que está lejos de él. Transcurriendo así toda la vida en fiesta, convencidos de que en todas partes y en todo lugar estamos junto a Dios, trabajamos los campos alabándole, navegamos cantándole y nos comportamos siguiendo la norma correcta en toda nuestra conducta de vida (Clemente de Alejandría, *Stromati*, VII, 7, Milán 1985, 808 [existe edición española en Ciudad Nueva, Madrid 2005]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Medita a menudo esta Palabra:

«Y estaba sorprendido de su falta de fe» (Mc 6,6a).

Caminar con la Palabra

El escándalo es la expresión violenta del resentimiento del hombre contra Dios, contra la esencia misma de Dios, contra su santidad. Es la resistencia contra el mismo ser de Dios. En lo más profundo del corazón humano dormita junto a la nostalgia de la fuente eterna, origen de todo lo criado y que es la única que contiene la plenitud absoluta, la rebelión contra el mismo Dios, el pecado, en su forma elemental, que espera la ocasión propicia para atacar. Pero el escándalo se presenta raramente en estado puro, como ataque abierto contra la santidad divina en general; se oculta dirigiéndose contra un hombre de Dios: el profeta, el apóstol, el santo, el profundamente piadoso. Un hombre así es realmente una provocación. Hay algo en nosotros que no soporta la vida de un santo, que se rebela contra ella, buscando como pretexto las imperfecciones propias de todo ser humano. Sus pecados, por ejemplo: ¿éste no puede ser santo! O sus debilidades aumentadas malévolamente por la mirada oblicua de los que le rechazan. O sus rarezas: ¿no hay nada más irritante que las excentricidades de los santos! En una palabra, el pretexto se basa en el hecho de que el santo es un hombre finito.

La santidad, sin embargo, se presenta más insoportable y es objeto de mayores objeciones y recusaciones intolerantes en la patria de los profetas. ¿Cómo va a admitirse que es santo un hombre cuyos padres se conocen, pues viven en la casa de al lado, y que debe ser como todos los otros? ¿Cómo va a ser un elegido de Dios alguien de quien se sabe cómo están todos sus asuntos? El escándalo es el gran adversario de Jesús. Tiene como consecuencia que se cierren todos los oídos al anuncio de la Buena Nueva, que no crean en el Evangelio y que se resistan al advenimiento del Reino de Dios, llegando incluso a combatirlo (R. Guardini, *El Señor*, vol. I, Rialp, Madrid 1954, 86-87).

En misión

(Mc 6,7-13)

⁷ Llamó a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus inmundos. ⁸ Les ordenó que no tomaran nada para el camino, excepto un bastón. Ni pan, ni zurrón, ni dinero en la faja. ⁹ Que calzaran sandalias, pero que no llevaran dos túnicas. ¹⁰ Les dijo además:

–Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta que os marchéis de aquel lugar. ¹¹ Si en algún sitio no os reciben ni os escuchan, salid de allí y sacudid el polvo de la planta de vuestros pies, como testimonio contra ellos.

¹² Ellos marcharon y predicaban la conversión. ¹³ Expulsaban muchos demonios, unguían con aceite a muchos enfermos y los curaban.

La Palabra se ilumina

Jesús envía a los Doce en misión, confiriéndoles sus poderes y dándoles unas reglas precisas de comportamiento. Entre lo necesario, hay que llevar lo indispensable. El estilo del anuncio consiste en reproducir las características de Jesús, que predicaba (palabras) y realizaba milagros (acciones). Así pues, la de los Doce es una experiencia de aprendizaje, una especie de noviciado en el que ejercitar el arte de enseñar y el arte de hacer el bien. Algo que prolonga y actualiza la misión de Jesús.

¿Por qué los envía «*de dos en dos*» (v. 7)? Vemos dos motivos. El primero es de naturaleza jurídica: según el

mandamiento antiguo, un testimonio sólo tenía valor cuando lo referían al menos dos personas. Un segundo motivo se puede reconducir al hecho de que el apostolado es una realidad comunitaria, aunque lo lleven a cabo pocas personas: se es enviado por una comunidad y se actúa en nombre de ella. Las apropiaciones personalistas están deslegitimadas: no cabe pensar en «navegadores solitarios». El número dos remite a una pluralidad, a un «nosotros».

Jesús los envía pertrechándolos con la riqueza de su poder, pues les confiere la autoridad para vencer sobre el mal. Parten enriquecidos con esta certeza vital, moviéndose entre los meandros de lo negativo con la convicción de ser *portadores de novedad*. Ésta es su única provisión. Todo lo demás se convierte en un accesorio embarazoso. Es preciso ser ágiles de cuerpo y libres de corazón: es la libertad respecto a las cosas para ser enteramente del Señor.

El hecho de no llevar pan, zurrón o dinero (v. 8) es un canto a la Providencia, que presupone una confianza granítica en Jesús. Para las necesidades humanas y cotidianas, a buen seguro irrenunciables, se confía en la contribución de los hermanos de las comunidades evangelizadas. De este modo, los apóstoles se ejercitan para tener *una doble confianza*: en Jesús, que les envía, y en las comunidades, que les acogen.

La norma de permanecer en la misma casa (v. 10) educa a los discípulos para emplear bien el tiempo, evitando la búsqueda de comodidades o de ventajas personales. En la medida en que eviten ser vagabundos y mequetrefes, podrán invertir todas sus energías y toda su atención en la tarea que se les ha asignado. Se trata del dinamismo del verdadero discípulo, de la entrega completa de todo el ser para realizar hasta el fondo la voluntad de Dios. Sin embargo, el «programa apostólico» redactado por Jesús prevé también, por supuesto, la

humillación y el fracaso. Se toma en consideración, con sano realismo, la hipótesis –en modo alguno irrealista– de que alguien no esté interesado en el anuncio y la acción de los discípulos. Habrá personas que se autoexcluyan del reparto de la riqueza que aportan los enviados de Jesús, ejerciendo una voluntad consciente de no participar y un rechazo concreto. Este rechazo afecta, en último extremo, a la misma persona de Jesús.

Ante una respuesta negativa, los discípulos deben sacudirse el polvo de la planta de los pies *«como testimonio contra ellos»* (v. 11). Al mundo oriental le gusta confiar a la visibilidad de los gestos la expresión de los sentimientos. El significado del gesto reside en la voluntad de desprenderse de todo lo que pertenece al que rechaza a Dios, hasta del polvo que se pega a los pies. La acción, insignificante en sí misma, pretende mostrar toda la responsabilidad del rechazo. Tal vez sea también un último intento de disuadir a la persona obstinada de su posición negativa.

La conclusión del fragmento describe por último, de una forma positiva, la actividad misionera de los discípulos (v. 13).

La Palabra me ilumina

Los Doce están con Jesús desde hace algún tiempo. Con él han aprendido a plantear la vida de una manera nueva, a orientarse hacia las perspectivas del Reino. Es tiempo de dar un paso adelante en su madurez. Ésta se manifiesta, entre otras cosas, en la capacidad de comunicar a los otros la riqueza de su propia experiencia. Jesús favorece ese paso enviando a los suyos en misión.

La misión supone *crear un puente entre Jesús y las personas*. Todo cristiano es misionero y transmite a los otros su experiencia de Jesús, a fin de favorecer un encuentro directo entre la persona y el mismo Jesús. La

misión me concierne, por tanto, también a mí. El Señor me llama y me envía. Aun sabiendo que estamos todavía en un estadio de aprendizaje –¿acaso llegaremos a ser alguna vez «profesionales del anuncio»?–, es preciso que comencemos a ejercitarnos. Se trata de hacer pasar a los otros la riqueza que hemos acumulado. Éste es el verdadero don de la fraternidad cristiana. Los apóstoles no se llevan a sí mismos, como tampoco el cristiano anuncia una filosofía suya. Son testigos *de Cristo*, enviados con la riqueza de *su* poder.

Como los apóstoles, también nosotros debemos proponer el contenido y el estilo de la misión de Jesús: predicar la conversión y practicar la victoria sobre el mal, ya se trate del personal y moral (el demonio), ya se trate del físico de la enfermedad. Tanto en uno como en otro caso, se trata de un *déficit*, de restablecer el equilibrio en la situación o, mejor aún, de hacer que prevalezca el bien. La misión es, por consiguiente, una promoción personal y social, que hace mover las condiciones de vida hacia el bien y hacia lo mejor, superando lo negativo y lo deficitario.

La tarea no está exenta de riesgos ni de peligros. Es preciso partir con la convicción de no poner nuestra confianza en nuestros recursos personales. Puesto que somos enviados por Jesús y nos ha provisto de su poder, debemos convencernos de que los elementos humanos han de ser limitados al mínimo indispensable. Son demasiadas las veces que vivimos la vida cristiana apoyándonos en nuestra preparación, en los poderosos medios de comunicación, en las estructuras... El Evangelio nos llama a la pobreza de los medios, para alimentar constantemente la convicción de que Dios obra en nosotros y de que nosotros no somos más que instrumentos suyos.

La confianza serena en Dios y la conciencia de haber desarrollado con empeño nuestra propia misión nos acompañan y sostienen en caso de fracaso. Porque, por

ser enviados por Dios y habernos enriquecido con su poder, debemos ser capaces de afrontar incluso a situaciones sin salida desde el punto de vista humano y, aparentemente, infructuosas. También forma parte de nuestra misión la convicción serena de que Dios puede sacar bien de todo y sea como sea. Ni pan, ni zurrón, ni dinero, ni dos túnicas... La verdadera, la única riqueza, es la confianza en Dios: sólo Él convierte los corazones. Esta actitud nuestra, lejos de quitarnos responsabilidad, pone bien a las claras que lo apostamos todo por Él: Él es quien nos envía y vamos con su poder. Dejémosle a él extraer las conclusiones más oportunas.

La Palabra se convierte en oración

Enseñanos, Señor, la lección de una esencialidad gozosa, liberándonos de los oropes que llenan nuestra existencia. Todo nos parece muy importante, incluso necesario, hasta el punto de encontrarnos llenos de mil cosas que a la larga se revelan embarazosas e inútiles. Concédenos la lucidez mental y la prontitud de ánimo para prescindir de todo lo que nos supone un impedimento. Ayúdanos a movernos con la confianza de que, enviados por ti y enriquecidos con tu amor, no nos faltará nada y podremos beneficiar a todos los que encontremos en nuestro camino. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

El sabio sabe bien a quién acoge: corre al encuentro de los Tres, pero adora a uno solo y habla a uno solo: «*Deteneos donde vuestro siervo y descansad bajo este árbol*». Ahora bien, ¿cómo es que añade de nuevo, casi como hablando a hombres: «*Haré que os traigan agua para lavaros los pies*»? De este modo, Abrahán, padre y maestro de los gentiles, te enseña cómo debes acoger a los huéspedes, lavarles los pies.

No ignoraba, por otra parte, la severidad del precepto dado por el Salvador: «*Si no os reciben ni escuchan vuestro mensaje, salid de esa casa o de ese pueblo y sacudíos el polvo de los pies. Os aseguro que el día del juicio será más llevadero para Sodoma y Gomorra que para ese pueblo*». Quería, por tanto, prevenir y lavar los pies, a fin de evitar que por casualidad quedara un poco de polvo, que se pudiera reservar para el día del juicio, para sacudir como testimonio contra la incredulidad.

De ahí que diga el sabio Abrahán: «*Haré que os traigan agua para lavaros los pies*» (Orígenes, *Omélie sulla Genesi IV, 2, 2*, Roma 2002, 155 [edición española: *Homilías sobre el Génesis*, Ciudad Nueva, Madrid 1999]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Ellos marcharon y predicaban la conversión. Expulsaban muchos demonios, ungián con aceite a muchos enfermos y los curaban*» (Mc 6,12s).

Caminar con la Palabra

Si hay que llevar el mensaje de Jesús, sólo es posible hacerlo con un estilo: estilo que sólo es posible aprenderlo de Jesús en persona. La iniciación es dura. Es preciso que el discípulo se presente despojado y desprovisto de todo ante la Palabra que lleva y ante aquellos a quienes la dirige. No sólo será el servidor de la Palabra y de sus hermanos, sino que, por así decirlo, también su pobre, su mendigo. El discípulo se entrega en cuerpo y alma al misterioso poder recibido de Jesús –la Palabra y el poder sobre los espíritus malos– y, en su indigencia, se dedica por completo. La Palabra es su tesoro y está contento. Es la única actividad, la única iniciativa que Dios emprende a través de su pobreza, contra toda expectativa, más allá de cualquier posibilidad; iniciativa y poder a los que se abandona sin retener nada para sí.

Sólo lo indispensable, lo que permite ir de un pueblo a otro mendigando la Palabra que viene de Dios, el milagro que pertenece al Espíritu, el éxito de un ministerio que le supera, el pan y el refugio que otros le concederán o le negarán. Todo le escapa, todo lo toma Dios a su cargo y le transporta a ese mundo maravilloso donde el Espíritu lo dirige todo de manera infalible; donde la Palabra abre los corazones más cerrados y más duros; donde el poder del Espíritu, a través de las manos de los discípulos, se transforma en milagros; donde la pobreza no es obstáculo y ya no pide ser saciada, porque es el único camino, la única vía y bienaventuranza que nos hace disponibles para las maravillas de Dios. El camino fatigoso de la Iglesia –y el de cada uno de nosotros– está sometido a las mismas exigencias. La gracia se sirve, como de pasada, de las dotes humanas, pero no se apoya en ellas, ni se pone nunca en marcha a partir de ellas (A. Louf, *Solo l'amore vi basterà. Commento spirituale al Vangelo di Marco*, Casale Monf. [AI] 1987, 138s).

Invitación a la danza

(Mc 6,14-29)

¹⁴ La fama de Jesús se había extendido, y el rey Herodes oyó hablar de él. Unos decían que era Juan el Bautista resucitado de entre los muertos y que por eso actuaban en él poderes milagrosos; ¹⁵ otros, por el contrario, sostenían que era Elías, y otros que era un profeta como los antiguos profetas. ¹⁶ Herodes, al oírlo, decía:

–Ha resucitado Juan, a quien yo mandé decapitar.

¹⁷ Y es que Herodes había mandado prender a Juan y lo había condenado metiéndolo en la cárcel por causa de Herodías, la mujer de su hermano Filipo, con quien él se había casado.

¹⁸ Pues Juan le decía a Herodes:

–No te es lícito tener la mujer de tu hermano.

¹⁹ Herodías detestaba a Juan y quería matarlo, pero no podía, ²⁰ porque Herodes lo respetaba, sabiendo que era un hombre recto y santo, y lo protegía. Cuando le oía, quedaba muy perplejo, pero lo escuchaba con gusto.

²¹ La oportunidad se presentó cuando Herodes, en su cumpleaños, ofreció un banquete a sus magnates, a los tribunos y a la nobleza de Galilea. ²² Entró la hija de Herodías y danzó, gustando mucho a Herodes y a los comensales. El rey dijo entonces a la joven:

–Pídeme lo que quieras y te lo daré.

²³ Y le juró una y otra vez:

–Te daré lo que me pidas, aunque sea la mitad de mi reino.

²⁴ Ella salió y preguntó a su madre:

–¿Qué le pido?

Su madre le contestó:

–La cabeza de Juan el Bautista.

²⁵ Ella entró en seguida y a toda prisa donde estaba el rey y le hizo esta petición:

–Quiero que me des ahora mismo en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista.

²⁶ El rey se entristeció mucho, pero a causa del juramento y de los comensales no quiso desairarla. ²⁷ Sin más dilación envió a un guardia con la orden de traer la cabeza de Juan. Éste fue, le cortó la cabeza en la cárcel, ²⁸ la trajo en una bandeja y se la entregó a la joven, y la joven se la dio a su madre.

²⁹ Al enterarse sus discípulos, fueron a recoger el cadáver y le dieron sepultura.

La Palabra se ilumina

Después de que los Doce hubieran partido para la misión, el evangelista –abandonando casi su estilo habitual, colorido pero esencial, vivaz pero casi apresurado– propone una pausa de reflexión. Se detiene en el trágico final del Bautista y sugiere que anunciar la Buena Noticia es algo exaltante, pero también comprometedor y, sobre todo, que puede ser *arriesgado*. En la misión hay que poner en juego toda la persona, como hizo Juan.

El fragmento comienza con la opinión que tiene la gente sobre Jesús (vv. 14-16). Se le valora de una manera muy positiva. Hay quien dice incluso que es Juan el Bautista, que ha resucitado. La noticia llega al «rey Herodes» (en realidad, era el tetrarca de Galilea), que, desconcertado por la noticia, confiesa que es el responsable de su muerte. En este punto empieza lo que –con un lenguaje cinematográfico– podríamos llamar *flash back*, una mirada hacia atrás para contar cómo se desarrollaron los hechos relacionados con la muerte de Juan. El Precursor sella con la fidelidad suprema –el martirio– una vida dispensada completamente por Jesús. La muerte del Bautista tiene un valor paradigmático para todos los que a lo largo de los siglos necesitarán un punto de

referencia para encontrar fuerza y coraje a la hora de arriesgarlo todo, incluso la vida, para ser fieles a sus ideales y a la Persona a la que han dedicado su vida.

El fragmento (vv. 17-19) presenta a los *tres actores principales*. El Bautista domina la escena con la austeridad de su persona y, con la palabra y con el silencio, se convierte en continuo reproche para las malas conciencias. Herodes es un soberano indigno y lleva una vida libertina llena de sensualidad y de monstruosidades. Herodías, mujer vanidosa, busca el poder y el éxito a cualquier precio, pero ve esfumarse sus planes por la presencia insolente de Juan. Quien une en un trágico destino la vida de estos tres en una trama dramática es un personaje menor del drama, un personaje al que el evangelio se limita a llamar «una joven», «hija de Herodías», y que, según el historiador judío Flavio Josefo, llevaba el nombre de Salomé.

En el curso de un banquete, en presencia de gente notable, Salomé ofreció una muestra de sus cualidades como bailarina y le gustó tanto a Herodes que éste le ofreció hasta la mitad de su reino. Se trata de una fanfarronada debida, tal vez, a los efluvios del alcohol, a la excitación de la danza o a la atmósfera, que se había vuelto ardiente por la presencia de personas importantes. El hecho es que el soberano se encuentra ahora a merced de la bailarina, que puede pedir mucho. Es la gran hora de Salomé, personaje de segundo plano que, de una manera imprevista, se ve revestida del papel de *prima donna*. Con una palabra suya puede dar la vuelta a una situación: puede liberar a Juan, puede demostrar la fuerza de los jóvenes, que frenan con su sed de justicia la extensión de la deshonestidad. Salomé, sin embargo, es bella, pero no tiene cabeza; es joven, pero carece de iniciativa; es hábil en el arte de hacer girar el cuerpo en el aire, pero menos hábil para hacer circular una idea original que se aparte de los esquemas habituales. Carece de intuición y de espíritu de iniciativa,

porque no sabe aprovechar su ocasión, su *kairós*, y se dirige a su madre. Acepta sin pestañear su respuesta macabra –«*la cabeza de Juan el Bautista*» (v. 24)– y está completamente de acuerdo con ella. Su madre piensa y decide por ella. La joven acepta y se somete. De este modo se prolonga la cadena de la maldad y se perpetúa la injusticia. Sólo le queda haber sido una que hechizó al rey bailando ante él y permutó su baile por la cabeza del precursor de Cristo.

Juan es, en cambio, un personaje importante que «danzó» para el verdadero protagonista: Cristo. Se movió al ritmo de la fidelidad y de la obediencia a su Señor. Consiguió fama y honor, notoriedad y estima, transformando el hecho en noticia, en «Buena Noticia», que permanece todavía hoy.

La Palabra me ilumina

La persona de Juan fascina porque está fuera de lo común. El suyo fue un papel difícil, sin modelos precedentes y sin modelos posteriores: «Un hombre con un destino espinoso, un profeta que vino con retraso, un personaje que parece equivocado... Ya es tarde para hacer de profeta, y demasiado pronto para hacer de apóstol» (L. Santucci). Sin embargo, se agiganta en nuestra consideración por su coherencia granítica, que tanto fascina; por su palabra veraz dirigida a los poderosos, aun a riesgo de su vida, con un mensaje cortante como una cuchilla, aunque afilado para procurar la conversión de una vida malvada. Nos sorprende favorablemente su capacidad para estar siempre del lado de Jesús, cueste lo que cueste. Sí, necesitamos «hombres verdaderos» que nos atraigan con la fascinación de su persona, dejando una enseñanza que supere el paso de los siglos para llegar a nosotros con su fuerza y su belleza. Figuras como la de Juan nos sirven para desintoxicarnos del veneno cotidiano que nos inyectan los medios de comu-

nicación al proponernos héroes para un día o incluso sólo para una hora. Son como tantas Salomé para las que casi al mismo tiempo se encienden y se apagan las luces de las candilejas. Sin embargo, el escenario en el que bailó está siempre atestado de personas que buscan notoriedad, la falsa, basada en lo efímero y en lo que pasa.

Los cristianos tenemos la tarea de conocer y vivir los valores perennes del Evangelio, de mirar a Cristo y a personas que, como Juan, fueron capaces de imitarle hasta la entrega de su vida. No buscaron la fama. La verdadera fama les llegó por una fidelidad genuina e imperecedera, que les convirtió en modelos perennes. Desbordan admiración y su autoridad ha alcanzado un precio altísimo. Son los santos de ayer y de hoy. Son eso que también nosotros podemos y debemos llegar a ser, porque la santidad es la vocación común de todo cristiano.

Acojamos con entusiasmo la invitación a la danza: la de la obediencia a Cristo y la amorosa fidelidad a él.

La Palabra se convierte en oración

Señor, muéstranos el puesto que,
en este romance eterno
iniciado entre tú y nosotros,
debe tener el baile singular
de nuestra obediencia.

Revélanos la gran orquesta de tus designios,
donde lo que tú permites toca notas extrañas
en la serenidad de lo que tú quieres.

Enséñanos a vestirnos cada día
nuestra condición humana
como un vestido de baile
que nos hará amar por ti todos sus detalles
como joyas indispensables.

Haznos vivir nuestra vida
no como un juego donde todo se calcula,
no como una competición donde todo es difícil,
sino como una fiesta sin fin
donde se renueva el encuentro contigo,
como un baile, como una danza
entre los brazos de tu gracia,
con la música universal del amor
(M. Delbrêl).

La Palabra en el corazón de los Padres

Hemos escuchado tres perversidades igualmente impías: la impía celebración del cumpleaños, el lascivo baile de la muchacha, el temerario juramento del rey, y de cada una de las tres debemos aprender a no comportarnos de ese modo. Bajo esa condena cae Herodes, porque o debía perjurar o bien, para evitar el perjurio, debía cometer otro delito. Ahora bien, también nosotros juramos en alguna ocasión de una manera demasiado incauta, de suerte que la observancia del juramento nos lleva a un resultado peor. Cambiemos libremente el juramento con una decisión más sensata y, si es necesario, perjuremos antes que caer en un delito más grave para evitar el perjurio.

David, en efecto, juró por el Señor matar al impío y estúpido Nabal y destruir todo lo que le pertenecía, pero en cuanto intervino Abigail, que era una mujer sensata, de inmediato retiró la amenaza, volvió a meter la espada en la vaina y no tuvo que arrepentirse de haber pecado por perjurio (1 Sm 25,2-39). Herodes, en cambio, juró dar a la bailarina todo lo que le pidiera, y para no ser considerado un perjuro por los invitados, manchó el banquete de sangre cuando permitió la muerte del profeta como premio por la danza (Beda el Venerable, *Omèlie sul vangelo* II, 23, Roma 1990, 487s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Medita a menudo esta Palabra:

«Juan le decía a Herodes: “No te es lícito tener la mujer de tu hermano”» (Mc 6,18).

Caminar con la Palabra

Juan creyó en su misión; cree tú en la tuya. No se buscó a sí mismo y nada hizo por dejar su soledad y deslizarse en el séquito privilegiado de Jesús. Amigo del Esposo como era, se regocijó del júbilo del Esposo, contentándose con el terrible aislamiento de las mazmorras de Maqueronte, de donde no salió más que para el cara a cara de la eternidad. El que Jesús no lo haya llamado al Colegio Apostólico, a la fundación de la Iglesia, a la dicha de su intimidad, no arguye menos amor. De ninguno de los apóstoles hizo panegírico mayor que del que calificó como «más que profeta»: «Os aseguro que no ha surgido entre los hijos de mujer uno mayor que Juan el Bautista» (Mt 11,9-11). Tenía que ser el modelo alentador de las almas que renunciarían a todo, incluso a la suavidad de los favores divinos, para que sea glorificado en ellas y por ellas el Dios mismo de toda consolación. No es poco olvidarse hasta ese extremo y aguantar en el desierto esa suprema austeridad del silencio de Dios sin que se cuarteen ni la fe ni la esperanza.

El Precursor supo comprender la actitud misteriosa de Jesús respecto de él, y en la robustez serena de su fe «por Cristo» –tan distante– «abundaba su consolación» (cf. 2 Co 1,5). Su felicidad no fue otra que la aurora de la salud del mundo (cf. Lucas 2,29-32). Como no ha recibido ministerio alguno en la nueva economía, se oculta en el silencio de la contemplación. De hecho, el amigo del Esposo es también la Esposa, y desde la Visitación no ha salido de la cámara nupcial en la que el Verbo la colma de claridades (Un monje, *El eremitorio. Espiritualidad del desierto*, Cartuja de Miraflores, Burgos).

La dimensión contemplativa de la vida

(Mc 6,30-34)

³⁰ Los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. ³¹ Él les dijo:

–Venid vosotros solos a un lugar solitario, para descansar un poco.

Porque eran tantos los que iban y venían que no tenían ni tiempo para comer.

³² Se fueron en la barca, ellos solos, a un lugar despoblado.

³³ Pero los vieron marchar y muchos los reconocieron, y corrieron hacia allá, a pie, de todos los pueblos, llegando incluso antes que ellos. ³⁴ Al desembarcar, vio Jesús un gran gentío, sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas.

La Palabra se ilumina

Este fragmento, situado en la llamada «sección de los panes» (6,30–8,26), pertenece a la primera parte del ministerio público de Jesús, que le contempla comprometido en el anuncio del Reino de Dios y en dar testimonio de su presencia con signos prodigiosos. Al mismo tiempo, Jesús empieza a formar a un grupo que sea testigo directo de su obra, para convertirse, a continuación, en anunciador autorizado. Después de haber enviado a los discípulos en misión, Jesús los acoge a su vuelta y les invita a una pausa de reflexión y de reposo para que puedan fortalecerse de nuevo recuperando las

energías físicas y espirituales. Les invita, en suma, a unas «vacaciones» programadas, entendidas como suspensión de las actividades habituales. El momento de aislamiento es la búsqueda del silencio que se convierte en reflexión, oración e intimidad.

Se trata de una soledad plena, pero que no dura mucho. El lugar, hasta ahora desierto, se puebla muy pronto de gente que, deseosa de escuchar al Maestro, se pone tras sus huellas y se somete a un considerable esfuerzo físico. La muchedumbre, hambrienta de la palabra de la que había hablado algunos siglos antes el profeta Amós (Am 8,11), no tiene en cuenta las dificultades prácticas que pueden surgir. Y, por eso, se pone a buscar a Jesús, siguiendo sus huellas, sin dejarse atraer o distraer por otra cosa: «*Muchos los reconocieron y corrieron hacia allá, a pie, de todos los pueblos, llegando incluso antes que ellos*» (v. 33).

Jesús no dejó insatisfecho el deseo de las muchedumbres y «*sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas sin pastor*» (v. 34). Del grupo pequeño a la gran masa, el Maestro siempre está dispuesto a intervenir para saciar su hambre: la de la palabra y la del pan. Su conmoción es más que una instintiva reacción emotiva: el verbo griego expresa un profundo afecto de rasgos maternos. Jesús cuida de ellos como una madre de sus hijos. Jesús no permanece indiferente ante estos hombres y mujeres explotados por los políticos, despreciados por los intelectuales, abandonados por los sacerdotes. Sale a su encuentro y les hace escuchar una palabra que les conforta y un corazón que les ama. El texto, a decir verdad, desarrolla el símbolo análogo del pastor solícito, más que la imagen materna. Jesús resume en su persona la preocupación divina que los profetas habían anunciado: «*Yo mismo conduciré a mis ovejas a los pastos y las haré reposar*» (Ez 34,15). Jesús, que ha venido para una misión universal, no se muestra contrariado por el imprevisto cambio de programa y dirige su

solicitud a un grupo más amplio que el de los discípulos. Del mismo modo que el rebaño sin pastor no está en condiciones de encontrar pastos para saciar su hambre, el pueblo sin guía tampoco tiene acceso a las fuentes de la vida.

Jesús satisface enseguida el deseo de la muchedumbre que quiere escucharle: «*Se puso a enseñarles muchas cosas*» (v. 34). Nótese que el hambre material será, en buena parte, consecuencia de esta escucha, que se prolonga sobremanera. Después de haber salido al encuentro de su deseo de escucha, Jesús satisface su necesidad de pan. Este orden debe hacernos reflexionar sobre la prioridad que debemos asignar a las necesidades del ser humano.

La Palabra me ilumina

El hombre es una realidad compleja que presenta diversas exigencias. Junto a las necesidades primarias como el comer y el dormir, hay otras igualmente vitales. Si el cuerpo tiene hambre, también el espíritu y el intelecto necesitan alimento. La armonía y el equilibrio de nuestra persona dependerán en buena medida del correcto alimento que seamos capaces de dar a toda nuestra persona.

Entre las necesidades debemos incluir la de entrar en nosotros mismos. San Agustín lo había recomendado: «No salgas de ti mismo; vuelve a ti y encontrarás la verdad». Condición indispensable para ello es crear dentro de nosotros –y también fuera– islas de silencio. Esto adorna nuestra existencia y se revela verdaderamente como «oro». Así, podemos descubrir con sorpresa un modo nuevo de «tomar vacaciones», el de entrar en nuestro interior a fin de estar bien con nosotros mismos: con nuestro cuerpo, con nuestra opción de vida, con nuestros proyectos, incluso con nuestros límites, que aceptaremos e intentaremos superar.

Es éste un modo excelente de amarnos, sin caer en un egoísmo estéril e invasor. El amor justo respecto a nosotros mismos lo postula esta petición de Jesús: «*Ama a tu prójimo como a ti mismo*». Si no nos queremos como es debido, nos falta la carga para activar el bien para los otros. Las vacaciones que Jesús regaló a los suyos tenían la función de evaluar la experiencia apostólica de la misión. Eran un entrar en ellos mismos, un *intus-legere*, es decir, un mirar dentro, de donde viene la palabra «inteligencia». Seremos verdaderamente sabios si somos capaces de mirar a fondo en nuestra vida y así nos encontraremos bien con nosotros mismos.

El bienestar personal no puede ocupar todo nuestro interés, porque de lo contrario se convierte en egoísmo. Estar bien con nosotros mismos se convierte en *condición y premisa para una apertura a los otros*. Cuando estamos en nosotros mismos sin lagunas, sin doble fondo, cuando tenemos el coraje de ver de manera lúcida, por íntima participación y no por moda, cuando vivimos el Evangelio en su tremenda sencillez, entonces estamos dispuestos para proponer a los otros una receta del «elixir de la larga vida». Como Jesús, seremos capaces de decir palabras fuertes, eficaces, sustanciosas, porque procederán de un corazón limpio y de una vida íntegra en grado sumo. Seremos, en cierto modo, «pastores» de los hermanos que caminan con nosotros; seremos, sin más, capaces de verdadera compasión.

La tarea es ardua, pero no imposible si el Espíritu nos guía y nos ayuda.

La Palabra se convierte en oración

Tengo necesidad de silencio, Señor, y tú lo sabes. Tengo necesidad de apartarme de la frenética vida cotidiana para entrar en mí mismo, para redescubrir el porqué de mi vivir y la verdad de mis sentimientos. Tengo necesidad de encontrarte en el fondo de mi corazón, para

conocerte más, para descubrir tu designio de amor siempre nuevo, cada día, para mí.

Hazme conocer y comprender todas las cosas como tú las conoces y las comprendes. Comunícame, en el silencio, la infinita amplitud de miras del Espíritu sobre mi destino, y haz entrar en los límites angostos de mi inteligencia la desmesurada grandeza de tu inteligencia. Tú eres el pastor de la vida, de *toda* vida, de *mi* vida. Eres la madre que cuida de su hijo y no le olvida nunca (cf. Is 49,15).

Haz que pueda buscarte y encontrarte siempre, continuamente. Haz que pueda convertirme en Palabra, en pan, en luz y en seguridad que marque e ilumine el camino de toda vida. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Si quieres estar disponible a todos, como aquel que se hizo todo para todos, no puedo más que alabar esa generosidad, pero a condición de que sea completa. ¿Y cómo puede serlo si te excluyes a ti mismo? Tú también eres hombre. Y, en consecuencia, para que esta generosidad sea verdaderamente completa, el corazón que abraza a todos debe incluirte también a ti.

De otro modo, según las palabras del Señor, ¿de qué te sirve haber salvado a todos los otros si después eres tú el único que se pierde? Por consiguiente, del mismo modo que todos pueden serlo, también tú eres señor de ti mismo. ¿Por qué sólo tú deberías privarte de ti mismo? ¿Hasta cuándo serás como un soplo que se difunde sin retorno? ¿Hasta cuándo no te acogerás a ti mismo, tú mismo a tu vez junto con los otros? ¿Estás en deuda con los sabios y con los necios y te niegas sólo a ti mismo?

El docto y el ignorante, el esclavo y el libre, el rico y el pobre, el hombre y la mujer, el viejo y el joven, el eclesiástico y el laico, el justo y el impío, todos toman una

parte de ti, todos llegan a tu espíritu como a una fuente pública, ¿y tú te has quedado aparte para padecer sed? También tú, como los otros, bebes agua de tu pozo. Acuérdate, por tanto –no digo siempre, ni tampoco a menudo, pero sí al menos de vez en cuando–, de restituirte a ti mismo (Bernardo de Claraval, *La considerazione* I, V, 6, Roma 1984, 773).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Yo mismo conduciré a mis ovejas a los pastos y las haré reposar» (Ez 34,15).

Caminar con la Palabra

Dios tiene los ojos de amor de Jesús. Es un Dios que ve, que mira, que participa, que ama. Un Dios de ternura desbordante, que percibe la necesidad antes de que se diga, porque lee en el rostro de sus amigos los signos dolorosos del alma y el cansancio de los cuerpos. Jesús no dice «id» a un lugar solitario, sino «venid»: con él está el verdadero reposo, la penetración en el misterio de Dios que explica todo lo nuestro, nuestro ser antes que nuestro hacer. Se trata de un mirar y de un dejarse mirar, de un coloquio íntimo y profundo, dulcísimo, restaurador. Y la fuerza que nos llega vuelve a cargar de verdad el paso que debe volver a partir, llena de entusiasmo genuino y generoso cada gesto, cada palabra; sobre todo, proporciona una capacidad de amar que no conocerá el cansancio, como la de Dios.

Porque únicamente el amor –el amor y no cualquier ansia frenética de acción– no se cansa nunca ni necesita reposo; se alimenta de sí mismo y se recupera al infinito, porque participa de Dios. Un amor capaz de dar la vuelta a todo programa, de hacer saltar por los aires las mejores intenciones de reposo, un amor que no sabe resistirse, que se deja provocar, implicar, comprometerse; que es capaz de compasión. Dios es así, y así nos quiere a nosotros: «Vio Jesús un gran gentío y sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas sin pastor». Y, dentro del gentío,

la mirada busca a cada hombre y ve la necesidad de cada uno de ellos: «sin pastor», sin verdad, sin libertad, sin afectos, sin casa, sin patria, sin pan, sin trabajo, sin amistad, sin consuelo, sin esperanza. Y Dios se pone a la obra: «Se puso a enseñarles muchas cosas». Y dentro de poco saciará su hambre con unos panes y peces prodigiosos y les prometerá su cuerpo como don para la vida eterna. Ahora nos toca a nosotros «sentir compasión»... (A. Anzani Colombo, *Per fede per amore. Commento ai Vangeli delle domeniche*, Casale Monf. [Al] 1995, 237-239, *passim*).

Abundancia para todos

(Mc 6,35-44)

³⁵ Como se hacía tarde, los discípulos se acercaron a decirle:

–El lugar está despoblado y ya es muy tarde. ³⁶ Despídelos para que vayan a los caseríos y aldeas del contorno y se compren algo de comer.

³⁷ Jesús les replicó:

–Dadles vosotros de comer.

Ellos le contestaron:

–¿Cómo vamos a comprar nosotros pan por valor de doscientos denarios para darles de comer?

³⁸ Él les preguntó:

–¿Cuántos panes tenéis? Id a ver.

Cuando lo averiguaron, le dijeron:

–Cinco panes y dos peces.

³⁹ Jesús mandó que se sentaran todos por grupos sobre la hierba verde, ⁴⁰ y se sentaron en corros de cien y de cincuenta.

⁴¹ Él tomó entonces los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los fue dando a los discípulos para que los distribuyeran. Y también repartió los dos peces entre todos.

⁴² Comieron todos hasta quedar saciados, ⁴³ y recogieron doce canastos llenos de trozos de pan y de lo que sobró del pescado. ⁴⁴ Los que comieron los panes eran cinco mil hombres.

La Palabra se ilumina

La estructura del fragmento se puede reconocer fácilmente: el Maestro educa con un breve diálogo a los discípulos para que tengan una nueva visión de los necesitados (vv. 35-38); utilizando lo poco de que disponen, lleva a cabo el milagro (vv. 30-41), bien acreditado por la abundancia y por lo que sobra (vv. 42-44).

Sigue a Jesús una muchedumbre deseosa de escuchar sus palabras. Se sacia en la fuente de las delicias, como diría el salmista. El tiempo pasa veloz y se hace tarde, casi sin darse cuenta: la Palabra interesa, fascina, compromete. Llega la hora de la comida principal y los discípulos recuerdan al Maestro lo tardío de la hora, así como lo lejos que se encuentra el lugar de los centros habitados. La sugerencia que le hacen (v. 36) suena razonable y aceptable: que cada uno se las arregle. Se han olvidado de lo que se había dicho en Dt 8,2s Interviene entonces Jesús y presenta una lógica diferente, una lógica que razona en términos de donación y de altruismo. Es la lógica divina que impulsó al Hijo de Dios a hacerse hombre y a dar su vida por los otros. Jesús replica a los apóstoles haciéndoles responsables: «*Dadles vosotros de comer*» (v. 37). Tras haber saciado el hambre de la Palabra, Jesús va a satisfacer el hambre física. Inaugura el tiempo de la Providencia, que se hace visible en la intervención de los hombres: un hombre ayuda a otro hombre y de inmediato se produce una reacción en cadena. El secreto de la solidaridad humana se encuentra en el olvido de nosotros mismos y en la atención al otro, considerado como un hermano al que debemos socorrer y no como una carga que debemos evitar.

Los discípulos, tras proceder a un cálculo rápido, señalan la imposibilidad material de satisfacer las exigencias de tanta gente. Sus palabras (v. 37) son las palabras de la gente que renuncia, de los que no ven posible otra salida que una noble rendición ante el carácter insupe-

rable de la dificultad. Debe intervenir Jesús. Sin embargo, antes de realizar el milagro de la multiplicación, hace que los discípulos adquieran otra sensibilidad. No deben esperarlo todo como don, con absoluta gratuidad, sino preparar una base sobre la que Dios pueda construir su poder. Consiguen recoger cinco panes y dos peces y se los presentan a Jesús (v. 38). Poca cosa, casi nada; sin embargo, lo poco del hombre, si se une a lo mucho de Dios, produce alimento en una cantidad capaz de saciar el hambre de una multitud. Aquí está el secreto de la multiplicación.

Sigue la orden de hacer sentar a la muchedumbre sobre la hierba verde, en grupos organizados que recuerdan al pueblo judío en el desierto bajo la guía sabia y segura de Moisés (cf. Éx 18,21). La comida satisface la necesidad del hambre, realiza la comunión familiar y se convierte en momento de dar gracias a Dios. Junto al pan hay dos peces, que, asados o conservados con sal, constituían el magro condumio de la gente del lago. El alimento bendecido se multiplica en las manos de los discípulos, que comienzan a distribuirlo entre los presentes. Hubo para todos y en abundancia, como demuestran las cestas llenadas con los restos (v. 43).

El relato, en el que subyace la simbología del pan eucarístico, tiene su antecedente veterotestamentario en el episodio del maná, dado de manera gratuita y sobreabundante. La resonancia eucarística del milagro se puede percibir comparando nuestro texto con el de la institución de la eucaristía en la última cena.

La Palabra me ilumina

La muchedumbre goza del pan después de haber escuchado las palabras de Jesús. Los discípulos de Emaús no fueron introducidos de otro modo en la mesa del pan por la explicación de la Escritura. Con esto se nos quiere recordar que se accede al banquete bien preparados,

bien dispuestos a *estar en comunión* para poder *realizar comunión*. La escucha de la Palabra de Dios ilumina, purifica, inquieta, estimula: todo prepara para el banquete. En la relectura del relato se nos remite a los cristianos a valorar cada vez más el don del pan eucarístico, que calma el hambre y sacia todos los deseos y las ansias del corazón, que da la sabiduría del Padre, que nos hace vencedores sobre el mal. Es un pan que se convierte en fuente de amor verdadero, el del mismo Dios.

El recuerdo, importantísimo, del pan eucarístico no debe hacernos olvidar el origen del milagro, realizado para saciar el hambre de unas personas que se encuentran en una situación de necesidad. El deber de proveer a los necesitados no desaparecerá nunca en la comunidad eclesial. Los datos que las estadísticas nos ponen ante los ojos son impresionantes: en este mundo loco se gastan cifras exorbitantes en ejércitos y armamentos, mientras que se olvida a las personas que mueren cada día de hambre, que no tienen acceso al agua potable, que no tienen ni casa, ni trabajo, ni asistencia sanitaria. Esto es algo que no puede dejarnos indiferentes: «Si yo tengo hambre, se trata de un hecho físico; si es mi prójimo el que tiene hambre, se trata de un hecho moral» (Berdaeff). En la cara opuesta, la gente del bienestar se permite un despilfarro inmoral: cada día acaban en los cubos de la basura de Italia miles de kilos de pan; sólo en Milán terminan en la basura unos 450 quintales de pan al día. Son unas cifras astronómicas, aparentemente irreales, aunque tristemente verdaderas.

La preocupación del pan para todos, urgente y obligatoria, debe animar, por consiguiente, a nuestras comunidades cristianas e interpelar a nuestras conciencias. Debemos sentirnos *corresponsables* de tantos hermanos necesitados y aprender a *compartir* más. La invitación a sentarnos unos junto a otros permanece como sugerencia; más aún, como advertencia. Debemos sentir como dirigidas también a nosotros las otras palabras del Señor:

«*Dadles vosotros de comer*». La caridad cristiana será capaz de encontrar en la generosidad cada vez más espacios para hacer sentar a todos en el banquete de la abundancia.

La Palabra se convierte en oración

Padre, que estás en el cielo, «*danos hoy nuestro pan de cada día*», el que alimenta nuestro cuerpo y el que satisface nuestro espíritu. Con él tendremos la fuerza necesaria para encaminarnos hacia los otros, reconociéndoles como hermanos con los que compartir todo lo que poseemos, como comensales con los que es bello estar juntos, porque todos somos hijos tuyos, Padre Santo. Así podremos asistir al milagro de la perenne abundancia, porque habremos sido actores e intérpretes de la gratuidad, en la escuela de tu Hijo, Pan partido y entregado. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

En cuanto a mí, hubiera preferido sustraerme a este encargo [traducir al latín la *Historia de la Iglesia* escrita en griego por aquel eruditísimo hombre que fue Eusebio de Cesarea], porque me siento poco apto y poco dotado para llevarlo a cabo, y porque desde hace muchos años he perdido el uso de la lengua latina. Pero también he considerado que todos me habéis dirigido esta orden habiendo tenido presente una remisión a la conducta de los apóstoles.

En efecto, cuando un día el Señor, puesto que las muchedumbres que le escuchaban tenían hambre, dijo a los apóstoles: «*Dadles vosotros de comer*» (Mc 6,37), Felipe, uno de los apóstoles, comprendiendo que los signos del poder divino mostrarían tanto más su esplendor si se realizaban con el concurso de los más pequeños, no recurrió a los panes que tenían guardados los após-

toles en las provisiones, sino que dijo que había un muchacho que tenía cinco panes y dos peces. Además, como si le quisiera excusar, añadió con mucho garbo: «*Pero ¿qué comida es ésta para tanta gente?*» (Jn 5,7-9), precisamente para que, en la estrechez de medios y en aquellas condiciones, que no admitían ninguna salida, se manifestara mayormente el poder de Dios.

Por eso yo, sabiendo que tú también has crecido con esos mismos criterios de vida, y teniendo presente que, tal vez a ejemplo de Felipe, en cuanto viste llegar la ocasión de tener que alimentar a las muchedumbres, te dirigiste a otro muchacho que pudiera ofrecer cinco panes duplicados, tal como los había recibido y, sin embargo, a fin de dar pleno cumplimiento al misterio evangélico, pudiera añadir también dos peces pequeños como fruto de su propio trabajo, me he dedicado a la ejecución de tu mandato como me ha sido posible, seguro de que la autoridad del que había dado esta orden justificaría mi inexperiencia (Rufino de Concordia, *Storia della chiesa*, prólogo, Roma 2000, 184).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:
«*Dadles vosotros de comer*» (Mc 6,37).

Caminar con la Palabra

Es de noche: es la hora en la que Jesús recogerá un día a los suyos para la cena de despedida, la víspera de su muerte. El milagro se desarrolla en una atmósfera profundamente turbada que encuentra su expresión más inmediata y más evidente en la experiencia del desierto y del hambre. La situación no es distinta cuando celebramos la eucaristía. Ésta no es el momento de la huida y de la desmemoria, sino el momento en el que la urgencia de los problemas se convierte en hambre, hambre de justicia, de solidaridad, de un orden nuevo que debemos realizar en virtud

de la piedad de la que Jesús nos dio el ejemplo más elevado. La eucaristía es el lugar y el tiempo privilegiado de esta divina piedad. Vamos a ella con nuestro corazón de piedra, para convertirlo, con la fuerza contagiosa de la piedad de Cristo, en un corazón de carne. El corazón de carne es el corazón de la gratuidad, de la disponibilidad, de la alegría de dar: es el corazón de Dios.

La muchedumbre estaba formada por unas cinco mil personas. ¿Eran todas ellas merecedoras del milagro? En una muchedumbre tan enorme podía haber santos y pecadores, inocentes como los niños y corruptos, simples curiosos y oyentes participantes y conmovidos. Jesús no juzga. En este momento lo único que cuenta es el hambre. En lo tocante al hambre, todos son iguales ante él. Cuando nos encontramos ante Jesús, no hemos de pagar ningún precio, no hemos de mostrar mérito alguno. Lo que cuenta es el hambre. Basta con esto para que tenga lugar el milagro. Pero Jesús nos invita, al mismo tiempo, a repetir sus gestos. Si la eucaristía no nos remite al servicio de aquellos que tienen hambre, que padecen las múltiples formas de hambre que muerden la carne y el corazón del hombre, se convierte en una mentira. Hay quien tiene hambre de pan. Y hay quien tiene hambre de verdad, de perdón, de paz. Todos, indistintamente, tenemos hambre de amor y de esperanza. «*Dadles vosotros de comer*»: dad el pan, la palabra, el perdón, la esperanza, el amor. Sin mirar a la cara a nadie y sin juzgar si es digno o no: si tiene hambre, es ciertamente digno. A buen seguro, no llegaremos a salvar el mundo sólo con nuestra generosidad. Ahora bien, detrás de nuestro don está el cuerpo de Cristo partido y entregado por nuestra hambre (L. Pozzoli, *Dio. Il grande seduttore. Comento alle letture festive*, Milán 1998, 255-259, *passim*).

Una noche rielada de luz

(Mc 6,45-52)

⁴⁵ Luego mandó a sus discípulos que subieran a la barca y fueran delante de él a la otra orilla, en dirección a Betsaida, mientras él despedía a la gente. ⁴⁶ Cuando los despidió, se fue al monte para orar. ⁴⁷ Al anochecer, estaba la barca en medio del lago, y Jesús solo en tierra. ⁴⁸ Viéndolos cansados de remar, ya que el viento les era contrario, se les acercó hacia el final de la noche caminando sobre el lago. Hizo ademán de pasar de largo, ⁴⁹ pero ellos, al verlo caminar sobre el lago, creyeron que era un fantasma y se pusieron a gritar. ⁵⁰ Porque todos lo habían visto y se habían asustado. Pero Jesús les habló inmediatamente y les dijo:

–¡Ánimo! Soy yo. No temáis.

⁵¹ Subió entonces con ellos a la barca y el viento se calmó. Ellos quedaron más asombrados todavía, ⁵² ya que no habían entendido lo de los panes y su mente seguía embotada.

La Palabra se ilumina

Después del milagro de la multiplicación de los panes, recordado en el versículo inicial y en el final, Jesús se sustrae a la muchedumbre y deja solos a los discípulos –más aún, les «*obliga*» (así es la fuerza del verbo griego) a precederle en el camino a Betsaida– tal vez porque quiere sustraerse al entusiasmo popular. Los Doce, privados de su Maestro, se encuentran enseguida en dificultades en la travesía del lago. Sin él, la barca no avanza gran cosa. El motivo externo es el viento en contra;

el motivo más profundo tal vez sea otro: sin Jesús, la barca está a merced de elementos adversos. A esto se añade el dato negativo de la noche. Tenemos todos los elementos para una tragedia inminente: unos hombres solos, a merced del mar, envueltos en las tinieblas.

El Maestro, «*viéndolos cansados de remar*» (v. 48), es presa de un sentimiento de ternura e interviene. Lo hace de una manera singular. Se acerca a ellos «*caminando sobre el lago*». E «*hizo ademán de pasar de largo*». Como hará con los dos discípulos de Emaús, somete a los suyos a una prueba: quiere ver cómo reaccionan, les obliga a exteriorizar sus sentimientos.

El centro de gravedad teológico del fragmento se mueve en torno al comportamiento de Jesús, que, al caminar sobre las aguas, presenta cualidades que son propias de Dios: «*Sólo él extiende los cielos y camina sobre las espaldas del mar*» (Job 9,8). El que era capaz de tanto, demostraba no sólo su superioridad sobre la naturaleza, sino también su victoria –según la mentalidad de los antiguos orientales– sobre las fuerzas hostiles del caos y de la muerte, simbolizadas precisamente por el agua.

Jesús justifica y fundamenta, con su comportamiento, esta solemne afirmación: «*¡Ánimo! Soy yo. No temáis*» (v. 50). No debemos sorprendernos de que el viento se calme, gracias a esta afirmación divina («*Soy yo*»). Se hace de día y vuelve la luz, llega Jesús y desaparece el miedo, aunque subsiste todavía en los discípulos una oscuridad interior que tiende a disiparse. Marcos lo llama «*mente embotada*». No han comprendido el milagro precedente y lo conectan poco con la extraordinaria experiencia nocturna. A los discípulos les cuesta comprender a Jesús a fondo, del mismo modo que tampoco lo habían comprendido antes sus adversarios (3,5), ni tampoco sus parientes ni sus paisanos (6,1-6). El mismo diagnóstico vale para todos: «esclerosis» del corazón.

La Palabra me ilumina

Existe una soledad plena, positiva, compuesta de aislamiento para encontrarnos a nosotros mismos, pero existe también otra negativa, que es privación, incompletez, miseria interior. Esta última soledad es mala compañera. «No hay más que un sufrimiento, el de estar solos», escribió Gabriel Marcel. Y le hace eco Simone Weil: «La soledad es un infierno anticipado». Los discípulos, en un escenario nocturno, se encuentran perdidos sin Jesús y, por si faltaba algo, con el viento soplando en contra. Son la imagen de muchas de nuestras situaciones cuando nos sentimos abandonados, incomprendidos y dejados solos por los hombres y por Dios. No estaría de acuerdo con esto santo Tomás de Aquino, que escribió: «El amor impidió a Dios estar solo». Y creó al hombre. Y lo creó en pareja, porque «*no es bueno que el hombre esté solo*» (Gn 2,18). La pareja dice relación a otro, expresa la comunión. El Dios único también es comunión de tres personas.

Los Doce sólo superan todos sus miedos cuando les alcanza Jesús y sube con ellos a la barca. Gozan de esta presencia, aunque no la aprecian plenamente ni la comprenden a fondo. También nosotros superamos nuestros miedos, vencemos la soledad cuando nos abrimos a los otros y nos abrimos al otro. Sugería Péguy: «No es necesario salvar nuestra propia alma como se conserva un tesoro... Es necesario salvarse juntos. Es necesario llegar juntos al buen Dios, es necesario presentarse juntos; no podemos llegar a Dios los unos sin los otros. Debemos volver todos juntos a la casa del Padre». Cuando después nos unimos a Cristo, entonces estamos seguros de poder derribar el muro de separación, seguros de superar las tendencias aislacionistas, de encontrar la alegría de sentirnos y ser hermanos. La regla sugerida por Jesús es movernos y salir al encuentro del otro, aunque debemos caminar sobre las aguas.

La fuerza del amor nos sostiene dándonos ligereza e impulso. Él nos tiene en brazos...

Nuestra pequeña experiencia confirma ya que es verdad. Continuemos y nos daremos cuenta de que la noche de la existencia está traspasada de rayos de luz que iluminan y orientan.

La Palabra se convierte en oración

Una noche tuve un sueño.

Paseaba por la playa en compañía del Señor. Sobre el cielo relampagueaban las escenas de mi vida y, en cada escena, yo observaba dos senderos de huellas en la arena.

Uno de ellos era el que formaban mis propias pisadas, y el otro el de los pasos del Señor.

Cuando la última escena de mi vida apareció ante mí, me volví para mirar las huellas en la arena. Entonces sólo pude ver un sendero de pisadas.

Me di cuenta de que esto había sucedido en los momentos más dolorosos y tristes de mi vida. Aquello me confundió, y le pregunté al Señor por mi dilema.

«Señor, cuando decidí seguirte, tú me dijiste que caminarías y conversarías conmigo a lo largo del sendero. Y, sin embargo, veo que, en los momentos más tormentosos de mi vida, sólo hay una hilera de pisadas. No logro comprender por qué, cuando más te necesitaba, me abandonaste».

Y Él, en un susurro, me dijo:

«Preciosa niña mía, yo te amo, y nunca te abandonaré, nunca, ni siquiera en medio de tus pruebas y tribulaciones. Cuando veías sólo un sendero de pisadas en la arena era porque yo te llevaba entre mis brazos»

(M. Fishback Power, *Huellas: la verdadera historia del poema que alcanzó el corazón de millones de lectores*, Obelisco, Barcelona 2000).

La Palabra en el corazón de los Padres

La vigilia de la purificación de nuestra Señora, por cuya fiesta alimento una devoción absolutamente particular, puesto que me habían dicho que había sido el día de mi nacimiento y de mi bautismo, me preparaba para solemnizar la memoria como mejor podía. Nuestra Señora se me apareció llevando entre los brazos a su Hijo y me lo confió diciéndome que le alimentara hasta que estuviera bastante crecido y trabajase de este modo para su gloria.

Mi espíritu se sintió profundamente invadido de humildad e inducido al pensamiento de cosas altísimas inherentes al conocimiento de Dios. Pero no sabría decir nada más, sino que Dios es puro espíritu y que yo no tenía acceso más que a un pequeño granito de su grandeza y de sus perfecciones, logrando únicamente intuir algo respecto a la santa Trinidad, a la que adoro como Dios trino y uno, y, sobre todo, respecto al amor y a la comunión propias de la divinidad.

Esta percepción de la comunidad divina se me quedó impresa en el espíritu para siempre, y esta pureza me impulsa a desear la de mi alma, así como a tener también una gran compasión de las almas que viven solas y, sobre todo, alejadas de la voluntad de Dios. Yo quisiera resistir y dar mi vida más veces para que estas almas puedan volver al estado de pureza original (Alice Le Clerc, *Relazioni*, 23).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Viéndolos cansados de remar, ya que el viento les era contrario, se les acercó hacia el final de la noche caminando sobre el lago» (Mc 6,48).

Caminar con la Palabra

Tal vez no haya en el evangelio de Marcos otro relato como éste que proponga en unas imágenes tan concentradas la cuestión relativa a lo que verdaderamente nos sostiene a los seres humanos. Se *debe* despedir a la muchedumbre, porque no es ella lo que cuenta; lo que cuenta es saber qué es lo que nos permite vivir verdaderamente, y para saberlo con una claridad perfecta hay que eliminar todas las ambigüedades debidas a las falsas seguridades. En su lugar aparece aquí esta imagen de Jesús que camina sobre el mar, una imagen que brota de la visión de una oración hecha en la soledad sobre el «monte» en las largas horas de la «noche».

Desvincularse del sistema cotidiano de seguridades ficticias no es tan difícil como parece. Es preciso descubrir una cosa en esta historia de Jesús que camina sobre las aguas, a saber: que aquello de lo que tenemos más miedo es con frecuencia aquello en lo que, en realidad, esperamos más.

A menudo sucede que aquello a lo que temíamos como a una pesadilla, cuando ha desaparecido el miedo, demuestra ser la sustancia de sueños callados durante mucho tiempo. En nuestra alma hay muchísimas cosas que, tras años de remoción, nos salen al encuentro en las «noches» de la angustia y de la inquietud, y, por más que quisiéramos salir corriendo, es también verdad que en esto, más que en todo lo demás, vive algo, como un deseo concentrado de eternidad, que, como en el relato del evangelio de Marcos, nos sale al encuentro desde la otra orilla, caminando sobre el abismo de la angustia. Por más que a primera vista esta forma asumida por nuestra esperanza nos produzca la impresión de una aparición, de un fantasma, es preciso sentir, contra la violencia del viento y contra el remolino de la angustia, la voz que nos dice: «¡Animo! Soy yo. No temáis». Jesús ve la necesidad de sus discípulos desde el *monte* de la oración.

Nosotros podemos luchar intrépidamente todo lo que queramos contra la «tempestad» y las «olas»: lo único que nos sostiene verdaderamente es el hecho de que ante Dios estamos incluidos en la oración de Jesús y no podemos caer nunca de las manos de Dios en nada de lo que seamos y hagamos. Sólo gracias a esta confianza de no estar solos, a pesar de todos los

peligros, en la «barca» o abandonados con indiferencia a merced de las «olas» del «mar», sólo gracias a esta confianza –decíamos– se aplaca la «marejada» y cesa la «tempestad» (E. Drewermann, *Il Vangelo di Marco. Immagini di redenzione*, Brescia 1994, 164-170, *passim*).

Benefactor y benefactores

(Mc 6,53-56)

⁵³ Terminada la travesía, tocaron tierra en Genesaret y atracaron. ⁵⁴ Al desembarcar, lo reconocieron en seguida. ⁵⁵ Se pusieron a recorrer toda aquella comarca y comenzaron a traer a los enfermos en camillas adonde oían decir que se encontraba Jesús. ⁵⁶ Cuando llegaba a una aldea, pueblo o caserío, colocaban en la plaza a los enfermos y le pedían que les dejase tocar siquiera la orla de su manto, y todos los que lo tocaban quedaban curados.

La Palabra se ilumina

El fragmento corresponde al género de los «resúmenes», que ya hemos encontrado antes (cf. 1,32-34; 3,7-12). En estas breves descripciones –momentos serenos de síntesis y de mirada de conjunto de la actividad benéfica de Jesús– desaparecen los elementos específicos, como los nombres de los interesados, la tipología de la enfermedad, la modalidad de la intervención, para dejar espacio a las indicaciones generales. Precisada la localidad (v. 53), el minúsculo relato está dominado por una peregrinación hacia Jesús (vv. 54-56a) y sellado con la conclusión feliz de la curación de los enfermos (v. 56b).

Nos encontramos en el territorio del norte, en el límite con los paganos, que continúa viendo brillar la luz anunciada por Isaías (Is 8,23–9,1). Jesús da cumplimiento a la profecía porque ha elegido el lejano norte

para iniciar su obra apostólica: la zona en torno al lago como escenografía de numerosos episodios. Aquí llamó a sus primeros colaboradores, aquí realizó muchos milagros. La convirtió en su escenario predilecto para dar comienzo y sustanciar su obra, asociando a ella a muchas personas como actores protagonistas. Las multitudes que acuden a escuchar su palabra dan vivacidad al escenario, cargándolo de humanidad. Son muchos también los que se mueven por aquella zona en busca de una vida mejor. El Maestro de Nazaret habla bien y actúa de una manera extraordinaria.

Su fama le precede, y cuando Jesús desembarca en Genesaret le siguen personas que llevan enfermos con la esperanza de obtener la curación. Pedro lo resume así en los Hechos de los Apóstoles: «*Pasó haciendo el bien y sanando a todos los que estaban bajo el poder del diablo, porque Dios estaba con él*» (Hch 10,38). Las palabras de Pedro nos ayudan a comprender que la intervención de Jesús es signo de la presencia de Dios, de su obra en beneficio de los hombres. Jesús presenta las credenciales de «benefactor», porque asegura la salud. Es un signo pequeño, pero vistoso, de un bienestar *más grande y global*, el de la salvación integral del hombre, sanado por fuera y por dentro.

Toda la multitud anónima, protagonista también de pequeños pero decisivos gestos de bondad, merece asimismo un aplauso. Son los que «*comenzaron a traer a los enfermos en camillas adonde oían decir que se encontraba Jesús*» (v. 55), «*colocaban en la plaza a los enfermos y le pedían que les dejase tocar siquiera la orla de su manto*» (v. 56). Muchos enfermos no hubieran llegado a Jesús sin el auxilio de estos anónimos benefactores. Son personas que creen que Jesús puede hacer algo, esos a los que hoy llamaríamos «voluntarios»: personas que invierten tiempo y energías en favor de los demás. Para ellos vale también el principio de que quien hace el bien nunca queda defraudado. Con su pequeña pero genero-

sa, contribución participan en la acción extraordinaria de Jesús.

La Palabra me ilumina

Jesús quiere encontrarse con las personas allí donde están, en sus casas, en sus ciudades, en sus plazas, con sus situaciones concretas. Como en otras ocasiones, también aquí se deja tocar por la gente de Nazaret y cura, pero en su corazón ansía que comprendan que él quiere curar no sólo los miembros doloridos, sino también sus corazones endurecidos. También nos sale al encuentro a nosotros allí donde estemos: también nosotros somos enfermos en espera de curación. A menudo nos mostramos incrédulos y duros de corazón, pero él quiere curarnos, quiere estar entre nosotros, junto a nosotros. Se deja tocar y quiere curarnos. Cada día nos sale al encuentro y nos cura cuando le llamamos y le invocamos. Puede ser una llamada a que nos acerquemos al sacramento de la reconciliación. Dejémonos curar y sumerjémonos en el mar de su misericordia.

También podemos leer este fragmento como un antidoto útil a tanto pesimismo invasor. Se oye decir, con frecuencia, que el mundo va mal. Esta idea no tiene nada de original, porque ya lo decían nuestros padres, nuestros abuelos y también los que les precedieron. Necesitamos redescubrir y publicitar el bien existente, tener unos ojos limpios para verlo y un corazón sincero para propagarlo. Sin jaleos, sin la radio ni la televisión, sin la publicidad que mortifica el anonimato del bien. En lo secreto de la conciencia, en el silencio de las casas, arde a diario el fuego del altruismo, a base de pequeños gestos.

Podríamos equiparar a los que en el evangelio ayudan a los enfermos a llegar hasta Jesús con los trabajadores sanitarios, con los voluntarios, con los familiares que hoy asisten a los ancianos de casa o con los que se ocupan de

personas minusválidas. Si, a continuación, abrimos el capítulo del voluntariado, ya no acabaríamos el inventario de los ambientes y del número de personas que prestan parte de su tiempo libre para aliviar los sufrimientos ajenos. Todos ellos, precisamente como Jesús o las personas que aparecen en el fragmento evangélico, son auténticos benefactores.

No recibirán premios particulares, no les colgarán medallas, ni aparecerá su nombre en placas conmemorativas. No por ello deberán sentirse más pobres ni, mucho menos, olvidados, porque el Señor, que ve en lo secreto de las conciencias, se muestra pródigo en recompensar, hoy con la alegría de haber construido un mundo más justo y más limpio, mañana con la plenitud de su misma vida, la eterna.

La Palabra se convierte en oración

Quisiera pedirte, Señor, por las muchas personas que nunca reciben una muestra de agradecimiento, héroes de la vida diaria y anónimos, alegres por ayudar a los que lo necesitan, sin esperar recompensa alguna: hazles sentir que el silencio de su acción es un multiplicador de su valor; hazles percibir que, aunque sea de una manera inconsciente, te están imitando a ti, Benefactor de la humanidad, y que, en miniatura, también ellos son benefactores.

Hazles sentir a todos ellos, Señor, tu agradecimiento y el nuestro, hecho a base de gracia. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

¿Acaso pensamos que algo le es imposible a causa de su debilidad? Pues no era débil aquel que con una orden curaba la debilidad de los otros. ¿Acaso parecía débil cuando, al ordenar al parálítico: «Coge tu litera y camina», le imponía el deber de curar cuando todavía le

estaba pidiendo la obtención de un remedio para su debilidad? ¿Acaso era débil el Señor de las potencias cuando daba la luz a los ciegos, enderezaba a los encorvados, resucitaba a los muertos, curaba con la orla de su manto a los que se lo pedían y purificaba cuando le tocaban?

De él brotaba la vida de todos. Por eso dijo también el profeta: «*Con sus llagas nos curó*» (Is 53,5). ¿Acaso aquel que no era débil cuando estaba herido lo era cuando estaba en su majestad? (Ambrosio de Milán, *La fede* IV, 5, 53s, Roma 1984, 281).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Él pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el demonio*» (Hch 10,38).

Caminar con la Palabra

¿Cómo vemos la enfermedad de nuestros semejantes? Se trata de captarla en toda su profundidad. Ahora bien, ¿cómo estamos llamados a ver este mal? ¿Se trata de algo frente a lo cual no debemos hacer otra cosa que protegernos, de algo de lo que debemos huir? Sería verdaderamente una ilusión: el mal lo llevamos en nosotros, todos somos víctimas y responsables de él, de un modo o de otro. Una mirada de fe permite ver, desde el primer instante, que todos los hombres, todos los hijos de Dios, están enfermos. Esta visión de la fe, que es la misma con la que nuestro Dios nos mira y nos conoce en el fondo, debería suprimir de nuestros corazones todo sentido de superioridad, de temor, de ceguera o de rechazo, para hacernos capaces de creer en la verdadera compasión de Dios. Compasión significa padecer con el otro, y con un padecimiento compartido que es ya curación; del mismo modo, el Padre comparte nuestro sufrimiento, y gracias a ello somos liberados. Sólo podemos implorar la curación si estamos convencidos de que la enfermedad está presente realmente. A nosotros se nos ha pedido llevarla,

presentarla a Dios, envuelta en su misma mirada compasiva. La segunda condición es ir al Señor, buscarle, acercarnos a él. En primer lugar, debemos examinar nuestra actitud interior de intercesión: en efecto, debemos llevar a todos los hombres, nuestros hermanos, sean quienes sean, en nuestro corazón..., y entonces vendrá la actitud exterior constituida por la ayuda que se nos presta recíprocamente. La tercera condición es la fe. La fe consiste en estar seguros de él, es dejar de mirar lo que somos capaces de hacer, nuestros límites, es ir directamente a él sin ni siquiera pedir ya signos. Crucemos el umbral de la fe y seremos curados (J. Corbon, *La gioia del Padre*, Magnano [Bi] 1997, 37-39, *passim*).

Fascinados por la verdad (Mc 7,1-23)

¹ Los fariseos y algunos maestros de la ley procedentes de Jerusalén se acercaron a Jesús ² y observaron que algunos de sus discípulos comían con manos impuras, es decir, sin lavárselas ³ (es de saber que los fariseos y los judíos en general no comen sin antes haberse lavado las manos meticulosamente, aferrándose a la tradición de sus antepasados; ⁴ y al volver de la plaza, si no se lavan, no comen; y observan por tradición otras muchas costumbres, como la purificación de vasos, jarrros y bandejas). ⁵ Así que los fariseos y los maestros de la ley le preguntaron:

–¿Por qué tus discípulos no proceden conforme a la tradición de los antepasados, sino que comen con manos impuras?

⁶ Jesús les contestó:

–Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, según está escrito:

*Este pueblo me honra con los labios,
pero su corazón está lejos de mí.*

⁷ *En vano me dan culto
enseñando doctrinas
que son preceptos humanos.*

⁸ Vosotros dejáis a un lado el mandamiento de Dios y os aferráis a la tradición de los hombres.

⁹ Y añadió:

–¡Qué bien anuláis el mandamiento de Dios para conservar vuestra tradición! ¹⁰ Pues Moisés dijo: *Honra a tu padre y a tu madre, y el que maldiga a su padre o a su madre será reo de muerte.* ¹¹ Vosotros, en cambio, afirmáis que si uno dice a su padre o a su madre: «Declaro corbán, es decir, ofrenda sagra-

da, los bienes con los que te podía ayudar», ¹² ya le permitís que deje de socorrer a su padre o a su madre, ¹³ anulando así el mandamiento de Dios con esa tradición vuestra que os habéis transmitido. Y hacéis otras muchas cosas semejantes a ésta.

¹⁴ Y llamando de nuevo a la gente, les dijo:

–Escuchadme todos y entended esto: ¹⁵ Nada de lo que entra en el hombre puede mancharlo. Lo que sale de dentro es lo que contamina al hombre.

¹⁷ Cuando dejó a la gente y entró en casa, sus discípulos le preguntaron por el sentido de la comparación.

¹⁸ Jesús les dijo:

–¿De modo que tampoco vosotros entendéis? ¿No comprendéis que nada de lo que entra en el hombre puede mancharlo, ¹⁹ puesto que no entra en su corazón, sino en el vientre, y va a parar al estercolero?

Así declaraba puros todos los alimentos.

²⁰ Y añadió:

–Lo que sale del hombre es lo que mancha al hombre. ²¹ Porque es de dentro, del corazón de los hombres, de donde salen los malos pensamientos, fornicaciones, robos, homicidios, ²² adulterios, codicias, perversidades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, soberbia e insensatez. ²³ Todas estas maldades salen de dentro y manchan al hombre.

La Palabra se ilumina

Jesús pasa por ser un rabí diferente, tan diferente que preocupa no poco a las autoridades de Jerusalén, de ahí que envíen a sus emisarios para informarse de primera mano. Ya no basta con lo que se oye decir. Ya desde el principio se respira un aire de tormenta que no tarda en estallar, preparada por el «*se acercaron a Jesús*» (v. 1), que tiene toda la pinta de un control para cogerle en fallo. El drama judicial alienta ya en estas primeras escaramuzas y se desarrollará primero como acusación y después como defensa, que se transformará en una requisitoria y en una condena. El imputado se convierte en acusador y los acusadores se encuentran de improvi-

so en el banquillo de los acusados sin posibilidad de apelación.

Para comprender la acusación que los fariseos lanzan contra los discípulos –un pretexto para golpear a la persona de Jesús– se debe mirar al mundo judío, que practicaba un ritual que a nosotros nos resulta casi incomprendible. La costumbre de lavarse las manos antes de sentarse a la mesa, algo que también nosotros enseñamos a los niños, representa, más que una norma de higiene, una consecuencia del concepto de *pureza ritual* que tanto espacio ocupaba también en el Antiguo Testamento. Se trataba de normas que, en su origen, sólo afectaban a los sacerdotes y a los que estaban en contacto con lo divino, y que los fariseos extendieron después a todos los demás. «*Los fariseos y los judíos en general no comen sin antes haberse lavado las manos meticulosamente*» (v. 3): lo importante, más que lavarse, era hacerlo de una manera meticulosa, llegando hasta el codo, porque sólo de este modo se cumplían las prescripciones. Se requerían dos enjuagues, cada uno de ellos con un cuarto de *log* de agua (0,137 litros, aproximadamente), cantidad que sólo en circunstancias particulares podía ser inferior. No todos los recipientes eran idóneos para el lavado: no debía ser un recipiente de barro, ni una tapadera, ni tampoco era lícito lavarle las manos a otro llevándole agua en el cuenco de las manos. He aquí, pues, la pregunta que suena como una acusación: «*¿Por qué tus discípulos no proceden conforme a la tradición de los antepasados, sino que comen con manos impuras?*» (v. 5).

La respuesta de Jesús (la requisitoria) no se limita al *casus belli* y traslada la discusión, en nombre de la verdad, al valor de la enseñanza de los fariseos: al problema más general de la transgresión de la voluntad divina en nombre de la tradición. Jesús se ve obligado a quitar la pátina de bonhomía que la opinión pública había difundido sobre los fariseos. Empieza llamándoles «*hipócritas*», es decir, «actores». A continuación, se pone de

parte de la Palabra de Dios, indiscutida y reconocida autoridad para ambas partes, y denuncia la separación entre oración y vida, entre palabra y corazón. Debemos ir a Dios con toda la riqueza de nuestro propio ser: inteligencia, voluntad, pensamientos, acciones y sentimientos. El error de los fariseos es doble: han sustraído a Dios el culto debido y han hecho pasar por divina una ley que tiene su origen únicamente en la cavilosidad de los hombres: «*Vosotros dejáis a un lado el mandamiento de Dios y os aferráis a la tradición de los hombres*» (v. 8).

Las palabras de Jesús entran ahora en el campo concreto y pasan a denunciar la mezquindad del comportamiento de los fariseos: es el momento de la contraacusación. El mandamiento de Dios llegado a través de Moisés estaba claro: «*Honra a tu padre y a tu madre*» (Éx 20,12), y era tan importante que su transgresión implicaba la eliminación física (Éx 21,17). Sin embargo, el pensamiento farisaico había conseguido encontrar una escapatoria innoble: consistía en consagrar a Dios un objeto, es decir, sustraerlo al uso ordinario, sin por ello entregarlo al tesoro del templo. El interesado declaraba que el sustento con que podían contar sus padres era *corbán*, es decir, estaba dedicado a Dios, y, por consiguiente, era intocable y no se podía destinar a otros usos. Un sucedáneo de mandamiento destinado a acallar la conciencia y sentirse en regla, conservando el propio dinero.

Una vez denunciada la desviación farisaica, Jesús se dispone a dar una enseñanza positiva: la contaminación es un problema completamente interior. Lo que contamina al hombre no son los objetos que pueda tocar o ingerir, sino sólo y únicamente lo que procede del corazón, que era, para el judío, la sede de la inteligencia y de la voluntad. No las cosas, sino sólo las personas pueden ser puras o impuras, es decir, gratas o no gratas a Dios, desde el punto de vista religioso. Jesús propone una exacta jerarquía de valores y sugiere la terapia correcta. Como

un médico consumado, diagnostica con una precisión rigurosa el mal e indica el punto en el que hay que aplicar el bisturí de la salvación.

La Palabra me ilumina

Si el encuentro entre Jesús y los fariseos ocupa un gran espacio en los evangelios es porque también nosotros estamos expuestos permanentemente a convertirnos en «viejos» fariseos, apoyándonos y haciendo valer nuestras tradiciones. Como ya ocurría en tiempos de Jesús, también nosotros corremos el riesgo de anular la Palabra de Dios, el mandamiento divino, para poner en su lugar nuestros gustos, nuestras conveniencias, nuestros deseos personales.

Gracias a la intervención de Jesús es como aprendemos a vivir en una simbiosis afortunada el doble mandamiento del amor a Dios y el amor al prójimo. Él, partiendo del comportamiento de los discípulos criticado por los fariseos, nos ha traído luz y verdad, porque ha buscado una vez más el corazón de la verdad y de lo esencial. Rechaza la distinción judía entre puro e impuro; entre la esfera religiosa, separada, en la que está presente Dios, y la esfera ordinaria, en la que Dios está ausente. No se nos pide purificarnos de la vida diaria para encontrar a Dios; lo que se requiere más bien es la liberación del pecado, el único elemento contaminante.

Jesús nos enseña que es posible encontrar a Dios siempre y en todas partes, como recuerda un gran maestro de la vida espiritual, Francisco de Sales: «En la misma creación, Dios creador mandó a las plantas que diera cada una fruto según su propia especie, y mandó a los cristianos, que son como las plantas de su Iglesia viva, que cada uno diera un fruto de devoción conforme a su calidad, estado y vocación... Dondequiera que estemos, podemos y tenemos que aspirar a una vida perfecta».

Debemos seguir manteniendo la distinción entre el mandamiento de Dios y la tradición/interpretación de los hombres. El primero es perenne, punto continuo de referencia y de valor absoluto; la segunda vale en la medida en que es auténtica lectura y ampliación del primero. Subsiste siempre el peligro de una desviación peligrosa, como muestra la casuística del *corbán*. Precisamente para evitar errores burdos, Jesús nos recuerda la «moral del corazón», la que llega a la intención y garantiza ideas claras y limpias.

Y de este modo se rinde un precioso servicio a la verdad. ¿Cuál? La miope de los fariseos, la limitada o interesada de nuestras discusiones. El poeta español Antonio Machado escribió: «Tu verdad, no; la verdad, / y ven conmigo a buscarla. / La tuya guárdatela». Debemos buscar una «verdad superior», no nuestra verdad.

Sabemos cómo y dónde encontrar la verdad genuina, escuchando y actualizando estas palabras de Jesús: «*Si os mantenéis fieles a mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; así conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*» (Jn 8,31s). Estaremos vacunados contra el fariseísmo y podremos adornarnos con el título de hombres libres porque somos cristianos.

La Palabra se convierte en oración

A ti te invoco, Dios Verdad, en quien, de quien y por quien son verdaderas todas las cosas verdaderas. [...] Dios, de quien separarse es caer; a quien volver es levantarse; en quien permanecer es hallarse firme. Dios, darte a ti la espalda es morir, volver a ti es revivir, morir en ti es vivir. Dios, a quien nadie pierde sino engañado, a quien nadie busca sino avisado, a quien nadie halla sino purificado. Dios, dejarte a ti es perderse, seguirte a ti es amar, verte es poseerte. Dios, a quien nos despierta la fe, levanta la esperanza, une la caridad (san Agustín, *Soliloquios*).

La Palabra en el corazón de los Padres

Porque la tradición de sus padres, que ellos fingían observar cumpliendo la ley, era contraria a la ley que Moisés había dado, por eso dijo Isaías: «Tus taberneros mezclan vino con agua» (Is 1,22). Con ello dio a entender que los antiguos mezclaban el agua de su tradición con el austero precepto de Dios; es decir, agregaban una ley adulterada contraria a la ley, como claramente lo manifestó el Señor: «¿Por qué transgredís el precepto de Dios por vuestra tradición?» (Mc 7,8).

No sólo, pues, vaciaron la Ley de Dios al transgredirla, mezclando vino con agua, sino que además establecieron una ley contraria, que hasta ahora se llama farisaica. A ésta algunos le añaden, otros le quitan, otros la interpretan como les viene en gana: de modo tan singular la aplican sus maestros.

Tratando de reivindicar sus tradiciones, se negaron a sujetarse a la Ley de Dios que los instruía sobre la venida de Cristo (Ga 3,24). Por el contrario, acusaban al Señor de haber curado en sábado, lo cual, como antes hemos expuesto, la ley no prohibía –puesto que ella misma de algún modo curaba al hacer circuncidar a un hombre en sábado (Jn 7,22-23)–. Ellos, en cambio, no se reprochaban a sí mismos por transgredir el mandamiento de Dios, siguiendo su tradición y su ley farisaica, al no cumplir lo principal de la ley, o sea, el amor a Dios (Ireneo de Lyon, *Contra las herejías* IV, 12, 1).

Para custodiar y vivir la Palabra

Medita a menudo esta Palabra:

«*Vosotros dejáis a un lado el mandamiento de Dios y os aferráis a la tradición de los hombres*» (Mc 7,8).

Caminar con la Palabra

Jesús rompe todos los esquemas: no es un hombre de orden, pero tampoco es un revolucionario político; no es un puritano desdeñoso o un severo censor de las costumbres, ni tampoco es alguien que no conozca el desierto y no llame a la penitencia. Jesús no se deja capturar en una imagen que satisfaga las expectativas de una parte: su libertad radical lo hace más grande que todas las reducciones en las que se le quiere aprisionar. Es libre en su anuncio del Reino, como obra gratuita y maravillosa del Padre, a quien el hombre está llamado a responder con la conversión del corazón. Semejante revelación de la libertad del Maestro pide al discípulo el seguimiento de la libertad del amor, a saber: pide que la comunidad de los creyentes y el cristiano particular sean libres y liberadores: el seguimiento de Cristo es *sequela libertatis*.

Una Iglesia libre significa, en primer lugar, una comunidad que vive en una obediencia radical a la Palabra de Dios: su fuerza y su riqueza residen en la entrega incondicionada a su Señor. Cualquier otro motivo de seguridad y de vanagloria sería blasfemia y escándalo. Los cristianos, discípulos del hombre libre, se esforzarán en hacer crecer con la oración y con la vida la experiencia de la libertad en sí mismos y en el mundo en el que viven, sin buscar la eficacia inmediata o el consenso exterior. El que es verdaderamente libre para el Padre y para los otros, sabe calcular con lo ignoto, es decir, cree, más allá de toda posibilidad, en la posibilidad imposible, esa que la libertad de Dios, revelada en Jesucristo, ha prometido a la historia. Quien es verdaderamente libre atestigua que la libertad, incluso cuando parece derrotada, merece ser vivida, y es contagiosa y liberadora, porque, como la libertad de Jesús, es revelación y don de un misterio mayor. La única liberación que no decepciona es aquella que fue ofrecida en Jesucristo a la historia: la liberación de nosotros mismos para existir, en el amor y en la esperanza, para el Padre y para los otros (B. Forte, *Seguendo te, luce della vita*, Milán 2004, 42s, *passim* [edición española: *Siguiéndote a ti, luz de la vida*, Salamanca 2004]).

En la Iglesia no hay extranjeros (Mc 7,24-30)

²⁴ Salió de allí y se fue a la región de Tiro y Sidón. Entró en una casa, y no quería que nadie lo supiera, pero no logró pasar inadvertido. ²⁵ Una mujer, cuya hija estaba poseída por un espíritu inmundo, oyó hablar de él, e inmediatamente vino y se postró a sus pies. ²⁶ La mujer era pagana, sirofenicia de origen, y le suplicaba que expulsara de su hija al demonio.

²⁷ Jesús le dijo:

–Deja que primero se sacien los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perrillos.

²⁸ Ella le replicó:

–Es cierto, Señor; pero también los perrillos, debajo de la mesa, comen las migajas de los niños.

²⁹ Entonces Jesús le contestó:

–Por haber hablado así, vete, que el demonio ha salido de tu hija.

³⁰ Al llegar a su casa, encontró a la niña echada en la cama, y el demonio había salido de ella.

La Palabra se ilumina

El episodio está situado en el exterior, en el territorio pagano de Tiro y Sidón, como preludeo de la misión universal de la Iglesia. El relato está dominado por el diálogo de Jesús con la mujer pagana. Algunas de sus palabras y expresiones, que podrían chocar con la sensibilidad del lector moderno por su dureza y falta de

cortesía, expresan en realidad un paso gradual y son, a fin de cuentas, la atestación de la estima por un mundo que antes había sido dejado al margen y queda rehabilitado ahora. El esquema del relato es el típico del milagro: la situación de necesidad y la petición dirigida a Jesús (vv. 24-26); la acreditación de la presencia de la fe, necesaria para que tenga lugar el milagro (vv. 27s); la palabra dotada de autoridad que lleva a cabo el milagro, así como la verificación del mismo (vv. 29s).

Aunque Jesús se encuentra en el exterior, su fama le ha precedido: no puede permanecer en el anonimato. Se presenta una mujer que asume un papel protagonista. Le pide que intervenga en favor de su hijita, poseída por el demonio. La petición de la mujer expresa su angustia materna, pero también su gran confianza en Jesús. En contra de ella, sin embargo, según la mentalidad de la época, juegan los factores étnicos, culturales y religiosos: se trata de una mujer y, por consiguiente, no es normal que se dirija a un maestro; además, es de nacionalidad pagana. Su petición expresa una audacia que roza los límites de la insolencia.

Las palabras de Jesús parecen avalar este mundo de prejuicios y de injusticia (v. 27): en su palabras, «*hijos*» hace referencia al pueblo elegido, y «*perrillos*», a los paganos. Jesús emplea un diminutivo de tipo cariñoso, mientras que los judíos acostumbraban a emplear el pesado y despreciativo término de «*perros*». Ahora bien, Jesús emplea, sobre todo, una técnica de refinada psicología: debe hacer progresar una mentalidad sin crear confusión. Una aceptación plena e inmediata de la petición no habría permitido sacar a la luz los verdaderos sentimientos de la mujer; ésta no habría quedado preparada para una acogida *tout court*. A continuación, era menester ayudar a los discípulos y a los otros judíos para dar un paso adelante hacia una digna y justa apertura. Jesús adopta el criterio de la gradualidad.

El término «*perrillos*» era ya un mensaje codificado de que algo estaba cambiando, de que Jesús era un judío diferente a los otros. La mujer se aferra a esta ancla y –humildemente, pero también con decisión– reacciona con estas palabras: «*Es cierto, Señor, pero también los perrillos, debajo de la mesa, comen las migajas de los niños*» (v. 28), y se dirige al rabí con el título solemne de «*Señor*», expresión de su fe. Jesús queda conquistado por las palabras y por la actitud de la mujer, y cumple su deseo. Le asegura que su hija ha quedado libre del demonio (v. 29). Jesús empieza a derribar así las barreras que separan dos mundos: el judío y el pagano. Los paganos quedan admitidos al banquete. Aquí da la impresión de que deben contentarse con las migajas, pero muy pronto, con la segunda multiplicación de los panes (cf. 8,1-9), se convertirán en comensales con todas las de la ley.

La Palabra me ilumina

Una mujer, no judía, que no exhibe ningún derecho, pero que acepta recibir también las migajas, es decir, que la admitan a participar del don salvífico que corresponde en primer lugar al antiguo pueblo de Dios, una mujer –decíamos– muestra que el corazón es el espacio decisivo del encuentro con Dios. El título de crédito no es la pertenencia étnica, cultural o religiosa, sino la capacidad de relacionarse con él, aceptando las etapas del crecimiento.

Un desaire o una incomprensión constituyen muchas veces motivo para una ruptura definitiva. Olvidamos que nos pueden servir de *tests* no elaborados por la ciencia estadística, pero sí preparados por la vida. Cada día se nos pone a prueba para verificar nuestro grado de madurez, de relación con Dios y con los otros. Y si pudiéramos ver el resultado de las votaciones, tal vez deberíamos avergonzarnos. De boquilla todos estamos

abiertos y disponibles, firmamos tratados internacionales, suscribimos las declaraciones de dignidad común y de igualdad de todos los hombres. La práctica va con frecuencia por otros derroteros, que permanecen eternamente paralelos, sin cruzarse nunca.

Debemos redescubrir la alegría de ser hermanos, de sentirnos miembros de una misma familia. Estamos unidos a los otros, porque Jesús murió y resucitó por todos, haciéndonos a todos hermanos universales. Este pensamiento teológico, aplicado a la vida, debería estimularnos a crear relaciones menos conflictivas y, sobre todo, a construir un mundo de entendimiento.

La Palabra se convierte en oración

He escuchado, Señor, tu palabra y me he alegrado al oír que la salvación es para todos, justamente para todos, sin excluir a nadie. Tú has muerto y resucitado para todos. Yo, en cambio, tiendo siempre a excluir a alguien, a crear distinciones que son separaciones, a ver la realidad a pedacitos y no en conjunto. ¡Qué poca apertura hacia los que profesan otros credos o proceden de otras culturas o, simplemente, no piensan como yo!

Libérame de este demonio de la presunción exclusiva, del egoísmo posesivo, de la miopía de ver sólo en mí y no a mi alrededor. Cárgame de audacia, Señor, para que pueda ir a ti en compañía de todos los seres humanos, hermanos y hermanas míos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Cuando te pongas ante Dios en actitud de oración hazte semejante con el pensamiento a una hormiga, a un animalito que se arrastra por tierra, a la sanguiuela o al lactante que llora. No te inspires en absoluto en el lenguaje de la ciencia, sino acércate a Dios y preséntate a Él con pensamientos propios de un niño pequeño, de

modo que puedas recibir la gracia de la solicitud paterna que los padres reservan precisamente para los recién nacidos. Pídele a Dios que te conceda como don la medida de la fe, que es lo único que puede llenar tu alma, y si adviertes interiormente su dulzura, no tengo la menor duda en decirte que entonces nada podrá alejarte de Cristo.

Cuando te pongas ante Dios en la oración, tu pensamiento se ha de volver sencillo, como el de un niño que no sabe hablar. No digas ante Dios palabras que nacen de la cultura intelectual, sino aproxímate a él con un pensamiento ingenuo, caminà ante él como un niño que se siente protegido por la mirada paterna. Está escrito: «*El Señor guarda a los sencillos*» (Sal 114,6) (Isaac de Nínive, *Sentencias*).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y goza de esta Palabra:

«*Por haber hablado así, vete, que el demonio ha salido de tu hija*» (Mc 7,29).

Caminar con la Palabra

La fe es la perspectiva de sentido que nace de la referencia interior y profunda a Jesucristo. Creer es encontrar en él el sentido de la vida. El hombre puede construirse de muchas maneras, pero lo que se vuelve determinante para el creyente cristiano es su disponibilidad, su tensión a referirse a Jesucristo. De ahí que el cristiano pueda renunciar a todo, pero no a Jesucristo, porque, si le quitan a su Señor, la vida ya no tiene sentido. Hacerse creyente significa vivir una tensión de este tipo, tener dentro de nosotros esta actitud, esta orientación, esta disposición radical de referencia a Jesucristo. Por tanto, paradójicamente, el sentido de la existencia lo encontramos fuera de nosotros, en una objetividad que es Jesús de Nazaret, y no en nosotros mismos. Si el no creyente dice «mi razón, mis pensamientos, mi conciencia», el creyente dice «mi conciencia reglada a partir de

Jesucristo, mis pensamientos juzgados sobre la base de la referencia a Jesucristo, mi voluntad y mis decisiones determinadas por la referencia a Jesucristo». No se trata de un contenido preciso; se trata de una disposición, de una voluntad de compararnos con Jesucristo, de una disponibilidad para referirnos a él; por tanto, mi verdad es tal si es la suya. Y yo no quiero más que reconocerla así. La perspectiva cristiana consiste, paradójicamente, en que Jesucristo entra hasta tal punto en la definición de mí mismo que se convierte en el criterio para encontrarme. El sentido es él; yo me encuentro refiriéndome a él. La experiencia de mi autonomía, de mi valor, de mi libertad, a medida que va madurando la fe, se encuentra, paradójicamente, en la profundidad y en la realidad de esta heteronomía, de esta ley que está fuera de mí y, a pesar de todo, no es un albedrío. Puede parecer extraño que el hombre se encuentre aceptando esta referencia radical, haciéndose radicalmente relativo a Jesucristo y viviendo esta relatividad. Pero ésta es la definición del creyente cristiano (G. Moiola, «*Va'dai miei fratelli*», Milán 1996, 22s, *passim*).

Habilitados para oír y para hablar (Mc 7,31-37)

³¹ Dejó el territorio de Tiro y marchó de nuevo, por Sidón, hacia el lago de Galilea, atravesando el territorio de la Decápolis. ³² Le llevaron un hombre que era sordo y apenas podía hablar, y le suplicaban que le impusiera la mano. ³³ Jesús lo apartó de la gente y, a solas con él, le metió los dedos en los oídos y le tocó la lengua con saliva. ³⁴ Luego, levantando los ojos al cielo, suspiró y le dijo:

–*Effatha* (que significa: «Ábrete»).

³⁵ Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y comenzó a hablar correctamente. ³⁶ Él les mandó que no se lo dijeran a nadie, pero cuanto más insistía, más lo pregonaban. ³⁷ Y en el colmo de la admiración decían:

–Todo lo ha hecho bien. Hace oír a los sordos y hablar a los mudos.

La Palabra se ilumina

De regreso de Tiro, Jesús, pasando por Sidón, vuelve hacia el mar de Galilea. Sin detenerse en la región occidental (Galilea), prosigue por la zona oriental (la Decápolis), habitada también por gente que no era judía. Aquí le traen a un sordomudo para que le imponga la mano (v. 32). Aparte de la enfermedad, nada se dice del personaje ni de los que le llevan a Jesús; la imposición de las manos era un gesto con el que se invocaba la bendición divina sobre alguna persona.

Jesús se lleva al hombre lejos de la muchedumbre, mete los dedos en los oídos del sordomudo y le toca la lengua con la saliva; a continuación, mirando al cielo, emite un suspiro y pronuncia «*Effatha*». La palabra aramea parece horadar la corteza del griego (la lengua del Nuevo Testamento) y llegar al lector con toda la riqueza de sus timbres originarios. El evangelista se apresura a traducirla enseguida: «*que significa: "Ábrete"*». Jesús realiza el milagro en un lugar apartado, lo que puede indicar cierta reticencia debida al hecho de que se encuentra en un territorio no habitado por judíos. Tal vez sea ésta la causa por la que, por primera vez, realiza un milagro recurriendo a gestos muy semejantes a los usados por los sanadores de la época. Sin embargo, el elemento fundamental es el religioso, explicitado a través de dos signos (v. 34). El primero es el hecho de *levantar los ojos al cielo*, entendido como una oración dirigida al Padre. El segundo es el acto fundamental, el de la *palabra eficaz*, semejante a la orden divina de la creación (Gn 1,3).

El resultado es sorprendentemente positivo, porque los oídos del sordomudo se abren, se le suelta el nudo de la lengua y empieza a hablar correctamente. A la curación le sigue la orden de no hablar de ella a nadie: extraña obligación, aunque comprensible desde la lógica del mensaje cristiano, pues el conocimiento de Jesús tiene que ser fruto de una experiencia personal, de una adhesión amorosa a él, y no un conocimiento «de oficio», por aclamación o por persona interpuesta. Es difícil discernir a quién se le da la orden de callar, puesto que el milagro ha tenido lugar lejos de la muchedumbre, pero se dirige, a buen seguro, a un público formado por paganos que, todavía más que los judíos, corren el riesgo de entender mal su significado. El evangelista observa que éstos, contrariamente a la orden recibida, «*lo pregonaban*». Al usar el verbo técnico *kerysso*, típico de la misión cristiana, el evangelista saca a la luz una

paradoja: mientras que Jesús, fuera del territorio judío, calla y desea mantener oculto el milagro, los paganos se convierten en «anunciadores» de la salvación que él ha querido significar con su gesto.

Marcos observa al final que los presentes, «*en el colmo de la admiración*», comentaban lo sucedido con estas palabras: «*Todo lo ha hecho bien. Hace oír a los sordos y hablar a los mudos*». La frase se inspira, por una parte, en el primer relato de la creación (Gn 1,1-2,4a), donde se subraya en más ocasiones la bondad de las cosas hechas por Dios, y, por otra, en un texto de Isaías en el que ya están presentes el estilo y el mensaje del Deuteroisías: «*Los oídos de los sordos se abrirán... la lengua del mudo cantará*» (Is 35,5s). La curación del sordomudo, como un día lo fue el retorno del exilio, representa para el evangelista una nueva creación.

La Palabra me ilumina

Ya lo hemos señalado: el centro literario y teológico del fragmento se encuentra en las palabras de Jesús –solo verbo en lengua aramea, traducido después (v. 34)–, a las que hacen eco otras palabras, el comentario admirado de la gente (v. 37).

Sin embargo, Jesús usa, en ciertos aspectos, una metodología nueva e insólita para la curación del sordomudo. El diálogo, instrumento habitual de conexión en los encuentros, ha sido sustituido por unos gestos un tanto extraños. Se trata de un modo delicado y fácil de crear un contacto con el otro, para hacerle comprender que desea instaurar una relación de entendimiento con él. Cuántas veces nos quedamos alejados de una sensibilidad de aproximación, de compartir aunque sea cosas pequeñas, porque estamos encerrados en un orgullo que no nos permite bajar, enyesados en unos esquemas mentales rígidos, bloqueados por un frío prejuicio.

El pagano de antes se ha vuelto idóneo para escuchar la Palabra de Jesús. Podría suceder que algunas veces también nosotros, cristianos por nacimiento –y, en consecuencia, desde siempre–, invirtamos las posiciones y de personas aptas para escuchar nos encontremos cerrados y sordos a las llamadas de la Palabra. Dios nos ofrece el silencio y el tiempo necesarios para la escucha y pone a nuestra disposición medios de una gran riqueza (sacramentos, catequesis, libros, encuentros, experiencias parroquiales y de grupos...). Sería poco fructífero que escucháramos la Palabra sólo de manera ocasional o, peor aún, la plegáramos a nuestras interpretaciones interesadas, quedándonos sólo con los aspectos que nos agradan. Hemos de acoger la Palabra en su verdad desnuda, *sine glossa*, es decir, sin los ajustes ventajosos que la descarnan y la anulan. Podríamos ser también sordos porque, aun escuchando y aceptando, no vivimos la Palabra, no la ponemos en práctica, porque nos resulta demasiado incómoda. Entonces corremos el riesgo de volvernos mudos también, porque no gritamos la Palabra con nuestra vida, porque no alabamos al Señor y no animamos y apoyamos al hermano que se cruza en nuestra vida.

Corremos muchos riesgos de marchitar la Palabra. Sin embargo, nos alegra también ver a muchos cristianos, y querríamos ser contados entre ellos, que se muestran dóciles a la escucha de la Palabra, que se comprometen a ponerla en práctica, viviéndola al calor de una rica dimensión ferial. Debemos desear que nuestra palabra, como la de Jesús, sea capaz de actuar y de liberar, arrollando las fronteras del dolor y de la miseria, «abriéndolas» a la irrupción de la esperanza y de la alegría. Para ser idóneos, debemos ponernos siempre a la escucha de la Palabra de Dios, a fin de oírla y vivirla. Este compromiso se nos entregó en el momento del bautismo, en la fase final del rito, con este deseo: «El señor Jesús, que hizo oír a los sordos y hablar a los

mudos, te conceda escuchar su Palabra y proclamar la fe para alabanza de Dios Padre».

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, emitiste un suspiro ante aquel infeliz, demostraste compasión y conmoción, que se transformaron en curación. Te pido perdón por la dureza de mi corazón, que me impide a menudo com-padecer, com-partir, con-moverme, ante muchos de mis hermanos. Repítame hoy tu *Effatha* para que yo sea capaz de encontrar el lenguaje adecuado, modulado sobre unos gestos exquisitos de atención a los otros.

Señor, perdona mi excesiva grisura y acomodación frente a las maravillas de tu amor. Concédeme el don de la admiración y de la alegría que canta tus alabanzas y comunica a todos las maravillas que tú continúas realizando. Me abriste el oído y me soltaste el nudo de la lengua el día de mi bautismo; sigue haciéndolo, te lo ruego, para que pueda escuchar siempre y cumplir tu Palabra. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Dios visita de manera ininterrumpida la morada y la quietud que ha hecho en nosotros, es decir, la unidad del espíritu y la semejanza que realiza en él a través de la gracia, y lo lleva a cabo mediante la venida de su sublime generación y la inmensa profusión de su caridad, porque quiere habitar en los espíritus que le aman, como delicia. Quiere visitar la semejanza que adquiere el espíritu a través de la gracia y las virtudes, con dones amplios y especiales, a fin de que el espíritu progrese aún en semejanza y esplendor a través de las virtudes.

Es, por tanto, voluntad de Cristo que vivamos en la unidad esencial de nuestro espíritu y permanezcamos con él ricos y más que ricos por encima de todos los actos

humanos y de las virtudes; sin embargo, también es voluntad suya que, llenos y ricos de dones, moremos en la misma unidad de una manera activa. Quiere, en suma, que no perdamos de vista nosotros mismos esta unidad y semejanza, ininterrumpidamente, en todas y en cada una de nuestras acciones. Porque en cada nuevo momento nace Dios en nosotros y de esta excelsa generación emana el Espíritu Santo con todos sus dones.

Salgamos, pues, al encuentro de los dones de Dios con nuestra semejanza, y al encuentro de la sublime generación con la unidad esencial (G. Ruysbroeck, *Lo splendore delle nozze spirituali*, Roma 1992, 150s [edición española: *Adorno de las bodas espirituales*, Montaner y Simón, Barcelona 1943]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repíte a menudo y vive esta Palabra:

«Y al momento se le abrieron sus oídos, se le soltó la traba de la lengua y comenzó a hablar correctamente» (Mc 7,35).

Caminar con la Palabra

Vamos, cada uno por su propia cuenta, en la envoltura impenetrable –sorda y muda– de nuestro yo. Hasta las relaciones humanas más elementales e inevitables parecen crear realidades prisioneras, a su vez, de sí mismas e incapaces de un entendimiento recíproco: la pareja cerrada, la familia cerrada, el círculo cerrado, la asociación cerrada, la parroquia cerrada, el país cerrado, la patria cerrada... La sordera del egoísmo, personal y social, incuba y desprende las chispas para el fuego destructor que invade el corazón humano y la historia. Ahora bien, por encima del corazón y por encima de la historia, sólo con que lo queramos, se extiende la mano de Jesús, y su voz dice: «¡Abrios!». Hay un milagro en nuestro destino y sólo espera nuestra adhesión para realizarse: nuestra «voluntad» de curarnos reconociendo que estamos enfermos de sordera y de mutis-

mo, es decir, de no saber amar. Porque es el no amor el que encierra en torno al corazón la inhóspita fortaleza inaccesible al otro y delimita bien sus confines con alambre de espino. «¡Abrios!». Y todo podrá suceder entonces, todo podrá cambiar. El corazón aislado, antipático, inhóspito, el corazón cerrado, impedido, cercado, ocultado, sepultado, para el que toda la vida es inhóspita, y está impedida y sepultada, podrá finalmente abrirse, ensancharse, desplegar, con la escucha de la Palabra; se volverá capaz de escuchar y de hablar, de ofrecerse y de aceptar el don ajeno, de consolar y de ser consolado, de reparar, compartir, dispensarse por completo, mezclarse. Se volverá capaz de amar, con el signo de la alegría incontenible que nace de una vida abierta de par en par al don recíproco, de la fiesta sin fin que acoge al Liberador victorioso del mal. El milagro del sordomudo, al mismo tiempo que cuenta la historia personal del encuentro entre un hombre enfermo y el amor compasivo que le cura, cuenta, sobre todo, el milagro de un Dios infinitamente «abierto» y que quiere a todo hombre a su imagen y semejanza en el amor (A. Anzani Colombo, *Per fede per amore. Commento ai Vangeli delle domeniche*, Casale Monf. [Al] 1995, 239s).

Venidos de lejos para ser comensales

(Mc 8,1-10)

¹ Por aquellos días se congregó de nuevo mucha gente y, como no tenían nada que comer, llamó Jesús a los discípulos y les dijo:

² –Me da lástima esta gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen nada que comer. ³ Si los envío a sus casas en ayunas, desfallecerán por el camino, pues algunos han venido de lejos.

⁴ Sus discípulos le replicaron:

–¿De dónde vamos a sacar pan para todos éstos aquí, en despoblado?

⁵ Jesús les preguntó:

–¿Cuántos panes tenéis?

Ellos respondieron:

–Siete.

⁶ Mandó entonces a la gente que se sentara en el suelo. Tomó luego los siete panes, dio gracias, los partió y se los iba dando a sus discípulos para que los repartieran. Ellos los repartieron a la gente. ⁷ Tenían además unos pocos pececillos. Jesús los bendijo y mandó que los repartieran también.

⁸ Comieron hasta saciarse, y llenaron siete cestos con los trozos sobrantes. ⁹ Eran unos cuatro mil.

Jesús los despidió, ¹⁰ subió en seguida a la barca con sus discípulos y se marchó hacia la región de Dalmanuta.

La Palabra se ilumina

Como es sabido, la «sección de los panes» (6,1–8,26) en Marcos incluye dos multiplicaciones de panes (6,35-44;

8,1-8), que simbolizan el don de la salvación hecho, respectivamente, a los judíos y a los paganos. A pesar de algunas afinidades –compasión por la muchedumbre, diálogo con los discípulos, comida del pan y de los peces en el desierto, saciedad, sobras, número de comensales–, se trata, en efecto, de dos episodios diferentes.

También aquí hay una gran muchedumbre reunida para escuchar al Maestro. Sin embargo, a diferencia del primer milagro de la multiplicación, si allí eran los discípulos quienes hacían caer en la cuenta de las necesidades de la muchedumbre, aquí es el mismo Jesús quien se toma a pecho la situación. En los vv. 2s, el evangelista refiere una extensa consideración del Maestro. En ella expresa toda la ternura que siente por una muchedumbre de la que «*algunos han venido de lejos*» y «*llevan ya tres días conmigo*». En vistoso contraste con la sensibilidad de Jesús encontramos la limitada perspectiva de los discípulos, que sólo son capaces de percibir las dificultades: ¿cómo van a sacar pan para tanta gente en un lugar desierto? Se manifiestan ajenos a todo tipo de interés por los necesitados. Jesús, con una paciencia divina, les implica partiendo de una recogida elemental de información sobre los panes disponibles. En la respuesta del número «*siete*» se oculta una forma embrionaria de participación. Los discípulos ya no son extraños al problema: la dificultad ajena les ha implicado e interesado un poco; esto ya es un primer paso.

Todo se concatena como para una celebración eucarística. Están presentes los cuatro gestos del rito que Jesús realizará durante la cena (cf. 14,22-24): toma los panes, da gracias a Dios por sus beneficios, los parte y los entrega a los discípulos para que los distribuyan. El pan recibido, bendecido y partido por todos, anticipa el valor de la celebración eucarística, cuando el cuerpo inmolado del Señor Jesús se ofrece y se entrega a todos. Todavía es pronto para comprenderlo en su significado pleno, pero ya se ha iniciado una primera comprensión.

Los discípulos deben aprender a interesarse por los otros, a salir al encuentro de sus necesidades, a entregarse. Su función de hoy se convertirá en la misión de mañana y de siempre, y será una característica de la Iglesia universal.

También los pocos peces de los que disponen, multiplicados por el poder de Jesús, se convierten en una cantidad suficiente para todos. Todos comen hasta saciarse. Lo deja ver el número de los cestos de alimento que sobraron. Sin embargo, los comensales eran muchos, porque se calculan en «*unos cuatro mil*», una multitud enorme (v. 9). Jesús despide a aquellas personas doblemente saciadas: de Palabra y de alimento.

La Palabra me ilumina

El episodio ha tenido una conclusión positiva y limitada en el tiempo. Su valor simbólico atraviesa los siglos y llega a nosotros con la fragancia de su mensaje. Nosotros, comunidad cristiana, hemos aprendido del Maestro a tener una «*pasión por el hombre*», la sensibilidad que nos permite apasionarnos por las situaciones difíciles en las que se pueden encontrar los otros. Los problemas de los otros también son nuestros.

La atención mayor debe dirigirse, hoy como ayer, a los hermanos que vienen «*de lejos*», porque son más frágiles, tanto desde el punto de vista material como desde el espiritual. Son todos los que viven en ambientes y en situaciones de riesgo, los que están solos en el camino de la vida y en peligro de perderse porque carecen de una presencia amiga, capaz de indicarles la meta y el camino adecuados. Son los jóvenes que están buscando el verdadero alimento en el desierto de un mundo sin valores o de perfil bajo; son los esposos en crisis, que deben ser revigorizados en su amor; son los ancianos marginados porque ya no son «*productivos*»; son los que han perdido la alegría de vivir...

Nos damos cuenta de la enorme desproporción que existe entre sus necesidades y nuestra inadecuación para colmarlas, pero basta también con poco, ese poco que les impida, «*en ayunas, desfallecer por el camino*». Basta con poco, sí, porque ese poco, entregado al Señor, se multiplicará y podrá calmar el hambre y convertirse en salvación. Será don y salvación, con un «efecto dominó». Y seguirá avanzando aún. Es bello pensar que el alimento que quedó en aquellos siete cestos fue destinado a otros, como el agua de los ríos, que se recoge en una presa para convertirse, a continuación, en cascada y después se recoge de nuevo para formar otra cascada. Y mientras el agua llega al mar y acaba su carrera, el don de Dios no se agotará nunca, no desaparecerá, recordado por el siete, número de la completitud y de la perfección.

Nadie debe sentirse extranjero, nadie deber permanecer extraño. Nos corresponde a nosotros la tarea de dispensar un caluroso recibimiento a quien venga, dar el paso del acercamiento a quienes están alejados, para participar todos como comensales en el banquete de la vida.

La Palabra se convierte en oración

Oh, pan vivo, memorial
de la Pasión del Señor,
haz que yo saboree cuán suave es
vivir de ti y esperar en ti.

En la ola pura de tu sangre
sumérgeme, oh Redentor mío:
una sola gota es un bautismo
que renueva el mundo entero.

Haz que yo contemple tu rostro
en la patria feliz del cielo,
con el Padre y el Espíritu Santo
por los siglos de los siglos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Presentan, pues, siete panes. Los paganos no encuentran, en efecto, la salvación en la ley y en los profetas, pero reciben la vida mediante la gracia del Espíritu, cuyo don es septiforme, como nos enseña Isaías (cf. Is 11,2). En consecuencia, es la fe en el Espíritu lo que da la salvación a los paganos. Éstos se sientan en el suelo porque no habían recibido precedentemente las obras de la ley para tenderse. Sin embargo, adheridos al origen de los pecados de sus cuerpos, están llamados al don del Espíritu septiforme.

El número indeterminado de los peces indica la distribución y el servicio de los diferentes dones y carismas que sacian la fe de los paganos. El hecho de que se llenen después siete cestos indica la sobreabundancia y la multiplicación del Espíritu septiforme, que desborda de lo que prodiga y hace siempre más rico y más pleno después de haber saciado. Sin embargo, el hecho de que se reúnan cuatro mil hombres indica la multitud innumerable de los hombres reunidos de las cuatro partes de la tierra. En efecto, para ofrecer una imagen del futuro, la multitud saciada se calcula en tantos miles como son las partes del mundo, desde donde confluirán miles de creyentes hacia el don del alimento celestial. Se despierte, pues, a la muchedumbre saciada y sin hambre. Y puesto que el Señor se queda con nosotros todos los días de nuestra vida, sube a la barca, la Iglesia, acompañado del pueblo de los creyentes (Hilario de Poitiers, *Commento a Matteo XV*, 10, Roma 1988, 183).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Tomó luego los siete panes, dio gracias, los partió y se los iba dando a sus discípulos para que los repartieran» (Mc 8,6).

Caminar con la Palabra

Jesús toma pan, un alimento humano. Toma algo que es apto para aplacar el hambre que los hombres manifiestan. Y acompaña el pan con peces. Lo primero que hace es coger estos alimentos con la mano. Los toma de manos de los hombres, los toca y toma así posesión de los mismos. Antes no se distinguían en nada de los otros panes. Ahora se distinguen de todos porque han pasado por sus manos. Ya no son los mismos panes. Una cualidad invisible los ha transformado en algo completamente distinto. Se trata de la cualidad típica de todas las cosas que pertenecen al Señor: se dejan comunicar ulteriormente al infinito. Se dejan subdividir al infinito y se vuelven a través de la subdivisión más unitarias y ricas de lo que eran antes. Ahora bien, esa propiedad no es visible a los ojos. El Señor da gracias. Es el gesto con el que entrega todo al Padre. Es la bendición con la que transforma cuanto toca en algo que es del Padre, con el que da gracias por el hecho de que él mismo es del Padre. No se trata de un agradecimiento que se agote en una palabra, limitado a una única entrega, sino de un agradecimiento vivo, por cuya virtud se multiplica el pan. Con ese agradecimiento muestra el Hijo su propia unión con el Padre; muestra el modo en que actúa, porque no hace nada sin obrar con el Padre; muestra su propia humildad, porque no recibe nada de nadie sin dar gracias al Padre; muestra la fecundidad de su propia acción de gracias, porque en la ofrenda al Padre, en la restitución de todo don al Padre, este don recibe el sello del Padre, y en virtud de ello se multiplica. Por último, esta acción de gracias muestra el paso de la humanidad a la divinidad en él. Por fuera, sólo vemos en él al hombre, que tiene los panes en la mano y da gracias con palabras humanas, pero esa acción de gracias se transforma en seguida, de manera directa y sin interrupción, en la acción de gracias eterna que el Hijo divino dirige al Padre (A. von Speyr, *I discorsi polemici. San Giovanni*, Milán 1989, 20s).

No hay peor sordo...

(Mc 8,11-13)

¹¹ Se presentaron los fariseos y comenzaron a discutir con Jesús, pidiéndole una señal del cielo, con la intención de tenderle una trampa. ¹² Jesús, dando un profundo suspiro, dijo:

—¿Por qué pide esta generación una señal? Os aseguro que a esta generación no se le dará señal alguna.

¹³ Y dejándolos, embarcó de nuevo y se dirigió a la otra orilla.

La Palabra se ilumina

La llegada de los fariseos no permite presagiar nada bueno. Dado que se consideran a sí mismos mejores que los otros, no aceptan de buen grado a un maestro «liberal» que habla con todos, incluso con los paganos, y no se alinea con la teología oficial. En efecto, poco antes se habían visto chafados y desmentidos a propósito de sus tradiciones (cf. 7,1ss). Es obvio que guardan rencor contra este singular maestro.

Así pues, apenas llegados hasta donde estaba Jesús, los fariseos empiezan a discutir con él. El verbo griego *zyzetéo* expresa una discusión entre personas que no logran ponerse de acuerdo porque se encuentran en posiciones diferentes. Esto avala la idea de un diálogo polémico, alejado de los parámetros de una búsqueda sincera de la verdad o de una escucha disponible del

otro. Se respira el aire agrio de la polémica y de la sospecha, ese que envenena las relaciones interpersonales. Las relaciones ya no son una ocasión de encuentro y de crecimiento, sino el teatro donde se libra la batalla que tiende a eliminar al adversario. El evangelista disipa, a continuación, toda duda sobre las auténticas intenciones de los interlocutores, porque no sólo refiere el objeto de su exorbitante petición –«una señal del cielo»–, sino que también revela su intención: «tenderle una trampa» (v. 11). Se trata de una verdadera tentación, la ocasión de tenderle una trampa para cogerle en falta.

La señal del cielo que piden los fariseos es un milagro, una acción portentosa, capaz de acreditar ante sus ojos a la persona de Jesús, hacia la que alimentan no pocas ni leves sospechas. Esta petición de credenciales no sería del todo ilógica si Jesús fuera un desconocido que alberga pretensiones desproporcionadas. Pero Marcos acaba de presentar, en los dos fragmentos que preceden al nuestro, dos milagros que pueden certificar grandes muchedumbres –no unas pocas personas y de manera aislada–. La petición de los fariseos se vuelve ilógica en este punto y aparece sólo como un pretexto capcioso y como expresión de animadversión. ¿Acaso no hay signos clamorosos, evidentes y documentados?

Jesús se niega a proporcionarles un signo. Evidentemente, porque ya ha proporcionado muchos y lo seguirá haciendo aún. Sabe asimismo que cualquier gesto espectacular o intervención con autoridad serán rechazados o mal interpretados, como ocurrirá en Jerusalén (cf. 11,27ss). Su pregunta: «¿Por qué pide esta generación una señal?» (v. 12), deja aflorar una sospecha de descontento. Asegura que no se le ofrecerá ninguna señal, al menos del tipo pensado por sus adversarios. Jesús insiste en hablar de «generación», cuando, en realidad, eran los fariseos quienes habían planteado la petición: ellos eran el espejo de todo el pueblo, en busca de sig-

nos espectaculares que, aunque se den, no convencen, porque carecen de la disposición interior para acogerlos. Falta, sobre todo, la buena voluntad de tomar en serio a la persona de Jesús y su mensaje: el fragmento deja entrever las sombras de la Pasión, que se alargan...

El alejamiento físico de Jesús, que se dirige a la otra orilla del lago (v. 13), es una disociación manifiesta contra una manera páfida de actuar. Los fariseos se repliegan en sí mismos, incapaces de abrirse a la verdad. Se les podría aplicar este proverbio: «No hay peor sordo que el que no quiere oír».

La Palabra me ilumina

Todos nos encontramos un poco en la posición de los fariseos, que piden un signo para acreditar la obra de Jesús. Todos somos, en el fondo, un poco «empiristas», porque queremos ver, tocar, fundamentar «científicamente» nuestra fe. Creemos más en el poder de nuestros sentidos externos que en la fuerza de las inspiraciones interiores y de los motivos del espíritu. Para muchos de nosotros, la «ciencia» es la nueva diosa a la que quemamos el incienso de nuestra devoción absoluta e incondicionada.

Debemos reconocer con serenidad el valor y la necesidad de los sentidos externos. La encarnación del Hijo de Dios los realzó al máximo: se dejó ver, oír, tocar (1 Jn 1,1). Ahora bien, no debemos perdernos en el daldalo de nuestras absurdas pretensiones. Pensamos que al ver algo, podremos llegar a creer. Abrigamos siempre la ilusión de que multiplicando los signos prodigiosos (curaciones milagrosas, apariciones de la Virgen y de santos...) pasaremos de inmediato a una adhesión de fe más robusta. ¡No! El mecanismo se atasca pronto, al menos por dos razones. No nos damos cuenta de que la experiencia sensorial y la experiencia de fe pertenecen a dos mundos diferentes, entre los que no existe una con-

tinuidad «física» ni un paso automático (fueron muchas las personas que pudieron constatar los milagros realizados por Jesús, se beneficiaron de ellos en primera persona y, después, se quedaron en la periferia de su vida). Pero hay una segunda razón, más importante todavía, para descartar el paso automático de los milagros a la fe. La verdadera señal que debemos acoger es Jesús, el Jonás que estuvo tres días en el seno de la tierra para resucitar después, como precisan Mateo y Lucas, inaugurando la comunidad de los hombres nuevos.

Acoger a Cristo vivo en nosotros y en nuestras comunidades, en la eucaristía y en los hermanos necesitados: ésta es la señal perenne que alimenta nuestra fe. Ya lo vemos, pero tenemos necesidad de unos ojos todavía más penetrantes y de un corazón cada vez más disponible para seguir percatándonos de su presencia. Más aún: para seguir haciéndole presente. Él es nuestro milagro continuo, que hace secundarias –útiles, pero no indispensables– todas las otras señales.

La Palabra se convierte en oración

Espíritu creador y santificador, haznos sabiamente curiosos, capaces de percibir tus estupendos signos: los que distribuyes en las maravillas de la creación, los que se entrelazan con los itinerarios de la historia humana, los que están depositados en lo secreto de las conciencias.

Quítanos la arrogancia de comprender sin tu sabiduría, de construir sin tu fuerza, de actuar sin el santo temor de Dios. Guiados e iluminados por ti, no te pediremos más signos epatantes, rimbombantes o trepidantes cuando hayamos comprendido que Jesús muerto y resucitado es la señal plena y definitiva que sosiega nuestro saber y orienta nuestra acción. Él, que contigo y con el Padre vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

El Salvador, en cambio, está presente en todos cuantos viven en él, de tal manera que atiende a todas sus necesidades y es todo para ellos. No les deja volver a otra cosa su vista, ni buscar nada en parte alguna fuera de él. De nada necesitan los santos que no lo encuentren en él: los engendra, les hace creer, los alimenta, les es luz y hábito que respiran. Es el ojo que en ellos contempla la luz con la que miran y el objeto en la visión contemplado. Siendo quien alimenta, es a la vez alimento. Quien da el Pan de Vida y Vida a los que viven en él. Perfume embalsamado para quienes le aspiran y vestido para quienes desean revestirse de él. Él es nuestro pie caminante y al mismo tiempo el camino, y además parador de descanso en el sendero y término de nuestro caminar peregrino. Somos miembros y él es la cabeza. Si hay que luchar, combate con nosotros y es el árbitro de nuestro pelear victorioso, y, si triunfamos, él es también nuestra corona.

Por todas partes nos orienta hacia él, y no nos deja dirigir nuestro espíritu a otro objeto, ni enredarnos en amor de criatura. Si dirijo mi deseo hacia un objeto, allí está él para saciarme. Dondequiera que me encamino, allí le encuentro, ocupando el sendero y alargando su mano al caminante (N. Cabasilas, *La vida en Cristo*, Rialp, Madrid 1999, 25-26).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y medita esta Palabra:

«¿Por qué pide esta generación una señal?» (Mc 8,12).

Caminar con la Palabra

Buscaban signos. El signo de Dios estaba escondido en aquel hombre aparentemente normal. Pero ellos buscaban en otra

parte. Tal vez estaban tristes sus ojos. Buscaban milagros. El milagro de Dios estaba en aquel hombre aparentemente normal. Pero ellos buscaban en otra parte. Tal vez están tristes sus ojos. Tal vez están tristes los ojos de Jesús, hoy, hoy más que ayer, por esta generación, la nuestra, que va persiguiendo signos y milagros. Más milagros que signos. Los signos son, en efecto, más comprometedores: requieren la conversión. Se va haciendo cada vez más grande el número de los que persiguen de una manera espasmódica visiones y mensajes, mientras que los verbos «ver» y «tocar» van sustituyendo cada vez más a un verbo pobre de visiones, el verbo «creer». Observo, en ocasiones, consternado la importancia cada vez mayor que se da a los curanderos y videntes, a las apariciones y a las curaciones, un fenómeno que tiene muy poco que ver con la fe, si nos atenemos a las palabras de Jesús: «¿Crees porque me has visto? Dichosos los que creen sin haber visto» (Jn 20,29). Experimento simpatía por estos bienaventurados, los bienaventurados de la «normalidad». Pero experimento también consternación ante este deseo de tocar y de ver, un deseo que trae de manera prepotente a la mente el ídolo y las palabras –también tristes– de Jesús: «Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (Lc 18,8). Pienso en los ojos tristes de Dios. ¿Buscar signos o leerlos? Ésta parece ser la línea divisoria del problema. Jesús, que por una parte desconfiaba del «buscar» signos, por otra invitaba a «leer» los signos: «Por la tarde decís: “Va a hacer buen tiempo, porque el cielo está rojizo”. Y por la mañana: “Hoy hará malo, porque el cielo está rojizo y cargado”. Sabéis discernir el aspecto del cielo, pero no los signos de los tiempos» (Mt 16,2s). Leer los signos. ¿No será que, enfermos como estamos por lo excepcional, nos volvemos cada vez más analfabetos en la vida diaria? Abriré las ventanas cada mañana, las ventanas de la vida, y por la noche me preguntaré si he leído los signos del paso de Dios o si habré formado parte del número de los que van a buscar testarudamente los signos en otra parte (A. Casati, *Diario di un curato di città*, Milán, 47-50, *passim* [edición española: *En la ciudad. Notas de un cura*, Pía Sociedad de las Hijas de San Pablo, Madrid 2000]).

Educados para el asombro (Mc 8,14-21)

¹⁴ Se habían olvidado de llevar pan y sólo tenían un pan en la barca. ¹⁵ Jesús entonces se puso a advertirles, diciendo:

–Abrid los ojos y tened cuidado con la levadura de los fariseos y con la levadura de Herodes.

¹⁶ Ellos comentaban entre sí pensando que les había dicho aquello porque no tenían pan.

¹⁷ Jesús se dio cuenta y les dijo:

–¿Por qué comentáis que no tenéis pan? ¿Aún no entendéis ni comprendéis? ¿Es que tenéis embotada vuestra mente? ¹⁸ Tenéis ojos y no veis; tenéis oídos y no oís. ¿Es que ya no os acordáis? ¹⁹ ¿Cuántos canastos llenos de trozos recogisteis cuando repartí los cinco panes entre los cinco mil?

Le contestaron:

–Doce.

²⁰ Jesús insistió:

–¿Y cuántos cestos llenos de trozos recogisteis cuando repartí los siete entre los cuatro mil?

Le respondieron:

–Siete.

²¹ Jesús añadió:

–¿Y aún no entendéis?

La Palabra se ilumina

Jesús se encuentra en la barca con sus discípulos. Un olvido trivial de éstos –no han cogido pan en cantidad

suficiente— favorece la vuelta al tema del pan. Jesús, por un lado, quiere tranquilizarles y, por otro, quiere enseñarles a elevar la mirada hacia valores merecedores de más atención. Su persona y su obra deben catalizar su interés y llevarles a la admiración. Por eso les acosa con una serie de siete preguntas: quiere enseñarles a pasar de las preocupaciones materiales a las morales, del momento de necesidad pasajera al de las necesidades perennes.

En la advertencia del v. 15 aparecen asociados dos grupos rivales e inconciliables, los fariseos y los seguidores del partido de Herodes, porque ambos hacen frente común contra Jesús, su enemigo. Es preciso estar en guardia contra su «*levadura*». Esta imagen se usa tanto en los textos judíos como en los cristianos para describir la fuente de la corrupción (Gál 5,9; 1 Cor 5,7s) y las disposiciones interiores malas. En el contexto de ahora, la levadura, fermento activo, podría representar la falsa convicción de un Mesías triunfante y dominador. Así querrían que fuera Jesús. Los discípulos, que no son muy extraños a esta perspectiva, deben estar atentos para no caer en el error y dejarse corromper por una falsa expectativa. ¿Debe angustiarles verdaderamente la momentánea falta de pan?

Jesús les ayuda a releer los acontecimientos con unos ojos nuevos. Les recuerda los dos milagros en los que también ellos participaron de una manera activa viendo multiplicarse el pan ante sus propios ojos. La pregunta explícita sobre los trozos sobrantes, y la respuesta correspondiente de doce y de siete cestos, deben hacer desaparecer toda preocupación ansiosa sobre el alimento. Si todavía están atenazados por ese pensamiento es que tienen el corazón endurecido, insensible a las cosas elevadas. Son incapaces de asombro. En efecto, el asombro se sitúa justamente en la frontera con el escándalo, en un equilibrio precario: se trata de acoger o de quedarse bloqueado frente a la revelación de un Jesús *ines-*

perado. Es la torpeza que deja morir cualquier actitud para la admiración y para el asombro —que constituyen siempre modalidades de comunión con lo inédito— y que hace ahogarse a la persona en la fácil filosofía del esto ya lo hemos visto, del trivial y negligente pasotismo. Como ocurría con los fariseos, parece ser que precisamente las expectativas y la incapacidad de apertura frente a lo nuevo son lo que supone un obstáculo para reconocer a Jesús. Éste, con sus preguntas, no sólo expresa la decepción ante este cierre, sino que hace presagiar una próxima superación de la incompreensión.

El escándalo de los discípulos asume la forma de una lentitud temporal a la hora de entrar en un misterio desconcertante, y deja entrever, en el asombro que la constituye, un posible itinerario para la superación. El «*¿y aún no entendéis?*», que cierra el fragmento (v. 21), les empuja a levantar la mirada hacia lo alto para entrar en sintonía con Dios, que actúa en Jesús. De esa contemplación vendrá una mayor comprensión de los acontecimientos y podrá nacer un asombro renovado. Lo extraordinario para el hombre es lo ordinario de Dios. No hay motivo alguno para temer, sino sólo oportunidades para gozar de la presencia divina que transforma la vida.

La Palabra me ilumina

No comprenden los fariseos que piden un signo, no comprenden los discípulos que han asistido a la segunda multiplicación de los panes. La insistente invitación de Jesús a los discípulos a penetrar en la comprensión del milagro demuestra que ese gesto no fue un *pic-nic* popular sin más, sino un gesto revelador de su persona y de su misión.

También nosotros, como los discípulos, insistimos en tener miedo y en no comprender, atrapados como estamos por las preocupaciones cotidianas, que nos impiden reflexionar sobre los acontecimientos con la luz de la fe.

Nuestro corazón sigue estando endurecido. El Señor, paciente y misericordioso, nos dirige esta pregunta: «¿Es que ya no os acordáis?» (v. 18). Si de verdad lo tuviéramos en el corazón y recordáramos las gracias y los beneficios que hemos recibido por el poder y el amor de Dios hacia nosotros, no tendríamos miedo, no buscaríamos nuestras tambaleantes seguridades, sino que nos abriríamos a él con suma confianza.

Una sugerencia que es asimismo una terapia: *eduquémonos para el asombro*, aprendamos a asombrarnos cada vez más. La recomendación viene de tiempos remotos. El filósofo Aristóteles recordaba: «Cuando se apaga el asombro, también desaparece el genio». Del mismo mundo filosófico nos llega esta sentencia de Platón: «El asombro es el principio de toda filosofía». En nuestros días nos advierte el escritor Chesterton: «El mundo no perecerá por falta de novedad; perecerá, a lo sumo, por falta de asombro». Debemos educarnos para sorprendernos de lo bello y del bien, tanto dentro como fuera de nosotros. Además de procurarnos una vida más serena, será un óptimo ejercicio de búsqueda y de percepción de la presencia del Señor.

Haremos el exaltante descubrimiento de que el compromiso iniciado en el tiempo se convertirá en una actitud destinada a colorearse de eternidad, como escribe C. Serna Gonzales: «Buscar al Señor será la actividad de la eternidad. Nunca podremos verle y poseerle por completo, ni siquiera cuando estemos cara a cara con él. Continuaremos descubriéndole y buscándole hasta el infinito, sin llegar a tener nunca un conocimiento finito, porque él es infinito». Eso significa que el asombro nunca tendrá fin.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, tú nos llamas para que te sigamos por tu camino de novedad y de asombro. Tú trastornas nuestros

sueños y nuestros proyectos; sin embargo, tú eres nuestra paz... Acéptanos con nuestros miedos y las dudas de nuestro corazón, capaces de darte sólo lo poco que somos, lo que queríamos ser. Conviértenos a ti, conduce nuestra vida por el camino del coraje y del riesgo donde tú, Dios fiel y fuente de asombro, nos precedes y nos esperas, para convertir nuestras pobres historias en tu historia con nosotros. Será nuestro asombro hoy, y para la eternidad. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Puesto que los panes que tenían sobre la orilla precedente ya no eran de utilidad a los discípulos cuando pasaron a la otra orilla (los que necesitaban ahora en la orilla opuesta eran diferentes a los usados en la primera orilla), por eso los discípulos, al salir para la otra orilla, se habían olvidado de llevar panes con ellos. A la otra orilla llegaron unos discípulos de Jesús que pasaron de las realidades corporales a las espirituales, de las cosas sensibles a las inteligibles. Y, probablemente, para disuadir a los discípulos de que, llegados ya a la otra orilla, empezaran a volverse atrás, espiritualmente, hacia los valores de la carne, les dijo Jesús: «*Fijaos y estad atentos*». Lo que ofrecían los fariseos y saduceos era una especie de amasijo de enseñanza y levadura realmente añejo, basado en la pura letra y, por eso, no exento de fermentos de mal. Pero Jesús no quiere que los discípulos coman más de él, porque ha hecho para ellos una masa nueva y espiritual, ofreciéndose a sí mismo (para aquellos que se han alejado de la levadura de los fariseos y saduceos y han venido a él) como Pan vivo que ha bajado del cielo y da la vida al mundo. (...) Por eso Jesús dice a sus discípulos, primero, que abran los ojos y, en segundo lugar, que estén atentos, porque sólo los que miran bien y están atentos pueden discernir la levadura de los fariseos y saduceos de todo alimento hecho con

ázimos de sinceridad y verdad: del Pan de vida bajado del cielo, a fin de que no se ingiera alimento de fariseos y saduceos, sino que se vigorice el alma comiendo el Pan vivo y verdadero (Orígenes, *Commento al Vangelo di Matteo*, XII, 5, Roma 1998, 278-280).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Abrid los ojos y tened cuidado con la levadura de los fariseos y con la levadura de Herodes*» (Mc 8,15).

Caminar con la Palabra

La Iglesia tiene siempre consigo un solo pan, el único capaz de calmar toda tempestad y de saciar toda hambre. Pero ignora su fuerza. No se comprende el único pan porque está asediado por una doble levadura: la de los fariseos y la de Herodes. La levadura, a diferencia de la semilla, se hincha de muerte y no de vida. Es principio de corrupción, que arruina la harina. Herodes, como todas las personas mundanas, busca la salvación en el tener, en el poder y en la apariencia. Los fariseos, como todas las personas religiosas, buscan la salvación en la observancia de la ley, una forma espiritual, y también más peligrosa, de riqueza, dominio y orgullo. Nadie, incluidos los discípulos, busca la salvación en el amor de Dios que se hace pan –pobre, útil y humilde–. Los fariseos y los herodianos se han asociado para matar a Jesús. Ahora me doy cuenta de que yo también estoy con ellos. La dureza de corazón nos acomuna a todos. En efecto, ante él, que se hace pan en las manos de sus enemigos, entre sus amigos uno le traicionará, otro renegará de él y todos, escandalizados, le abandonarán y huirán. La levadura es harina estropeada: «¿No sabéis que un poco de levadura hace fermentar toda la masa? Suprimid la levadura vieja y sed masa nueva, como panes pascuales que sois, pues Cristo, que es nuestro cordero pascual, ha sido ya inmolado» (1 Cor 5,6-8). La Iglesia no experimenta la fuerza del único pan precisamente porque no está movida por el Espíritu en Cristo, sino por el fermento de los fariseos y de Herodes. La búsqueda de la autosalvación

religiosa y el afán de cosas, de poder y de prestigio son como la peste a bordo: constituyen la levadura tremenda que nos corrompe y nos impide vivir de su pan. Sin embargo, está en la barca, siempre con nosotros, incluso cuando lo olvidamos o lo descuidamos. El pan no se dio de una sola vez. El único pan –capaz de saciar a todos con una vida filial, en acción de gracias al Padre y en comunión con los hermanos– está siempre con nosotros (S. Fausti, *Ricorda e racconta il Vangelo. La catechesi narrativa di Marco*, Milán 1992, 246s, *passim*).

La evolución de la fe

(Mc 8,22-26)

²² Llegaron a Betsaida y le presentaron un ciego, pidiéndole que lo tocara. ²³ Jesús tomó de la mano al ciego, lo sacó de la aldea y, después de haber echado saliva en sus ojos, le impuso las manos y le preguntó:

–¿Ves algo?

²⁴ Él, abriendo los ojos, dijo:

–Veo hombres; son como árboles que caminan.

²⁵ Jesús volvió a poner las manos sobre sus ojos; entonces el ciego comenzó ya a ver con claridad y quedó curado, de suerte que hasta de lejos veía perfectamente todas las cosas.

²⁶ Después le mandó a su casa, diciéndole:

–No entres ni siquiera en la aldea.

La Palabra se ilumina

El milagro al que asistimos con este relato, uno de los pocos que sólo cuenta Marcos, tiene la peculiaridad de presentar una curación progresiva en dos tiempos. La sorprendente metodología empleada por el Taumaturgo se explica como didáctica para sus discípulos, que deben alcanzar la plena luz, la de la fe, de una manera progresiva.

Estamos en Betsaida, la patria de Pedro y Andrés. Algunos, tal vez los mismos discípulos, intervienen con una obra de mediación en favor de un ciego. Sorprende

la petición que hacen a Jesús de que «*toque*» al ciego (v. 22). ¿Por qué tocarle, cuando ya han podido constatar en otras ocasiones que es la Palabra de Jesús la que produce la curación? Aflora aquí la mentalidad arcaica que atribuye un gran valor al contacto físico (recordemos también el caso de la hemorroísa, que creía que podía se curar con sólo tocar el manto de Jesús: Mc 5,28); se trata de una mentalidad que todavía sigue viva entre nosotros, en pleno siglo XXI: pensemos en los amuletos que, también en nuestros días, llevan encima algunas personas.

Jesús accede a la petición y realiza un hermoso gesto que crea proximidad y comunión: «*tomó de la mano al ciego*» (v. 23). Después inicia un extraño procedimiento para llevar a cabo el milagro, porque –caso único y sorprendente– lo lleva a cabo en dos momentos. Una primera lectura superficial podría hacer nacer la duda de que el rabí de Nazaret no ha tenido éxito la primera vez en su intento. Tampoco el uso de la saliva en los ojos tiene gran valor. Jesús le pregunta al ciego qué ve. Es como preguntar si el milagro se ha producido o no. La pregunta resulta de todos modos extraña, única en todo el repertorio de los milagros. La respuesta presenta un milagro a medias. Ha recuperado la vista, pero todavía no de una forma nítida, perfecta. De manera un tanto cómica, el medio ciego compara a los hombres que ve con árboles que caminan. Probablemente, se trata de alguien que se quedó ciego después de nacer, porque tenía una noción clara de los objetos. Jesús le impone una segunda vez las manos sobre los ojos y esta vez obtiene una curación perfecta, de suerte que el beneficiario del milagro «*hasta de lejos veía perfectamente todas las cosas*» (v. 25). La conclusión contiene la acostumbrada recomendación de no propagar el hecho. El ciego curado debería volver de inmediato a su casa, sin pasar por la aldea.

Este fragmento tiene un fuerte valor simbólico en la economía del relato evangélico. El anterior había mos-

trado la lentitud de los discípulos en la comprensión de la persona y de la obra de Jesús. Hace falta una intervención múltiple, una aproximación desde diferentes partes para llevar al pleno conocimiento de Jesús, del mismo modo que han hecho falta dos intervenciones distintas en favor del ciego. El camino de fe se realiza de manera gradual, no sin fatiga, y también con cierta incertidumbre. Para llevar a cabo un salto de calidad, resulta propicio el episodio siguiente, donde veremos a Pedro realizar una apreciable profesión de fe.

La Palabra me ilumina

La singularidad del milagro en dos tiempos nos brinda la posibilidad de proceder a una reflexión sobre el crecimiento gradual. No cabe duda de que Jesús, como en todos los otros milagros, habría podido obtener de inmediato el efecto deseado. La técnica adoptada remite a la simbología de un *camino progresivo*. Todo lo que vive se transforma, se desarrolla. ¿Por qué no habría de ser así también con el camino de la fe? Este camino no es una diapositiva fija, sino una película en movimiento que graba nuestro crecimiento y también las caídas.

Basta un instante para ser un héroe, pero es menester toda la vida para hacer un hombre bueno. Aceptemos con serenidad y con seriedad la ley del progreso siguiendo este dicho: «Hoy más que ayer, pero menos que mañana». Todos estamos devorados por el ansia de ver resultados, posiblemente epatantes, por el ansia del ascenso final, por el instinto del éxito inmediato. Nos falta el deseo de practicar un largo aprendizaje de nuestro «oficio» de creyentes. Debemos aprender, sobre todo, la paciencia, acostumbrarnos a las largas esperas, respetar las interminables germinaciones subterráneas. El mundo no se transforma de golpe. La realidad no cambia siguiendo la batuta de nuestros deseos. Debemos respetar la voluntad de Dios y los tiempos del hombre.

Y después están los «imprevistos». La madurez humana y la fe nos permiten acoger las «sorpresas» de Dios, que pueden ser tanto retrasos incomprensibles como aceleraciones imprevistas respecto a nuestros programas, a nuestros esquemas mentales, a nuestras expectativas o pretensiones. Podríamos reaccionar con la pereza espiritual, que, en términos psicológicos, recibe el nombre de rendición, demolición, repliegue. Podríamos reaccionar también, y esto es lo deseable, con un confiado abandono en manos de la sorprendente fantasía divina, que nos lleva allí donde se encuentra lo mejor para nosotros, porque en la gramática de Dios predomina el verbo «amar». Y amar significa crear, aliarse, liberarse, transformarse, encarnarse.

La fe es como el aire: hay que respirarla. Y se vuelve vida, oxigena los pulmones, da energía, abre nuevas perspectivas, eleva el espíritu, sin separar el cuerpo de su encarnación en la historia. Es un programa ambicioso, pero realista. Debemos realizarlo de manera gradual, empezando ahora mismo, aunque veamos sólo de una manera confusa, con la alegre esperanza de que, con el paso del tiempo, el empaste de gracia divina y de buena voluntad por nuestra parte produzca el milagro de una vida plena y definitiva. Será la visión beatífica de la Trinidad en el paraíso.

La Palabra se convierte en oración

¡Oh Deidad eterna, oh eterna Trinidad, que por la unión de la naturaleza divina diste tanto valor a la sangre de tu Hijo! Tú, Trinidad eterna, eres como un mar profundo en el que cuanto más busco, más encuentro, y cuanto más encuentro, más te busco. Tú sacias al alma de una manera insaciable, pues en tu insondable profundidad sacias al alma de tal forma que siempre queda hambrienta y sedienta de ti, Trinidad eterna, con el deseo ansioso de verte a ti, la luz, en tu misma luz.

Con la luz de la inteligencia gusté y vi en tu luz tu abismo, eterna Trinidad, y la hermosura de tu criatura, pues, revistiéndome yo misma de ti, vi que sería imagen tuya, ya que tú, Padre eterno, me haces partícipe de tu poder y de tu sabiduría, sabiduría que es propia de tu Hijo unigénito. Y el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, me ha dado la voluntad que me hace capaz para el amor.

Tú, Trinidad eterna, eres el Hacedor y yo la hechura, por lo que, iluminada por ti, conocí, en la recreación que de mí hiciste por medio de la sangre de tu Hijo unigénito, que estás amoroso de la belleza de tu hechura.

¡Oh abismo, oh Trinidad eterna, oh Deidad, oh mar profundo!: ¿podías darme algo máspreciado que tú mismo? Tú eres el fuego que siempre arde sin consumir; tú eres el que consumes con tu calor los amores egoístas del alma. Tú eres también el fuego que disipa toda frialdad; tú iluminas las mentes con tu luz, en la que me has hecho conocer tu verdad.

En el espejo de esta luz te conozco a ti, bien sumo, bien sobre todo bien, bien dichoso, bien incomprensible, bien inestimable, belleza sobre toda belleza, sabiduría sobre toda sabiduría; pues tú mismo eres la sabiduría, tú, el pan de los ángeles que por ardiente amor te has entregado a los hombres.

Tú, el vestido que cubre mi desnudez, nos alimentas a nosotros, que estábamos hambrientos, con tu dulzura, tú que eres la dulzura sin amargor, ¡oh Trinidad eterna! (Catalina de Siena).

La Palabra en el corazón de los Padres

Hermanos, todos vosotros «*sois hijos de la luz e hijos del día*» (1 Tes 5,5). A pesar de esto, si, dado que no somos tinieblas ni hijos de las tinieblas, dijéramos que no padecemos en nada las tinieblas de la muerte, que no me-

recen ser revestidas de luz, lo diríamos en falso. ¿Acaso no dijo, en efecto, «*la Luz del mundo*» (Jn 8,12): «*Puesto que decís: "Vemos", vuestro pecado subsiste*» (Jn 9,39-41)? Lo poco que veo es «*porque tú, oh Señor, has revestido de luz mi lámpara*», pero puesto que es poco lo que veo, «*reviste también de luz, Dios mío, mis tinieblas*» (Sal 17,9). Vemos a lo sumo «*como en un espejo, envuelto en el misterio*» (1 Cor 13,12). Ahora bien, esto se encuentra precisamente muy alejado del verdadero resplandor y de la espléndida verdad que contemplaremos cara a cara.

Tal vez por eso el ciego al que el Señor había empezado a revestir de luz en el evangelio de Marcos, veía «*a los hombres como árboles que caminaban*»: porque, naturalmente, veía sólo «*como en un espejo, envuelto en el misterio*», pero al imponerle las manos por segunda vez, le curó «*de modo que lo viera todo con claridad*». Eso es también lo que nos sucederá a nosotros cuando, con la segunda imposición de las manos, nos sanará y llevará a la perfección nuestra salvación, empezada con la primera imposición, restituyéndonos al esplendor perfecto (Guerrico de Igny, *Sermoni per l'Epifania*, III, Magnano [Bi] 2001, 186s [edición española: *Sermones litúrgico. Camino de luz*, 2 vols., Monte Carmelo, Burgos 2004]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Jesús volvió a poner las manos sobre sus ojos y entonces el ciego comenzó ya a ver con claridad*» (Mc 8,25).

Caminar con la Palabra

Esta historia del ciego de Betsaida me resulta simpática porque ocurre una cosa curiosa que sólo pasa aquí. Le llevan a este ciego, y él, como hace de vez en cuando, cuando quiere actuar sin testigos, se aparta. Le escupe en los ojos y el salivazo debió ser un poco demasiado enérgico, porque el ciego, en vez de

recuperar la vista, tuvo una visión. «¿*Qué ves?*», le pregunta Jesús, y el ciego dice: «*Veo hombres como árboles que caminan*» (Mc 8,23s). Esta imagen es maravillosa. Sólo un ciego podía ver con tanta profundidad, ver a los hombres como árboles que caminan. Verlos con esta exactitud. Los hombres son árboles, tienen su raíces en sus antepasados, aunque las tienen también en sus hijos. Los hijos no son las hojas. Los hijos son exactamente las raíces, como lo son los antepasados, otros tipos de raíces, pero todas se encuentran en la misma parte. En efecto, cuando un hombre está rendido, cuando un árbol ha sido cortado, puede brotar de sus raíces, puede brotar no de sus antepasados, sino de sus hijos. Un hombre es como un árbol porque está sobre la tierra, toma de ella su supervivencia, es íntimamente sedentario, porque el hombre es del suelo. Contradice la gravedad, no como los peces o los pájaros, sino como los árboles, levantándose en vertical del suelo.

Jesús le impone las manos y, así, el ciego vuelve a ver las cosas distintamente a como son. ¿Qué son estos milagros, más allá de esta energía poderosa? Son belleza pura. El otro día me encontraba yo en una zona de montaña, en la nieve, y había uno de esos cielos tan azules que han perdido todos los estratos; era un cielo abierto, desgarrado dentro de su color puro: aquella belleza pura no era el adorno del mundo; su papel de regalo no era el decorado, el aderezo, sino la materia de la que ha sido hecho el mundo. El mundo o es belleza o no es. La belleza no es una vestidura, sino que es la sustancia misma de la que está hecho el mundo: sin esta belleza no sería posible la vida. Ésta es la razón por la que el milagro, este enfebrecimiento de la naturaleza, es indispensable para la vida. Es el milagro lo que produce continuamente esta belleza. Es algo indispensable, no un añadido para hacernos sonreír. Es una conexión para hacer circular la sangre (E. de Luca, «*Il cieco di Betsàida*», en AA. VV., *Alle origini dell'Occidente. Parabole e personaggi del Vangelo*, Brescia 2002, 153s, *passim*).

Sólo la senda estrecha lleva a la cumbre (Mc 8,27-33)

²⁷ Jesús salió con sus discípulos hacia las aldeas de Cesarea de Filipo y por el camino les preguntó:

–¿Quién dice la gente que soy yo?

²⁸ Ellos le contestaron:

–Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, y otros, que uno de los profetas.

²⁹ Él siguió preguntándoles:

–Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Pedro le respondió:

–Tú eres el Mesías.

³⁰ Entonces Jesús les prohibió terminantemente que hablaran a nadie acerca de él.

³¹ Jesús empezó a enseñarles que el Hijo del hombre debía padecer mucho, que sería rechazado por los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley; que lo matarían y a los tres días resucitaría. ³² Les hablaba con toda claridad. Entonces Pedro lo tomó aparte y se puso a increparle. ³³ Pero Jesús se volvió y, mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciéndole:

–¡Ponte detrás de mí, Satanás!, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres.

La Palabra se ilumina

La vida de Jesús ha llegado a un recodo decisivo y crítico. Termina su presencia en el norte, en Galilea, tan

rica en encuentros y signos extraordinarios, y comienza el camino hacia Jerusalén. No se puede ir a ella como turistas, ni como simples peregrinos; hay que ir como discípulos. Por eso es necesario confirmar la opción en favor de Jesús y estar preparados para ese camino.

El fragmento se abre con una nota geográfica: Cesarea de Filipo (v. 27). Se trata de una localidad situada en un territorio marginal, no frecuentado habitualmente por el grupo. Jesús quiso elegir un sitio aislado, alejado de las muchedumbres. Todo esto hace presagiar algo interesante. Por otra parte, el comienzo está dominado por el verbo «preguntó». Para empezar, una pregunta general: «¿Quién dice la gente que soy yo?»: v. 27), que no compromete aún a los discípulos en primera persona. Sólo deben referir las opiniones de los otros. Empieza la rueda de las respuestas: Juan el Bautista, Elías, uno de los profetas.

El denominador común revela una altísima estima por Jesús. La gente le enumera entre los «grandes» que tienen una relación especial con Dios. A continuación, tras haber creado el clima favorable, y con los ánimos tranquilos porque no están implicados directamente, llega la pregunta decisiva (v. 29). Ahora ha llegado el momento de pasar de la periferia de las opiniones de los otros al centro del pensamiento personal: ahora les toca a los discípulos tomar posición, liberarse de las reticencias y salir al descubierto.

Es Pedro quien responde en nombre de todo el grupo: «Tú eres el Mesías» (v. 29). Con esta afirmación los discípulos toman posición sobre el papel y la verdadera identidad de Jesús. Ésa será la respuesta que el propio Jesús dará a la autoridad judía suprema en el momento culminante de su proceso. Aunque falta todavía la luz pascual y la respuesta sigue estando envuelta de incompreensión, la opción es clara e inequívoca, porque identifica a Jesús como el enviado definitivo de Dios, como

el cumplimiento de las esperanzas de liberación que han marcado toda la historia de Israel. Los últimos tiempos se habían caracterizado por una fuerte expectativa del Mesías, degenerando en la espera de un liberador político. Jesús no pretende engendrar equívocos ni alimentar esa esperanza. Por eso ordena guardar silencio (v. 30), a fin de impedir un entusiasmo fácil entre la muchedumbre, que se habría imaginado al Mesías según la expectativa popular. No estaban maduros los tiempos para una comunicación.

Es más, Jesús comienza una catequesis particular dirigida a sus discípulos para iniciarlos en la comprensión correcta de su persona y de su función de Mesías. Encontramos aquí el primero de los tres anuncios de la Pasión (y de la resurrección) que acompañan el camino hacia Jerusalén. El Nazareno indica «con toda claridad» cómo entiende la función de Mesías: ofrecer la vida, aceptando partir y morir. Sin embargo, el final será la gloria de la resurrección.

El anuncio provoca una reacción inmediata y crea enseguida un foso entre la alegre confesión recién hecha y la nueva actitud de cierre (v. 32b). No resulta fácil comprender al Maestro, y todavía va a resultar menos fácil seguirle por el camino que piensa abrir. La protesta de Pedro nace de la primera parte del anuncio, en la que Jesús hace referencia a su pasión y su muerte. Pedro no recibió el mensaje en su totalidad, y se limitó a las tinieblas de la primera parte. Su reacción, un claro rechazo, está motivada por el deseo de ahorrar a Jesús el sufrimiento y la muerte. Sin darse cuenta de ello, le está haciendo el juego a Satanás y se está alineando con todos los que querían un Mesías triunfal, cargado de gloria y de éxito. Jesús regaña de una manera áspera a Pedro y le ordena «ponerse detrás» (v. 33). La expresión suena dura; sin embargo, tiene la suavidad de una invitación, como si Jesús le dijera a Pedro: «¡Sígueme!».

La Palabra me ilumina

«Todo, enseguida y fácilmente»: con estas palabras se resume el programa que algunas personas desean poder llevar a cabo en su vida. Se trata de palabras que acarician el oído y engatusan el espíritu, pero que, sometidas a un análisis elemental, se revelan como una delirante acumulación de términos carentes de sentido. A pesar de ello, continúan cautivando y tienen un nutrido grupo de seguidores. Del mismo modo que el golpe de suerte convierte a alguien en inmensamente rico, así hay quien espera encontrar enseguida el camino que conduce al éxito, a la salud, a la gratificación personal.

Nadie está vacunado contra el encantamiento seductor. No lo estuvieron los apóstoles y no lo estamos nosotros tras dos mil años de cristianismo. Siguiendo nuestro instinto natural, no nos damos cuenta de que estamos haciendo, como Pedro, el juego a Satanás. Nos parece áspera la cruz, además de poco elegante. Hoy nos parece incluso pasada de moda. Acostumbrados a las carreteras asfaltadas y a contar con más carriles de marcha, hemos perdido la familiaridad con las carreteras estrechas que se encaraman a las montañas. En la vida espiritual, las carreteras anchas están pavimentadas de pasotismo, de poco compromiso, de cochambre religiosa: devociones estacionales y de baja calidad, práctica ocasional confiada a los cambios de humor, repetición monótona de prácticas sin alma.

La senda abierta por él es *sorprendente y toda ella cuesta arriba*. No existen carriles preferenciales o atajos ventajosos. La nuestra es la senda del Calvario, que se recorre con la cruz auestas, y, si somos generosos, también con la de los hermanos, al menos en aquellos tramos en los que nos presentemos como improvisados cirineos de los hermanos que sucumben bajo el peso de su cruz. Nadie está dispensado de la fatiga, tal vez ni siquiera del desánimo en algún momento. Si resistimos

detrás de él –no presuntuosamente delante, como si tuviéramos que indicarle el camino–, tendremos la serena certeza de encontrarnos en el camino correcto y de llegar a nuestro destino.

El punto final es la gloria, la verdadera y definitiva, que se alcanza sólo en compañía de Cristo. Tendremos la ebriedad de la victoria no sólo sobre el mal, sino también sobre la ilusión de haber sido nosotros quienes han encontrado el camino. Será también estrecho y cuesta arriba, pero seguro, porque conduce a la cima. Para siempre y gozosamente.

La Palabra se convierte en oración

Abrieste los ojos de nuestro corazón para conocerte a ti, el solo Altísimo en las alturas, el Santo que reposa entre los santos. A ti, que abates la altivez de los soberbios, deshaces los pensamientos de las naciones, levantas a los humildes y abates a los que se exaltan. Tú enriqueces y tú empobreces. Tú matas y tú das vida. Tú sólo eres bienhechor de los espíritus y Dios de toda carne. Tú miras a los abismos y observas las obras de los hombres; ayudador de los que peligran, salvador de los que desesperan, criador y vigilante de todo espíritu. Tú multiplicas las naciones sobre la tierra, y, entre todas, escogiste a los que te aman, por Jesucristo, tu siervo amado, por el que nos enseñaste, santificaste y honraste.

Te rogamos, Señor, que seas nuestra ayuda y protección. Salva a los atribulados, compadécete de los humildes, levanta a los caídos, muéstrate a los necesitados, cura a los enfermos, vuelve a los extraviados de tu pueblo, alimenta a los hambrientos, redime a nuestros cautivos, da salud a los débiles, consueta a los pusilánimes. Que conozcan todas las naciones que tú eres el solo Dios, y Jesucristo tu siervo, y nosotros tu pueblo y las ovejas de tu rebaño.

Misericordioso y compasivo, perdona nuestras iniquidades, pecados, faltas y negligencias. No tengas en cuenta los pecados de tus siervos y siervas, sino purifícanos con la purificación de tu verdad y endereza nuestros pasos en santidad de corazón, para caminar y hacer lo acepto y agradable delante de ti y de nuestros príncipes.

A ti, el único que puedes hacer esos bienes y mayores que éstos entre nosotros, a ti te confesamos por el sumo sacerdote y protector de nuestras almas, Jesucristo, por el cual sea a ti gloria y magnificencia ahora y de generación en generación, y por los siglos de los siglos (Clemente Romano, *Primera carta a los Corintios*).

La Palabra en el corazón de los Padres

Existe una distinción en lo que se refiere a los pecados de ignorancia y de inadvertencia (cf. Lv 4,2) por los que se ofrece el sacrificio de un corazón contrito, representado por una flor de harina amasada con aceite. Y estos pecados se distinguen también en nuestro sacrificio de los otros, cuando el alma dice: «No recuerdes los pecados de mi juventud y de mi ignorancia» (Sal 24,7). En estos pecados incurre de manera incauta el bienaventurado Pedro cuando, al predecir el Señor su pasión, ignorando que ésta había sido prometida a través de la ley y de los profetas, dice: «Dios no lo quiera, Señor; no te ocurrirá eso» (Mt 16,22). Y el Señor le dice: «¡Ponte detrás de mí, Satanás!, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres» (Mc 8,33).

Este pecado de ignorancia y de inadvertencia, así como el de su negación y el de la juventud, cuando le dijo al Señor con presunción: «Daré mi vida por ti» (Jn 13,37), los canceló Pedro con el llanto cuando, mirado por el Señor y mordido por el arrepentimiento, enseñó a decir al pecador y al presuntuoso: «Me has vuelto tu rostro y me he quedado turbado» (Sal 29,9); «Cura mi alma, porque he

pecado contra ti» (Sal 40,5) (*Quodvultdeus, Promese e pre-dizioni di Dio*; «Sotto la legge», V, 9, Roma 1989, 132s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Responde a menudo a esta Palabra que interpela:

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mc 8,29).

Caminar con la Palabra

Es muy difícil entrar en los pensamientos de Dios sobre el sufrimiento. Nuestra primera reacción es la misma que tuvo Pedro. El sufrimiento nos produce horror. El sufrimiento nos hace revelarnos y no nos cabe en la cabeza que pueda existir. Es lo «insostenible» por excelencia y no podemos darle ni significado ni sentido. Ahora bien, Jesús no vino a explicar el sufrimiento o a justificar su existencia. Nos reveló otra cosa: que todo sufrimiento y toda herida pueden convertirse en una ofrenda, pueden convertirse en fuente de vida y ser fecundos. Desde el punto de vista humano, no es ni comprensible ni posible. Jesús está perdiendo y Pedro no soporta esto. No comprende, no puede comprender, que Jesús le dará –y nos dará a nosotros– la vida: no sólo en virtud de su palabra, de sus actos, de sus milagros, sino en virtud de su sufrimiento y de su muerte, en virtud de su pequeñez. Lo mismo nos pasa a cada uno de nosotros. Debemos aprender a realizar este paso, a comprender que el bendecido por Dios no es sólo el que lleva a buen fin lo que ha empezado, sino también el que vive el fracaso con confianza. Es cierto que cuando lo que hacemos tiene éxito, especialmente en el campo religioso, nos sentimos bendecidos. Ahora bien, ¿qué podemos hacer para sentirnos bendecidos cuando somos repudiados? ¿Cómo hacer para no ver algo negativo en el fracaso? ¿Cómo hacer para no escandalizarnos de ese gran fracaso de la vida que es la muerte? ¿Qué podemos hacer para comprender que el bendecido por Dios es el que muere conservando la confianza, a pesar del sentimiento de haber sido repudiado? ¿Cómo puede creer el ser humano en el valor del fracaso? Es muy difícil comprender y aceptar de verdad y con seriedad, sinceramente, lo que tal vez constituya la esencia del mensaje de Jesús, a saber:

la íntima unión que existe entre cruz, resurrección y confianza en el momento de la prueba. Somos cristianos, pero igual de difícil nos resulta aceptar la cruz. La adoramos, pero no la soportamos. Nosotros no podemos comprender, pero Jesús hace nuevas todas las cosas para nosotros (J. Vanier, *Alla sorgente delle lacrime*, Cinisello B. [Mi] 2003, 106-112, *passim* [edición española: *La fuente de las lágrimas: un retiro de alianza*, Sal Terrae, Santander 2004]).

Condiciones para estar con él (Mc 8,34-9,1)

^{8,34} Después, Jesús reunió a la gente y a sus discípulos, y les dijo:

–Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga. ³⁵ Porque el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por la Buena Noticia, la salvará. ³⁶ Pues ¿de qué le sirve a uno ganar todo el mundo si pierde su vida? ³⁷ ¿Qué puede dar uno a cambio de su vida? ³⁸ Pues si uno se avergüenza de mí y de mi mensaje en medio de esta generación infiel y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.

^{9,1} Y añadió:

–Os aseguro que algunos de los aquí presentes no morirán sin haber visto antes que el Reino de Dios ha llegado ya con fuerza.

La Palabra se ilumina

Tras la introducción, donde se especifica bien quiénes son los destinatarios, el presente fragmento presenta sólo palabras de Jesús. Hay una frase inicial (8,34) que condensa su pensamiento, duro y, aparentemente, incluso despiadado; sigue el desarrollo, donde se ilustran algunos aspectos de ese pensamiento (vv. 35-38). El conjunto concluye con una dulce frase iluminada por una promesa halagüeña (9,1).

El seguimiento es, en efecto, comprometedor: Jesús no oculta las dificultades que encuentran los que quieren estar con él. El punto central, del que dependen todos los demás, es *la totalidad de la petición*, la exigencia de un vacío completo de nosotros mismos en beneficio de él. Esta posición nos parece tan difícil porque un orgullo instintivo nos impulsa a afirmarnos a nosotros mismos. Este camino no lleva a ninguna parte. Jesús lo dice de un modo categórico con la frase inicial que resume todo su pensamiento: para ir con él, es preciso «renunciar» a nosotros mismos y cargar con nuestra propia cruz.

Jesús, como buen maestro, explota la técnica de los opuestos para presentar su pensamiento de una manera más plástica y realzar su valor. En primer lugar, se propone la solución errónea con «*salvar su vida*»; eso significa el repliegue en nosotros mismos, la atención continua a nuestro propio mundo olvidando abrirnos a los demás. La expresión traduce lo que nosotros llamamos «puro egoísmo». Aferrarnos a la vida, libando el néctar de nuestra satisfacción personal entendida como única meta, es garantía de fracaso seguro. Invertir nuestra vida en Cristo y, por consiguiente, en nuestros hermanos, abrirnos para escuchar el gemido de una humanidad que sufre, es, sin embargo, un bálsamo para la vida. Este contraste se expresa con la fórmula «*perder la vida*».

Jesús no piensa en un simple filantropismo que, aunque sea meritorio y deseable, carece de osamenta teológica. Jesús pide un vínculo fuerte y totalizador con su persona («*por mí*»: v. 35) y con el Evangelio, que es, en el fondo, el modo concreto de encontrarle y conocerle. Jesús no admite competencia. La totalidad remite a una dimensión irrenunciable del amor, que debe ser uno e indiviso si no quiere reducirse a un amor venal, es decir, a algo que no es amor. Perder la vida *por él* es la manera alusiva de recordar la centralidad de su persona. Je-

sús vale tanto que hay que estar dispuestos a todo, incluso al sacrificio de nuestras propias cosas y de nosotros mismos, a fin de mantener lo *unum necessarium*. La importancia de la adhesión total e incondicionada a Cristo se ve prolongando la mirada más allá de la frontera del hoy. El carácter marcadamente escatológico del v. 38 nos ayuda a comprender lo esencial que resulta apostar todo por él. No ponernos a su lado y no presentarle al mundo del modo debido produce un desconocimiento por parte de Jesús en el momento final de la historia de cada uno. Esto significa que todo estará perdido. ¿De qué nos valdrá la conquista de todo el mundo si perdemos la verdadera vida, la que arraiga únicamente unida a Cristo? El v. 38 hay que tomarlo con una severa advertencia que nos pide una programación de nuestra existencia que ponga a Jesús en el centro de gravedad que regula el equilibrio del conjunto.

La frase final abre un sereno resquicio de luz e ilumina a los que están del lado de Cristo. Jesús se compromete solemnemente a hacer experimentar algo insólito a algunos de los presentes: serán admitidos a la experiencia del Reino de Dios, es decir, a una especial presencia de Dios. Sabiendo que inmediatamente después llega el episodio de la transfiguración, es fácil conectar esta promesa con la experiencia de la montaña santa en la que tres discípulos contemplaron a Jesús transfigurado. Puesto que él es el Reino de Dios, la *autobasileia*, como decía Orígenes, podemos ver cumplida la promesa.

La Palabra me ilumina

«Cargar con la cruz» es una frase que, tras nacer en el contexto del presente fragmento, ha encontrado una amplia aplicación en la ascética cristiana. El lenguaje popular ha adoptado también esta expresión para indicar la capacidad de aguante en las adversidades de la

vida, en clave de ascesis cristiana. También el estoico hace frente a las dificultades con calma y resignación, pero no vive su dimensión espiritual.

El pensamiento clave es el compartir con Cristo, la participación en su sufrimiento y en su amor; la entrega y el olvido de nosotros mismos por el Reino. Es interesante señalar el verbo usado por Jesús; habla de «cargar» y no, por ejemplo, de «buscar» la cruz. Parece que se puede comprender que la cruz está ahí, al alcance de la mano, y no se requiere un gran esfuerzo para verla. La fatiga, a lo sumo, está en la voluntad de cargar con ella. La fatiga está en la voluntad de recibirla, de amarla, de darle el significado verdadero, que, unida a Cristo, se vuelve redención para todos. El «*renunciar a sí mismo*» es, para Jesús, la puerta que hace entrar al discípulo en el centro del misterio pascual. Se trata de una «renuncia» en pos de una salvación y de una libertad más grandes. Es un «perder» para ganar todo.

Lo que Jesús nos enseña a dejar perder no es lo esencial de la vida, sino lo efímero, que hoy parece tener valor, pero mañana nos deja con las manos vacías y con el corazón endurecido. Son las bromas de nuestro «yo», que intentan ponernos siempre sobre el pedestal de la autoafirmación, que nos hace avaros en el don y en el perdón (la mejor exégesis de las palabras de Jesús tal vez se encuentre en Flp 1,21; 3,7.8). «Se sigue sólo si se ama. Por eso, Señor, tráeme detrás de ti», escribe Silvano Fausti evocando Cant 1,4. Sólo amándole podemos tener, como don, la fuerza necesaria para perderlo todo y seguirle en su camino, erizado y cuesta arriba. Y nuestra persona se vuelve, en el amor, «alabanza de su gloria».

«Perdernos a nosotros mismos» significa, así, situarnos en la lógica del Siervo y no conocer otra cosa que la voluntad de Dios; significa cargar con nuestra propia cruz, la que el Padre nos entrega a cada uno: «Con otras palabras, Jesús nos pide, en el texto citado, que optemos

valientemente por una vida semejante a la suya. Que optemos por ella con el corazón, porque encontrarnos en ésta o en aquella situación exterior no depende de nosotros; sí depende de nosotros, en cambio, optar en nuestro corazón por una vida lo más cercana posible a su modo de vivir entre los hombres» (C. M. Martini).

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, recuérdanos que la voluntad de Dios es la que hizo y nos enseñó Cristo. La humildad en el comportamiento, la firmeza en la fe, la modestia en las palabras, la justicia en los actos, la misericordia en las obras, la disciplina en las costumbres, constituyen tu voluntad.

Ayúdame a no hacer el mal, a soportar el mal que me hacen, a conservar la paz con los hermanos, a amar a Dios porque es mi Padre bueno. Ayúdame a no preferir a nadie por encima de Cristo, porque él nos prefirió a todos. Ayúdame a adherirme indefectiblemente a su caridad, a mantenerme bajo la cruz con coraje y confianza. Ayúdame a perder mi vida por ti. Amén (san Cipriano).

La Palabra en el corazón de los Padres

El que quiera venirse conmigo, que cargue con su cruz. Parece duro, carísimos hermanos, y se considera grave lo que en el Evangelio mandó el Señor: *El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo.* Pero no es duro lo que manda aquel que ayuda a realizar lo que ordena.

Y ¿a dónde hay que seguir a Cristo, sino a donde Cristo ha ido? Sabemos, en efecto, que resucitó, que subió al cielo: allá hay que seguirlo. No hay que ceder a la desesperanza, y no porque el hombre sea capaz de algo, sino porque él lo ha prometido. Muy lejano nos quedaba el cielo, hasta que nuestra cabeza subió al cielo. Pero ahora, ¿cómo vamos a desesperar llegar allí, si somos

miembros de aquella cabeza? Y ¿por qué razón? Pues porque la tierra es campo del miedo y del dolor: sigamos a Cristo donde está la felicidad suma, la suma paz, la eterna seguridad.

Sólo que quien desee seguir a Cristo ha de prestar oído a lo que dice el apóstol: *Quien dice que permanece en Cristo, debe vivir como él vivió. ¿Quieres seguir a Cristo? Sé humilde como él lo fue: no desprecies su humildad si deseas alzarte a su sublimidad. El camino se volvió escabroso al pecar el hombre, pero se ha vuelto transitable desde que Cristo, al resucitar, lo allanó, y de estrechísimo sendero se ha convertido en calzada real. Por esta calzada se corre con los pies gemelos de la humildad y de la caridad. Aquí todos aspiran a las cimas de la caridad, pero el primer peldaño es la humildad...*

Por eso, nuestro Señor y salvador no se contentó con decir: *Que se niegue a sí mismo, sino que añadió: Que cargue con su cruz y me siga. ¿Qué significa que cargue con su cruz? Soporte cualquier molestia y me siga. Bastará que se ponga a seguirme imitando mi vida y cumpliendo mis preceptos, para que al punto aparezcan muchos contradictores, muchos que intenten impedirselo; hallará no sólo muchos que se burlen de él, sino también muchos perseguidores. Y esto no sólo entre los paganos, sino incluso entre aquellos que, con el cuerpo, parecen estar dentro de la Iglesia pero en realidad están fuera por la perversidad de las obras y, blasonando únicamente su nombre de cristianos, no cejan de perseguir a los buenos cristianos. Por tanto, si tú deseas seguir a Cristo, toma en seguida su cruz: soporta a los malos, mantente firme.*

Así pues, si queremos cumplir lo que dijo el Señor: *El que quiera venirse conmigo, que cargue con su cruz y me siga, esforcémonos en poner en práctica, con la ayuda de Dios, lo que dice el apóstol: Teniendo qué comer y qué vestir nos basta. No nos ocurra que, apeteciendo los bie-*

nes terrenos más allá de la estricta necesidad, busquemos enriquecernos, nos enredemos en mil tentaciones, nos creemos *necesidades absurdas y nocivas, que hundan a los hombres en la perdición y la ruina. Que el Señor se digne librarnos con su protección de semejante tentación, él que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén (Cesáreo de Arlés, Sermón 159, 1,4-6, CCL 104, 652-654).*

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y responde con la vida a esta Palabra:
«¿Qué puede dar uno a cambio de su vida?» (Mc 8,37).

Caminar con la Palabra

Cuando entre las hojas húmedas y herrumbrosas enrojece el racimo de acafresna;
cuando el verdugo con mano huesuda clavará en la palma el último clavo;
cuando sobre el encrespamiento plúmbeo de los ríos, en la húmeda y gris altura, colgaré de la cruz ante el rostro de la patria severa,
entonces, de una manera amplia y lejana, miraré a través de la sangre de las lágrimas.

Antes de la muerte, veré venir a Cristo hacia mí en su barca sobre el río.

En los ojos, las mismas esperanzas, estará vestido con los mismos harapos.

Y mirará tristemente desde las vestiduras la palma traspasada por el clavo.

¡Cristo! ¡La superficie de la patria está triste! ¡Desaparezco en la cruz!

¿Arribará alguna vez tu barca a mi altura de crucificado?

(A. Blok, "Amore d'autunno /1", en *Poesia del mondo*, Milán 2001-2002).

La realización de un sueño

(Mc 9,2-13)

² Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, los llevó a solas a un monte alto y se transfiguró ante ellos. ³ Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como ningún batanero del mundo podría blanquearlos. ⁴ Se les aparecieron también Elías y Moisés, que conversaban con Jesús.

⁵ Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús:

–Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Vamos a hacer tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

⁶ Estaban tan asustados que no sabía lo que decía.

⁷ Vino entonces una nube que los cubrió y se oyó una voz desde la nube:

–Éste es mi Hijo amado; escuchadlo.

⁸ De pronto, cuando miraron alrededor, vieron sólo a Jesús con ellos. ⁹ Al bajar del monte, les ordenó que no contaran a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre hubiera resucitado de entre los muertos.

¹⁰ Ellos guardaron el secreto, pero discutían entre sí sobre lo que significaría aquello de resucitar de entre los muertos.

¹¹ Y le preguntaron:

–¿Cómo es que dicen los maestros de la ley que primero tiene que venir Elías?

¹² Jesús les respondió:

–Es cierto que Elías ha de venir primero y ha de restaurarlo todo, pero ¿no dicen las Escrituras que el Hijo del hombre tiene que padecer mucho y ser despreciado? ¹³ Os digo que Elías ha venido ya y han hecho con él lo que han querido, como estaba escrito de él.

La Palabra se ilumina

El acontecimiento de la transfiguración se sitúa entre el primero y el segundo anuncio de la Pasión y resurrección de Jesús. No es casual: en el contexto inmediato aparece ya la orientación de fondo, hecha todavía más explícita por la voz del Padre, corazón y cima de todo el fragmento (v. 7).

El grupo de los apóstoles conoce aquí, excepcionalmente, una drástica reducción de doce a tres: Pedro, Santiago y Juan. Son los mismos a los que Jesús llamará más tarde para compartir otra experiencia con él, la de su agonía en el huerto de los Olivos. La presencia de los mismos testigos pretende crear una correlación entre los dos episodios, uno de gloria, otro de sufrimiento. Por otra parte, la transfiguración tiene lugar en un contexto de lejanía de la vida ordinaria, casi –podríamos decir– de aislamiento. Jesús se lleva a los tres a una montaña elevada (v. 2). La montaña, por otro lado, es lugar habitual de encuentro con Dios: también Moisés subió al monte para escuchar la voluntad divina codificada en las Diez Palabras (cf. Éx 19,20).

El evangelista, ante la imposibilidad de expresar con palabras el hecho de la transfiguración, se refugia en imágenes caseras y casi ingenuas, como el candor de las vestiduras, que ningún batanero estaría en condiciones de igualar. Además de las imágenes, está claro el significado de una experiencia paradisiaca: todo habla en superlativo, incluso la presencia de dos personajes dotados de autoridad, como Moisés y Elías. La ley judía exigía que se comprobara un hecho mediante el testimonio de dos testigos (cf. Dt 19,15): éste es el primer significado de la presencia de ambos. Se les considera el símbolo del Antiguo Testamento, los representantes de la ley y de los profetas, los dos precursores o testigos de la alianza. A esto debemos añadir que se esperaba el retorno de ambos (cf. Dt 18,15 y Mal 3,23). En

consecuencia, ambos atestiguan que la historia ha llegado a su giro crucial, porque ha llegado el tiempo prometido y esperado desde hace tanto tiempo, el tiempo del Mesías.

Llegados aquí, Pedro es el único que consigue verbalizar sus propios sentimientos. Sus palabras llevan el sello de la espontaneidad (v. 5), el de la instintividad y el de la reflexión. Se trata de una reacción torpe, inconsulta, típica del hombre que parece generoso a la hora de pensar en los otros pero que, en realidad, piensa en sí mismo de una manera egoísta. La transfiguración es, en realidad, un hecho divino y sólo resulta posible comprenderlo si Dios nos proporciona la clave del mismo. Por eso, es menester escuchar antes a Dios, y sólo en un segundo momento será posible dar una respuesta adecuada y correcta.

Una nube envuelve al pequeño grupo. La nube era la forma sensible con la que Dios se revelaba. Ésta, opaca y resplandeciente al mismo tiempo, manifiesta la presencia de Dios sin revelar su misterio. La nube envuelve a los tres discípulos, que entran en el misterio de Dios y se ponen en condiciones de escuchar la voz divina que, como en el momento del bautismo (cf. Mc 1,11) había intervenido para proclamar a Jesús como el «*Hijo amado*», a quien el Padre ama, ahora añade el mandato «*escuchadlo*», que designa a Jesús como el profeta al que todos debían escuchar (cf. Dt 18,15). Al final, todo vuelve a la normalidad. Desaparecen Moisés y Elías, deja de verse la nube y ya no se oye más la voz de Dios. Sólo queda Jesús, y él es lo más importante y lo único que cuenta. Sólo de él le viene al hombre la salvación, como proclamará Pedro con valentía ante el Sanedrín (cf. Hch 4,12). Sin embargo, dado que la comprensión del Cristo transfigurado se sitúa en la línea de las apariciones del Resucitado, sólo cuando sean enviados los discípulos al mundo, para dar testimonio de su resurrección, podrán hablar de la transfiguración.

La Palabra me ilumina

Se viene llamando transfiguración al acontecimiento del que fueron testigos privilegiados los tres apóstoles. Con este término se pretende expresar que Jesús se presenta diferente, trans-figurado, es decir, más allá (*trans*) de su aspecto habitual. Es la presentación del Jesús profundo, el más verdadero. Es una manera de acreditar su realidad divina. La transfiguración es el espacio de la confianza íntima, el susurrar las cosas más personales y secretas, la apertura a los amigos.

Tampoco a nosotros, simples cristianos, nos faltan momentos en los que podemos experimentar a un Jesús diferente, porque se presenta de un modo particularmente luminoso a los ojos de nuestra mente y de nuestro corazón. Son esos momentos de la intimidad divina, del «corazón a corazón». Con todo, no debemos repetir el error de Pedro. Todos quisiéramos olvidar un pasado cargado de dificultades e ignorar un futuro cargado de incógnitas, a fin de saborear únicamente un presente gratificante. El deseo de Pedro, comprensible y justificable desde el punto de vista humano, corre el fuerte riesgo de desviar la verdadera finalidad de la experiencia. Ésta no es una gratificación que deba consumarse en ese momento, y tal vez en un estado de ebria despreocupación, sino un tónico para reemprender el camino. Han subido a la montaña no para quedarse en ella, separados irresponsablemente de la llanura donde libran los seres humanos su batalla por la vida cotidiana, sino que, al contrario, han subido para comprender a fondo el sentido de la vida y volver a bajar para reemprender el duro camino. Obviamente, con una certeza más. La Palabra del Padre resuena en el hoy de nuestra historia y nosotros, enriquecidos con este «*escuchadlo*», nos encaminamos confiados detrás de él, seguros ahora de que el sueño de una transfiguración, realizado ya por Cristo, se está preparando también para nosotros.

Más aún, Jesús, que se transfigura, no se presenta como un *superman* que hace más vistosa su diferencia respecto a los otros, sino que anticipa y visualiza en su persona el destino final de cada hombre. En el Cristo transfigurado, los discípulos y toda la humanidad ven realizado en el tiempo su destino de eternidad.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, nos lisonjea la idea de que hemos nacido para vencer, aunque muchas veces apuntemos a metas muy modestas e incluso insignificantes.

Gracias, porque nos señalas tu transfiguración como meta exaltante de victoria y nos asocias como compañero de viaje hacia la entusiasmante realización de este sueño. Ayúdanos a no extraviarnos de la meta, a no detenernos en el camino con la ilusión de haber encontrado un fácil paraíso; haznos caminar, más bien, por las sendas tortuosas de la vida cotidiana sabiendo que contigo llegaremos a la meta. Sólo entonces será plena y definitiva la victoria. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

¿Quién es el Hijo amado, sino el Unigénito? En éste «*me he complacido*». En efecto, su Hijo unigénito se encarnó para complacer al Padre; en su Hijo unigénito se llevó a cabo la salvación universal para complacer al Padre; en el Hijo unigénito se realizó la unión de todas las cosas para complacer al Padre. Como el hombre es un microcosmos que lleva en sí el vínculo de toda la realidad visible e invisible (y tanto la una como la otra existen), con toda justicia el Señor y Creador y Ordenador del universo se complació en que en su Hijo unigénito y consustancial se llevara a cabo la unión de la divinidad y de la humanidad y, con ésta, de toda la creación, para que Dios sea todo en todos (1 Cor 15,28).

«Escuchadle». En efecto, quien le acoge a él, me acoge a mí, que le he enviado no como patrón, sino como Padre. Como hombre le he enviado, es cierto, pero como Dios sigue en mí y yo en él. Quien no honra a mi Hijo unigénito y amado, no honra al Padre, a mí, que le he enviado. «Escuchadle», porque tiene palabras de vida eterna. Ésta es la conclusión de lo que tuvo lugar, éste es el valor del misterio (Juan Damasceno, *Sulla Trasfigurazione del Signore*, 18, Roma 1980, 65).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Vino entonces una nube que los cubrió y se oyó una voz desde la nube: “Éste es mi Hijo amado; escuchadlo”» (Mc 9,7).

Caminar con la Palabra

El Cristo transfigurado del Tabor, «el más bello entre los hijos de los hombres» (Sal 45,3), está en el centro de la fe y de la esperanza cristiana, de la que san Pablo se erige con frecuencia en cantor: «Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios» (Rom 5,2). Cristo fundamenta e ilumina toda la antropología cristiana y nos revela no sólo su verdadera identidad, sino también la del hombre, cuya condición ha asumido.

El hombre no está invitado a contemplar únicamente, desde el exterior, la belleza trascendente de Dios, como si pudiera contemplar un amanecer excepcional; está llamado también a «entrar en su gloria», a participar en su vida bienaventurada sobreabundante, eterna, de la que Cristo le hizo digno. El futuro del hombre es ser transfigurado. A la luz del Cristo pascual, ahora es posible «ser nueva criatura» (Gál 6,15). Todo creyente «es una nueva criatura; lo viejo ha pasado y ha aparecido algo nuevo» (2 Cor 5,17). Este deseo de la «gloria», que vibra ya en la historia de la revelación bíblica, es la aspiración de Cristo no sólo para él, sino también para nosotros: «Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique. Tú le diste

poder sobre todos los hombres, para que él dé la vida eterna a todos los que tú le has dado» (Jn 17,1s).

Sin embargo, es preciso admitir que en la tradición cristiana latina, en nombre de la ascesis y de la humildad, se nos ha invitado más a rechazar la gloria que a buscarla. Se han confundido a veces la vida virtuosa, el desprecio de la gloria y la vida destañada que ya Nietzsche fustigaba. Pretendiendo combatir la ambición humana, se ha sofocado con frecuencia su legítimo deseo de grandeza. Esta pseudohumildad es, no obstante, una caricatura penosa del cristianismo. En realidad, los textos del Nuevo Testamento no cesan de exhortar a los cristianos a orientar su vida hacia esta gloria que les ha sido prometida (Ef 1,18). El cristiano no sólo no debe huir de la gloria que viene de Dios (no de la de los hombres), sino que debe buscarla como su definitiva y verdadera humanización. Ya el salmista decía en la Biblia a propósito del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios: «Le coronaste de gloria y dignidad» (Sal 8,6) (M. Hubaut, *La trasfigurazione*, Brescia 2005, 99s, *passim*).

El poder de la oración confiada

(Mc 9,14-29)

¹⁴ Cuando llegaron adonde estaban los otros discípulos, vieron mucha gente alrededor y a unos maestros de la ley discutiendo con ellos. ¹⁵ Toda la gente, al verlo, quedó sorprendida y corrió a saludarlo. ¹⁶ Jesús les preguntó:

–¿De qué estáis discutiendo con ellos?

¹⁷ Uno de entre la gente le contestó:

–Maestro, te he traído a mi hijo, pues tiene un espíritu que lo ha dejado mudo. ¹⁸ Cada vez que se apodera de él, lo tira por tierra y le hace echar espumarajos y rechinar los dientes hasta quedarse rígido. He pedido a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido.

¹⁹ Jesús les replicó:

–¡Generación incrédula! ¿Hasta cuándo tendré que estar entre vosotros? ¿Hasta cuándo tendré que soportaros? Traédmelo.

²⁰ Se lo llevaron y, en cuanto el espíritu vio a Jesús, sacudió violentamente al muchacho, que cayó por tierra y se revolcaba echando espumarajos.

²¹ Entonces Jesús preguntó al padre:

–¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto?

El padre contestó:

–Desde pequeño. ²² Y muchas veces lo ha tirado al fuego y al agua para acabar con él. Si algo puedes, compadécete de nosotros y ayúdanos.

²³ Jesús le dijo:

–Dices que si puedo. Todo es posible para el que tiene fe.

²⁴ El padre del niño gritó al instante:

—¡Creo, pero ayúdame a tener más fe!

²⁵ Jesús, viendo que se aglomeraba la gente, increpó al espíritu inmundo, diciéndole:

—Espíritu mudo y sordo, te ordeno que salgas y no vuelvas a entrar en él.

²⁶ Y el espíritu salió entre gritos y violentas convulsiones. El niño quedó como muerto, de forma que muchos decían que había muerto. ²⁷ Pero Jesús, cogiéndolo de la mano, lo levantó y él se puso en pie.

²⁸ Al entrar en casa, sus discípulos le preguntaron a solas:

—¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?

²⁹ Les contestó:

—Esta clase de demonios no puede ser expulsada sino con la oración.

La Palabra se ilumina

Jesús desciende del monte de la transfiguración. Se encuentra a una gran muchedumbre que, al verle, corre a saludarle. Da gusto este detalle de simpatía de la gente con el Nazareno. Sin embargo, se da cuenta enseguida de una situación fuera de lo común y pide explicaciones sobre el objeto de la discusión. Los discípulos se debaten con un caso doloroso y difícil que no son capaces de resolver: doloroso porque todas las personas implicadas en él están atravesadas por el sufrimiento, y difícil porque los discípulos han intentado resolverlo pero no lo han conseguido (al pie de la letra: «*no han tenido la fuerza para ello*»): han sido superados por el mal.

En esta situación tenebrosa brillan dos luces, una un tanto tenue y la otra muy fuerte: son el padre del enfermo y Jesús. El padre muestra todo su afecto porque recurre a todo: no se resigna, tras el fracaso de los discípulos, a ver a su hijo presa de las convulsiones, rígido como un leño, echando espumarajos. Recurre directamente al Maestro. De sus palabras viene un segundo rayo de luz:

se presenta con la humildad del que va a pedir algo («*Si algo puedes, compadécete de nosotros y ayúdanos*»: v. 22) y con la conciencia de sus propios límites («*¡Creo, pero ayúdame a tener más fe!*»: v. 24).

En sus palabras no hay ningún resentimiento contra los discípulos que se mostraron incapaces, y sólo aparece la amarga constatación de que su fuerza no iguala, ni mucho menos supera, la de los ocultos adversarios.

Jesús acepta la súplica y transforma aquel pábilo de esperanza en el fuego de una certeza: «*Todo es posible para el que tiene fe*» (v. 23). La fe es abandono en Dios, la aceptación de estar en sus manos de Padre. Si estamos con él, entonces nos hacemos más fuertes, hasta el punto de superar al hombre fuerte, al demonio. Compartimos la misma potencia de Dios, la que Jesús activa en favor del niño enfermo cuando de una manera imperiosa se dirige al espíritu del mal («*le increpó*»: v. 25).

De la severidad con el maligno a la ternura con el enfermo curado: Jesús le coge la mano y hace que se levante. En el texto griego se emplea el verbo *eghéiro*, el mismo que se usa para indicar la resurrección. De ahí que el niño pueda sentirse verdaderamente «resucitado» a una vida nueva, y ello gracias a la acción de Jesús y a la oración de intercesión y rica de fe del padre. Una oración confiada, hecha con corazón y con «determinación». Porque, de otro modo, está destinada a permanecer estéril. Jesús había lamentado la falta de fe de los apóstoles (cf. v. 19), mientras que apreció la valiente obstinación del padre que creyó. Se daban las disposiciones interiores y las condiciones exteriores para el milagro, que llega un poco a todos con sus efectos benéficos: en primer lugar, al niño, que recupera la salud; a continuación, a su padre, que ve atendida su petición; por último, también a los discípulos, que comprenden la necesidad y el valor de la oración.

La Palabra me ilumina

A veces resulta doloroso el punto de partida: una enfermedad que nos postra en el lecho, una crisis que descompone nuestro equilibrio espiritual o psíquico, una traición de algún amigo, un fracaso profesional... El padre del niño que hemos encontrado en el evangelio nos sirve, sin embargo, de maestro. La *primera regla* es dirigernos a Jesús. Debemos acudir a él sea cual sea nuestro problema. También María adoptó en Caná esta técnica cuando faltó el vino. Sin desatender el recurso a los medios humanos, el creyente llama siempre a la puerta del cielo. En *segundo lugar*, la oración hay que hacerla con humildad y confianza. El cielo no es una caja fuerte cuya combinación sepamos y podamos abrir cuando nos parezca. El cielo es el encuentro con el Padre que Jesús nos dio a conocer y en cuyas manos nos ponemos por completo («Hágase *tu* voluntad»). Aquí está la base de toda oración de petición, y por eso oramos sabiendo que también podríamos no ser escuchados. Dios sabe mejor que nosotros cuál es el verdadero bien. Aunque nuestra petición no haya sido escuchada, la oración nos obtiene la sintonía con Dios y es expresión de nuestra filiación, de la comunión con el Espíritu, en la intercesión perenne de Cristo.

Nuestro mundo, espléndido en su refinamiento –la tecnología es un ejemplo de ello–, está marcado por inquietudes crepusculares, por rigideces sectoriales, por evasiones y violencia. La persona vive cada vez más exiliada de su territorio humano, arriesgándose a convertirse en extraña entre los extraños. Sin embargo, con una conciencia lúcida de las muchas dificultades, envuelto en el caparazón de lo provisional, está el germen de las realidades plenas, orientadas hacia lo definitivo. La oración tiene el cometido de liberarnos de nuestras tambaleantes certezas, de sustraernos a la esclavitud de nuestros ritmos y de nuestras perspectivas miopes. Es

ésta una melodía de fraternidad, una relación amorosa con el Dios liberador, una rociada de perfume, sabor y dulzura, que toca nuestros sentimientos más íntimos y profundos. Toma la delantera sobre la pura racionalidad y suena como el arpegio delicado del encuentro con Dios, que, por lo general, no es un «cuerpo a cuerpo», como le aconteció a Jacob en una noche misteriosa, sino un «corazón a corazón». Por eso no podemos considerarla como la última ancla de salvación, cuando se han agotado todas las otras vías. La oración cambia la vida desde el interior.

Debemos superar, por consiguiente, el limitado concepto que considera la oración sólo como petición de algo. Se ora también para alabar, para dar gracias, para pedir perdón... Orar es, sobre todo, *encontrar el acceso y la conexión entre la tierra y el cielo*. De este modo seremos más sapienciales.

La Palabra se convierte en oración

Señor Jesús, te suplicamos que hagas oídos sordos a nuestra oración quejicosa, oscurantista, velada de pesimismo, incapaz de mirar hacia delante, porque no es oración, sino proyección de nuestras dudas e inseguridades, de nuestra miopía. Ayúdanos a construir una oración que comience así: «*¡Creo, pero ayúdame a tener más fe!*». Una oración que, a partir de la conciencia de nuestros límites, se abra a la confianza y sea capaz de convertirse en ostensorio que englobe todo y a todos, tintada con los colores del arco iris, bellos porque son diferentes. Danos a conocer las fuentes genuinas de la oración, y antes que nada de la bíblica, palabra sugerida por ti, para que podamos decirte cosas que tú agradeces; a continuación, la litúrgica, y todavía más la que ha florecido en la boca y en el corazón de tus santos. Haznos capaces de llegar también a la oración sufrida que sube a ti desde la humanidad que llora, convirtiéndola en nuestra súplica

acongojada. Concédenos una oración festiva, optimista, para que, al conversar contigo, nos veamos a nosotros mismos y veamos el mundo con tus ojos y con la certeza serena de que a ti todo te es posible. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Oh Padre, nosotros somos débiles y enfermos, mientras que las pruebas en la carne y en el mundo son graves y variadas. Oh Padre amado, ayúdanos y no nos dejes caer en la prueba ni pecar de nuevo, sino concédenos la gracia de perseverar y combatir con valor hasta nuestro fin, porque nosotros no seremos capaces de hacerlo sin tu gracia y tu ayuda.

Dado que el mal nos expone a la prueba y nos combate con los pecados, dignate liberarnos tú, Padre amado, a fin de que, liberados según tu voluntad divina, podamos convertirnos y alabarte, celebrarte y santificarte para siempre. Y puesto que nos enseñaste y nos mandaste que orásemos de este modo, prometiéndonos que nos escucharías, esperamos y estamos seguros, oh Padre amadísimo, de que por el honor de tu verdad nos concederás todo esto, según tu gracia y tu misericordia.

Por último, alguien podría decir: «¿Y si no puedo creer que seré escuchado?». Respuesta: «Entonces, haz como el padre del endemoniado». Cuando Cristo le dice: «¿Puedes creer? Todo le es posible al que cree», el padre grita con los ojos llenos de lágrimas: «Oh Señor, creo, pero ven en ayuda de mi incredulidad» (M. Lutero, *Il Padre nostro*, Turín 1967, 277s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y alimenta la fe con esta Palabra:

«Jesús, cogiéndolo de la mano, lo levantó y él se puso en pie» (Mc 9,27).

Caminar con la Palabra

El que ama a los pecadores como Cristo les ama, el que se compadece del sufrimiento de los pobres y de los enfermos y está dispuesto a ocuparse de ellos, ése es justamente capaz de orar por ellos y obtener su curación, su consuelo y su aliento.

Incluso puede obtener para otros la remisión de sus pecados. Pues el hombre que se une a Cristo por la plegaria se hace capaz de ponerse en el lugar del pecador, de tomar sobre sí el pecado del otro y toda su debilidad, y de soportar la corrección y el castigo. Por este hecho, y gracias a esta disposición y a su unión con Cristo, puede pedir para los otros el perdón de sus pecados y obtenerlo.

Aquí, la plegaria empieza a tener una de las funciones más importantes para la salvación de los otros y la manifestación de la misericordia divina en aquellos que están lejos de Dios por indiferencia o ignorancia. [...] Debemos saber que cuando Dios nos atrae hacia la oración, no tiene en cuenta solamente nuestra salvación, sino que desea también emplear nuestras plegarias para la salvación de los demás. Por eso la oración es una de las obras más preciosas y fundamentales a los ojos de Dios.

Se convierte así en un apoyo potente para la predicación, en una fuerza misteriosa que otorga la palabra justa y prepara los corazones para recibir la remisión y la salvación. Uno solo que ore con fervor, en su habitación y en secreto, puede producir, por su unión con Cristo, la salvación de miles de personas.

Nuestra comunión con la pena de los que sufren, de los que están enfermos o son maltratados, y nuestra capacidad de llevar sus fardos no nos vienen de una simple filantropía humana, de una compasión pasajera o del deseo de ser bien vistos o bien considerados, pues una compasión de este tipo estaría destinada a disminuir muy rápidamente y a desaparecer. Es por la oración perseverante, pura, sincera, por la que recibimos esos sentimientos como un don de Dios, y ese don nos hace capaces no sólo de perseverar en esta comunión con los más débiles, sino también de progresar, hasta el punto de no poder vivir sin ellos y encontrar reposo sólo compartiendo sus penas y sufrimientos. El secreto de este carisma reside en nuestra comunión con Cristo, en nuestra participación en su naturaleza y sus cualidades divi-

nas, de manera que es él ahora quien a la vez opera en nosotros la voluntad y la operación misma. Así, nuestra comunión con los sufrimientos de los hombres y nuestra comunión con Cristo dependen fundamentalmente una de la otra hasta el más alto grado; de modo que llevar la cruz de Cristo significa participar de la cruz de los hombres, sin restricciones y hasta el fin... (Matta el Meskin, *Consigli per la preghiera*, Magnano [Bi] 1988, 59-64, *passim* [edición española: *Consejos para la oración*, Narcea, Madrid ²1993]).

En Jerusalén, para celebrar la verdadera grandeza

(Mc 9,30-37)

³⁰ Se fueron de allí y atravesaron Galilea. Jesús no quería que nadie lo supiera, ³¹ porque estaba dedicado a instruir a sus discípulos. Les decía:

–El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, le darán muerte y, después de morir, a los tres días resucitará.

³² Ellos no entendían lo que quería decir, pero les daba miedo preguntarle.

³³ Llegaron a Cafarnaún y, una vez en casa, les preguntó:

–¿De qué discutíais por el camino?

³⁴ Ellos callaban, pues por el camino habían discutido sobre quién era el más importante.

³⁵ Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo:

–El que quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos.

³⁶ Luego tomó a un niño, lo puso en medio de ellos y, abrazándolo, les dijo:

³⁷ –El que acoge a un niño como éste en mi nombre, a mí me acoge; y el que me acoge a mí, no es a mí a quien acoge, sino al que me ha enviado.

La Palabra se ilumina

El camino hacia Jerusalén contempla por ahora una plena conciencia por parte de Jesús y una irresponsabilidad total por parte de los Doce: mientras el Maestro

prosigue educando a los suyos en la actitud adecuada que deben mantener frente a la Pasión, su mensaje parece caer en el vacío.

Jesús sabe muy bien lo que significa para él Jerusalén. Se prepara a sí mismo y prepara a los suyos. Anuncia tres veces lo que sucederá en Jerusalén: padecerá la Pasión, morirá y resucitará. Su anuncio es un anuncio pascual, es decir, pleno de muerte y de resurrección. Jesús expresa con esas palabras el deseo de realizar la entrega de su vida como expresión de amor: el anuncio de Jesús no es una información aséptica, sino catequesis y formación. Jesús pretende educar a sus amigos para que lean su vida como misterio pascual. Y mientras los prepara para el choque con la «*hora de las tinieblas*», les invita a orientar toda su vida en la dirección pascual.

Sin embargo, cada vez que Jesús anuncia el misterio pascual sus discípulos están «*distraídos*» por otras cosas. No piden aclaraciones al Maestro, no se esfuerzan por ahondar en el sentido bastante enigmático de sus palabras, porque están encerrados en sus propios intereses. Mientras que Jesús presenta su vida como un «*ser entregado en manos de los hombres*» (v. 31), ellos andan preocupados por establecer quién es el más grande de ellos. Resulta estridente el contraste entre la entrega de la vida por parte de Jesús y la búsqueda de la supremacía (y el poder) por parte de los Doce. Jesús, por otra parte, con una bondad divina y una comprensión maternal, evita regañarles por su rudeza y espera, porque están todavía «*inmaduros*» para entrar en la dinámica del misterio pascual. Con todo, sigue preparándolos, indicándoles el camino adecuado que deben seguir, el del servicio humilde y desinteresado: «*El que quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos*» (v. 35). Interiorizando y asumiendo esta actitud es como nos preparamos para hacer frente a la Pasión y a sus consecuencias.

Jesús, como los antiguos profetas, a fin de hacer más expresiva su catequesis, acompaña sus palabras con un gesto. Pone a un niño en el centro y le abraza tiernamente (un gesto habitual en él: cf. Mc 10,16). El hecho de ponerle en el centro constituye un primer mensaje de la atención dirigida al niño, que, por lo general, carecía de valor en la sociedad de aquel tiempo. Vienen, después, las palabras para completar y dilucidar el comportamiento repleto de acogida (v. 37). Jesús, identificándose con un niño, da valor a una realidad que a los ojos del común parecía de escaso o de ningún valor. Realiza la inversión cantada en el *Magnificat* y llevada a cabo en la cruz: acoger y dar valor a las realidades sencillas y aparentemente insignificantes es el modo correcto y fructuoso de ir a Jerusalén para compartir con Jesús el misterio pascual.

La Palabra me ilumina

El verbo que emplea la Biblia para referirse al viaje hacia Jerusalén es «*subir*». Su significado obvio es el geográfico: la ciudad se encuentra a unos 750 metros de altura, que se convierten en más de 1.000 si el punto de partida es Jericó, situada en la depresión del mar Muerto. Está también el significado espiritual: a Jerusalén, a donde se va como peregrinos, y no como turista, se «*sube*», porque se va al encuentro de Dios, que tiene «*su trono*» en el templo.

También Jesús se prepara para subir a Jerusalén, y, asimismo, pretende preparar a sus discípulos. Nos prepara también a nosotros para realizar ese trayecto que nadie quisiera recorrer, porque es cuesta arriba y está erizado de dificultades. No podemos eximirnos ni quedarnos como simples espectadores de cuanto él se dispone a vivir con una gran intensidad. Por eso va educando progresivamente a los suyos y también a nosotros, lectores del evangelio, en diferentes valores: la elección del último

sitio, la renuncia a consideraciones demagógicas, la acogida de los que no cuentan, como es el caso de los niños. Nos sentimos ayudados a no huir de la cruz. Lo haríamos de buena gana, porque lo que nos nace, casi por instinto, es alejarnos.

Nos nace por instinto, además, hacer comparaciones –sintiéndonos, muy farisaicamente, mejores que los otros–. La comparación la planteamos con nuestras medidas y desde nuestro punto de vista. Tal vez no nos damos cuenta de un detalle de no poca importancia... La verdadera grandeza se mide con los parámetros de Dios, no con nuestras medidas, generalmente inestables y fluctuantes. Dicho con otras palabras: siempre anda al acecho la tentación de detenernos antes de llegar a Jerusalén, de cambiar de camino, en busca de atajos o de vías anchas... Aquí reside la gran prueba de los discípulos y de todos los creyentes. Hagamos resonar para los discípulos y para nosotros la sugerencia del Sirácida: «*Confíate a él y el te ayudará*». Sí, nos ayudará a superar la prueba de recortarnos una «pequeña grandeza» y a «subir» con él a Jerusalén para celebrar su Pascua y la nuestra.

La Palabra se convierte en oración

Señor, ¡cómo comprendo a tus apóstoles que no comprenden! Me siento en gran medida uno de ellos en lo que se refiere a la lejanía de la cruz, rechazo de una manera instintiva todo lo que lleva el amargo sabor del sufrimiento. Me parece fácil oír hablar de la cruz, y más aún si se hace con un discurso elegante o si hablo yo mismo. Sin embargo, el discurso se queda en la periferia de la vida, pues hablo de ella como si se tratara de un objeto. O bien me complace ver la cruz, y tanto mejor si es artística o, en cualquier caso, de apreciable factura. Hay muchas, de todas las dimensiones, de todos los colores, de todos los materiales y de todos los precios. Así

es, porque las cruces también se pueden comprar. Por muy preciosas que sean, no valen gran cosa.

A lo sumo, consigo llevar la cruz... colgada al cuello o en la chaqueta. Sin embargo, la cruz no está hecha para la solapa de una chaqueta, sino para el corazón. La cruz debe estar dentro, clavada en el corazón y en el cerebro. Esto me resulta difícil, incomprensible desde el punto de vista racional. ¡Figúrate llevar la *cruz de los otros!* Muchas veces ni siquiera la veo, y, cuando la vislumbro o entreveo, me parece más cómodo desviarme, fingir que no la he visto.

Señor, perdona mis muchas huidas de la cruz y recuérdame siempre que sin las tinieblas del viernes santo no se levantará nunca la mañana del domingo de resurrección. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

La cruz que debemos llevar con el Hijo de Dios vivo es el dulce sufrimiento que el hombre soporta por el amor justo, en el que debemos esperar con confianza implorante el tiempo alegre en el que el amor se revelará a sí mismo, manifestando su noble virtud y su vigoroso poder en la tierra y en el cielo. El amor se manifiesta de un modo tan resuelto al alma enamorada que deja de salir fuera de sí misma y le arrebatada el corazón y los sentidos, haciéndola vivir y morir en el verdadero amor. El hombre, antes de que el amor aparezca de un modo tan tremendo y le arrebatada, golpeándole en el fondo de su alma de forma que le haga un solo espíritu y un solo ser con sí mismo y en sí mismo, debe servirle noblemente con una vida de sufrimiento: el buen servicio con obras virtuosas lo completa la vida sufrida en obediencia.

El hombre debe atender a su tarea con un celo siempre renovado, con manos siempre dispuestas en todas las obras en las que se ejerce la virtud, y con la voluntad

dispuesta en todas las virtudes en las que se honra al amor, sin desear otra cosa más que el amor tenga su puesto legítimo en el hombre y en todas las criaturas. Lo cual significa estar con Cristo en la cruz, morir y resucitar con él. Quiera él ayudarnos en todos los tiempos (Hadewijch, *Lettere*, VI, Milán 1992, 88).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y, sobre todo, vive esta Palabra:

«*El que quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos*» (Mc 9,35).

Caminar con la Palabra

He aquí al más grande: es un niño. Todavía no empaña ninguna mentira la inocencia de su mirada, no frena ningún cálculo la inocencia de su corazón. Se ofrece, se confía, tiene necesidad: dame la mano, cógeme en brazos. Es pequeño, es el símbolo de todos los «pequeños» según el Evangelio, de los últimos que cuentan, que tienen voz en el capítulo, que determinan algo. Sin embargo, es este pequeño, este último, el que define al primero y al más grande: «*El que quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos*». El último es el siervo: frente a las invitaciones halagadoras, a las promesas seductoras de programas de vida que garantizan un camino sobre un lecho de rosas, el sabor amargo de las palabras que no querríamos oír, que desmienten todos los arribismos humanos e invierten los sistemas normales de la convivencia, nos indican el único camino del discípulo. Es la cruz, es verdad. Es decir, es el amor, siempre. Es el servicio, que significa responder a la necesidad ajena con una entrega continua que dispensa todas las energías sin cálculo, sin esperar recompensa, por puro amor. Es acoger a todos, sin excluir a nadie, pero invirtiendo el criterio de elección y de predilección, que se dirige de una manera instintiva hacia quienes ya poseen, a los que ya cuentan, a los que son agradables, simpáticos y amables. La elección del pobre multiplica el amor en proporción a la necesidad y lo dilata de una manera desmesurada como manto cálido para cubrir el frío de todas las

indigencias, de las penas, de las insuficiencias, de las peticiones que no tienen voz. Un manto que cubre los miembros del pobre, del último, del siervo, porque «*el que acoge a un niño como éste en mi nombre, a mí me acoge*» (A. Anzani Colombo, *Per fede, per amore. Commento ai Vangeli delle domeniche*, Casale Monf. [Al] 1995, 95).

Autorizado, incluso sin «carné»

(Mc 9,38-40)

³⁸ Juan le dijo:

–Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y se lo hemos prohibido, porque no es de nuestro grupo.

³⁹ Jesús replicó:

–No se lo prohibáis, porque nadie que haga un milagro en mi nombre puede luego hablar mal de mí. ⁴⁰ Pues el que no está contra nosotros está a favor de nosotros.

La Palabra se ilumina

El presente fragmento, que presenta una fuerte analogía con un caso ya conocido en el Antiguo Testamento y registrado en Nm 11,26-29, es limitado en su extensión, un puñado de palabras, aunque ilimitado en su aplicación.

Jesús está más concentrado, en esta fase, en la formación de los Doce, aunque no por ello deja de instruir a la muchedumbre. Los discípulos, apoyados en este privilegio, pudieron haber sacado conclusiones indebidas –o por lo menos apresuradas– pensando que gozaban de una relación exclusiva con Jesús. Ese vínculo acaba, según ellos, por crear una vistosa separación de todos los otros. De esta deducción suya se hace portavoz Juan, preocupado porque uno que no pertenecía al

estrecho círculo de los discípulos realiza exorcismos en nombre de Jesús, es decir, con su autoridad. Para Juan, ese hombre no debería actuar, porque no pertenece al círculo apostólico. Entre líneas aflora, aunque sin confesarlo, el intento de defender un privilegio respecto a un intruso, respecto a uno que «no es de nuestro grupo» (literalmente: «no nos seguía»). Juan concibe el seguimiento como un privilegio antes que como un servicio; lo piensa en términos de «clase» en vez de hacerlo en términos de universalidad. Le falta el gran angular que permite superar la limitada visión de su experiencia. Le falta, sobre todo, una apertura misionera, una sensibilidad altruista, porque parece estar más empeñado en defender que en difundir lo que es y lo que tiene.

Jesús no le regaña, sino que le corrige amablemente usando un argumento de sentido común o de lógica popular. Llevar a cabo un exorcismo significa poseer la fuerza de Cristo (en su nombre) para vencer a Satanás. El que usa tal fuerza tiene que estar, necesariamente, en comunión con Cristo. Por consiguiente, no puede ser enemigo suyo. Conclusión: que actúe también. El v. 40 refiere un dicho sapiencial que podríamos traducir así: si alguien no es enemigo tuyo, es amigo tuyo. Jesús se revela así como un maestro dotado de sentido común, abierto a la diversidad que no supone oposición, sino expresión de un sano pluralismo. El bien no toma sus impulsos del «carné» de pertenencia de quien lo realiza, sino de su vínculo con Cristo.

La Palabra me ilumina

Todos estamos en continua formación, somos eternos alumnos en perenne aprendizaje en la escuela de la vida, guiados por el más sabio de los profesores; más aún, por el Único que un día nos recomendó: «No os hagáis llamar “maestros”, porque sólo el Mesías es vuestro Maestro» (Mt 23,10). Y en caso de que, por profesión,

estuviéramos por encima de la cátedra, recordemos siempre las palabras de Jesús. Él, como óptimo educador, nos propone leer la realidad de una manera nueva. Del mismo modo que corrigió amablemente la intemperancia de Juan, que sufría «miopía», porque veía bien de cerca (sus cosas) y poco o mal de lejos (las ajenas), así nos llama también a una evaluación más serena, menos emotiva. También nosotros sentimos la tentación de estandarizar todo y a todos según nuestras medidas. Peor aún, de juzgar a las personas y los hechos con el angosto instrumento de los carnés de pertenencia. Obrando de este modo, queda descalificada la objetividad del bien, en beneficio de la subjetividad de las decisiones personales.

Jesús nos educa constantemente para que abramos de par en par las ventanas del corazón, a fin de acoger a uno que es diferente, en el sentido de que no pertenece oficialmente a los «nuestros», aunque, de hecho, revela con su comportamiento que está en sintonía con Jesús. ¡Cuántas veces han sido juzgadas –y condenadas– personas no en virtud de una serena evaluación de su comportamiento, sino porque llevaban un distintivo diferente del nuestro! (léase: una raza diferente, una religión distinta, una sensibilidad diferente...). Tal vez sea el caso de que repitamos, a ejemplo de Juan Pablo II, algunos *mea culpa* para volver a limpiar el pasado de juicios apresurados e injustos y, sobre todo, para leer el presente y mirar al futuro con los ojos limpios de Jesús, verdadero maestro que se da cuenta del bien y le da valor, aunque esté realizado fuera de los circuitos oficiales.

La Palabra se convierte en oración

Padre santo, guía mis pasos por el camino de la sabiduría. Hazme ver el bien, allí donde tú tienes la alegría de sembrarlo. Hazme encontrar verdaderos maestros que me hablen bien y del bien, que enseñen con la pa-

labra y con la vida, que lleguen a las fuentes genuinas de tu Palabra.

En el mundo pululan sedicentes maestros que se consideran una isla feliz. Fuera de ellos sólo reina el silencio, la nada, el mal. Por desgracia, éstos tienen a menudo muchos seguidores. Ayúdame, Señor, a distinguir a los verdaderos maestros y a apreciar el verdadero bien allí donde florezca. Necesito que tú me ayudes a distinguir el grano de la paja, la verdad de la ilusión, la sustancia del destello fascinante. Te pido, por tanto, el don de la sabiduría, una cualidad que, por ser principalmente tuya, te complace traspasar a quien te la pide en la oración para que le sirva de custodia en la vida: *«Envíala desde el santo cielo, desde el trono de tu gloria mándala, para que me asista en mi tarea y sepa yo lo que te es agradable. Porque ella, que todo lo sabe y lo comprende, me guiará con acierto en mis empresas»* (Sab 9,10-11). Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Y para que la doctrina pegue su fuerza, dos disposiciones ha de haber: una del que predica y otra del que oye, porque ordinariamente es el provecho como es la disposición de parte del que enseña. Que por eso se dice que cual es el maestro, tal suele ser el discípulo.

Porque cuando en los Actos de los Apóstoles aquellos siete hijos de aquel príncipe de los sacerdotes de los judíos acostumbraban a conjurar los demonios con la misma forma que san Pablo, se embraveció el demonio contra ellos, diciendo: A Jesús confieso yo y a Pablo conozco, pero vosotros ¿quiénes sois? (19,15), y, embistiendo en ellos, los desnudó y llagó. Lo cual no fue sino porque ellos no tenían la disposición que convenía, y no porque Cristo no quisiese que en su nombre no lo hiciesen. Porque una vez hallaron los apóstoles a uno que no era discípulo echando un demonio en nombre de Cristo y se lo estorbaron, y el Señor se lo reprehendió,

(diciendo): No se lo estorbéis, porque ninguno podrá decir mal de mí en breve espacio si en mi nombre hubiese hecho alguna virtud (Mc 9, 38). Pero tiene ojeriza con los que, enseñando ellos la ley de Dios, no la guardan y, predicando ellos buen espíritu, no le tienen (Juan de la Cruz, *Subida al monte Carmelo*, 45, 3).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y medita esta Palabra:

«El que no está contra nosotros está a favor nuestro» (Mc 9,40).

Caminar con la Palabra

El apóstol Juan dice a Jesús en el evangelio: «Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y se lo hemos prohibido, porque no es de nuestro grupo». Jesús respondió: «No se lo prohibáis».

El evangelio nos presenta también otras afirmaciones de Jesús que nos indican la importancia de saber discernir cuándo debemos mostrarnos intransigentes y cuándo, sin embargo, es preciso ser flexibles. Este discernimiento es muy importante en la vida.

En el caso del ecumenismo es preciso recurrir a la flexibilidad. No debemos asumir una actitud sectaria, que rechace todo juicio positivo sobre las personas que no forman parte de la Iglesia católica; debemos reconocer que también ellas reciben gracias del Señor. Debemos desear, a buen seguro, que entren a formar parte de la Iglesia, pero no debemos mostrarnos intolerantes, sino acogedores con ellas.

Juan piensa que se debe ser intransigente. Ha prohibido a alguien que no era del grupo de los Doce expulsar a los demonios en el nombre de Jesús. Piensa que, para servirse del nombre de Jesús, se debe estar con él y no ser independiente de él.

Sin embargo, Jesús es de la opinión contraria, y dice a los discípulos: «No se lo prohibáis, porque nadie que haga un milagro en mi nombre puede luego hablar mal de mí. Pues el

que no está contra nosotros está a favor de nosotros». De este modo, se muestra flexible, acogedor, no es intransigente. Quiere que no se prohíba el bien que se pueda hacer, aun cuando ciertas circunstancias no parezcan ser del todo regulares (A. Vanhoye, «26^º domingo del tiempo ordinario», *Las lecturas bíblicas de los domingos. Ciclo B*, Mensajero, Bilbao 2008).

Hombre avisado está medio salvado

(Mc 9,41-50)

Dijo Jesús: ⁴¹ Os aseguro que el que os dé a beber un vaso de agua porque sois del Mesías no quedará sin recompensa.

⁴² Al que sea ocasión de pecado para uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran del cuello una piedra de molino y lo echaran al mar. ⁴³ Y si tu mano es ocasión de pecado para ti, córtatela: más te vale entrar manco en la vida que ir con las dos manos al fuego eterno que no se extingue. ⁴⁵ Y si tu pie es ocasión de pecado para ti, córtatelo: más te vale entrar cojo en la vida que ser arrojado con los dos pies al fuego eterno. ⁴⁷ Y si tu ojo es ocasión de pecado para ti, sácatelo: más te vale entrar tuerto en el Reino de Dios que ser arrojado con los dos ojos al fuego eterno, ⁴⁸ donde el gusano que roe no muere y el fuego no se extingue.

⁴⁹ Todos van a ser salados con fuego. ⁵⁰ Buena es la sal. Pero si la sal se vuelve insípida, ¿con qué le daréis sabor? Tened sal entre vosotros y convivid en paz.

La Palabra se ilumina

Este fragmento, abierto y cerrado por una sentencia positiva (vv. 41 y 50), contiene varias advertencias amenazadoras contra el escándalo (vv. 42-49) que, leídas de una manera correcta, tienen, sin embargo, una función preventiva positiva.

El v. 41 refiere inicialmente un gesto de bondad motivado, es decir, que no es instintivo o automático. El gesto es en sí mismo modesto, como el ofrecimiento de

un vaso de agua, pero su peso se agiganta si pensamos que nos encontramos en unas zonas desérticas donde el agua es un bien precioso. Cuenta, sobre todo, la motivación, exquisitamente teológica, que da un valor infinito al pequeño gesto: el agua se da «*porque sois del Mesías*». En suma, se quiere sugerir el carácter precioso de una acción rica de motivación interior.

Además de sembradores de amor, podemos ser, trágicamente, sembradores de muerte mediante el escándalo. Aparece una serie amenazadora de dichos, catalizados en torno al verbo «escandalizar» –o la expresión «ser ocasión de pecado», como traduce nuestro texto–, que se repite en cuatro ocasiones. El discurso se hace duro y sin posibilidad de apelación. Esa severidad explica la gravedad de la situación, que el lector debe percibir con toda su urgencia. El que intenta bloquear, o incluso sólo limitar, el camino espiritual de los «*pequeños*» –es decir, de los miembros de la comunidad, personas sencillas y de corazón libre, que han optado por la fe– recibe unas duras palabras de Jesús. La enorme gravedad del escándalo se comprende a partir de la pena, pesadísima, conminada al culpable, y que consiste en colgar al cuello del culpable una piedra de molino y echarlo al mar. Por muy gravosa que sea la condición final, sería preferible («*más te vale*») comparada con la de escandalizar.

El discurso se hace vivo con los ejemplos. Se aducen tres elementos que encierran toda la vida: la mano es símbolo de la acción, el pie del movimiento, el ojo es la ventana sobre el mundo interior. Es como decir: la vida eterna, la comunión con Dios, es un bien supremo, incomparable; paradójicamente, es mejor obtenerlo, aunque estemos mutilados, antes que permanecer perfectamente sanos e ir a la perdición. Nos encontramos, obviamente, ante expresiones hiperbólicas, paradójicas, cuando se habla de mutilación física, expresiones que deben ser entendidas en su significado, más que interpretadas al pie de la letra. La consideración de Jesús

versa sobre la conversión –y ésta afecta a toda la vida–. La mano, el pie o el ojo que pecan están regidos por un cerebro y por una voluntad enfermos. De nada serviría privarse del instrumento sin intervenir sobre las causas. La conversión tiene que ver con todo el ser humano y no sólo con una de sus partes.

Al final, el v. 50 hace resonar algunas notas claramente positivas, en sintonía con las del punto de partida. Jesús pide a sus discípulos que tengan «*sal*» entre ellos y que estén en paz con todos. Se trata de condiciones para condimentar con valor y dar sabor a la vida, tanto a la del individuo como a la de la comunidad.

La Palabra me ilumina

El bien posee una doble dirección: una hacia los otros y otra hacia nosotros mismos. Debemos hacer el bien y debemos amarnos. La atención a los otros se manifiesta de muchos modos, y un buen ejemplo de ello es el ofrecimiento del vaso de agua. Debemos multiplicar los gestos de atención y de interés por los otros. Dejamos asimismo espacio al bien cuando evitamos o eliminamos el mal, representado aquí como escándalo. Nos amamos cuando nos comprometemos a ser constructores de una sociedad sin escándalos y cuando somos capaces de remover los elementos que pueden crear escándalo. Para esto se requiere un vigoroso compromiso, porque lo que está en juego es muy elevado: la vida eterna, que es la misma comunión con Dios. Por eso emplea Jesús imágenes impactantes, con expresiones cortantes.

Nos quedamos un tanto sorprendidos por las ásperas palabras que hacen vibrar el fragmento y sacuden nuestros ánimos. Son mensajes vigorosos, sin apelación, destinados a hacernos tomar conciencia a todos nosotros, para que nos planteemos con seriedad la búsqueda del verdadero bien y, al mismo tiempo, para

que experimentemos el carácter trágico de algunas opciones. No es raro encontrar una complaciente connivencia con el mal poniéndole una pátina de misticadas justificaciones de este tipo: «¿Qué tiene de malo?», «Lo hacen todos»... De este modo se rebaja el umbral de la conciencia moral, los valores quedan aguados y degradados, y el pasotismo reina soberano. El severo discurso de Jesús sobre el escándalo se convierte en una invitación a que practiquemos un serio examen de conciencia. ¿En qué medida se compromete nuestra sociedad, todavía cristiana en buena parte, en hacer desaparecer el escándalo? ¿Qué hace para no crear escándalo?

Toda la Iglesia, tanto en los diferentes sectores de los fieles laicos como en las altas esferas de los que tienen autoridad, debe realizar un esfuerzo para aportar serenidad y libertad. Es obligatorio hacer desaparecer las causas del escándalo, aunque supone un gran compromiso. El esfuerzo que le dediquemos quedará ampliamente recompensado por la vida: una mayor transparencia de nuestras comunidades, una mayor incisividad en el anuncio, una credibilidad diamantina ante los no creyentes o los que han seguido otros caminos. Estaremos ante una continua obra de conversión personal y comunitaria, destinada a ser portadores, franciscanamente, de un sople de aire limpio.

La Palabra se convierte en oración

Señor, haz de mi un instrumento de tu paz.
 Que allá donde hay odio, yo ponga el amor.
 Que allá donde hay ofensa, yo ponga el perdón.
 Que allá donde hay discordia, yo ponga la unión.
 Que allá donde hay error, yo ponga la verdad.
 Que allá donde hay duda, yo ponga la fe.
 Que allá donde hay desesperación, yo ponga la esperanza.
 Que allá donde hay tinieblas, yo ponga la luz.
 Que allá donde hay tristeza, yo ponga la alegría.

Oh Señor, que yo no busque tanto ser consolado
 cuanto consolar,
 ser comprendido cuanto comprender,
 ser amado cuanto amar.
 Porque es dándose como se recibe,
 es olvidándose de sí mismo como uno se encuentra
 a sí mismo,
 es perdonando como se es perdonado,
 es muriendo como se resucita a la vida eterna
 (Francisco de Asís).

La Palabra en el corazón de los Padres

Nada de todo eso os está oculto si vosotros, por Jesucristo, tenéis a la perfección la fe y la caridad, que son el principio y el fin de la vida. Las dos, reunidas, son Dios, y todo lo demás que conduce a la santidad no hace más que seguir las. Nadie, si profesa la fe, peca; nadie, si posee la caridad, aborrece. «Se conoce el árbol por sus frutos»: así, aquellos que hacen profesión de ser de Cristo se reconocerán por sus obras. Porque ahora la obra demandada no es la mera profesión de fe, sino el mantenernos hasta el fin en la fuerza de la fe.

Más vale callar y ser que hablar y no ser. Está bien enseñar, si el que habla hace. No hay, pues, más que un solo maestro, aquel que «ha hablado y todo ha sido hecho» y las cosas que ha hecho en el silencio son dignas de su Padre. Aquel que posee en verdad la Palabra de Jesús puede entender también su silencio, a fin de ser perfecto, a fin de obrar por su palabra y hacerse conocido por su silencio. Nada es oculto al Señor, sino que hasta nuestros mismos secretos están cerca de él. Hagamos, pues, todo como aquellos en quienes él habita, a fin de que seamos sus templos y que él sea en nosotros nuestro Dios, como en efecto lo es, y se manifestará ante nuestro rostro si lo amamos justamente (Ignacio de Antioquía, *A los efesios*, XIV-XV).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Tened sal entre vosotros y convivid en paz» (Mc 9,50).

Caminar con la Palabra

Es menester preferir a Jesús, elegir al Único necesario cada vez que se nos ofrece. Las consecuencias de tal elección pueden ir muy lejos, y los ejemplos que Jesús se detiene en detallar nos harían estremecernos si tuviéramos que tomarlos al pie de la letra. La elección es, no obstante, muy simple: se nos invita a prescindir, a deshacernos y, aunque se trate de sustancia viva, a cortar todo lo que eventualmente pueda ser un obstáculo entre Jesús y nosotros. Corta tu mano, corta tu pie, arráncate el ojo. Sólo Jesús, el Hijo de Dios, puede hablar de este modo. Y lo hace dirigiéndose a unos discípulos que, desde el principio, lo han abandonado todo para seguirle, es decir, a unos creyentes que, probablemente, le aman de verdad. En efecto, fuera del marco del amor nadie podría hablar así. Esto es tan verdad que los desgarros y los cortes sólo tienen sentido porque, por detrás de los bienes a los que estamos llamados a renunciar, se perfila ya el rostro de aquel a quien amamos: Jesús. A buen seguro, son muchos los obstáculos que nos separan todavía de Jesús, que nos ocultan su rostro. Sin embargo, no serviría de nada precipitarnos, con un gran impulso de generosidad, para suprimirlos por nuestra propia iniciativa y antes de la hora establecida por Jesús. Al contrario, una renuncia a la que consentimos cuando ha llegado el momento, es decir, cuando Jesús en persona nos la propone, es siempre una renuncia suave. Una suavidad que no suprime el dolor, pero un dolor como el de la yema que se cierra con la caricia del sol, desde fuera, y, desde dentro, bajo el impulso de la vida. Un dolor, tal vez, pero aplacado por una alegría aún mayor. Cuando haya llegado el momento y Jesús esté presente para proponernos dar el paso, es de importancia vital para nosotros darle nuestro consentimiento, bajo pena de ahogar la vida que sube en nosotros y, peor aún, renegar de Jesús. Ahora bien, cuando ha llegado la hora, el obstáculo ha perdido ya, con frecuencia, su opacidad y no es más que un tenue velo tras el cual se muestra ya el rostro de Jesús de una

manera muy insistente. ¿Quién tendría el valor de dudar en desgarrar el velo? (A. Louf, *Solo l'amore vi basterà. Commento spirituale al Vangelo di Marco*, Casale Monf. [Al] 1987, 172s, passim).

Matrimonio: amor verdadero porque es duradero (Mc 10,1-12)

¹ Jesús partió de aquel lugar y se fue a la región de Judea, a la otra orilla del Jordán. De nuevo la gente se fue congregando a su alrededor, y él, como tenía por costumbre, se puso también entonces a enseñarles. ² Se acercaron unos fariseos y, para ponerle a prueba, le preguntaron si era lícito al marido separarse de su mujer.

³ Jesús les respondió:

–¿Qué os mandó Moisés?

⁴ Ellos contestaron:

–Moisés permitió escribir un certificado de divorcio y separarse de ella.

⁵ Jesús les dijo:

–Moisés os dejó escrito ese precepto por vuestra incapacidad para entender. ⁶ Pero desde el principio Dios *los creó varón y hembra*. ⁷ *Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer* ⁸ *y serán los dos uno solo*. De manera que ya no son dos, sino uno solo. ⁹ Por tanto, lo que Dios unió, que no lo separe el hombre.

¹⁰ Cuando regresaron a la casa, los discípulos le preguntaron sobre esto. ¹¹ Él les dijo:

–Si uno se separa de su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera, ¹² y si ella se separa de su marido y se casa con otro, comete adulterio.

La Palabra se ilumina

El texto, aunque insertado en el clima poco sereno de una disputa, es una estimable catequesis sobre el matri-

monio y sobre el amor entre el hombre y la mujer tal como fueron proyectados por Dios y como Jesús los recordó, superando y aboliendo las interpretaciones acomodaticias del derecho. Lo que pasa, en síntesis, es que Jesús, interrogado con malas intenciones sobre la licitud del divorcio por sus adversarios, que se acogen a una ley de Moisés (vv. 2-4), se atiene al campo bíblico y remite a la voluntad divina, expresada en las primeras páginas de la Biblia, desautorizando toda perspectiva de desaparición del amor (vv. 5-9). La precisión de Jesús sorprende y consterna a los propios apóstoles, beneficiarios de una enseñanza complementaria (vv. 10-12).

La pregunta dirigida por los fariseos a Jesús versa sobre un punto delicado, aunque no controvertido, al menos según el derecho judío. Para responder a la pregunta de si un hombre puede divorciarse de su propia mujer, Jesús remite al derecho vigente, el establecido por Moisés y que ellos mismos pueden citar fácilmente (v. 4: la respuesta se hace eco de lo que dice Dt 24,1). En consecuencia, la ley del divorcio existía, estaba clara, pero no era precisa en sus contornos. En efecto, si bien no había ninguna duda sobre la *posibilidad* del divorcio, las escuelas teológicas rabínicas estaban divididas a propósito de los *casos* en los que –o bien de los *motivos* por los que– era posible divorciarse. La discordancia interpretativa nacía de la diferente interpretación del texto judío «*algo indecente*» (Dt 24,1).

Jesús, procediendo con habilidad, no ataca a la ley ni hace culpable a Moisés. El punto decisivo es la *sklerocardia*, es decir, la «dureza de corazón» de los hombres (de ayer y de hoy), y es precisamente ésta la que determina una orientación diferente de la ley. Al decir esto, Jesús liga la ley más a una condición viciada de los hombres que a Moisés. Éste sólo pudo levantar acta de una situación y legislar en consecuencia (nótese el «*Moisés permitió*» del v. 4). La ley existe; por consiguiente, conserva un valor jurídico, pero no refleja la

voluntad del legislador Moisés, y mucho menos la de Dios, legislador supremo. Sin embargo, la revolucionaria novedad de Jesús consiste en trasladar el problema a los orígenes, al proyecto inicial del matrimonio, tal como Dios lo había pensado. Jesús vuelve al *arkhé*, al comienzo todavía no contaminado por la mala inclinación del hombre. Jesús cita tanto el capítulo 1 como el capítulo 2 del Génesis. Del capítulo 1 toma la distinción sexual como algo de clara voluntad divina («*Dios los creó varón y hembra*»); del capítulo 2 toma la composición sexual como expresión de una profunda e íntima comunión («*Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos uno solo*»). Jesús ha recordado, con esta doble cita bíblica, la voluntad precisa del legislador supremo, que pensaba en una unidad de comunión.

Jesús extrae de ahí una norma de derecho, formulando un principio claro: «*Por tanto, lo que Dios unió, que no lo separe el hombre*» (v. 9). El legalismo farisaico, basado en la ley de Moisés, queda batido de una manera clamorosa por el derecho de Dios. El eslabón débil, que hizo resquebrajarse el derecho divino, fue la dureza espiritual de los hombres, en vistas a la cual se vio obligado a legislar Moisés. Si hasta ahora la ley ha hecho de texto y se podía invocar para fundamentar jurídicamente el divorcio, ahora, con Jesús, se vuelve al proyecto inicial. Hay un aire de fresca primavera en sus palabras y, en consecuencia, su enseñanza suscita el apasionado interés que muestra la muchedumbre (no así aquellos a quienes sus prejuicios les ponen en contra...). La respuesta de Jesús confirma la indisolubilidad del matrimonio y la igualdad total de los sexos («*Si uno se separa de su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera, y si ella se separa de su marido y se casa con otro, comete adulterio*»). La idea de la comunión de personas, expresada con «*uno solo*», postula un amor que escapa al tiempo y liga para toda la vida. Un amor *ad*

tempus, pedido por un corazón contaminado, es un amor que dista infinitamente del proyecto de Dios.

La Palabra me ilumina

Si abrimos la Biblia por sus primeras páginas, comprenderemos, ya desde la presentación de la primera pareja, el valor de la familia y del matrimonio. El ser humano, este «yo» demediado, encuentra en el otro «yo» el complemento capaz de hacerle superar la soledad originaria. El hombre define su masculinidad tras haber captado y contemplado la feminidad. Sólo saliendo de sí mismo y abandonándose a la otra, capta su identidad profunda y global. A través del lenguaje corporal de las imágenes se comprende que el hombre completo es sólo la pareja. La familia nace por un impulso de amor de los dos, y el fundamento del matrimonio se encuentra en su voluntad de «estar juntos», entendida como comunión de ideas, de sentimientos y de cuerpos.

El matrimonio reclama la complementariedad y la reciprocidad. La primera expresa el carácter incompleto del individuo, hasta que no se realiza con el otro y en el otro; la reciprocidad nos recuerda que cada uno está frente al otro con una igual dignidad personal. La reciprocidad excluye todo sentimiento de inferioridad y desigualdad cualquier complejo de superioridad. La unidad del matrimonio y su indisolubilidad no están garantizadas sólo por el esfuerzo personal, sino sobre todo por la entrega del propio ser. La pareja se vuelve sacramento del Dios-amor porque atestigua no sólo su existencia (Dios existe), sino también su naturaleza: Dios es amor personal, participado, engendrador.

Una vez aclarado el proyecto de Dios, aun atesorando las observaciones de las ciencias humanas, sentimos la necesidad de vivir en primera persona (por los casados y por los novios) ese proyecto y hacerlo público. Los cristianos están llamados a dar ejemplo de un amor

maduro, vivido con entrega y de manera integral. Los divorcios, las uniones libres, cuando no se cae incluso en la perspectiva de las uniones homosexuales, no tienen justificación, a no ser en la pobreza de ideales y en la fragilidad de las situaciones. Comprender a las personas y acogerlas en su vivencia humana, a menudo trágica o en cualquier caso dolorosa, no equivale a avalar opciones o principios. Por consiguiente, la comunidad cristiana debe hacerse cargo de una nueva evangelización de la familia y preparar a los más jóvenes para una perspectiva del amor esponsal según el proyecto divino. Se garantizará la realización plena de la persona y se pondrán los fundamentos de una sociedad verdaderamente civil.

Es una meta que debemos pedir al amor esponsal de Dios, en la oración.

La Palabra se convierte en oración

Padre santo, que hiciste a los hombres a imagen tuya y los creaste varón y mujer para que, unidos en la carne y en el espíritu, fueran colaboradores de tu creación.

Señor, tú que para revelarnos el designio de tu amor, quisiste dejarnos en el amor de los esposos un bosquejo de la alianza que hiciste con tu pueblo, a fin de que, completado con el sacramento, en la unión conyugal de tus fieles quedara patente el misterio nupcial de Cristo y de la Iglesia, extiende sobre estos hijos tuyos tu mano amorosa.

Concédeles, Señor, que en la comunidad sacramental que hoy inician se comuniquen los dones de tu amor y, siendo el uno para el otro signo de tu presencia, sean un solo corazón y un solo espíritu. Amén.

(*De la liturgia.*)

La Palabra en el corazón de los Padres

Todas estas cosas y muchas otras aún puso juntas Marcelo para negar al Hijo de Dios, sin considerar, a causa de su ignorancia, que semejante enseñanza se había dado a los judíos a causa de la dureza de su corazón. En efecto, no era posible que el Espíritu Santo transmitiera por medio de los profetas la palabra del culto de Dios a hombres imperfectos e incapaces de comprender cosas perfectas. Así pues, les prescribió también sacrificios, la circuncisión del cuerpo, la observancia del sábado, la abstinencia de ciertos alimentos, las abluciones del cuerpo, las bendiciones corporales, y les prometió una tierra que «*manaba leche y miel*» (Sal 80,9-11), pero no el Reino de los Cielos.

Nuestro Salvador y Señor, interrogado sobre cómo es que Moisés, al prescribir que quien lo deseara diese el acta de repudio y despidiera a su mujer, había impartido disposiciones contrarias a la ley, dio una enseñanza universal diciendo: «*Por la dureza de vuestro corazón os permitió eso Moisés, pero al principio no fue así*» (Mc 10,5). Así transmitió Moisés a su pueblo un conocimiento imperfecto a causa de la imperfección de su mente (Eusebio de Cesarea, *Teología eclesiástica*, II, Roma 1998, 146s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*Pero desde el principio Dios los creó varón y hembra*» (Mc 10,6).

Caminar con la Palabra

El hombre y la mujer que se han comprometido en el amor no lo han hecho solos. En el mismo momento se comprometieron en Dios, porque el que se compromete en el amor se compromete en Dios. Porque Dios es amor. Y esto es posible que no sea tan

simple para todos, pero, de hecho, nada es más simple. Quien cree verdaderamente en Dios, conoce algo de él, ha sentido algo al menos el amor: así, en el amor humano que ha sentido nacer en su corazón, ha reconocido algo de Dios. Cuando se ha empezado a conocer a Dios, cuando se ha encontrado un poco de su amor, ya no es posible amar por juego o amar sólo por un tiempo y después ya veremos. Quien ha empezado a amar, ama para siempre, a pesar de todo, sea cual sea el agravio que pueda hacerle el ser amado, tal como Dios nos ama para siempre sean cuales sean nuestros agravios. Amar para siempre. ¿Cómo es posible? Son muchas las uniones que se hacen trizas en los primeros años. E incluso cuando por fuera subsiste una fidelidad inviolada, ¿puede decirse que el amor verdadero sobrevive para siempre? Para el hombre y la mujer sería imposible si, al entrar en el amor, no hubieran entrado en Dios. Al entrar en el amor como creyentes, se entra en la vida y en el juego de Dios. Y Dios mismo se convierte en el garante del amor que nos ofrece cada día como regalo, un amor humano en el que su amor está presente en filigrana. No depende de nosotros salvar nuestro amor. Es Dios el que lo salva y quien se hace garante del mismo. ¿De qué modo salva Dios nuestro amor? Iniciándonos un poco cada vez en las costumbres de su amor. Ahora bien, es propio de su amor ser don y perdón. Dios no tiene en cuenta nuestros fallos. Los hunde en su amor. No se pone en absoluto colérico por nuestros olvidos. No tiene en cuenta nuestros agravios. No se venga nunca de nuestros golpes bajos, sino que ama cada vez más, es decir, perdona...

Perdonar significa ser cada vez más fuerte en el amor. Significa asimismo permitir al amor aumentar y hacerse más profundo. Significa salir de nosotros mismos, reconocer al otro también en sus defectos, en lo que más se nos parece, porque también nosotros somos frágiles y estamos perdidos ante Dios. Ahora bien, se trata de una fragilidad que no puede subsistir más que frente a su Amor y gracias a su Amor. Cimentarse en el amor significa siempre cimentarse en Dios (A. Louf, *Solo l'amore vi basterà. Commento spirituale al Vangelo di Marco*, Casale Monf. [Al] 1987, 175s, *passim*).

Los niños, promovidos a pequeños grandes hombres

(Mc 10,13-16)

¹³ Llevaron unos niños a Jesús para que los tocara, pero los discípulos les regañaban. ¹⁴ Jesús, al verlo, se indignó y les dijo:

–Dejad que los niños vengan a mí; no se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el Reino de Dios. ¹⁵ Os aseguro que el que no reciba el Reino de Dios como un niño, no entrará en él.

¹⁶ Y tomándolos en brazos, los bendecía, imponiéndoles las manos.

La Palabra se ilumina

El evangelio nos regala escenas inolvidables, delicadísimas, como ésta de los niños. El contexto es el de la catequesis comunitaria: después de haber hablado de la pareja tal como fue pensada en el proyecto de Dios, viene el discurso sobre los niños. La presencia de niños escuchando a Jesús es un hecho conocido. Con ocasión de la multiplicación de los panes se menciona también la presencia de unos niños que le seguían desde hacía tiempo, hasta que llega la noche (cf. Mc 6,33-35). Podemos pensar que se trataba de niños que estaban con sus padres, dado que la escucha de las palabras de Jesús era un hecho eminentemente de adultos. Probablemente eran los mismos padres quienes intentaban acercar sus hijos a Jesús para que los acariciara. Jesús demuestra una

íntima sintonía con el mundo de los sencillos y de los inocentes. Aquellos que no cuentan desde el punto de vista humano se encuentran a menudo en primera fila en su estima y valoración. El intento de aproximación queda bloqueado por la áspera reacción de los discípulos, que –a nuestro modo de ver– actúan de buena fe, con el deseo de garantizar un poco de tranquilidad al Maestro. Los niños, como se sabe, son bulliciosos y arman revuelo. Si están lejos, mejor. El cordón protector extendido en torno a la persona de Jesús no responde a su deseo. Jesús reacciona con fuerza: el texto dice «*se indignó*» (v. 14). Esto supone, por un lado, un modo fuerte de desaprobación y, por otro, una enérgica invitación a reconsiderar la figura del niño.

La mentalidad de la época no reconocía al niño personalidad jurídica y lo consideraba una propiedad de la familia y, sobre todo, del padre. Los niños sufrían otras desventajas crónicas: eran bocas que alimentar en un mundo en el que reinaba con frecuencia la más escuálida pobreza. Como ignorantes de la ley, eran considerados con el mismo rasero que las mujeres y los esclavo; de los excluidos, en suma. No formaban parte viva y activa del pueblo de Dios. Jesús da un vuelco a prácticas consolidadas, rompe esquemas atávicos y acoge a los niños. Éstos no sólo deben tener libre acceso, sino que incluso los pone como ejemplo para acceder al Reino de Dios.

El hecho, muy rico desde el punto de vista humano, se colorea teológicamente con la motivación: «*Porque de los que son como ellos es el Reino de Dios*» (v. 14). Jesús los eleva a modelos de vida. ¿Por qué? Porque el niño tiene una confianza innata en su padre, se siente amado y protegido por él. No tiene seguridades que defender, ni privilegios que reclamar, ni funciones que ejercer. Está ahí, simple y disponible, para quien está cerca de él y quiere ocuparse de él. Dicho con otras palabras, el niño es la personificación del «pobre», al que le está

reservada la primera bienaventuranza y al que se le asegura la posesión del Reino de Dios.

El v. 15 refiere una afirmación solemne, puesto que está introducida con la fórmula «*os aseguro*». Jesús declara que es preciso tener el espíritu de un niño para acceder al Reino de Dios. Lo que es innato e instintivo en el niño, debe convertirse, en el adulto, en compromiso serio y duradero, a fin de abandonarse confiadamente en las manos de Dios, que se revela en Cristo. Es el proceso del convertirse y del creer, condición primaria, expresada por Jesús al comienzo de su predicación (cf. Mc 1,15).

El fragmento se cierra con otro gesto de ternura por parte de Jesús, el de coger en brazos a los niños, porque reconoce y aprecia el valor que a los apóstoles aún les cuesta percibir. A renglón seguido, la bendición es en la Biblia una demostración concreta del don de Dios: Jesús abre de par en par el Reino de Dios a los niños. El abrazo y la bendición de Jesús a los niños es imagen de lo que sigue haciendo a los que acuden a él.

La Palabra me ilumina

Sentimos una afinidad espiritual instintiva con este texto, que emana un intenso perfume antropológico, en cuanto que celebra el valor del niño. Podríamos decir que, en línea de principios, concuerda con nuestra sociedad moderna, que redacta declaraciones de derechos y se compromete a defender a los más débiles con iniciativas prácticas (pensemos en el Teléfono del Niño). Cuando se pasa de las declaraciones solemnes a comprobar lo que sucede en la práctica, debemos constatar con amargura que todavía son demasiados los países en los que se conculcan la dignidad y el respeto que los niños merecen. Niños explotados por el trabajo o por el mercado del sexo, encaminados a convertirse en niños-soldados, privados del derecho a la instrucción o a una elemental asistencia sanitaria, niños malnutridos...

Ellos no tienen derechos: son un «campeón sin valor». La reacción de los discípulos con ellos está dotada de una ardiente modernidad. Aun sin llegar a las situaciones expuestas más arriba, que pueden referirse a países que están lejos de los nuestros (al menos en parte), también nuestra sociedad tiende a marginarlos y no les reserva la atención que merecen (casas que no están construidas pensando en el niño, falta de espacio y de zonas verdes) o incluso se muestra feroz con ellos (abortos).

Escuchando la Palabra de Dios aprendemos de Jesús un nuevo modo de relacionarnos con los niños. Él ve en ellos a los sencillos, a los pequeños para los que se ha preparado el Reino, donde son los verdaderos protagonistas. También se nos ponen a nosotros como ejemplo: debemos llegar a ser como ellos, debemos despojarnos de nuestras presuntuosas seguridades, de nuestra hiperracionalidad, que quiere comprobar y controlar todo, incluso el mundo divino. Debemos volver a poner más confianza en el Padre que está en el cielo y cuida de todos sus hijos. En considerarnos como niños y llegar a ser como niños está nuestra grandeza, la realización de nuestra vida, el mejor camino de acceso al Reino de Dios, es decir, a Dios mismo.

La Palabra se convierte en oración

¡Señor, Dios nuestro,
 qué admirable es tu nombre en toda la tierra!
 Tu majestad se alza por encima de los cielos.
 De los labios de los niños de pecho
 levantas una fortaleza frente a tus adversarios
 para hacer callar al enemigo y al rebelde.
 Al ver el cielo, obra de tus dedos,
 la luna y las estrellas que has creado,
 ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,
 el ser humano para que de él te cuides?
 Lo hiciste inferior a un dios,

coronándolo de gloria y esplendor;
 le diste el dominio sobre la obra de tus manos,
 todo lo pusiste bajo sus pies:
 rebaños y vacadas, todos juntos,
 y aun las bestias salvajes;
 las aves del cielo, los peces del mar
 y todo cuanto surca las sendas de las aguas.
 ¡Señor, Dios nuestro,
 qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

La Palabra en el corazón de los Padres

Hagamos también nosotros como la mujer que tiene un niño pequeño: cuando su marido, enfurecido, quiere golpearla, ella, teniendo al niño entre los brazos, lo pone delante del hombre y le dice: «¡Pégale a éste, golpea a éste!».

El niño, con lágrimas en los ojos, sufre junto con su madre. El padre, en cambio, que siente que se le revuelven las vísceras por dentro por las lágrimas del hijo al que ama intensamente, perdona a la mujer a causa del hijo. Así, ofrezcamos también nosotros a Dios Padre, airado por nuestros pecados, a su Hijo Jesucristo en el sacramento del altar como pacto de nuestra reconciliación; y Dios Padre, si no por consideración con nosotros, al menos en consideración a su Hijo amado, alejará de nosotros los justos latigazos que habíamos merecido y nos perdonará recordando sus lágrimas, sus sufrimientos y su pasión. El Hijo mismo dice por boca de Isaías: «Yo he hecho y yo regiré, llevaré y libraré» (Is 46,4). Presta atención a los verbos: «*he hecho*» al hombre y lo «*regiré*» sobre mis hombros como una oveja descarriada y cansada; le «*llevaré*» como la nodriza lleva a un niño en sus brazos (Antonio de Padua, «V domingo de Pascua», *Sermoni*, Padua 1994, 315 [edición española: *Sermones dominicales y festivos*, Publicaciones del Instituto Teológico de Murcia O.F.M.]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y medita esta Palabra:

«De los labios de los niños de pecho levantas una fortaleza frente a tus adversarios» (Sal 8,3).

Caminar con la Palabra

El niño tiene la juventud consigo, la sencillez del ojo y del corazón: cuando llega la gran novedad liberadora, mira, corre, entra. Esta sencillez, esta *naturalis christinitas*, es la infancia que presenta la parábola. Jesús no tiene puesto, por tanto, su punto de mira en nada sentimental, en nada conmovedor; no en un abandono amoroso, ni en una dulce adhesión, sino en la sencillez de la mirada; en la capacidad de abarcar y sentir el alma de las cosas y de acogerlas sin segundas intenciones. En última instancia, significa la misma realidad significada por la palabra *confianza*: el clima natural de la fe, en cuyo interior se puede desarrollar libremente lo que viene de Dios; por consiguiente, algo grande y sagrado, y es de una evidencia inmediata que esto no puede ser el comienzo. No por nada se dice en nuestro texto: «Si no os convertís y no os hacéis como niños...». Llegar a ser como niños significa superar el ser adulto, cambiar y construirse de nuevo desde los cimientos; ahora bien, esto no se improvisa. La condición de niños de la que habla Dios es la que corresponde a la paternidad divina. Por lo que respecta al niño, todo depende de su papá y de su mamá juntos. Todo le viene de sus padres. Ellos están en todas partes. Son fuente, medida y orden. En el caso del adulto, *el padre y la madre* desaparecen. Aparece por todas partes un mundo dividido, enemigo, indiferente. El padre y la madre se han marchado y todo se ha quedado sin techo. Para el hijo de Dios queda todavía Alguien paterno, en todo lugar: el Padre celestial. No se trata de un padre terreno sobrehumano, sino del auténtico «Dios, Padre nuestro y del Señor Jesucristo» (1 Cor 1,3), como se revela de la palabra de éste y de la invitación a dividir su premura para cumplir su voluntad. El sentimiento de inocencia es la actitud de quien en cada encuentro ve al Padre. Sin embargo, para ser capaz de esto es necesario que se elaboren los acontecimientos humanos: extrayendo sabiduría de la concatenación desnuda de la exis-

tencia y amor al destino. Hacerse como un niño en el sentido de Cristo es sinónimo de madurez cristiana (R. Guardini, *Il Signore. Riflessioni sulla persona e sulla vita di Gesù*, Milán 1977, 333s, *passim* [edición española: *El Señor, Cristiandad, Madrid 2002*]).

La verdadera riqueza

(Mc 10,17-31)

¹⁷ Cuando iba a ponerse en camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló ante él y le preguntó:

–Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?

¹⁸ Jesús le contestó:

–¿Por qué me llamas «bueno»? Sólo Dios es bueno. ¹⁹ Ya conoces los mandamientos: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre.

²⁰ Él replicó:

–Maestro, todo eso lo he cumplido desde joven.

²¹ Jesús le miró fijamente con cariño y le dijo:

–Una cosa te falta: vete, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo. Luego, ven y sígueme.

²² Ante estas palabras, él frunció el ceño y se marchó todo triste, porque poseía muchos bienes.

²³ Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos:

–¡Qué difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas!

²⁴ Los discípulos se quedaron asombrados ante estas palabras. Pero Jesús insistió:

–Hijos míos, ¡qué difícil es entrar en el Reino de Dios! ²⁵ Le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios.

²⁶ Ellos se asombraron todavía más y decían entre sí:

-Entonces, ¿quién podrá salvarse?

²⁷ Jesús les miró y les dijo:

-Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para Dios todo es posible.

²⁸ Pedro le dijo entonces:

-Mira, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.

²⁹ Jesús respondió:

-Os aseguro que todo aquel que haya dejado casa o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o tierras por mí y por la Buena Noticia, ³⁰ recibirá en el tiempo presente cien veces más en casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos y tierras, aunque junto con persecuciones, y en el mundo futuro la vida eterna. ³¹ Hay muchos primeros que serán últimos y muchos últimos que serán primeros.

La Palabra se ilumina

Este fragmento, compuesto a base de materiales heterogéneos (un relato de vocación, una advertencia y una respuesta a una pregunta implícita de Pedro), se pone en marcha con un comienzo electrificante: alguien viene corriendo al encuentro de Jesús. Se produce una gran expectativa; además de la carrera, el hecho de ponerse de rodillas manifiesta estima hacia el maestro de Nazaret.

Tras el gesto, llega la palabra solemne: «*Maestro bueno...*». La denominación, solemne e insólita, parece ser rechazada por Jesús (v. 18). Lo que Jesús hace, en realidad, es ayudar a comprender dónde está la verdadera y única fuente de la bondad, a la que todos deben llegar: el Padre. La liturgia lo recuerda siempre: «Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad» (plegaria eucarística II). Quien busque la vida eterna debe orientarse hacia el Dios, que ha expresado su voluntad de santidad en el Decálogo. Por otra parte, Jesús, al recordarlo, cita la quintaesencia de la alianza del Sinaí y se pone en la línea de la mejor tradición bíblica (v. 19).

La respuesta complace al que hizo la pregunta, pero no propone nada nuevo (v. 20); por otra parte, denota que éste siente la necesidad de algo que vaya más allá; le corresponde el mérito de haber intuido que Jesús puede indicarle ese algo. El salto cualitativo se produce en las actitudes y en los sentimientos antes que en las palabras. Y aquí es sólo Marcos quien nos regala el detalle estupendo de la mirada y de los sentimientos de Jesús: «*Jesús lo miró fijamente con cariño*» (v. 21). Es un detalle de conmovedora ternura. La fuerza de aquella mirada y la carga de aquel amor impulsan a acoger lo *novum* que el hombre había percibido vagamente en Jesús y que ahora le oye proponerle. Todo gira en torno a dos polos que sopesan la respuesta: «*vete, vende todo lo que tienes*» y «*luego, ven y sígueme*» (v. 21). Jesús retoma la palabra de su interlocutor, que quería algo más. La respuesta es el mismo Jesús: él es quien marca la diferencia respecto a la respuesta tradicional, válida pero insuficiente.

Aquel hombre tenía miedo de lo desconocido y prefiere el anclaje en el presente; pierde su entusiasmo inicial y se apaga en una tristeza que le apena y le aleja (v. 22). De la carrera inicial al alejamiento final: en esto consiste la miserable vivencia del que se enriquece ante los hombres y no ante Dios.

El peligro de la riqueza sigue existiendo, en efecto, para todos. Nos lo recuerda la *segunda parte* del fragmento (vv. 23-27). Todo lo que acaba de suceder se convierte en ocasión para una advertencia saludable a toda la comunidad eclesial. Y aunque las palabras de Jesús habían dejado helado al auditorio y postrado en la consternación a los discípulos, el Maestro, casi despreocupado del *shock* que había provocado, aumenta la dosis (v. 24). Siguiendo el estilo oriental, la idea se apoya con una comparación: «*Le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios*» (v. 25). Se trata de una hipérbole, es decir, de una

exageración querida, destinada a hacer comprender el mensaje. Ante una dificultad real y considerable, la solución la da el mismo Señor: «*para Dios todo es posible*». La frase, tomada de Gn 18,14 (Sara y Abrahán), recuerda el poder de Dios.

Si bien aquel hombre fracasó, los discípulos lo han dejado todo para seguir al Maestro. La pregunta implícita es qué les va a tocar a ellos. Nos encontramos en la *tercera parte* del fragmento (vv. 28-31). Como en otras ocasiones, es Pedro quien toma la palabra. No plantea una verdadera pregunta, pero su consideración equivale a una interrogación dirigida a Jesús. Éste le anuncia una recompensa que se reparte entre el hoy del tiempo («*en el tiempo presente*») y el mañana de la eternidad («*en el mundo futuro*»).

A los que lo han dejado todo –un «todo» explicitado mediante siete realidades que abarcan el mundo del bienestar, de los afectos y de la profesión (casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos y tierras)– se les promete el céntuplo. La operación no es simplemente matemática, ni rigurosamente bancaria. Si bien el seguimiento ha requerido rupturas con el propio programa de vida (propiedad, familia, profesión), también es verdad que no ha creado inadaptados o personas sin puntos de referencia. Podemos leer aquí una alusión a la vida eclesial de la primera comunidad, donde existía un fuerte sentimiento de pertenencia y sus miembros se llamaban «hermanos» entre ellos. El mismo «*aunque junto con persecuciones*» (v. 30) recuerda que, en esta dimensión del presente, no se puede alejar la sombra de la cruz. Se goza, se obtiene, pero de una manera condicionada.

El v. 31 es una sentencia con carácter sapiencial que prevé el vuelco de la situación. Es una llamada a no considerarse nunca de los llegados y a vigilar para que el seguimiento sea siempre un compromiso de vida.

La Palabra me ilumina

Para estar con Jesús es preciso desprenderse de todo lastre e impedimentos varios. Jesús se lo hace comprender al rico y nos lo repite a nosotros. El seguimiento exige una libertad interior que no existe mientras el dinero esté presente en nuestra vida como señor. El dinero es más que señor, es un tirano, porque nos abraza hasta tal punto que bloquea opciones decididas y decisivas para una nueva orientación de vida. Por eso, Jesús –que conoce la fuerza fascinante del dinero– dirige palabras tan duras contra la riqueza, convertida, como en el caso presente, en un impedimento para realizar la vida en plenitud. Si somos ricos, en el sentido de estar apegados al dinero y ser esclavos del mismo, encontraremos grandes dificultades para acceder a Dios por estar atados a las cosas, embrujados por ellas. El hecho de poder comprar todo lo que queremos nos da un sentimiento de casi omnipotencia. Con todo, hay riquezas y riquezas. Por un lado, está la que sobrecarga la vida y nos impide los impulsos de altruismo o la disponibilidad para el seguimiento. Por otro, está la riqueza que merece la concentración de nuestros esfuerzos, como la sabiduría, que es don de Dios, o la búsqueda de su Palabra, que nos ilumina y orienta.

El dinero no ha de ser ni divinizado ni exorcizado; no posee en sí mismo un valor ético que lo haga bueno o malo, pues *todo está en el uso* que de él se haga. Puede convertirse en fuente de preciosa ayuda a los necesitados, como sugirió Jesús al rico, y también puede –y este caso ocurre tristemente a menudo– transformarse en un peligro real, cuando no incluso en un arma mortal (cf. Ecl 5,9-11; 1 Tim 6,9s). Aquí reside su ambigüedad. La Palabra de Dios pretende, si no precisamente inmunizarnos, sí al menos vacunarnos contra el hechizo fascinante del dinero, reconduciéndolo a su rango de medio y no de fin. El episodio del rico y la correspon-

diente enseñanza de Jesús nos ofrecen unas reglas claras para jerarquizar los valores, hacer desaparecer insidias y orientar la vida cristiana según los dictámenes del Evangelio.

Debemos concentrar nuestros esfuerzos en alcanzar la auténtica riqueza, la que nos ayuda a crecer a nosotros y a los otros, la que no está sometida a la corrosión de la inflación, la que comienza en el tiempo y se consume en la eternidad. La verdadera riqueza se concreta en la recompensa que es «*la vida eterna*», la *visio Dei*, comunión plena y definitiva con la Trinidad. Seguir a Cristo significa entrar, con él, en él y por él, en el misterio trinitario. Esto es el verdadero céntuplo. El interés bancario produce verdaderamente poco.

Afortunadamente, la historia de los discípulos nos enseña que también se puede elegir el camino adecuado...

La Palabra se convierte en oración

Perdónanos, Señor, nuestra mentalidad comercial. Estamos acostumbrados a cuantificar y a «monetizarlo» todo. Esta mentalidad de peritos mercantiles invade y contamina también nuestra relación contigo, además de la que mantenemos con nuestros hermanos. Nosotros te damos y tú nos das..., sólo que muchas veces no salen las cuentas. Comienzan nuestras crisis. Tú nos pareces lejano, insensible a nuestros problemas. Perdónanos, Señor, que te hayamos reducido a un supercontable, a un administrador delegado del Reino de los Cielos.

Ayúdanos a calcular en términos de gracia, que es gratuidad, poder de amor, desinterés. Ayúdanos a dar y a darnos sin cálculo, alegres de gastarnos, para que tú seas conocido y amado. Sabemos, ciertamente, que en materia de generosidad... nadie te supera. Si, a continuación, puedes echarnos una mano para abrir nuestra

cartera, la caja fuerte de nuestro tiempo y de nuestra disponibilidad para compartir con los otros, tanto mejor. Nos sentiremos, verdaderamente, hijos de aquel Padre que es pródigo en amor con todos.

Señor, te pedimos aún que nos liberes de las cosas entendidas como posesión esclavista; concédenos la sabiduría de un uso mesurado, considerándolas como medios de tu providencia para alcanzar el fin: entrar en la vida, que eres tú, que con el Padre y el Espíritu santo vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

El que da limosna no hace, a imitación de Dios, discriminación alguna, en lo que atañe a las necesidades corporales, entre buenos y malos, justos e injustos, sino que reparte a todos por igual, en proporción a las necesidades de cada uno, aunque su buena voluntad le inclina a preferir a los que se esfuerzan en practicar la virtud más que a los malos.

La caridad no se demuestra solamente con la limosna, sino, sobre todo, con el hecho de comunicar a los demás las enseñanzas divinas y prodigarles cuidados corporales.

El que, renunciando sinceramente y de corazón a las cosas de este mundo, se entrega sin fingimiento a la práctica de la caridad con el prójimo, pronto se ve liberado de toda pasión y vicio, y se hace partícipe del amor y del conocimiento divinos.

El que ha llegado a alcanzar en sí la caridad divina no se cansa ni decae en el seguimiento del Señor, su Dios, según dice el profeta Jeremías, sino que soporta con fortaleza de ánimo todas las fatigas, oprobios e injusticias, sin desear mal a nadie.

No digáis –advierte el profeta Jeremías–: «Somos templo del Señor». Tú no digas tampoco: «La sola y escueta

fe en nuestro Señor, Jesucristo, puede darme la salvación». Ello no es posible si no te esfuerzas en adquirir también la caridad con Cristo por medio de tus obras. Por lo que respecta a la fe sola, dice la Escritura: También los demonios creen y tiemblan.

El fruto de la caridad consiste en la beneficencia sincera y de corazón con el prójimo, en la liberalidad y la paciencia, y también en el recto uso de las cosas (Máximo el Confesor, *Centurias sobre la caridad*, I).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«En el amor al dinero está la raíz de todos los males»

(1 Tim 6,10).

Caminar con la Palabra

«Fijando su mirada en él, le amó». Jesús busca los ojos del otro a fin de llegar a través de estas puertas del alma a su mundo interior. En el mismo gesto de posar la mirada en él está contenido todo su amor: con ella quiere salirle al encuentro y hacerle el don de sí mismo. Toda la acción de Jesús, más que una propuesta, es un ofrecimiento: hace comprender que él no se limita a indicar simplemente un camino para recorrer, sino que se ofrece a sí mismo como tal; como confirma, a continuación, la invitación a seguirle, al final de sus palabras. No es difícil ver en todo esto el corazón mismo de la experiencia contemplativa, algo que todo creyente que se acerca a Jesús, hoy como entonces, está llamado a vivir. En efecto, esta visión desata en nosotros un intento y un esfuerzo encaminados a fijar nuestra mirada en Dios y, sin embargo, se revela después como un dejarnos alcanzar por Dios a través de Jesús. De hecho, sólo entonces llegamos a ser «contemplativos», porque Dios nos capacita para ver todo y a todos con los mismos «ojos» de Dios y para llevar a cabo con alegría cualquier cosa que su amor nos pida. Por otra parte, una mirada de amor, aunque está cargada siempre de una fuerza increíble, nunca se muestra coercitiva. En su hu-

milde fijarse acepta el riesgo de ser eludida. Eso es exactamente lo que sucede: aquel hombre no hizo nada para sostener y encontrar en serio la mirada de Jesús; intuyó que no le habría de dejar tranquilo en medio de sus seguridades y sus posesiones, y no consiguió aceptarla. Este triste final suena todavía más como una llamada tácita: en efecto, la mirada de Jesús no es la mirada apaciguadora de los ojos azules de algunas de nuestras estampas, que deja tal como encuentra, sino la mirada inquietante del verdadero amor, que es capaz de ser al mismo tiempo tierna y fuerte, humilde y exigente, capaz de desarmar y de animar, libre y liberadora. Tal vez esté aquí el motivo que ha convertido a este texto en uno de los que, a lo largo de los siglos, han sido punto de partida de innumerables caminos de santidad (Monjes de Serra S. Bruno, *Sentieri del deserto*, Catanzaro 2001, 71-73, *passim*).

Aprendices de diakonía

(Mc 10,32-45)

³² Subían camino de Jerusalén y Jesús iba por delante de sus discípulos, que le seguían admirados y asustados. Entonces tomó consigo una vez más a los Doce y comenzó a decirles lo que le iba a pasar:

³³ –Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y el Hijo del hombre va a ser entregado a los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la ley; lo condenarán a muerte y lo entregarán a los paganos; ³⁴ se burlarán de él, le escupirán, lo azotarán y lo matarán, pero a los tres días resucitará.

³⁵ Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, se le acercaron y le dijeron:

–Maestro, queremos que nos concedas lo que vamos a pedirte.

³⁶ Jesús les preguntó:

–¿Qué queréis que haga por vosotros?

³⁷ Ellos le contestaron:

–Concedéndonos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu gloria.

³⁸ Jesús les replicó:

–No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber o ser bautizados con el bautismo con el que yo voy a ser bautizado?

³⁹ Ellos le respondieron:

–Sí, podemos.

Jesús entonces les dijo:

–Beberéis la copa que yo he de beber y seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado. ⁴⁰ Pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederle, sino que es para quienes está reservado.

⁴¹ Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. ⁴² Jesús les llamó y les dijo:

–Sabéis que los que figuran como jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que sus magnates las oprimen. ⁴³ No ha de ser así entre vosotros. El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; ⁴⁴ y el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea esclavo de todos. ⁴⁵ Pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos.

La Palabra se ilumina

El fragmento se compone de dos puntos sobresalientes. En primer lugar, el tercer anuncio de la Pasión y resurrección (vv. 32-34): el acontecimiento pascual compromete plenamente a Jesús, que se prepara para él y quiere preparar también a sus discípulos. Éstos escuchan admirados y asustados el drama del Hijo del hombre, que deberá padecer el suplicio de la cruz. Y, en segundo lugar, la absurda petición de Santiago y Juan con sus consecuencias correspondientes (vv. 35-45): los discípulos, en vez de concentrarse en el misterio pascual de Jesús, están replegados en sus propios mezquinos intereses. Se verifica la misma incomprensión culpable o la indiferencia manifestada en los dos anuncios precedentes, a lo que se añade ahora una nota negativa ulterior del grupo, que se divide: Santiago y Juan por una parte, y los otros diez por otra.

Las cosas sucedieron así: los dos hermanos habían lanzado una demanda pretenciosa, consistente en ocupar los dos puestos de más prestigio. Pretendían un reconocimiento que les confiriera autoridad y superioridad sobre los otros. En su petición observamos dos errores macroscópicos: pretenden la «gloria» en un

sentido muy humano (una especie de póliza de seguros, un seguro de vida), y por eso se protegen para garantizarse el futuro y, a continuación, se consideran mejores que los otros y ambicionan un reconocimiento de su distinción, sin ofrecer nada a cambio o sin méritos manifiestos.

Jesús les responde duramente, acusándoles de ignorancia (v. 38). Corrige su concepto de gloria, demasiado humano, y les propone otro nuevo: inserta en él la realidad del sufrimiento. Éste es el significado de la imagen del «bautismo» (una zambullida en la oscuridad del sufrimiento antes de volver a salir a la luz de la gloria) y de la «copa» (aceptación de lo que otro te ha preparado; cf. 14,36). Les pregunta a Santiago y a Juan si están dispuestos a acoger la voluntad divina, aunque sea a través del desierto del sufrimiento. A la pregunta sobre la disponibilidad para seguir el camino trazado responden afirmativamente ambos hermanos. Jesús les confirma su voluntad. Santiago será, efectivamente, el primer mártir entre los apóstoles (el año 44) y Juan atestiguará con una fidelidad indómita su amor al Señor hasta que le llegue la muerte, ya muy anciano. A la petición de la «colocación» Jesús les responde diciendo que no es tarea suya asignar los puestos y remite, de una manera sutil, a Dios. El cambio es de 180°: desde su exigencia («queremos que nos concedas lo que vamos a pedirte»: v. 35) se pasa a la atención a la voluntad de Dios. Él dispone, Él determina.

Los dos quedan ahora instruidos sobre lo que deben hacer, pero su demanda tiene el pesado contragolpe de una lacerante ruptura en la unidad del grupo apostólico, que se divide ahora: dos contra diez. Jesús llama a los Doce, los acerca a su persona, casi para transmitirles un calor afectivo antes de impartirles unas instrucciones claras. Les propone un nuevo modo de ejercer la autoridad, pasando del autoritarismo a la *diakonía*, al «servicio» a los otros. El que manda u ocupa puestos de

prestigio no debe sobresalir, y mucho menos explotar a los otros u obtener ventajas personales. El que está en la cima debe entregarse a los otros. Jesús no propone un mortificante igualitarismo y reconoce la necesidad de que haya jefes que ejerzan una función de responsabilidad. Sin embargo, cambia su función de una manera radical respecto a lo que sucede normalmente. El jefe debe servir y estar disponible a los otros hasta la entrega de su propia vida.

¿Idealismo? ¿Fantasía? No, Jesús mismo es el modelo y el fundamento del nuevo planteamiento de la autoridad. Él es el superior (el Hijo del hombre) que pone su vida a disposición de todos, es decir, de los inferiores. Su muerte en la cruz será la marca de su autoridad, que es servicio de amor. No por casualidad lo había anunciado poco antes.

La Palabra me ilumina

«Bien está lo que bien acaba», comenta la gente muy a menudo. Podríamos emplear también este proverbio para iluminar nuestro texto, que tiene un punto de partida errado en la actitud de los dos discípulos, pero después llega a su meta correcta.

Al comienzo encontramos la «fea figura» de los apóstoles. Éstos, educados por el Maestro perfecto, parecen refractarios a su enseñanza, empeñados más en el reparto del poder que en la comprensión del misterio pas-cual. El punto de partida es la arrogancia de los hermanos Santiago y Juan, que pretenden sobresalir del grupo. Si ambos se han equivocado, los otros no les han ido a la zaga, porque alimentan sentimientos de hostilidad contra ellos.

La situación está bien sazónada. No es difícil vernos reflejados en ellos y ver aquí el reflejo de muchas de nuestras situaciones, donde el interés personal y la afir-

mación de nosotros mismos están en primer lugar. Su historia continúa en nosotros, que prolongamos una actitud ignorante, irresponsable, decididamente negativa, a pesar de que hemos recibido una formación óptima y un montón de enseñanzas positivas.

Su historia toma después otro cariz. Jesús los educa para ponerse enteramente en manos del Padre, que dispone las cosas como mejor le parece. Jesús enseña a todos que la autoridad no es señorearse sobre los otros, como se considera con frecuencia, sino el servicio generoso, el poner y el ponerse a disposición de los demás. Incluso entregando la vida, si fuera necesario.

Jesús enseña, se pone como ejemplo. Continuamente nos hace «recordar» que el camino hacia la salvación es la debilidad hasta la cruz, es la pobreza y la pequeñez de un pedazo de pan, como en la eucaristía. Bella lección de humildad y también una preciosa catequesis que debemos mantener como lámpara encendida para alumbrar nuestro camino. El Señor nos precede como «*luz para nuestros pasos*».

La Palabra se convierte en oración

Guíame, Luz buena, entre tanta tiniebla espesa, ¡llévame tú! Estoy lejos de casa, es noche prieta y densa, ¡llévame tú!

Guarda mis pasos. No pido ver confines ni horizontes, sólo un paso más me basta.

Yo antes no era así, jamás pensé en que tú me llevaras. Decidía, escogía, agitado, pero ahora ¡llévame tú!

Yo amaba el lustre fascinante de la vida y, aun temiendo, sedujo mi alma el amor propio: no guardes cuentas del pasado.

Si me has librado ahora con tu amor, es que tu Luz me seguirá guiando entre páramos barrizos, cárcavas y

breñales, hasta que la noche huya y con el alba estalle la sonrisa de los ángeles, la que perdí, la que anhelo desde siempre.

(J. H. Newman, *Guítame, Luz buena*).

La Palabra en el corazón de los Padres

Los hijos de Zebedeo apremian a Cristo, diciéndole: Ordena que se siente uno a tu derecha y el otro a tu izquierda. ¿Qué les responde el Señor? Para hacerles ver que lo que piden no tiene nada de espiritual y que, si hubieran sabido lo que pedían, nunca se hubieran atrevido a hacerlo, les dice: No sabéis lo que pedís, es decir: «No sabéis cuán grande, cuán admirable, cuán superior a los mismos coros celestiales es esto que pedís».

Luego añade: ¿Sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber o de bautizaros con el bautismo con el que yo me voy a bautizar? Es como si les dijera: «Vosotros me habláis de honores y de coronas, pero yo os hablo de luchas y fatigas. Éste no es tiempo de premios, ni es ahora cuando se ha de manifestar mi gloria; la vida presente es tiempo de muertes, de guerra y de peligros».

Pero fijémonos cómo la manera de interrogar del Señor equivale a una exhortación y a un aliciente. No dice: «¿Podéis soportar la muerte? ¿Sois capaces de derramar vuestra sangre?», sino que sus palabras son: ¿Sois capaces de beber el cáliz? Y para animarlos a ello, añade: Que yo he de beber; de este modo, la consideración de que se trata del mismo cáliz que ha de beber el Señor había de estimularlos a una respuesta más generosa. Y a su Pasión le da el nombre de «bautismo», para significar, con ello, que sus sufrimientos habían de ser causa de una gran purificación para todo el mundo. Ellos responden: Lo somos. El fervor de su espíritu les

hace dar esta respuesta espontánea, sin saber bien lo que prometen, pero con la esperanza de que de este modo alcanzarán lo que desean.

¿Qué les dice entonces el Señor? El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y os bautizarán con el bautismo con el que yo me voy a bautizar. Grandes son los bienes que les anuncia, esto es: «Seréis dignos del martirio y sufriréis lo mismo que yo. Vuestra vida acabará con una muerte violenta y así seréis partícipes de mi Pasión. Pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para aquellos para quienes lo tiene reservado mi Padre». Después de que ha levantado sus ánimos y ha provocado su magnanimidad, después de que los ha hecho capaces de superar el sufrimiento, entonces es cuando corrige su petición.

Los otros diez se indignaron contra los dos hermanos. Ya veis cuán imperfectos eran todos, tanto aquellos que pretendían una precedencia sobre los otros diez como también los otros diez que envidiaban a sus dos colegas. Pero –como ya dije en otro lugar– si nos fijamos en su conducta posterior, observamos que están ya libres de esta clase de aspiraciones.

El mismo Juan, uno de los protagonistas de este episodio, cede siempre el primer lugar a Pedro, como leemos en los Hechos de los Apóstoles. En cuanto a Santiago, no vivió por mucho tiempo; ya desde el principio se dejó llevar por su gran vehemencia y, apartando a un lado toda aspiración humana, obtuvo muy pronto la gloria inefable del martirio (Juan Crisóstomo, *Homilías*, 65, 2-4).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*El que quiera ser el primero entre vosotros, que sea esclavo de todos*» (Mc 10,44).

Caminar con la Palabra

Podemos señalar dos cosas sorprendentes en el evangelio de hoy. La primera es que dos apóstoles, Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, se dirigen a Jesús y le piden los primeros puestos: «Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda». Hablan de la gloria de Jesús, y quieren compartirla como sus primeros ministros.

La pregunta es sorprendente, porque viene en el evangelio inmediatamente después de la tercera predicción de la Pasión por parte de Jesús: «Mirad, estamos subiendo a Jerusalén y el Hijo del hombre va a ser entregado a los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la ley; lo condenarán a muerte y lo entregarán a los paganos; se burlarán de él, le escupirán, lo azotarán y lo matarán, pero a los tres días resucitará» (Mc 10,33-34). Jesús acaba de anunciar todas las humillaciones y los maltratos que está a punto de padecer y, sin embargo, los dos apóstoles piden los puestos de honor. Están ciegos: no ven el contraste estridente entre su ambición y la predicción de Jesús.

También nosotros nos mostramos así con frecuencia. Jesús se revela a nosotros como alguien que ha padecido la muerte por amor, y nosotros, en cambio, buscamos privilegios, ventajas, satisfacciones personales, somos ambiciosos y queremos ocupar siempre los puestos de honor.

Hay también un segundo motivo de sorpresa. Jesús responde a los dos apóstoles poniéndoles una condición: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?». La expresión «beber la copa» hace pensar en la Pasión de Jesús. En Getsemaní le pide al Padre que, si es posible, aleje de él esa copa, pero se somete a la voluntad del Padre y, al final, acepta beber la copa. El bautismo de Jesús es un bautismo de sangre. Los dos apóstoles responden a la pregunta de Jesús con generosidad y brío: «Podemos».

En este punto anuncia Jesús su martirio: «Beberéis la copa que yo he de beber y seréis bautizados con el bautismo con el que yo voy a ser bautizado». Y, por nuestra parte, nos esperaríamos esta conclusión: «Así tendréis los mejores puestos a mi derecha y a mi izquierda». Jesús ha puesto una condición y ellos la han aceptado; ahora nos esperaríamos que obtuvieran lo que

han pedido. Sin embargo, Jesús concluye así: «Pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado».

El discurso dirigido por Jesús a los dos apóstoles parece una trampa. Los apóstoles parecen atrapados como en un aparente engaño: han aceptado la condición, pero ahora no pueden tener lo que han pedido. Es una gran desilusión para ellos. ¿Cómo comprenderlo?

En realidad, debemos comprenderlo como una gracia. Jesús dio a los dos apóstoles más de lo que habían pedido: los liberó de su ambición egoísta y los hizo partícipes de su amor, les dio unos puestos verdaderamente muy cercanos a él. Ellos habían pedido estar con él en la gloria, y Jesús les hace comprender que lo importante es estar muy cerca de él en el amor, en la generosidad. Ésta es la gracia más importante. El sitio a su derecha o a su izquierda es algo secundario; lo más importante es estar con él en el amor generoso. Jesús les concedió esta gracia a los dos discípulos, liberándolos de su egoísmo e introduciéndolos en el reino de su amor.

El evangelio nos refiere que, «cuando los otros lo oyeron, se enfadaron con Santiago y Juan». Los otros apóstoles se enfadaron porque tenían la misma ambición que Santiago y Juan.

Esto mismo nos pasa también con frecuencia a nosotros. Nos enfadamos por lo que hacen los otros, porque tenemos las mismas pretensiones; nos sentimos contrariados al ver que otros quieren tener lo mismo que también queremos nosotros.

Jesús llamó entonces a todos los apóstoles y les dio una enseñanza muy importante: «Sabéis que los que figuran como jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que sus magnates las oprimen».

El mundo funciona así: hay gente ambiciosa que consigue imponerse, ocupar los puestos de mando y ejerce el poder sobre los otros. «No será así entre vosotros», dice Jesús a sus discípulos. Para ellos vale lo contrario de la mentalidad del mundo. Jesús da la vuelta a esta perspectiva, y dice: «El que quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos». Como ya hiciera en otras ocasiones (cf., por ejemplo, Mc 9,35), dice a los apóstoles en qué consiste la verdadera grandeza, el verdadero valor.

Ver bien como el ciego (Mc 10,46-52)

La verdadera grandeza no consiste en oprimir a los otros con un poder obtenido con la ambición, sino en el servicio, en ponerse a disposición de los otros para ayudarles a vivir una vida bella, digna del hombre. Esto es lo que complace a Dios de verdad y lo que corresponde al modo de vivir del mismo Jesús. Éste concluye, en efecto, su enseñanza con estas palabras: «Pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos».

Si queremos estar con Jesús, debemos ponernos al servicio de los otros, cada uno según sus propias capacidades. No debemos ambicionar estar por encima de los otros, dominarlos, sino estar a su servicio de manera generosa. Jesús ejerció el máximo grado de servicio por nosotros, hasta «dar su vida como rescate por todos». No es posible servir de un modo más completo y más perfecto que como hizo Jesús (A. Vanhoye, «29º domingo del tiempo ordinario», *Las lecturas bíblicas de los domingos. Ciclo B*, Mensajero, Bilbao 2008).

⁴⁶ Llegaron a Jericó. Más tarde, cuando Jesús salía de allí acompañado por sus discípulos y por bastante gente, el hijo de Timeo, Bartimeo, un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino. ⁴⁷ Cuando se enteró de que era Jesús el Nazareno quien pasaba, se puso a gritar:

–¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!

⁴⁸ Muchos le reprendían para que callara. Pero él gritaba todavía más fuerte:

–¡Hijo de David, ten compasión de mí!

⁴⁹ Jesús se detuvo y dijo:

–Llamadlo.

Llamaron entonces al ciego, diciéndole:

–Ánimo, levántate, que te llama.

⁵⁰ Él, arrojando su manto, dio un salto y se acercó a Jesús.

⁵¹ Jesús, dirigiéndose a él, le dijo:

–¿Qué quieres que haga por ti?

El ciego le contestó:

–Maestro, que recobre la vista.

⁵² Jesús le dijo:

–Vete, tu fe te ha salvado.

Y al momento recobró la vista y le siguió por el camino.

La Palabra se ilumina

Todo el fragmento gira en torno a la palabra transformadora de Jesús, que cambia la vida de un hombre

antes ciego y pasivo y que ahora recupera la vista y se pone a caminar con el que le ha curado. En efecto, el ciego de Jericó no ha recibido ni una llamada específica ni una misión particular; el episodio referido a él únicamente demuestra que el encuentro con Jesús promueve a una vida nueva, que es como caminar tras los pasos de Jesús.

El punto de partida de lo sucedido es una de las muchas pobreza que afligen a los hombres: se trata de un hombre ciego. Sabemos su nombre, Bartimeo, y la localidad donde vive, Jericó. Su condición le obliga a mantener una actitud pasiva, estar sentado y vivir al margen: «*estaba sentado junto al camino*» (v. 46). El paso de Jesús le da brío y vitalidad a este hombre, que se pone a gritar, invocando a Jesús que se compadezca de él. El título solemne de «*Hijo de David*» era un atributo mesiánico: el ciego deja entender quién es Jesús para él. El mesías prometido habría de realizar una transformación radical, habría de ser la personificación de la salvación prometida por Dios, que incluía la curación de los ciegos (cf. Is 35,5).

La provocación es fuerte y peligrosa, como encender una mecha. Mejor hacer callar al ciego y garantizar la tranquilidad. Son muchos los que intentan hacerle callar, pero no hay nada que hacer. El ciego es el prototipo de esos seres obstinados que creen firmemente en algo o, mejor, en alguien por el que están dispuestos a dejarlo todo, incluida la vida. Puede ser que Jesús representara para el ciego la última esperanza, su última carta. En todo caso, debemos reconocer que lo apuesta todo por él y se atreve a mucho, superando ampliamente los límites que le imponen su estado y los buenos modales. El ciego grita fuerte hasta hacerse oír por el mismo Jesús, que se detiene. Jesús no es sordo ni de oído ni de corazón, y le manda llamar. Es posible que los mismos que querían hacerle callar se vean obligados a acompañarle ante Jesús. Las palabras de convocación

son ya todo un programa: podríamos traducirlas al pie de la letra de este modo: «*Ánimo, resurge, te llama precisamente a ti*» (v. 49). La invitación a dejar la posición de sentado y a ponerse en movimiento la acoge Bartimeo, prototipo del verdadero discípulo, con entusiasmo. No le importa ya lo que posee, el manto, y lo abandona para irse con Jesús (es éste un gesto que puede recibir un gran significado simbólico).

Las distancias quedan ahora abolidas. Ambos están en presencia el uno del otro, pero uno ve y el otro no. El que ve guía al otro con una palabra simple, obvia, capaz de crear un puente de entendimiento y de familiaridad. Éste es el sentido de la pregunta de Jesús. Él, de una manera divinamente delicada, evita el embarazo del ciego y le plantea una pregunta fácil, obvia, capaz de ponerle a sus anchas, permitiéndole responder con prontitud. El encuentro verbal prepara el encuentro visual. La fe de Bartimeo, en este caso su testaruda constancia, ha producido el milagro.

El fragmento se cierra recordando el camino, el mismo que hasta ahora había albergado a Bartimeo, ciego, sentado, esperando de manera pasiva, y que ahora le encuentra con la vista recuperada y en movimiento siguiendo a Jesús (v. 52). Se trata del camino que recorre Jesús y que sube a Jerusalén, lugar de su muerte y de su resurrección; es el camino de Bartimeo y el de todo cristiano, el único que podemos recorrer, porque está marcado por el paso de Cristo.

La Palabra me ilumina

Hasta el hombre distraído y superficial se da cuenta de que el cielo estrellado, el jardín en flor, la extensión del mar o el pico rocoso son bellos de ver y suscitan admiración. No bastan ni una apreciación estética ni un conocimiento natural. Es preciso ir más allá de lo fenomenológico y lo científico para arribar al origen de

todo. Hacen falta unos ojos limpios capaces de penetrar en el dato exterior y de llegar al «misterio». Los ojos limpios para reconocer esto los abre la bondad misericordiosa de Jesús, que nos ha hecho comprender que Dios es Padre. Él está dispuesto a abrirnos los ojos si, como Bartimeo, somos capaces de gritarle: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!».

Jesús no defrauda nunca a una persona que busca, no traiciona nunca un amor que paga con su persona, no olvida nunca una fidelidad a toda prueba. Jesús contradice la pesimista sentencia de Plauto: «El hombre es un lobo para el hombre». Jesús actúa siguiendo la lógica de Dios y comparte la suerte del hombre, y en cierto modo la hace suya. El problema del ciego se convierte en su problema, su aislamiento le toca de cerca, hasta el punto de que interviene para superarlo. Y la historia se repite hasta el infinito. Jesús nunca se muestra sordo a nuestros problemas, aunque sus tiempos no sean necesariamente los nuestros y sus modalidades sean a menudo diferentes de nuestras expectativas. El profeta lo había dicho con claridad: «*Mis pensamientos no son vuestros pensamientos; vuestros caminos no son mis caminos*» (Is 55,8).

Debemos insistir y confiar. Y hacer como Bartimeo. Él es el ciego que... vio bien, porque se dirigió al que podía resolver su problema. Lo hizo de manera insistente, superando las resistencias de la gente. Obtuvo la visión física, pero también un mayor conocimiento de quién era Jesús, a quien se puso a seguir a continuación: «*Y le siguió por el camino*».

Por lo que respecta a nosotros, lo primero que debemos hacer es convencernos de que estamos ciegos o, al menos, de que tenemos cataratas en los ojos. Necesitamos que el Señor nos restituya la vista para poder ver el bien, para admirar su obra de amor, para ser cada vez más poetas que canten la vida y admiren el cielo, espejo de la belleza y del amor divinos.

La Palabra se convierte en oración

Bendice, alma mía, al Señor:

¡Dios mío, qué grande eres!

Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto.

Extiendes los cielos como una tienda,
construyes tu morada sobre las aguas;
las nubes te sirven de carroza,
avanzas en las olas del viento;
los vientos te sirven de mensajeros;
el fuego llameante, de ministro.

Cuántas son tus obras, Señor,
y todas las hiciste con sabiduría;
la tierra está llena de tus criaturas,
y todas ellas aguardan
que les echés comida a su tiempo:
se la echas y la atrapan;
abres tu mano y se sacian de bienes;
envías tu aliento y los creas,
y repueblas la faz de la tierra.

¡Bendice, alma mía, al Señor! (del Sal 103).

La Palabra en el corazón de los Padres

Recibe a Cristo, recibe la facultad de ver, recibe la luz, para que conozcas a fondo a Dios y al hombre. El Verbo, por el que hemos sido iluminados, es más precioso que el oro, más que el oro fino; más dulce que la miel de un panal que destila. ¿Y cómo no va a ser deseable el que ha iluminado la mente envuelta en tinieblas y ha agudizado los ojos del alma portadores de luz?

Lo mismo que, sin el sol, los demás astros dejarían al mundo sumido en la noche, así también, si no hubiésemos conocido al Verbo y no hubiéramos sido iluminados por él, en nada nos diferenciaríamos de los voláti-

les, que son engordados en la oscuridad y destinados a la matanza. Acojamos, pues, la luz, para poder dar acogida también a Dios. Acojamos la luz y hagámonos discípulos del Señor. Pues él ha hecho esta promesa al Padre: Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. Alábalo, por favor, y cuéntame la fama de tu Padre. Tus palabras me traen la salud. Tu cántico me instruirá. Hasta el presente he andado a la deriva en mi búsqueda de Dios, pero si eres tú, Señor, el que me iluminas y a través de ti encuentro a Dios y recibo al Padre, me convierto en tu coheredero, pues no te avergüenzas de llamarme hermano tuyo.

Pongamos, pues, fin, pongamos fin al olvido de la verdad; despojémonos de la ignorancia y de la oscuridad que, cual nube, ofuscan nuestros ojos, y contemplemos al que es realmente Dios, después de haber hecho subir hasta él esta exclamación: «Salve, oh luz». Una luz del cielo ha brillado ante nosotros, que antes vivíamos como encerrados y sepultados en la tiniebla y sombra de muerte; una luz más clara que el sol y más agradable que la misma vida. Esta luz es la vida eterna y los que de ella participan tienen vida abundante. La noche huye ante esta luz y, como escondiéndose medrosa, cede ante el día del Señor. Esta luz ilumina el universo entero y nada ni nadie puede apagarla; el occidente tenebroso cree en esta luz que llega de oriente.

Es esto lo que nos trae y revela la nueva creación: el Sol de justicia se levanta ahora sobre el universo entero, ilumina por igual a todo el género humano, haciendo que el rocío de la verdad descienda sobre todos, imitando con ello a su Padre, que hace salir el sol sobre todos los hombres. Este Sol de justicia traslada el tenebroso occidente y lo lleva a la claridad del oriente; clava a la muerte en la cruz y la convierte en vida; arranca al hombre de la corrupción y lo encumbra hasta el cielo; cambia la corrupción en incorrupción, y transforma la tierra en cielo. Él, el labrador de Dios, portador de signos

favorables, incita a los pueblos al bien y les recuerda las normas para vivir según la verdad; él nos ha gratificado con una herencia realmente magnífica, divina; él diviniza al hombre mediante una doctrina celestial, metiendo su ley en su pecho y escribiéndola en su corazón. ¿De qué leyes se trata?, porque todos conocerán a Dios, desde el pequeño al grande; les seré propicio –dice Dios– y no recordaré sus pecados.

Recibamos las leyes de vida; obedezcamos la exhortación de Dios. Aprendamos a conocerle, para que nos sea propicio. Ofrezcámosle, aunque no lo necesita, el salario de nuestro reconocimiento, de nuestra docilidad, cual si se tratara del alquiler debido a Dios por nuestra morada aquí en la tierra (Clemente de Alejandría, *Exhortación a los paganos*, cap. 11: PG 8, 230-234).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y medita esta Palabra:

«Él, arrojando su manto, dio un salto y se acercó a Jesús» (Mc 10,50).

Caminar con la Palabra

«¿Qué quieres que haga por ti?». Es casi una llamada que el Señor nos dirige. Jesús actúa en nosotros en la medida de nuestro deseo, en la medida de nuestra fe. El deseo que ofrecemos al Señor es a menudo verdaderamente irrisorio. Nos limitamos a ir tirando. Tenemos ojos y no somos capaces de ver lo esencial de lo que es luz, de lo que es bello. No conseguimos ver ni su rostro ni el de los otros. Tenemos manos, a imagen de Dios, hechas para crear, ¡y qué es lo que no hacemos para destruir o para manipular! Tenemos pies, ciertamente, para ir hacia delante –es un hecho que implica a todo nuestro ser– y, sin embargo, sentimos constantemente la tentación de quedarnos sentados, instalados beatíficamente. Tenemos cabeza –¡qué maravilla!–, ¿y qué hacemos de ella? ¿Sobre qué reflexionamos, admitiendo que seamos capaces de hacerlo alguna vez? Pero

sobre todo tenemos corazón, un corazón que debería amar y que ama muy poco o que no ama en absoluto...

«¿Qué quieres que haga por ti?». Jesús quiere hacer todo por nosotros, pero no puede hacerlo sin nuestra colaboración. Nos ha concedido, como a aquel mendigo ciego, implorar, implorar incesantemente, hasta cavar en nuestro deseo y llegar a su verdad más profunda: «¡Señor! ¡Rabbuni! ¡Señor mío! ¡Haz que recobre la vista, haz que viva!». Éste es precisamente el deseo más profundo de nuestro Dios. Esto es la vida: ¡amarle! Amarle para verle: el amor abre los ojos, y la visión conduce a su vez a amarle cada vez más. ¿Por qué este grito intempestivo por parte del ciego cuando tantos otros mendigos dejaban pasar a la muchedumbre, permaneciendo indiferentes? El hecho es que él había sido prevenido –y nosotros también– por la llamada del Señor, por el deseo profundo de Dios, por su corazón y, en última instancia, por el Espíritu Santo. El ciego, abandonando su propio manto, salta hacia el Señor y se echa a sus pies. Es el gran riesgo que debemos correr: no vemos nada, pero nos lanzamos en la noche porque nos sentimos atraídos hacia él. Y así llegaremos allí, ante él. Ahora estamos en él (J. Corbon, *La gioia del Padre*, Magnano [Bi] 1997, 107-109, *passim*).

¡Bienaventurado borrico!

(Mc 11,1-10)

¹ Cuando se acercaban a Jerusalén, a la altura de Betfagé y Betania, junto al monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos ² con este encargo:

–Id a la aldea de enfrente. Al entrar en ella, encontraréis en seguida un borrico atado, sobre el que nadie ha montado todavía. Soltadlo y traedlo. ³ Y si alguien os pregunta por qué lo hacéis, le decís que el Señor lo necesita y que en seguida lo devolverá.

⁴ Los discípulos fueron, encontraron un borrico atado junto a la puerta, fuera, en la calle, y lo soltaron. ⁵ Algunos de los que estaban allí les preguntaron:

–¿Por qué desatáis el borrico?

⁶ Los discípulos les contestaron como les había dicho Jesús y ellos se lo permitieron. ⁷ Llevaron el borrico, echaron encima sus mantos y Jesús montó sobre él. ⁸ Muchos tendieron sus mantos por el camino y otros hacían lo mismo con ramas que cortaban en el campo. ⁹ Los que iban delante y detrás gritaban:

–¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!
¹⁰ ¡Bendito el reino que viene, el de nuestro padre David!
¡Hosanna en las alturas!

La Palabra se ilumina

Con el capítulo 11 comienza la última sección del relato evangélico de Marcos, antes del hecho capital: el misterio pascual. Tiene aspecto de conclusión. Jesús llega

a Jerusalén, la capital política y religiosa; el viaje ha terminado, su peregrinación ha concluido. Había salido de Galilea, había enseñado a las muchedumbres y realizado muchos signos prodigiosos teniendo siempre a Jerusalén como meta. Ahora ha llegado a ella. Aquí tiene lugar el choque decisivo con el mundo judío. Una serie de controversias caracterizan el clima de fuerte hostilidad. Jesús adopta aquí una nueva metodología: acaba con toda duda y, ya sea con gestos clamorosos y llenos de significado, ya sea con declaraciones públicas y clarísimas, expone su proyecto mesiánico y revela su destino.

El episodio de la entrada en la ciudad saca a la luz el valor de la llegada a Jerusalén, con la inauguración de la fase final. Esta fase final de la vida terrena de Jesús está «preparada» por una escena fuertemente evocadora –tejida con reminiscencias veterotestamentarias; por ejemplo, Zac 9,9s o 2 Re 9,13– que ilumina el significado de los acontecimientos que siguen como un arco triunfal que introduce en lo que viene a continuación. Jesús entra como triunfador en Jerusalén, acogido por una muchedumbre que le vitorea. Todo está meticulosamente preparado y previsto: el borrico está listo para llevar a Jesús (vv. 1-6), que, como verdadero soberano, recibe el tributo de la muchedumbre que extiende los mantos en señal de homenaje reverente y pronuncia frases solemnes (vv. 7-10). Más aún, es el mismo Jesús el que dispone y regula la preparación de la entrada. Indica dónde encontrar un asno, un borrico («*la aldea de enfrente*»), y ordena desatarlo y llevárselo. El animal tiene la característica de no haber sido montado nunca: este detalle indica que tiene algo de sagrado, porque nunca había sido empleado antes para trabajos profanos. Jesús prevé alguna posible objeción por parte de sus dueños y les proporciona la respuesta que deberán dar: «*Que el Señor lo necesita y que en seguida lo devolverá*». Estas palabras desbordan de riqueza teológica. Jesús, al

autocalificarse de «Señor», se identifica con Dios; el borrico es lo único que necesita; no obstante, añade la brevedad del tiempo durante el que va a emplear el animal. El momento triunfal será limitado, simple anticipo de una gloria que, en su plenitud, sólo será posible después de su resurrección.

Más allá de los gestos de los «*muchos*» que estaban presentes en la entrada, son las palabras las que confieren una altísima dignidad a todo el episodio. Aclaman a Jesús con expresiones de alabanza dotadas de un manifiesto carácter litúrgico. La exclamación «*¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!*» recuerda el Sal 118,25s. Y Marcos subraya, con respecto a Mateo y Lucas, el valor mesiánico de la entrada en Jerusalén añadiendo el v. 10a: «*¡Bendito el Reino que viene, el de nuestro padre David!*». Jesús es, por consiguiente, el rey Mesías que hace su entrada triunfal en Jerusalén. En el final, el grito «*¡Hosanna en las alturas!*» equivale a un sonoro «*¡viva Dios!*».

La riqueza teológica del fragmento sirve para hacernos comprender la Pasión: ésta no será el rechazo de un profeta cualquiera por parte de Israel, sino el rechazo del Mesías y Señor; no será la manifestación del coraje indómito de un profeta excepcional que se dirige al martirio, sino el camino glorioso del Hijo de Dios, que expresa también con esto cuánto ama Dios a los hombres y lo que está dispuesto a hacer por ellos.

La Palabra me ilumina

«¡Eres un borrico!», se decía hace algún tiempo en tono de reproche quien había cometido algún error. Hoy, en nuestro mundo y en nuestra cultura, la práctica desaparición de los borricos ha quitado fuerza al dicho. Es algo que está bien. Nuestro episodio desmiente su valor negativo y lo convierte casi en un héroe del relato. Dejando a Jesús el lógico papel de protagonista, el se-

gundo «personaje» que recibe más atención es precisamente él, el borrico. No se le puede reprochar nada –contrariamente al dicho citado– y acaba por convertirse en un pequeño héroe. Se deja desatar, conduce a Jesús, no se muestra recalcitrante a la hora de llevarle en su grupa, le introduce en Jerusalén. Los *hosannas* son, a buen seguro, para Jesús, pero también él se beneficia de ellos, aunque sólo sea porque camina sobre el tapiz formado por los mantos y las ramas que la muchedumbre ha extendido a su paso.

Sin pretender ofender a nadie, me parece una bella imagen del cristiano. Cada uno de nosotros debe sentirse honrado de estar atado con una cadena o una cuerda que nos confina y nos bloquea en un sitio. Jesús ha ordenado liberarnos y nos ha presentado las condiciones: pensemos en el valor del perdón recibido en el sacramento del bautismo, en el de la reconciliación o en otras ocasiones. No sólo hemos sido liberados, sino que hemos sido puestos en condiciones de ser útiles, de hacer algo interesante: Jesús nos llama a su servicio. Ahora bien, no se monta en nosotros, a lo sumo nos sostiene; no se nos pone encima, a lo sumo nos autoriza a subir con él al Padre. Y en la vinculación con él es donde encontramos nuestra dignidad, nuestro valor.

Sería verdaderamente bello, además de deseable, que pudiéramos comportarnos como aquel borrico y hacer entrar a Jesús en la ciudad de los hombres. En nuestra pequeñez, seríamos «cristóforos», «portadores de Cristo», como dice la palabra. Podemos empezar de inmediato dejando espacio a Jesús en nuestro corazón, en nuestra vida. Hasta sin darnos cuenta, nos será posible llevarle a los otros a través de nuestra palabra, de nuestra sonrisa, de nuestra comprensión y solidaridad con los demás. Que éstos nos digan también: «¡Eres un borrico!». Será para nosotros un título de gloria y de orgullo, a condición de ser como el asno del evangelio.

La Palabra se convierte en oración

Concédeme, Señor, ser un borrico que se deje liberar dócilmente de los lazos y de los chanchullos varios, que se deje conducir generosamente por tus discípulos hacia el lugar indicado, que te acoja con paciencia, que te conduzca de manera generosa a donde tú quieras, que desaparezca humildemente y salga de escena cuando ya no sirva. Siempre me quedará la gloria de haberte llevado a ti, que eres el Señor, de haber sido honrado con tu presencia, de haber sido considerado digno de hacer algo por ti, de haberme beneficiado del triunfo que te han tributado. Junto a ti, podré recordarlo también como un triunfo mío. No permitas, Señor, que me olvide de que soy un borrico. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

¿Qué quiere decir «sentado sobre un asno»? El Señor se sentó sobre un asno a fin de que el alma, según el profeta (cf. Sal 48,21), se abaje y se haga semejante a los animales sin razón y de esta manera sea convertida por él, el Verbo de Dios, y sometida a su divinidad. ¿Y qué significa salir a su encuentro con palmas y ramas de olivo? Cuando alguien sale a guerrear contra su enemigo y vuelve victorioso, todos los suyos van a su encuentro con palmas para recibir al vencedor. En efecto, la palma es signo de la victoria. Por otra parte, cuando alguien sufre una injusticia y quiere recurrir a quien le pueda vengar, lleva ramas de olivo, pidiendo e implorando misericordia y auxilio, pues los olivos son un signo de la misericordia. Nosotros también iremos al encuentro de Cristo, nuestro Señor, con palmas, como delante de un vencedor, pues él ha vencido al enemigo por nosotros; y con ramos de olivo, para implorar su misericordia, a fin de que, como ha vencido por nosotros, nosotros también, implorándole, salgamos victoriosos con él; y para

que nos encontremos alzando emblemas de victoria en honor no sólo de la victoria que ha conseguido por nosotros, sino también por la que nosotros vamos a obtener por él, gracias a las oraciones de los santos. Amén (Dorotheo de Gaza, *Insegnamenti spirituali*, 165, Roma 1979, 224s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Medita a menudo y repite esta Palabra:

«¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» (Sal 118,25).

Caminar con la Palabra

Todo en esta escena indica la humildad del Señor. Él cumple una profecía muy pequeña, secundaria en apariencia. Pero al realizar este gesto mínimo resalta su grandeza: porque de este modo llena con su amor hasta la realidad más ínfima. Cumple la voluntad del Padre, y esto es lo más grande. No la cumple sólo a grandes rasgos, en sus grandes líneas, sino hasta en sus más mínimos detalles, y ofrece así una indicación a todos los que quieren seguirle.

Jesús no es sólo el Señor de las grandes realidades, sino también –y no menos– de las pequeñas. Todo gran plan tiene que ser ejecutado en sus detalles. Así como es el comienzo de todo lo que es grande, lo es también de todo lo que es pequeño, de lo pequeño y de lo pequeñísimo que se le propondrá sufrir y llevar a cabo en la Pasión. Y si antes en sus discursos puso más el acento en lo grande, ahora muestra que su gran camino se compone de pequeñísimos pasos y fragmentos. Todos deben verlo y levantar acta.

Todo lo pequeño de la vida de los cristianos participa de lo grande y se vuelve así grande, pero sólo si lo grande se rebaja para hacerse pequeño, cotidiano e insignificante. No por nada el rey del mundo viene «sobre un pollino»: la realidad más elevada en la grupa de lo más insignificante. Por consiguiente, Jerusalén no tiene nada que temer. Su rey aparece animado por un espíritu de extrema humildad. En ese espíritu la realidad más

elevada se reconcilia con la más baja, el miedo con la alegría, así que va al encuentro de su propia humillación llevado en triunfo (A. von Speyr, *I discorsi polemici. San Giovanni*, Milán 1989, 339, *passim*).

Siempre es tiempo de frutos

(Mc 1,11-25)

¹¹ Cuando Jesús entró en Jerusalén, fue al templo y observó todo a su alrededor, pero como ya era tarde, se fue a Betania con los Doce.

¹² Al día siguiente, cuando salieron de Betania, Jesús sintió hambre. ¹³ Al ver de lejos una higuera con hojas, se acercó a ver si encontraba algo en ella. Pero no encontró más que hojas, pues no era tiempo de higos. ¹⁴ Entonces le dijo:

–Que nunca jamás coma nadie fruto de ti.

Sus discípulos lo oyeron.

¹⁵ Cuando llegaron a Jerusalén, Jesús entró en el templo y comenzó a echar a los que vendían y compraban en el templo. Volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendían las palomas, ¹⁶ y no consentía que nadie pasase por el templo llevando cosas. ¹⁷ Luego se puso a enseñar diciéndoles:

–¿No está escrito: *Mi casa será casa de oración para todos los pueblos?* Vosotros, sin embargo, la habéis convertido en *una cueva de ladrones*.

¹⁸ Los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley se enteraron y buscaban el modo de acabar con Jesús, porque le temían, ya que toda la gente estaba asombrada de su enseñanza.

¹⁹ Cuando se hizo de noche, salieron fuera de la ciudad.

²⁰ Cuando a la mañana siguiente pasaron por allí, vieron que la higuera se había secado de raíz. ²¹ Pedro se acordó y dijo a Jesús:

–Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado.

²² Jesús les dijo:

–Tened fe en Dios. ²³ Os aseguro que si uno le dice a este monte: «Quítate de ahí y arrójate al mar», si lo hace sin titubeos en su interior y creyendo que va a suceder lo que dice, lo obtendrá. ²⁴ Por eso os digo: Todo lo que pidáis en vuestra oración, lo obtendréis si tenéis fe en que vais a recibirlo. ²⁵ Y cuando oréis, perdonad si tenéis algo contra alguien, para que también vuestro Padre celestial os perdone vuestras culpas.

La Palabra se ilumina

Jesús deja la Ciudad Santa y se retira hacia Betania con sus discípulos. El Maestro tiene hambre y, viendo una higuera en lontananza, se acerca para buscar algún fruto. Es una esperanza decepcionada, porque sólo hay hojas. El inciso de Marcos es claro: «*Pues no era tiempo de higos*» (v. 13). En consecuencia, suena por lo menos extraña la maldición de Jesús: «*Que nunca jamás coma nadie fruto de ti*» (v. 14). De hecho, la planta se secará, como podrán constatar los discípulos al día siguiente. El episodio sorprende y desconcierta en parte; necesita ser explicado y a este fin atiende la continuación del relato. De momento, mantengamos firmemente este punto: el Mesías no encuentra ningún fruto, aun habiéndolo deseado.

En este punto se inserta el episodio central (vv. 15-19) que muestra el templo en un estado de gran degradación, reducido a un lugar de comercio. Hay mesas de cambistas para permitir cambiar su dinero por moneda local a los judíos que llegaban desde las distintas partes del mundo. No estaba permitido, en efecto, ofrecer monedas con efigies paganas. Están también los puestos de los vendedores de palomas, que constituían una de las ofrendas más frecuentes y más económicas que la gente podía aportar al templo. Jesús vuelca las mesas y los puestos denunciando que ese comercio ha contaminado el sentido del templo. La cita de Is 56,7 reivindica la sacralidad del lugar, dedicado a la oración y no a los negocios. Marcos prolonga, respecto a Mateo y Lucas, la

cita con «*para todos los pueblos*», incluyendo también a los paganos, de suerte que la purificación del templo adquiere valor universal: es la casa común a la que todos pueden acceder, a condición de respetar su sacralidad. El añadido de Jr 7,11 confirma el estado actual de la degradación del templo, reducido a una cueva de ladrones.

La tumultuosa intervención de Jesús no gusta a la autoridad constituida (sumos sacerdotes y maestros de la ley), que quiere eliminar al incómodo profeta; sin embargo, le retiene el miedo a enemistarse con el pueblo, que siente admiración por la enseñanza de Jesús. El episodio, enmarcado por el asunto de la higuera que no produce fruto, se puede leer de este modo: la parte más sagrada de Jerusalén ha dejado de dar frutos, ofreciendo sólo las hojas de una religiosidad formal. Es preciso dar la vuelta a la situación, precisamente como hizo Jesús al volcar las mesas y los puestos de los cambistas y vendedores.

El relato prosigue y vuelve a conectar con el asunto de la higuera seca. Pedro llama la atención del Maestro y tal vez espera una explicación (v. 21). Jesús deja entender que no es posible admitir «tiempos muertos», sin frutos. Su explicación se abre en abanico y fija la atención en el valor de la oración hecha con fe (vv. 22-25). Del mismo modo que su palabra ha producido lo que decía, también la oración hecha con fe abre las puertas de par en par a la concesión divina. La referencia al monte que se traslada al mar constituye un ejemplo paradigmático para expresar que con la oración bien hecha se consigue todo, hasta lo humanamente imposible.

La oración, además de con fe, se debe hacer con un corazón puro, libre de resentimientos o de rencores. El perdón constituye la gran medicina para purificar el corazón y encontrar el camino adecuado para llegar a Dios. Debemos perdonar, para que también seamos per-

donados nosotros. Marcos, como es sabido, no trae la oración del padrenuestro, pero en el v. 25 permite evocar una nota, tal vez la más aguda y necesaria: la del perdón para dar y para recibir.

A la condición infructuosa de la higuera se opone la condición de abundancia de la comunidad, que será fructífera en la medida en que cultive una serena relación con Dios, gracias a la oración confiada y al perdón generoso.

La Palabra me ilumina

Tanto los buenos ejemplos como los malos atraviesan la historia e influyen en las personas. Además de ser destinatario, cada uno de nosotros está sometido también a ejemplos que son buenos.

El evangelio nos propone el «feo» ejemplo de la higuera. Podríamos quedarnos algo desorientados con el comportamiento de Jesús, que «pretende» frutos de la higuera aunque no es tiempo de higos. Sin embargo, no debemos ponernos de parte de la higuera («Pobrecilla, ¿qué ha hecho?»), sino de la de Jesús. Él, en vez de contar una parábola como en tantas otras ocasiones, se sirve de un episodio que seguramente se imprime a fuego en la mente de los discípulos. Se trata de una lección viva. Para comprenderla bien debemos hacer una constatación: nuestro cuerpo necesita alimentos; también nuestro intelecto y nuestro espíritu tienen necesidad de alimentarse. En nuestro caso, la higuera seca sirve para la comprensión de los discípulos, alimenta –por así decirlo– su sensibilidad y su inteligencia. Éstos comprenden la lección: no puede haber tiempos infructuosos. El que no produce está destinado a secarse. El que deja secarse en él la vida ya no es digno de ocupar el terreno y debe ser extirpado como la higuera estéril de Lc 13,6s. Debemos comprender la transposición entre el ejemplo y la aplicación: en el caso de la higuera, obedece a la

naturaleza, al tener una estación fructuosa y otra infructuosa, pero en la vida religiosa del hombre no es admisible una estación sin frutos o de pura formalidad exterior. Y si éste fuera el caso, es preciso cambiar el rumbo, dar la vuelta a la situación (véase la purificación del templo), so pena de una aridez completa. La higuera enseña. Como conclusión, no debemos decir: «¡Pobre higuera!», sino: «¡Pobres de nosotros si mantenemos una conducta estéril!».

Debemos apuntar a una vida rica de fe, capaz de arrancar una vida cristiana desvaída para hacerla fructífera. Y así será en la medida en que dejemos un espacio prolongado a la oración que nos conecta con el Padre que está en el cielo y nos relaciona con los otros, considerándolos como hermanos a los que debemos amar y también perdonar cuando nos hayan ofendido. Éstos son los frutos que espera el Padre y que Jesús nos ayuda a producir, a condición de que permanezcamos estrechamente unidos a él. Nos lo recuerda de un modo claro y perentorio: «*El que permanece unido a mí, como yo estoy unido a él, produce mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada*» (Jn 15,5).

Debemos seguir los buenos ejemplos de los otros, debemos dejar a nuestra espalda una estela luminosa de bien. Seguir a Jesucristo, con fidelidad y amor, es garantía segura de una vida rica de frutos que permanecen.

La Palabra se convierte en oración

Concédenos, Señor, un nombre nuevo: Policarpo. Este nombre significa en griego «mucho fruto». No te lo pedimos como nombre de pila, porque ya tenemos uno. Te lo pedimos como «nombre de batalla», capaz de reflejar lo que hacemos cada día.

Una tentación rastrea nos sugiere ser estacionales, como la higuera: hay un tiempo de fruto y otro sin él.

De este modo, nos resulta fácil mostrarnos fluctuantes en nuestra vida cristiana, siguiendo las lunas, los humores, las mareas altas y las bajas del compromiso. Si nos haces Policarpo, con tu ayuda y guiados por el Espíritu, podremos dar cada día al Padre los frutos de una religiosidad genuina, libre tanto del formalismo como de las incrustaciones de la costumbre, atenta siempre a hacer lo que nos pide la voluntad divina.

Señor, haznos cada vez más Policarpo: no de nombre, sino de hecho. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

Menos de seis meses después de la muerte de sus padres, iba, como de costumbre, de camino hacia la iglesia. Mientras caminaba, iba meditando y reflexionaba cómo los apóstoles lo dejaron todo y siguieron al Salvador (Mt 4,20; 19,27); cómo, según se refiere en los Hechos (4,35-37), la gente vendía lo que tenía y lo ponía a los pies de los apóstoles para su distribución entre los necesitados, y qué grande es la esperanza prometida en los cielos a los que obran así (Ef 1,18; Col 1,5). Pensando estas cosas, entró en la iglesia. Sucedió que en ese momento se estaba leyendo el pasaje, y se escuchó el pasaje en el que el Señor dice al joven rico: Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y dáselo a los pobres; luego, ven, sígueme y tendrás un tesoro en el cielo (Mt 19,21).

Como si Dios le hubiese puesto el recuerdo de los santos y como si la lectura hubiera sido dirigida especialmente a él, Antonio salió inmediatamente de la iglesia y dio la propiedad que tenía de sus antepasados: 80 hectáreas, tierra muy fértil y muy hermosa. No quiso que ni él ni su hermana tuvieran ya nada que ver con ella. Vendió todo lo demás, los bienes muebles que poseía, y entregó a los pobres la considerable suma recibida, dejando sólo un poco para su hermana.

Pero de nuevo entró en la iglesia y escuchó estas palabras del Señor en el evangelio: No os preocupéis por el mañana (Mt 6,34). No pudo soportar mayor espera, sino que fue y distribuyó entre los pobres también esto último (Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*, II, 2-3,1).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Todo lo que pidáis en vuestra oración, lo obtendréis si tenéis fe en que vais a recibirlo» (Mc 11,24).

Caminar con la Palabra

¿Jesús es duro o tierno? Yo sólo sé que es verdadero; es lo que debe ser. Su actitud está dominada por un sentimiento que constituye el fondo de su ser y de su vida y, al mismo tiempo, es la razón de su venida aquí abajo. Quiere la gloria de su Padre. Esta gloria se ve ultrajada en este templo de Jerusalén que es, en Tierra Santa, la casa de Dios por excelencia. Dios entra en el templo de Dios, la verdadera Luz ilumina estos muros. Seres de un día, que no le dedican ni un pensamiento ni una mirada, están todos abocados a la nada: hablan, ven, se engañan mutuamente, como en el mercado. El espantoso contraste le hiere el corazón, vacía todo su ser, arma sus manos. De ahí resulta una fuerza física y moral al mismo tiempo, un movimiento pleno de todo el ser, que es irresistible. Frente a él, todas estas personas que viven únicamente en la superficie de sí mismas se sienten aterrorizadas, destrozadas, literalmente destrozadas, trituradas, expulsadas –tanto ellas como sus mercancías– del templo o volcadas por tierra. El Hijo de Dios quita del templo todo lo que no está en su sitio, quita de las almas las tinieblas que hacen de pantalla a la Luz. Restituye a su Padre lo que los hombres le sus-traen: su casa y su honor en esta casa.

No se condena a los hombres, sino que se les ilumina. Se ven sorprendidos por recibir la Luz; se sacrifican intereses inferiores y pasajeros en pos del interés superior de Dios y en pos del verdadero interés de los hombres, que se confunde con el de Dios.

Jesús no vacila, no retrocede: ni ante este sacrificio, ni ante las resistencias que prevé, ni ante las consecuencias que tendrá para él o para aquellos a los que ilumina. Se percibe de inmediato que para él cuenta una sola cosa: la gloria divina, la manifestación de un Ser que está por encima de todo y que como tal debe ser tratado. Jesús no ve más que esto y se compromete con todo su ser en esta obra que es la suya (A. Guillerand, *San Giovanni. Una lettura spirituale del quarto vangelo*, Cinisello B. [Mi] 1995, 165s, *passim*).

Preguntas sensatas para tener respuestas pertinentes

(Mc 11,27-33)

²⁷ Llegaron de nuevo a Jerusalén y, mientras Jesús paseaba por el templo, se le acercaron los jefes de los sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos, ²⁸ y le dijeron:

–¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Quién te ha dado autoridad para actuar así?

²⁹ Jesús les respondió:

–También yo os voy a hacer una pregunta. Si me contestáis os diré con qué autoridad hago yo esto. ³⁰ ¿De dónde procedía el bautismo de Juan: de Dios o de los hombres? Contestadme.

³¹ Ellos discurrían entre sí y comentaban:

–Si decimos que de Dios, dirá: Entonces, ¿por qué no le creísteis? ³² Pero ¿cómo vamos a responder que era de los hombres?

Tenían miedo a la gente, porque todos consideraban a Juan como profeta. ³³ Así que respondieron a Jesús:

–No sabemos.

Jesús les contestó:

–Pues tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto.

La Palabra se ilumina

En Jerusalén, en los días que preceden a la Pasión, se multiplican las controversias entre Jesús y sus adversarios. Más aún, la polémica entre Jesús y sus adversarios –«los jefes de los sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos», esto es, miembros de los tres grupos que for-

man el Sanedrín, la suprema autoridad religiosa y civil de Israel— se pone al rojo vivo: la purificación del templo llevada a cabo por el profeta de Nazaret había provocado una reacción de hostilidad, que aflora en el presente fragmento. La autoridad judía —que, por otra parte, no había podido arrestar a Jesús en aquella ocasión por miedo a la muchedumbre—, molesta a buen seguro por su comportamiento, tan fuera de los esquemas habituales, intenta deslegitimar su acción sembrando el descrédito de la duda. El comportamiento de Jesús es ilícito, o al menos no está autorizado. Por eso le piden las credenciales. Su duda, de naturaleza jurídica, versa sobre la *potestas* para realizar determinadas acciones. De esta autoridad se deriva algo de la identidad profunda de Jesús. La pregunta versa, por consiguiente, sobre un punto crucial.

Jesús no responde directamente a la pregunta, sino que plantea una contrapregunta. Condiciona su respuesta a la de sus adversarios: «¿De dónde procedía el bautismo de Juan: de Dios o de los hombres?» (v. 30). La reacción de Jesús no nace de un espíritu polémico, ni es un intento de ganar tiempo. Pretende ayudar a aquellas personas a captar la unidad profunda del proyecto de Dios, el que parte de la ley del Antiguo Testamento, pasa a través de la preparación de Juan, que hace de cojine entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, y llega a él, a Jesús, revelador último y definitivo del amor salvífico del Padre. A los que vivían de una manera fragmentaria y con frecuencia sectaria la experiencia religiosa, Jesús les propone una visión armónica, en la que todo tiene sentido y concurre a la comprensión del plan divino. La autoridad de Jesús se inserta en la trama de este plan unitario de Dios. Acoger a Juan y su mensaje equivalía a una adecuada preparación para el encuentro con Cristo. Hay quienes han aprovechado y quienes, por el contrario, han desdeñado esa oferta. De ahí la pregunta de Jesús, de la que hace depender la justificación de lo que

él ha hecho. El objeto versa sobre la importancia del bautismo y, en consecuencia, de toda la obra de Juan. ¿Era ese bautismo de origen divino («de Dios») o era simplemente de naturaleza humana? Dicho con otras palabras: ¿era Juan un enviado de Dios o no?

La pregunta es seca y fulminante, sin vía de escapatória. Sus adversarios, clavados al leño de su culpabilidad, lo comprenden bien. El lector se ve conducido al seno de su conciencia, al lugar donde se consuman las grandes decisiones de la vida: al mundo interior de sus razonamientos. Si hubieran declarado el origen divino del bautismo de Juan, habrían sido culpables de negligencia; si lo hubieran considerado de naturaleza humana, habrían padecido la ira de la muchedumbre, que lo tenía por profeta; por consiguiente, por un hombre de Dios. El «no sabemos» que responden (v. 33) es una evasiva, una falsedad en la que nadie cree. Más que una respuesta, es una vil escapatória que les impide tomar una postura clara. Como no han cumplido la condición puesta por Jesús, tampoco él les da razón del origen de su autoridad.

Los adversarios no salen a la par. Han sido derrotados por su misma mentira: su fallida toma de posición, además de signo de vileza, es la admisión tácita de que no están integrados en los circuitos de la salvación, porque son extraños al proyecto de Dios. Son hombres de la ley, no discípulos que siguen el itinerario de la fe. Se quedan, por consiguiente, en la periferia y, como son incapaces de llegar al centro, acaban por perderse en el dédalo de razonamientos vacíos.

La Palabra me ilumina

Los enemigos de Jesús son unos insensatos, porque no se dan cuenta de que están en contacto con la sabiduría hecha hombre en la persona de Jesús. En vez de dejarse iluminar por él, prefieren tenderle continuas

trampas con el intento, siempre vano y desastroso, de cogerle en fallo. Los enanos contra el gigante... El resultado, ridículo y hasta cómico, es quedar atrapados en su misma red. Son dos veces ignorantes: plantean preguntas insensatas y no saben responder a preguntas sencillas. Para ser más precisos, no quieren responder, porque su admisión se volvería en contra de ellos como un bumerán, y, en consecuencia, se limitan a decir: «*No sabemos*». ¡Embusteros! Sí que saben, pero prefieren «no saber». Son incapaces de dejarse guiar por una mano amiga, por un pastor solícito, por un hombre que tiene la excepcionalidad de ser también Dios. Son ignorantes que se obstinan en su ignorancia. Pierden una vez más la gran ocasión de encontrar la Sabiduría y dejarse fascinar por ella, en vistas a una transformación radical.

Su nefasto itinerario corre el riesgo de ser el espejo del nuestro o, al menos, de algunas de nuestras actitudes. Puede habernos sucedido o nos puede suceder que prefiramos los senderos tortuosos de razonamientos oscuros y bizantinos en vez de acoger humildemente y con gratitud la luz de la evidencia. La luz excluye la tiniebla, la torpeza, la malicia de un hablar falso. Vivir en la luz es no temer a la verdad que se manifiesta en el fondo de nuestra recta conciencia. A fin de evitar el error de los enemigos de Jesús y encontrarnos como ellos en la periferia de la verdad, hagamos nuestra la exhortación del abad san Columbano: «Busca, pues, el conocimiento supremo no con disquisiciones verbales, sino con la perfección de una buena conducta. No con palabras, sino con la fe que procede de un corazón sencillo y que no es fruto de una argumentación basada en una sabiduría irreverente».

La Palabra se convierte en oración

Señor, leí un día que se había fijado en los tres años la edad del «porqué». No creo demasiado en ello. Cada

día tenemos la necesidad de plantear preguntas para ampliar nuestros conocimientos, para subir progresivamente los escalones de la verdad, para entrar en el secreto de mi mundo y del tuyo. Sé también que es posible plantear preguntas tontas, o bien indiscretas, que pretenden colarse en las conciencias ajenas para sonsacarles sus secretos, o bien preguntas fraudulentas, que intentan robar la semilla de la verdad e inocular el virus de la duda, o bien preguntas que hacen perder el tiempo. De semejantes preguntas líbrame Señor. No permitas que me esclavicen y, sobre todo, no permitas que salgan de mi boca.

Te pido que prolongues hasta el infinito mi edad de los «porqués». Ayúdame, no obstante, a plantear preguntas sensatas e inteligentes, capaces de indagar mi misterio y el tuyo, el que se esconde en el fondo de mi conciencia y el que me abre a ti. Sólo así tendré la alegría de oírte responder. Entonces mi mente quedará inundada de luz, mi corazón se estremecerá por la verdad, mi existencia dará un salto en la madurez. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

El Señor podía rebatir, con una respuesta clara, la calumnia de los hombres que habían venido a tentarle, pero les interroga sabiamente a fin de que sean condenados o por su silencio o por su respuesta. [...] «*Así que respondieron a Jesús: "No sabemos". Jesús les contestó: "Pues tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto"*». No os lo digo porque sé que vosotros no queréis confesar lo que sabéis. Justamente derrotados y confundidos se marcharon, cumpliendo así lo que dice Dios Padre en el salmo por boca del profeta: «*He preparado una lámpara para mi Cristo [es decir, Juan] y cubriré de confusión a sus enemigos*».

Debemos observar que, sobre todo en dos casos, hemos de ocultar el conocimiento de la verdad a quien la

pide: cuando el que la pide es poco capaz de entender lo que pregunta o bien cuando es indigno de aprender lo que pregunta porque odia o desprecia la verdad. En el primero de estos casos dice el Señor: «*Tendría que deciros muchas más cosas, pero no podríais entenderlas ahora*» (Jn 16,12), mientras que en el otro caso ordena a los discípulos: «*No deis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas a los cerdos*» (Mt 7,6) (Beda el Venerable, *Comentario al Vangelo di Marco*, III, Roma 1970, 78-80).

Para custodiar y vivir la Palabra

Responde a menudo a esta pregunta:

«*¿De dónde procedía el bautismo de Juan: de Dios o de los hombres?*» (Mc 11,30).

Caminar con la Palabra

Si nos representáramos la actitud de Jesús tal como resulta del relato evangélico sobre los últimos días, advertiríamos en él la revelación definitiva a propósito del ser de Jesús. Ninguna tensión en la persecución de una meta. Ninguna fiebre en *trabajar* por el mero gusto de trabajar sin tregua. Ninguna *lucha* en el sentido común de la palabra. El ánimo de Jesús es todo mansedumbre. Dice lo que tiene que decir. Es inexorable, pero el motivo no es otro que el amor a la causa. No habla con imprecisiones, sino que dice las cosas tal como se deben decir en función de las exigencias interiores. No ataca, pero tampoco esquiva. No *espera* nada de lo que sería lícito esperar desde el punto de vista humano, y por eso tampoco tiene miedo de nada. El alma de Jesús está libre de todo temor no porque sea naturalmente intrépida, sino porque el corazón de su espíritu está por encima de todo lo que se puede temer. Por el mismo motivo, tampoco se le puede llamar intrépido en sentido humano. Se limita a ser libre, completamente libre para el deber de cada momento. Y lleva a cabo este deber con una paz y una nobleza incomprensibles. De este modo, podríamos impulsar todavía durante mucho tiempo el *sí* y el *no*: no saldría sino reforzado lo que

ya es evidente, o sea, que lo que ya está actuando no se mueve entre medidas humanas. Es, ciertamente, un espíritu humano que piensa; una voluntad humana que quiere; un corazón, el más ardiente, el más generoso, el más profundo, que late, pero salido de una fuente y desarrollado por una fuerza que están por encima de todo esto y le confieren un carácter que nosotros, humanamente, ya no estamos en condiciones de comprender. La voluntad de Dios se cumple, y Jesús quiere esta voluntad (R. Guardini, *Il Signore. Riflessioni sulla persona e sulla vita di Gesù*, Milán 1977, 427, *passim* [edición española: *El Señor*, Cristiandad, Madrid 2002]).

La vida: un obstinado «a pesar de todo...» (Mc 12,1-12)

¹ Entonces Jesús les contó esta parábola:

–Un hombre plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó un lagar y edificó una torre. Después la arrendó a unos labradores y se ausentó. ² A su debido tiempo, envió un siervo a los labradores para que le dieran la parte correspondiente de los frutos de la viña. ³ Pero ellos lo agarraron, lo golpearon y lo despidieron con las manos vacías. ⁴ Volvió a enviarles otro siervo. A éste lo descalabraron y lo ultrajaron. ⁵ Todavía les envió otro, y lo mataron. Y otros muchos, a los que golpearon o mataron. ⁶ Finalmente, cuando ya sólo le quedaba su hijo querido, se lo envió, pensando: «A mi hijo lo respetarán». ⁷ Pero aquellos labradores se dijeron: «Éste es el heredero. Matémoslo y será nuestra la herencia». ⁸ Y echándole mano, lo mataron y lo arrojaron fuera de la viña.

⁹ ¿Qué hará, pues, el dueño de la viña? Vendrá, acabará con los labradores y dará la viña a otros.

¹⁰ ¿No habéis leído este texto de la Escritura:

La piedra que rechazaron

los constructores

se ha convertido en piedra angular;

¹¹ esto es obra del Señor,

y es admirable ante nuestros ojos?

¹² Sus adversarios estaban deseando echarle mano, porque se dieron cuenta de que Jesús había dicho la parábola por ellos. Sin embargo, lo dejaron y se marcharon, porque tenían miedo de la gente.

La Palabra se ilumina

En la presente perícopa, íntimamente conectada con la precedente, encontramos de manera sucesiva, en primer lugar, una parábola que muestra la furia homicida de los labradores, que llegan a eliminar al hijo del dueño (vv. 1-8); después, una pregunta y su correspondiente respuesta sobre la venganza del dueño (v. 9); si bien el resultado es un páramo desolado de muertos, a pesar de todo, la afirmación final corresponde a la vida (vv. 10s). En todo caso, el tono es ásperamente polémico: en la controversia precedente resonaba la condena del judaísmo oficial de una manera indirecta, mientras que ahora la toma de posición de Jesús es clara: es un juicio inexorable de condena.

Jesús se sirve en la parábola inicial de un ejemplo fácilmente documentable en su tiempo y en su ambiente, donde el cultivo de las viñas era una buena inversión. Una serie de detalles –la cerca protectora, el lagar para la vendimia, la torre para depósito de los utensilios y alojamiento provisional del guardián– denotan el cuidado del dueño y las expectativas de esta viña (v. 1). La descripción recuerda muy de cerca al célebre canto de la viña de Is 5,1-7, que trataba del apasionado amor de Dios por su pueblo y la respuesta gravemente negativa de éste. Tan amoroso cuidado no había conseguido nada positivo a cambio.

Nuestro texto se muestra todavía más explícito al denunciar y condenar la maldad. De manera sucesiva, se envía uno tras otro a tres siervos, después a muchos y, al final, al hijo. El trato que se les reserva es insolente y macabro, en un terrible *crescendo* negativo: al primer siervo lo golpearon, al segundo lo descalabraron y al tercero lo mataron. El objetivo sigue siendo siempre el mismo: no darle al dueño el fruto que le corresponde. Nótese que el envío del hijo amado por parte del dueño de la viña (v. 6) representa algo excepcional, encerrado

en las palabras de un dueño que es sobre todo padre: «A mi hijo lo respetarán». A tanta esperanza confiada se opone la motivación de los malvados, que salen al descubierto revelando sus secretas intenciones: «Éste es el heredero. Matémoslo y será nuestra la herencia» (v. 7). Se hace partícipe al lector de los sentimientos profundos de ambas partes: la ternura del padre y la voluntad homicida de los labradores, que cumplen su plan asesino. Frente a esto, la grave decisión del dueño (v. 9) tiene que ser leída no como simple venganza, sino como restablecimiento de la justicia: el mal no puede ni debe tener la última palabra. Aparece un primer y tímido signo de cambio en la viña, que pasa a otros que, se supone, darán los frutos debidos.

Es tarea de la cita bíblica (se menciona el Sal 117) cambiar la orientación del relato: hasta ahora el mal había salido vencedor; la negatividad se había ensañado, anulando todo intento del bien; de ahora en adelante vuelve a florecer el bien sobre las cenizas del mal. Lo que había sido descartado (o matado, según la parábola) vuelve a ser empleado (vuelve a la vida) gracias a la intervención de Dios: es un hecho «*admirable*» a los ojos del salmista y de toda la humanidad. La parábola que hasta ahora contaba la atormentada historia del Israel, que mataba a sus profetas y que llegará a matar al Mesías, al Hijo de Dios, se convierte en el escenario del triunfo pascual: la vida vence a la muerte.

La Palabra me ilumina

La parábola ha descrito toda la vida de Jesús y, en ella, toda la historia de la salvación: el amor de Dios, el rechazo de los hombres, el juicio, la imparables victoria del plan de Dios. El discurso de Jesús nos tonifica, aunque en apariencia parezca construido sobre las notas de una retirada humillante. Mantener la serenidad y el equilibrio cuando los problemas nos rodean por todas

partes e intentan aplastarnos, resulta difícil y, en ocasiones, nos ponen al límite del heroísmo.

Propongamos a recorrer algunas etapas de la parábola insertando un monótono «a pesar de que». Veremos entonces que el dueño envía al segundo siervo *a pesar de que* los labradores habían golpeado al primero y se habían negado a saldar su deuda; envía al tercero *a pesar de que* el segundo había sido descalabrado e insultado; envía a otros siervos *a pesar de que* habían matado al tercero; al final, envía al hijo amado *a pesar de que* todos los siervos precedentes habían sido maltratados o matados. En conclusión, el texto autoriza a inferir que la vida ha salido vencedora («*La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en piedra angular*», es decir, en piedra fundamental de cohesión) *a pesar de que* el hijo amado haya sido matado y echado fuera. El dueño tenía razón al continuar creyendo, aunque los hechos le desmintieran de una manera clamorosa y continua. Con la actitud casi inverosímil del patrón, Jesús pone de relieve la paciencia, la obstinación, la iniciativa incansable, la misericordia irreductible de Dios, que vuelve siempre hacia Israel –y hacia nosotros– a pesar de las infamias.

A ejemplo de aquel dueño, figura de Dios Padre, debemos recobrar una confianza granítica en la fuerza del bien. También nosotros debemos insertar algún útil «a pesar de» más: la vida es bella *a pesar de* las inevitables dificultades y crisis; el mundo se desarrolla *a pesar de* tantas bolsas de pobreza; sentimos el anhelo de lo divino *a pesar de* nuestro apego morboso a la tierra; somos hijos de Dios *a pesar de que* estamos hechizados por la tentación y de que no rara vez caemos en ella; todos estamos llamados a la santidad *a pesar de* nuestro prolongado anclaje en el pecado... En suma: tenemos verdaderos motivos para esperar *a pesar de que* muchas veces estamos envueltos en el pesimismo.

La Palabra se convierte en oración

Gracias, Señor, por ponernos una inyección de confianza. Gracias, sobre todo, porque usas «armas des-puntadas», siguiendo tu estilo. Te sirves de la muerte para vencer a la vida, de la pobreza para humillar a la riqueza, de la nada para ensombrecer el todo. Y nos aseguras que tu amor es más fuerte que nuestro egoísmo. Fortalecidos con estas certezas, concédenos insertar en nuestras vidas algún «a pesar de que» más. Así sabremos vislumbrar el inmenso bien que hay en nosotros, en los otros, en el mundo, un bien que es el reflejo multiforme de tu omnipresencia. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

El nombre de «piedra» dado a Cristo (Mc 12,10) nos ayuda en lo que respecta a la firmeza y la inmutabilidad de nuestra vida virtuosa, nuestra firmeza a la hora de soportar los sufrimientos y el deber que tenemos de mostrar dura e inflexible nuestra alma frente a todos los asaltos del pecado; de este modo, también nosotros llegaremos a ser piedras, imitando, en lo que es posible a nuestra naturaleza mudable, el carácter inflexible e inmutable del Señor.

Y si el divino arquitecto llama siempre a Cristo fundamento de la fe (1 Cor 10,4) y vértice del ángulo (Mc 12,10), tampoco estos dos nombres se revelan inútiles en la construcción de la vida virtuosa, puesto que nos enseñan que el Señor es el principio y el fin de toda buena acción y de toda enseñanza buena.

Él es la esperanza –en esto nos hace pensar la palabra «vértice», hacia la cual dirigen sus miradas todas las acciones virtuosas–, y el comienzo de la alta construcción de nuestra vida, semejante a la de una torre, es nuestra fe en él. Sobre ella ponemos el principio de nuestra vida como un fundamento, y regulamos nuestros pensamien-

tos y nuestras acciones también según los actos virtuosos de todos los días, de suerte que el vértice de todas las cosas se convierte asimismo en nuestro vértice: gracias a la unión que se verifica en el ángulo, éste se adapta a los dos lados de nuestra vida, el relacionado con el cuerpo y el relacionado con el alma, que la compostura y la pureza ayudan a construir (Gregorio de Nisa, *La perfezione cristiana*, Roma 1979, 96s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo esta pregunta y medita sobre ella:

«¿Qué hará, pues, el dueño de la viña?» (Mc 12,9).

Caminar con la Palabra

Cristo, revelación del amor del Padre, fue odiado y al final condenado precisamente por el hecho de ser Hijo del Padre. Casi da la impresión de que el amor está destinado a suscitar odio, incluso que esto es una característica que marca al amor de Dios. En efecto, dado que el amor de Dios es la santidad de Dios, su perfección, no puede coexistir con el mal. Y puesto que el amor intenta englobarlo todo, abarcarlo todo y vencer al mal, éste se pone de manifiesto y reacciona. Cristo vino al mundo para revelar el amor del Padre y, a través de este amor, suscitar en los hombres el amor a Dios. Se trata de un movimiento muy bello, aunque también muy trágico. Cristo suscita el amor en los hombres, pero este amor nace sólo después de la crucifixión, es decir, después de que se haya desencadenado tal violencia para matarle. Eso es lo que expresa el icono del descenso de la cruz: sólo después de que el hombre haya respondido con la violencia al amor de Dios, sólo después de que Dios haya llegado a padecer por amor el sufrimiento y la muerte, sólo entonces, frente al cuerpo muerto de Cristo, es capaz el hombre de realizar un gesto de amor a Dios, envolviendo en la ternura su cuerpo muerto. Es como si el amor venciera al mal a través del odio que se le desencadena en contra, pero al que logra neutralizar. El amor neutraliza este odio y, de este modo, lo vence, a fin de que se realice el amor en plenitud. El odio es en el fondo una especie

de perversión del amor. Y dado que el amor engendra la vida, el odio produce la muerte. La muerte sólo puede ser vencida por alguien capaz de neutralizarla, de dejarse penetrar por la muerte, de morir y tener, a continuación, la energía para revivir o ser revivificado. De este modo, no sólo queda vencida la muerte, sino exterminado su poder, y el odio que la ha producido vuelve al amor (M. I. Rupnik, «*Cerco i miei fratelli*». *Lectio divina su Giuseppe d'Egitto*, Roma 1998, 10s [edición española: *Busco a mis hermanos. Lectio divina sobre José de Egipto*, PPC, Madrid 2000]).

No un «o... o...»
y más que un «y... y...»
(Mc 12,13-17)

¹³ Le enviaron entonces unos fariseos y unos herodianos con el fin de cazarlo en alguna palabra. ¹⁴ Llegaron éstos y le dijeron:

–Maestro, sabemos que eres sincero y que no te dejas influir por nadie, pues no miras la condición de las personas, sino que enseñas con verdad el camino de Dios. ¿Estamos obligados a pagar tributo al César o no? ¿Lo pagamos o no lo pagamos?

¹⁵ Jesús, dándose cuenta de su mala intención, les contestó:

–¿Por qué me ponéis a prueba? Traedme una moneda para que la vea.

¹⁶ Se la llevaron, y les preguntó:

–¿De quién son esta imagen y esta inscripción?

Le contestaron:

–Del César.

¹⁷ Jesús les dijo:

–Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Esta respuesta los dejó asombrados.

La Palabra se ilumina

La relación entre Jesús y sus adversarios, ya tensa desde el comienzo de su vida pública, se pone al rojo vivo: la atmósfera está cargadísima. Las palabras iniciales de los adversarios tienen una pátina de cortesía, tal

vez con la intención de ganarse una atención de primer plano. Le dan a Jesús el pomposo título de «maestro», le reconocen como hombre «sincero», absolutamente autónomo en sus juicios y capaz de enseñar «el camino de Dios». A continuación, las palabras seductoras dejan su sitio inmediatamente a las insidiosas. La trampa está preparada para dispararse: «¿Estamos obligados a pagar tributo al César o no? ¿Lo pagamos o no lo pagamos?» (v. 14). Le piden a Jesús que tome una posición precisa y personal sobre un tema candente, el tributo al César (o sea, al emperador de Roma, al ocupante pagano).

La cuestión, más que fiscal o financiera, era política y teológica: el judío que reconocía la autoridad del César ponía en duda su propia sumisión a Dios. El tributo se parecía, en efecto, al que cada judío estaba obligado a pagar al templo (cf. Mt 17,24): en la pregunta planteada a Jesús subyace el equívoco de intercambiar un pago puramente fiscal por un tributo religioso. Había suficiente material para elaborar una peligrosa mezcla explosiva: faltaba poco para que la situación estallara, con unas consecuencias no fácilmente previsibles.

Jesús, retado a manifestar su opinión personal, percibe de inmediato el engaño («dándose cuenta de su mala intención»: v. 15) y lo hace aflorar con esta pregunta: «¿Por qué me ponéis a prueba?». Traslada, a continuación, la pregunta del plano puramente teórico al práctico pidiendo una moneda. Enseguida le presentan un «denario», una moneda de plata del Imperio, con la que se pagaba el tributo al emperador en las provincias. Ahora, siguiendo la técnica de la controversia, Jesús plantea una contrapregunta sobre la identidad de la efigie y de la inscripción, los dos signos inequívocos de pertenencia.

La imagen era, en efecto, la del emperador Tiberio, adornada con una corona de laurel típica de la dignidad divina. Suya era asimismo la inscripción que le procla-

maba «hijo del divino Augusto» y «sumo pontífice». En este punto da Jesús la respuesta completa, construida de una manera simétrica: «Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (v. 17). La respuesta salomónica de Jesús coge desprevenidos a sus adversarios, que se quedan maravillados con él. Querían tenderle un lazo y han sido ellos los que han quedado atrapados por la palabra de la verdad, la que fija a la evidencia de una lógica que supera la miopía humana.

Al *aut... aut* de la pregunta parece hacer de contrapunto el *et... et* de la respuesta. La cosa no convence del todo. El problema no se resuelve proponiendo simplemente una paridad. Jesús, como en otros muchos casos, no se limita a resolver una cuestión, aunque sea espionosa, sino que abre unas perspectivas inéditas e impensables hasta entonces. No era la cuestión teórica de la licitud del poder político, sino su persona, lo que constituía el objeto, no declarado, de la controversia. La respuesta de Jesús sorprende porque, en primer lugar, desvanece la ilusión de que una lucha contra la autoridad política sea suficiente para volver a dar brío a la anémica vida espiritual del pueblo. El derecho del César existe, y tiene que ser honrado.

En segundo lugar, sorprende porque Jesús pide ir más allá y habla del derecho de Dios. Reivindica para éste el primer lugar. El derecho de Dios trae consigo la exigencia de respetar el derecho del emperador. Dios sigue siendo, en cualquier caso, el primero, y fundamenta el derecho del hombre. De ahí deriva que, en caso de conflicto, se deberá salvaguardar el derecho de Dios. La novedad brota, por tanto, de la capacidad de Jesús para una visión «holística» de la realidad y de su sensibilidad para referirlo todo a Dios. Su vida certifica y confirma lo que expresó con sus palabras. Por eso este fragmento deja aparecer la sutileza cristológica, que supera con mucho la cuestión, ocasional y marginal, de pagar o no el tributo al César.

La Palabra me ilumina

Jesús toma como motivo el controvertido tema de pagar los tributos al emperador para afirmar el primado de Dios, sin desatender por ello las obligaciones civiles. Entre las muchas posibles, vamos a entresacar una enseñanza en particular: la libertad de formular el propio pensamiento.

Jesús demuestra ser un hombre interiormente libre, ajeno a cualquier dependencia servil, desconectado de cualquier condicionamiento, capaz de expresar con una claridad absoluta y sin rémoras su propio juicio sobre hechos y personas. Sus adversarios se ven casi obligados por las circunstancias a reconocerle esa prerrogativa. El cristiano es alguien que, como su Señor, no conoce –como diría J. Maritain– «la genuflexión al mundo», porque es capaz de valorar los hechos y a las personas con el parámetro del Evangelio. Y aunque la libertad de expresar con claridad y exactitud no sea hoy una prerrogativa reconocida de manera inmediata, ni al cristiano como individuo, ni a la Iglesia como institución, los cristianos debemos conservar el derecho a hablar, a expresar nuestra opinión. Lo haremos con una educación respetuosa, con el sentido cívico que nos viene del pluralismo, pero también con la serena convicción de tener algo que decir a los otros, porque lo tomamos de la fuente no ideologizada de la Palabra de Dios.

Jesús educa para tener una visión de conjunto. La historia de la salvación arraiga al creyente en el orden concreto de la vida diaria, le hace jugar al ataque y no a la defensa, le compromete con la construcción de la ciudad terrena y le confiere la «doble ciudadanía»: la terrena y la celestial. Para ser de verdad buenos cristianos, debemos ser también ciudadanos honestos, respetuosos con la autoridad, dispuestos a colaborar en favor de la ciudad del hombre, conscientes de que ésta es una modalidad correcta de construir la ciudad de Dios.

La Palabra se convierte en oración

Espíritu Santo, te damos gracias por habernos llamado a ser instrumentos tuyos en la construcción de un mundo nuevo. Inflámanos con tu fuego para que seamos capaces de inflamar; ilumínanos con tu luz para que seamos capaces de iluminar; muéstranos el camino para que lo recorramos y lo mostremos a los compañeros de viaje. Sé tú el único que nos sugiera la palabra, el gesto, el pensamiento, la decisión que quieres hacer tomar a quien llamas. Concédenos descubrir tu voluntad en nosotros.

Que nuestra colaboración en tu misión de anunciar la Buena Noticia sea tan persuasiva que engendre discípulos entusiastas de tu mensaje. Que nuestra alegría y la belleza de contemplar tu rostro sean tan transparentes que revelen la llamada que has puesto en nuestros corazones. Que nuestra entrega a los pobres y a los pequeños sea tan apasionada que transmita tus designios de amor a los que esperan desde hace tiempo nuestro servicio. Así tendremos la alegría de sentirnos útiles en este mundo, mientras esperamos tu recompensa en el cielo. Amén.

La Palabra en el corazón de los Padres

En cuanto a los tributos y contribuciones, nosotros antes que nadie procuramos pagarlos a quienes vosotros habéis designado para ello en todas partes: así se nos enseñó. Cuando se le acercaron algunos para preguntarle si había que pagar el tributo al César, él respondió: ¿De quién son esta imagen y esta inscripción? Le respondieron: Del César. Entonces les dijo: Dad, pues, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios (Mt 22, 20-21). Por eso, sólo adoramos a Dios, pero en todo lo demás os servimos a vosotros con gusto, reconociendo que sois emperadores y gobernantes de los hom-

bres y rogando que, junto con el poder imperial, se advierta que también sois hombres de prudente juicio.

Pero si no nos tenéis en cuenta para nada a nosotros, que oramos y que sacamos todo a la luz, no seremos condenados en nada porque tenemos fe; más bien, estamos convencidos de que cada uno pagará con la pena del fuego eterno según el mérito de sus acciones y de modo análogo dará razón de las facultades que ha recibido de Dios, como Cristo declaró diciendo: «A quien Dios más le ha dado, más se le pedirá» (Lc 12,48) (Justino mártir, *Apología*, I, 17).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive este «y»:

«Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mc 12,17).

Caminar con la Palabra

La verdadera pregunta para Jesús, la única que le importa, no es lo que es preciso pagar al César, sino lo que es preciso pagar a Dios. Se da al César lo que lleva su imagen, se da a Dios lo que ha sido acuñado a imagen de Dios. Ahora bien, los judíos todavía no se habían dado cuenta de que era él, antes y después de cualquier otro, la verdadera imagen de Dios: este Jesús al que intentan poner en una situación embarazosa. No han visto la impronta de Dios en su humanidad. En su cuerpo de hombre, en su rostro, que debió de ser de una inolvidable belleza y nobleza, Jesús es el esplendor de la gloria de Dios. En Jesús, Dios se puso a nuestro alcance y se ofreció a nosotros. Él es el Señor, y no hay otro. El César no le hace competencia. El César no podría sustituir a Jesús, ni ningún otro poder, ni el dinero, ni las riquezas: los ídolos a los que el creyente ha renunciado. Sabe en quién ha puesto su confianza, a quién se ha abandonado: a Jesús, metal precioso de humanidad, acuñado como efigie de Dios; a Jesús, que le amó y fue el primero en entregarse por él (Gál 2,20).

Algún día todo creyente tendrá que hacer esta elección: entre el César y Jesús. En alguna ocasión esta elección está clara, pero con mucha mayor frecuencia resulta oscura y sutil. Sin embargo, ningún cristiano puede evitarla por completo, porque de estos dos –Dios y el dinero– no es posible más que amar a uno y odiar al otro: fue el mismo Jesús quien lo afirmó (Lc 16,13). Y tanto más porque el que elige, opta en favor o en contra de sí mismo. En efecto, también él ha sido acuñado con una imagen, no la del César, sino la de Dios, precisamente como Jesús. Si opta por la imagen del César, acabará por asemejarse al César, y la imagen de Dios se irá deteriorando poco a poco en él. Si opta por Jesús, se irá regenerando progresivamente su imagen en él y se hará enteramente conforme a él (2 Cor 3,18). Aparecerá en su rostro un destello de la gloria de Dios. Al pertenecer a Dios, será dado enteramente a Dios (A. Louf, *Beata debilidad*. *Omelia per le domeniche*, Padua 2001, 191s, *passim*).

El don de la vida

(Mc 12,18-27)

¹⁸ Se le acercaron unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron:

¹⁹ –Maestro, Moisés nos dejó escrito: *Si el hermano de uno muere y deja mujer, pero sin ningún hijo, que su hermano se case con la mujer para dar descendencia al hermano difunto.*

²⁰ Pues bien, había siete hermanos. El primero se casó y al morir no dejó descendencia. ²¹ El segundo se casó con la mujer y murió también sin descendencia. El tercero, lo mismo, ²² y así los siete, sin que ninguno dejara descendencia. Después de todos, murió la mujer. ²³ Cuando resuciten los muertos, ¿de quién de ellos será mujer? Porque los siete estuvieron casados con ella.

²⁴ Jesús les dijo:

–Estáis muy equivocados, porque no comprendéis las Escrituras ni el poder de Dios. ²⁵ Cuando resuciten de entre los muertos, ni ellos ni ellas se casarán, sino que serán como ángeles en los cielos. ²⁶ Y en cuanto a que los muertos resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en el episodio de la zarza, lo que le dijo Dios: *Yo soy el Dios de Abrahán y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?* ²⁷ No es un Dios de muertos, sino de vivos. Estáis muy equivocados.

La Palabra se ilumina

La polémica de los adversarios contra Jesús no hace ademán de disminuir. Ahora es el turno de los saduceos. Este grupo, que sólo reconocía los cinco primeros libros de la Biblia, atestiguaba un minimalismo teológico des-

concertante, refractario a diferentes ideas. No podían compartir, entre otras cosas, la idea de la resurrección después de la muerte, porque habría sido también como un juicio de la vida terrena –y la suya no brillaba ciertamente por su ejemplaridad–. La lectura rabínica atribuía a los saduceos esta máxima: «Como la nube se deshace y desaparece, así el hombre baja a la tumba y ya no vuelve». El presupuesto de su pregunta era, por tanto, la «ley del levirato». Esta particular institución jurídica de Israel y de los pueblos del Oriente Antiguo preveía la situación de una mujer casada que se quedara viuda y sin hijos; en este caso, el hermano del difunto –es decir, el cuñado (en latín, *levir*) debía casarse con la viuda y darle descendencia, que recibiría el nombre y la herencia del difunto del que era considerado hijo. Esta ley se comprende en el marco de la sociedad patriarcal. El acto de engendrar tenía una importancia capital por una serie de motivos: garantizaba la continuidad de la familia, era una forma de realización de la persona, contribuía al desarrollo del pueblo, aceleraba la venida del Mesías. Por último, como consecuencia no desdeñable, esta ley evitaba la dispersión del patrimonio.

Le proponen, pues, a Jesús un caso pretendidamente paradójico (vv. 20-22). La pregunta final (v. 23) suena como un absurdo inaceptable que pone en ridículo la tesis de la resurrección. Jesús aprovecha la ocasión para impartir una preciosa catequesis sobre el profundo valor del matrimonio y sobre lo que queda también más allá de la frontera de la muerte. Del ejemplo aducido por sus adversarios concluye la falta de un verdadero conocimiento religioso por parte de los saduceos. Ignoran, sobre todo, «*el poder de Dios*» (v. 24), que tiene la posibilidad de crear algo nuevo, algo inimaginable para el pensamiento humano, porque Dios tiene recursos que el hombre ni siquiera puede prever. La vida futura es lo *novum* y todavía no conocido que Dios prepara a los suyos.

Una vez corregido el tosco modo de entender la resurrección, Jesús confirma la existencia de la misma (vv. 25-27). Como los saduceos habían apelado al texto bíblico para probar la inexistencia de la resurrección, también Jesús parte ahora de la Palabra de Dios, entendida rectamente, para fundamentar su existencia. Permaneciendo en el campo de sus adversarios, que sólo consideraban como Palabra de Dios la Torá de Moisés, Jesús cita Éx 3,6: Dios se compromete con los vivos, no con los muertos, y es a los vivos a quienes hace sus promesas. He aquí, por tanto, que el fundamento último de la resurrección es la conciencia de que el compromiso de Dios no queda anulado por la muerte, porque él es superior a la muerte. Él, que es el autor de la vida –más aún, que es vida por definición–, garantiza su beneficio a los que entran en relación con él.

La Palabra me ilumina

La vida es un buen misterio tanto en su origen como en su conclusión. S. Bellow ha escrito: «Cuando termina esta cosa atormentadora y deslumbradora que es la vida terrena... se ha terminado sólo lo que nosotros conocemos; no concluye lo ignoto». Qué hay después de la muerte es un interrogante que siempre ha apasionado y despertado la curiosidad del ser humano de todos los tiempos. Las respuestas dadas han sido numerosas y diferentes. Probablemente también alguno de nosotros se haya planteado el interrogante, tal vez en distintas ocasiones. Y con razón.

Sea cual sea la respuesta, ninguna nos convence más que la que dio Jesús con su resurrección. Hay una vida después de la muerte, y esta vida será eterna. Existe, no lo olvidemos, la triste posibilidad de una vida de condena. Preferimos detenernos en la bienaventurada.

Serpentea entre nosotros un espíritu de saduceos. Preferimos mantener los ojos gachos, en vez de levantarlos.

tarlos para contemplar las cosas espirituales. Estamos anclados en los sentidos externos y en ocasiones nos mostramos sordos a los susurros de la conciencia. En suma, al hablar de la vida, nos sentimos casi instintivamente inclinados a considerar sólo la visible y terrena. ¿No valdría la pena que pensáramos un poco más en la eterna? ¿Qué pensamos cuando recitamos el domingo, en el credo, «espero las resurrección de los muertos»?

A fin de saborear mejor la vida, gustándola ya como don de Dios en el tiempo, en espera de contemplarle en la eternidad, puede ayudarnos la lectura meditativa de esta página de san Ireneo: «La gloria de Dios da la vida; por eso los que ven a Dios reciben la vida. Y, por consiguiente, aquel que es ininteligible, incomprendible e invisible, se hace visible, comprensible e inteligible por los hombres, para dar vida a los que le comprenden y le ven. Es imposible vivir si no se ha recibido la vida, pero no es posible tener la vida más que con la participación en el ser divino. Ahora bien, esa participación consiste en ver a Dios y gozar de su bondad. Así pues, los hombres verán a Dios para vivir, y se volverán inmortales y divinos en virtud de la visión de Dios... El hombre vivo es la gloria de Dios, y la vida del hombre es la visión de Dios».

Acude, espontáneo, un sentido de gratitud por el don de la vida, corroborado por un generoso compromiso encaminado a hacerla lo más bella posible para nosotros y para los demás.

La Palabra se convierte en oración

Quiero darte gracias, Señor, por el don de la vida. He leído en alguna parte que los hombres son ángeles con una sola ala: sólo pueden volar permaneciendo abrazados. A veces, en los momentos de confianza, me atrevo a pensar, Señor, que también tú tienes una sola ala. La otra, la tienes escondida: tal vez para hacerme com-

prender que tampoco tú quieres volar sin mí. Por eso me has dado la vida: para que yo fuera tu compañero de vuelo.

Enséñame, pues, a librarme contigo, porque vivir no es «arrastrar la vida», no es «arrancar la vida», no es «roer la vida». Vivir es abandonarse, como una gaviota, a la ebriedad del viento. Vivir es saborear la aventura de la libertad. Vivir es extender el ala, la única ala, con la confianza de quien sabe que tiene en el vuelo un compañero grande como tú. Amén (Tonino Bello).

La Palabra en el corazón de los Padres

Oyendo al Señor Jesús que habla así, dirijámonos a Dios por medio de él, oremos todos de un solo modo y no nos dividamos en la manera de orar. Si unos oran al Padre y otros al Hijo, ¿no es esto dividirnos?

Cometen un pecado de ignorancia, a causa de la excesiva simplicidad por no investigar y examinar, aquellos que oran al Hijo junto con el Padre o sin el Padre. Oremosle, pues, como Dios, intercedamos ante él como Padre, supliquémosle como Señor, démosle gracias como Dios, Padre y Señor, sin ser Señor de los esclavos: en efecto, también se podría llamar al Padre justamente Señor del Hijo y Señor de los que por medio de él se han vuelto hijos.

Por otra parte, como «no es Dios de muertos, sino de vivos» (Mc 12,27), tampoco es Señor de esclavos oscuros, sino de aquellos que inicialmente con temor, porque todavía no eran adultos, fueron elevados en nobleza, pero, a continuación, sirven con el amor más alegre de una esclavitud en estado de miedo. Hay, en efecto, en el alma signos, característicos de los siervos de Dios y de sus hijos, que sólo ve aquel que escruta los corazones (Orígenes, *La preghiera*, XVI, 1, Roma 1997, 88s [edición española: *Tratado sobre la oración*, Rialp, Madrid 2004]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y goza de esta Palabra:

«Dios, por su parte, que resucitó al Señor, también nos resucitará a nosotros con su poder» (1 Cor 6,14).

Caminar con la Palabra

Además, la reflexión griega busca la razón de la inmortalidad en el hombre mismo: en el hombre hay un elemento espiritual, incorruptible, capaz, por su propia naturaleza, de sobrevivir al cuerpo corruptible. Esto constituye una segunda diferencia respecto al pensamiento, que prefiere, como hemos visto, buscar la razón de la vida en la fidelidad de Dios.

Frente a esta mentalidad pagana, que corría el peligro de traicionar en lo más profundo la enseñanza de Jesús y la esperanza que él nos había traído, el evangelista se preocupa, ante todo, de apartar un posible equivoco; explica que la «resurrección» no significa, de ninguna manera, una prolongación de la existencia actual. La resurrección no es la reanimación de un cadáver. Es un salto cualitativo. Por eso precisamente distingue con cuidado la vida futura de la presente. Los griegos tienen profundamente razón al mostrarse insatisfechos con esta existencia y con sus limitaciones; no tendría ningún sentido volver a esta vida y prolongarla.

Por tanto, hay que hablar de una nueva existencia. Pero en esta nueva existencia es todo el hombre el que entra, no solamente el espíritu. El evangelio habla de «resurrección», no de inmortalidad. La comunidad cristiana pone la solidez de las palabras de Jesús por encima de la cultura de los griegos. No busca la razón de la resurrección en los elementos del hombre, sino que la hace remontar a la fe en el Dios vivo. La promesa de Dios nos asegura que toda la realidad de la persona entra en una vida nueva y que, precisamente porque entra en esa vida nueva, dicha realidad queda transformada. Esto es lo que intenta decirnos Marcos. Se trata de una esperanza que Jesús defendió contra las opiniones de los rabinos y de los saduceos (opiniones diversas entre sí, pero igualmente prisioneras de un concepto erróneo de la resurrección) y que Marcos, a su vez, se preocupa

de recordar y defender. Es un dato que viene de la fe y que debe preceder a las culturas que el hombre elabora.

Nos gustaría terminar citando una sabia afirmación de Ph. H. Menoud: «Hoy, para evitar las equivocaciones y permanecer al mismo tiempo fieles a las enseñanzas del Nuevo Testamento, habría que hablar de la resurrección de la persona. De todas formas, tanto si se habla de la resurrección del cuerpo o de la resurrección de la persona, lo que importa subrayar es esto: la finalidad de la redención en Jesucristo no es la salvación de un elemento –por ejemplo, la parte “espiritual”– del ser humano, sino la salvación de la persona humana en su totalidad» (B. Maggioni, *El relato de Marcos*, Paulinas, Madrid 1981, 172s).

Sorprendente: ¡dos en uno!

(Mc 12,28-34)

²⁸ Un maestro de la ley que había oído la discusión y había observado lo bien que les había respondido se acercó y le preguntó:

–¿Cuál es el mandamiento más importante?

²⁹ Jesús contestó:

–El más importante es éste: *Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor.* ³⁰ *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.* ³¹ El segundo es éste: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* No hay otro mandamiento más importante que éstos.

³² El maestro de la ley le dijo:

–Muy bien, Maestro. Tienes razón al afirmar que *Dios es único y que no hay otro fuera de él;* ³³ y que *amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios.*

³⁴ Jesús, viendo que había hablado con sensatez, le dijo:

–No estás lejos del Reino de Dios.

Y nadie se atrevía ya a seguir preguntándole.

La Palabra se ilumina

El fragmento está situado hacia el final de las disputas de Jesús en Jerusalén y se separa de ellas por el tono sereno y constructivo. El género literario podría ser el

del «diálogo pedagógico» y no, a buen seguro, el del polémico. La característica de este tipo de diálogo es la mutua estima de los dos maestros, que aprueban recíprocamente sus afirmaciones.

El maestro de la ley, que tiene una opinión positiva de Jesús, plantea la pregunta sobre el «primero» entre los numerosos mandamientos de la ley: se deseaba encontrar un mandamiento en el que se pudiera resumir la quintaesencia de lo que constituía la voluntad de Dios. El maestro de la ley quiere saber lo que piensa Jesús sobre este tema. La respuesta no se apoya en el Decálogo, como en otras ocasiones (cf. Mc 10,19), sino en la profesión de fe que el judío piadoso recita más veces al día: el *shema Yisrael* de Dt 6,4s, que es una especie de síntesis teológica, como puede serlo el padrenuestro para el cristiano. Como añadido, Jesús cita el amor al prójimo, análogo al amor que debemos tenernos a nosotros mismos. También en este caso se vale Jesús de referencias bíblicas, porque el texto cita Lv 19,18.

Es posible encontrar una aproximación semejante a ésta en la literatura judía. En todo caso, Jesús da aquí un salto cualitativo, porque *conecta los dos amores*, el de Dios y el del prójimo, convirtiéndolo casi en *un único mandamiento*. Adopta una perspectiva unificadora y completa. El precepto de amar a Dios requiere la entrega de todo su ser por parte del hombre: el corazón, el alma, la inteligencia, los afectos, los deseos, los pensamientos. Toda la energía está orientada sin reservas a Dios. Marcos, a fin de mostrar la unidad fundamental de los dos preceptos, no vacila en emparejar el singular al plural, diciendo: «*No hay otro mandamiento más importante que éstos*» (v. 31). Verdaderamente, será el mandamiento principal, convirtiéndose en la ley fundamental del cristianismo.

El maestro de la ley reconoce después a su interlocutor con el título de «*Maestro*» y aprecia la exactitud de la

respuesta. En el v. 32 muestra explícitamente su aprecio por Jesús, aumentando la dosis de estima ya manifestada en el v. 28, y expresa su pleno acuerdo con él. Jesús, a su vez, señala la inteligencia del maestro de la ley y alaba su respuesta. La aprobación recíproca entre los interlocutores de este diálogo didáctico se refiere a su interpretación de la ley. Si responde bien, con un ánimo delicado y sensible, capaz de leer la verdad sin prejuicios y, en consecuencia, de darle la razón a quien la tiene, es porque el maestro de la ley posee prerrogativas que Jesús hace manifiestas con esta frase: «*No estás lejos del Reino de Dios*» (v. 34). Está en «buena sintonía» con Jesús.

La Palabra me ilumina

Dejemos resonar de una manera casi rapsódica, sin una sucesión lógica, algunas citas sobre el amor tomadas del patrimonio del pasado y del presente, de Oriente y de Occidente. Cada uno de nosotros puede encontrarse reflejado en una o más de las afirmaciones propuestas y podrá continuar la serie añadiendo las que él conoce o le han sido sugeridas por la reflexión personal.

«Pensar es bello; orar es mejor; amar es todo» (E. Lesseur).

«El amor comienza por la contemplación» (L. Lavelle).

«El amor no es hacer cosas extraordinarias o heroicas, sino hacer cosas ordinarias con ternura» (J. Vanier).

«El amor verdadero empieza cuando no se espera nada a cambio» (A. de Saint-Exupéry).

«El amor no dice: “Esto es mío”, sino que dice: “Esto es tuyo”» (M. Pomilio).

«Amar es hacer brotar en el otro una nueva vida. Es re-crear» (M. Quoist).

«Un gran amor no complica una vida o una acción, sino que la ilumina» (P. Sipriot).

«El amor no niega la realidad, sino que la transfigura» (P. Mazzolari).

«El verdadero amor abre los brazos y cierra los ojos» (Vicente de Paúl).

«Amar es sufrir; no amar es morir» (Taine).

«Pon amor donde no hay amor, y sacarás amor» (Juan de la Cruz).

«Amando a los hombres es como se aprende a amar a Dios» (Ch. de Foucault).

«El amor no se detiene ante lo imposible, no se atenua ante las dificultades» (Pedro Crisólogo).

«No hay cosas pequeñas; hay un modo de hacer grandes todas las cosas: el amor».

«El amor es el ala que Dios ha dado al alma para subir a él» (Miguel Ángel).

«¿Qué es el amor? El amor es la virtud por la que amamos. ¿Qué amamos? Un bien inefable, un bien benéfico, un bien que crea todos los bienes. Que Dios sea tu delicia, puesto que de él recibes lo que causa tu deleite» (Agustín de Hipona).

«El amor necesita siempre un poco de futuro» (A. Camus).

«Se convierte sólo lo que se ama» (J. Daniélou).

«El amor que se analiza ya está muerto» (E. Ibsen).

«Quien sabe amar, sabe morir» (T. Gauthier).

«El verdadero amor no necesita muchas palabras» (W. Shakespeare).

«Si tu corazón no arde de amor, muchos morirán de frío» (F. Mauriac).

«El comienzo de nuestro amor a Dios consiste en escuchar su Palabra. El comienzo del amor al prójimo consiste en aprender a escucharle» (D. Bonhoeffer).

«No importa saber si Dios existe; importa saber si es amor» (S. Kierkegaard).

«Todos los cuerpos juntos no forman un acto de inteligencia; todos los espíritus juntos no realizan un acto de caridad» (B. Pascal).

«Hemos aprendido a volar como los pájaros, a nadar como los peces, pero hemos desaprendido un arte sencillo, como es el de vivir como hermanos» (M. L. King).

«No hay amor perdido entre nosotros» (M. de Cervantes).

«El amor es una escalera por la que bajan los dioses hasta nosotros y por la que nosotros nos elevamos hasta ellos» (Proverbio chino).

«A quien más amamos, menos sabemos decírselo» (Proverbio inglés).

La Palabra se convierte en oración

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? [...] Pero Dios, que nos ama, hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas. Y estoy seguro de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni otras fuerzas sobrenaturales, ni lo presente, ni lo futuro, ni poderes de cualquier clase, ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro. Amén (Rom 8,35-39).

La Palabra en el corazón de los Padres

No cabe duda de que todos los hombres aman algo, pero ese amor procede en algunos según su norma y bien dispuesto, pero en muchísimos, en cambio, lo hace contra la norma. En uno el amor va contra la norma cuando ama lo que no debe, o bien lo que debe más o

menos de lo justo. En éstos el amor está desordenado. En cambio, en aquellos –me parece que muy pocos– que avanzan por el camino de la vida y no se desvían ni a la derecha ni a la izquierda, sólo en éstos el amor está bien ordenado y tiene su norma. A continuación, en cuanto a la norma y a la medida, son de este género: en el amar a Dios no hay límite ni medida, a no ser ésta: que des todo lo que tienes.

En efecto, en Cristo Jesús es preciso amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. Por eso, no hay ninguna medida en este amor. Sin embargo, en el amor al prójimo ya hay alguna medida. Se ha dicho, en efecto: «Amarás al prójimo como a ti mismo». Por eso, si en el amar a Dios has puesto menos empeño de lo que puedes y está a tu alcance, o si no has mantenido la igualdad y has establecido alguna diferencia entre ti y el prójimo, entonces el amor no está bien ordenado en ti ni tiene su norma (Orígenes, *Commento al Cantico dei cantici*, II, 4, Roma 1976, 202s [edición española: *Comentario al Cantar de los cantares*, Ciudad Nueva, Madrid 32007]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repíte a menudo y vive esta Palabra:

«Jesús le dijo: “No estás lejos del Reino de Dios”» (Mc 12,34).

Caminar con la Palabra

En el mismo momento en que te encuentras con el hermano, tienes la vocación de hacerte prójimo, de crear las dimensiones de solidaridad gracias a las que unos llevan las cargas de los otros. En consecuencia, la revolución consiste en pasar de una vida en la que el centro es el yo a una vida en la que el centro es el hermano. Esto significa, por tanto, amar: dar, poner al otro en el centro, hacerse cargo del sufrimiento, de la necesidad y de

la esperanza del otro hasta el punto supremo: «Dar la vida por los hermanos» (1 Jn 3,16). Naturalmente, «dar la vida» debe ser entendido en el sentido de que, si estamos obligados a dar la vida, debemos dar todo lo demás, que vale menos que la vida. El problema está relacionado, por tanto, con lo cotidiano, tiene que ver con el día a día, con las cosas pequeñas. El riesgo consiste en que un amor demasiado elevado pase por encima de la cabeza de los otros, es decir, en que alguien considere el amor como algo tan grande que no se deje comprometer por una palabra o por un gesto de la vida ordinaria. Porque el amor es, en cambio, auténtico precisamente en la vida diaria, no porque sea más importante lo cotidiano que lo heroico, sino porque lo cotidiano no da satisfacción y, en consecuencia, está más limpio. En el realizar gestos heroicos está presente, un poco, esa pequeña vanidad de ser buenos, de conseguir realizar cosas grandes, mientras que cuando se trata de realizar cosas triviales no se obtienen grandes satisfacciones, porque no son excesivamente gratificantes. No es muy gratificante, en efecto, soportar a una persona antipática; más aún, precisamente porque no es gratificante, un gesto de amor es más libre, más interiormente libre y, por consiguiente, más limpio. Así pues, si alguien realiza sólo gestos grandes, resulta equívoco; sólo los gestos pequeños garantizan que los grandes son verdaderos y que la caridad es auténtica. Amar «en la verdad» significa amar con un amor que nace de la revelación del amor de Dios por nosotros. A saber: Dios te ama, te regala su amor: ésta es la verdad que tienes escrita en el corazón con la palabra y el Espíritu; así, el amor con el que amas nace de la verdad que has interiorizado, es un amor conforme a la revelación de Dios, conforme a Jesucristo; es Jesucristo dentro de ti, que se convierte en el origen de tu amar en la verdad (L. Monari, «La vita si è fatta visibile». *Commento alla Prima lettera di Giovanni*, Reggio Emilia 1996, 145-149, *passim*).

Nueva luz sobre la identidad de Jesús

(Mc 12,35-37)

³⁵ Entonces Jesús tomó la palabra y enseñaba en el templo diciendo:

—¿Cómo dicen los maestros de la ley que el Mesías es hijo de David? ³⁶ David mismo dijo, inspirado por el Espíritu Santo:

*Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi derecha
hasta que ponga a tus enemigos
debajo de tus pies.*

³⁷ Si el mismo David lo llama Señor, ¿cómo es posible que el Mesías sea hijo suyo?

La multitud le escuchaba con agrado.

La Palabra se ilumina

La investigación sobre la identidad de Jesús atraviesa todo el evangelio (cf. 1,1; 4,41; 8,27.29; 14,61s; 15,39): Marcos se abre con la idea de la filiación divina; el testimonio del centurión, al final del itinerario, lo cierra. En el medio encontramos muchos destellos, como el presente texto, que anima a seguir en el camino de la investigación.

Los destinatarios de la enseñanza aparecen al final: «*La multitud lo escuchaba con agrado*» (v. 37b). Son, por consiguiente, los sencillos, la gente normal, que permanece fuera de los laboratorios de análisis teológicos de

los maestros de la ley. Jesús manifiesta a esta gente humilde algo de su identidad, y para hacerlo debe completar –y corregir en parte– la enseñanza de otros. Era idea común que el Mesías sería descendiente de David (cf. 2 Sm 7,11-14).

Jesús acepta este título, aunque no lo usa, pues era demasiado ambiguo, porque despertaba en el pueblo las expectativas nacionalistas y favorables a la restauración de la monarquía. Jesús concibe de otra manera su mesiazgo: quiere restituir la plena dignidad al hombre, no sólo un bienestar físico y una autonomía política. De ahí que sea preciso enriquecer el concepto de Mesías.

El Sal 110, atribuido a David, sirve para este propósito. El autor, inspirado, escribe: «*Dijo el Señor a mi Señor*». Si es David el que habla, no puede identificarse ciertamente con ninguno de los dos «*Señor*»: el primero se refiere, obviamente, a Dios; el segundo, al Mesías. La conclusión del argumento se impone por sí misma: David admite la superioridad del Mesías, reconociéndole el título divino de «*Señor*».

La pregunta final de Jesús es retórica, dado que contiene la respuesta. No basta con decir únicamente que el Mesías es hijo de David. Jesús abre una rendija a la comprensión e indica que en él, Mesías y, por consiguiente, hijo de David, también está presente la divinidad. Junto con la multitud que le escucha con agrado, también el lector se ve ayudado a descifrar mejor el enigma del hombre-Dios.

La Palabra me ilumina

La búsqueda es un rasgo característico del hombre. Entre las distintas búsquedas debemos enumerar la de nuestra propia identidad, la de la existencia de Dios y la de nuestra relación con él. Agustín, al escribir: «Nos hiciste, Señor, para ti e inquieto estará nuestro corazón

hasta que descanse en ti», señaló un punto vital de nuestra búsqueda. Es apasionante ponerse a seguir las huellas del Invisible, buscar un contacto con el Creador, establecer una familiaridad con su Hijo venido entre nosotros. Estamos abiertos a lo trascendente, estamos llamados a superar las perspectivas limitadas de nuestro horizonte y a ser puestos en condiciones de llegar a ser divinos.

No queremos escalar, como los titanes, el Olimpo de la divinidad. Sería un atrevimiento imperdonable, abocado a buen seguro al fracaso. Si llegamos a Dios, se lo debemos a él mismo, que se ha revelado a nosotros y ha establecido una alianza primero con el pueblo judío y después con toda la humanidad, a fin de que formáramos una sola familia. Hemos sido habilitados para hablar con Dios, para dirigirle un «tú» coloquial, para invocarle como Padre, a fin de apreciar los dones que nos ha hecho, desde el regalo del cosmos al sublime de su Hijo entre nosotros. A través del Hijo, imagen del Dios invisible, hemos aprendido a profundizar en nuestra búsqueda, a comprender mejor nuestra identidad de hombres nuevos, a construir juntos un pueblo de salvados, sintiéndonos honrados con una vocación a la santidad.

Nuestra búsqueda prosigue. Queremos conocer mejor a Jesucristo, permitir a su Palabra abrirse en nosotros y convertirse en vida. De un mejor conocimiento podrá brotar un amor más vivo.

David, movido por el Espíritu, profetiza que el Mesías es el Señor. Sí, también nosotros profesamos que es el Señor de la vida y de la historia, que es el *Kyrios*. Si nos ponemos a la escucha, el Espíritu nos revela en el corazón las honduras del Amor, hecho visible en Jesús. Es siempre el Espíritu quien nos introduce en el Misterio y nos permite permanecer en la actitud de la multitud que le «*escuchaba con agrado*».

La Palabra se convierte en oración

Te he buscado según mis fuerzas
y en la medida que tú me hiciste poder,
y anhelé ver con mi inteligencia
lo que creía mi fe, y mucho disputé y me afané.

Señor y Dios mío, mi única esperanza,
óyeme para que, cansado, no sucumba
y deje de buscarte;
para que busque siempre tu rostro con ardor.

Dame fuerzas para la búsqueda,
tú que hiciste que te encontrara
y me has dado la esperanza de encontrarte más y más.

Ante ti están mi firmeza y mi flaqueza:
sana ésta y conserva aquélla.

Ante ti están mi ciencia y mi ignorancia:
donde me abriste, acoge al que entra;
donde me cerraste la entrada, abre al que llama.

Haz que me acuerde de ti,
te comprenda y te ame.
Acrecienta en mí estos dones
hasta mi reforma completa.

(Agustín de Hipona).

La Palabra en el corazón de los Padres

Hemos zarpado de la costa sin puerto de arribada y nos encontramos en alta mar entre olas tempestuosas, imposibilitados tanto para retirarnos como para avanzar sin peligro; sin embargo, hay en el camino que debemos recorrer mayores dificultades que en este recorrido. El Padre es tal cual se ha manifestado, y como tal hemos de creerlo. En cuanto al Hijo, nuestra inteligencia se sobrecoge en el intento de alcanzarle y toda palabra se queda vacilante al hacerse oír. Él es, en efecto, la progenitura del inengendrado, uno de uno, verdadero de

verdadero, viviente de viviente, perfecto de perfecto, potencia de la potencia, sabiduría de la sabiduría, la gloria de la gloria, la imagen del Dios invisible, la forma del Padre inengendrado.

Ahora bien, ¿cómo juzgaremos la descendencia del Unigénito respecto al Inengendrado? El Padre proclama, en efecto, otras veces desde el cielo: «*Éste es mi Hijo amado en el que me he complacido*». No se trata de corte o de separación; el que engendra es, en efecto, impasible, el que nació es imagen del Dios invisible y atestigua: «*Porque el Padre está en mí y yo estoy en el Padre*». No se trata de adoración; de hecho, es el verdadero Hijo de Dios, y proclama: «*Quien me ha visto a mí, ha visto también al Padre*» (Hilario de Poitiers, *La Trinità*, II, 8, Turín 1971, 124s [edición española: *La Trinidad*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1986]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y medita esta Palabra:

«*Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo*»
(2 Sm 7,14).

Caminar con la Palabra

¿Y de dónde se quiere que haya venido? El Mesías y Señor no tuvo más que confiar unas pocas palabras al viento de las colinas de Judea, y en los jardines de Roma o en las selvas más remotas se rompió el mármol de los ídolos; habló en parábolas, que partían todas ellas del amor para volver al amor después de haber unido en su designio fulgurante la eternidad y el grano de mostaza. Y todas nuestras babeles de pensamiento detenidas en el estadio de las mitologías aparecieron irrisorias. Volcó los mostadores de los cambistas en el atrio del templo y todo el resto se derrumbó como una fila de naipes: las tablas de la ley quedaron dirigidas en el sentido justo, que se orienta hacia la libertad del espíritu y no hacia la esclavitud de la letra; el marco de las jerarquías, invertido por la atracción divina que favorece a los

más indefensos y, por consiguiente, a los más ligeros, y el orden de las precedencias quedó invertido en favor de los pequeños, y el de la sabiduría, despejado de los absolutos de síntesis y delegado a las curas de la caña cascada, del pábilo a punto de apagarse, y así otros hasta incluir en la cabeza del elenco la mesa de las cuentas arrinconada por insuficiencia en un día de penuria sobre las alturas de Tiberíades. Se formó una corte de leprosos, de enfermos y de indigentes, y cesó la legitimidad para los poderosos, que tuvieron miedo. Dijo: «*El que quiera salvar su alma, la perderá*», y los que tenían oídos comprendieron que este pensamiento no era del mundo, sino de la suprema caridad que nos salva de nosotros mismos. Tenemos la impresión de haber vivido su historia no lejos de él. Vio a Natanael debajo de la higuera, y nosotros hemos sentido esa mirada que se posaba sobre nosotros. El alma, que está en nosotros, que se estremece al nombre de Jesucristo, ¿de dónde se quiere que haya venido? No sólo bajó de los cielos, sino que los hizo bajar con él y desde entonces, como en los paisajes holandeses, hay más cielo que tierra en la vida de los que le aman (A. Frossard, *L'arte di credere. Credo in Dio Padre...*, Milán 1998, 62s).

La verdadera riqueza (Mc 12,38-44)

³⁸ En su enseñanza decía también:

–Tened cuidado con los maestros de la ley, que gustan de pasearse lujosamente vestidos y de ser saludados por la calle. ³⁹ Buscan los puestos de honor en las sinagogas y los primeros lugares en los banquetes. ⁴⁰ Éstos, que devoran los bienes de las viudas con el pretexto de largas oraciones, tendrán un juicio muy riguroso.

⁴¹ Jesús estaba sentado frente al lugar de las ofrendas y observaba cómo la gente iba echando dinero en el cofre. Muchos ricos depositaban en cantidad. ⁴² Pero llegó una viuda pobre, que echó dos monedas de muy poco valor. ⁴³ Jesús llamó entonces a sus discípulos y les dijo:

–Os aseguro que esa viuda pobre ha echado en el cofre más que todos los demás. ⁴⁴ Pues todos han echado de lo que les sobraba; ella, en cambio, ha echado de lo que necesitaba, todo lo que tenía para vivir.

La Palabra se ilumina

El Maestro no para de enseñar en el recinto del templo, precisamente en el primer atrio que está a la entrada (denominado «atrio de las mujeres»). En primer lugar, invita a tener cuidado con los comportamientos solapados de los maestros de la ley, orgullosos y prepotentes (vv. 38-40); a continuación, también a causa de la referencia precedente de voracidad con los bienes de las viudas (v. 40), añade el ejemplo de la viuda que da todo lo

que posee (vv. 41-44). En el atrio de las mujeres se abrían, en efecto, muchas estancias destinadas a diferentes usos: depósitos de vasos y vestiduras sagradas, reservas de vino, aceite e incienso, auténticas cajas fuertes de plata y de oro. Los textos judíos describen asimismo trece cepillos que, por su particular función, recibían el nombre de «tesoro». Estaban destinados a recoger las diferentes ofrendas de los fieles: un encargado recibía del oferente el dinero y lo depositaba en alguno de los cepillos después de haber oído del interesado la cantidad ofrecida y su destino.

Desde su improvisado observatorio, Jesús ve pasar a la muchedumbre y cómo va echando monedas en el tesoro. Había «*muchos ricos*» que echaban monedas «*en cantidad*» (v. 41), tal vez con ostentación, y entre la muchedumbre llega también «*una viuda pobre*» (v. 42). Decir «viuda» significaba situar a una persona en lo más bajo de la clase social y en los márgenes de la vida civil. La viudedad implicaba, en la antigua sociedad bíblica, la doble desventaja de perder la esperanza de la fecundidad y de quedar sin protección (incluso desde el punto de vista económico). No bastaba con una legislación en su favor para mejorar su vida (cf. Dt 14,29; 24,19-21): la severa advertencia de los profetas de que se respetara a las viudas (cf. Jr 22,3) demuestra el alto grado de los atropellos y abusos a los que la categoría de las viudas, junto con la de los huérfanos y los extranjeros, estaba expuesta.

Nuestra viuda se encuentra delante del «tesoro» en el acto de ofrecer dinero, cuantificado en «*dos leptón, es decir, la cuarta parte de un as*» (así al pie de la letra en el v. 42): el primer término indica la unidad monetaria griega más pequeña, y el segundo, la romana. Más allá de la terminología, el concepto está claro: su ofrenda es tan mínima que resulta insignificante y, sobre todo, presenta una humillante inferioridad respecto a las cantidades depositadas por los ricos. Jesús «*llamó entonces*

a sus discípulos»: hace público un gesto nacido y envuelto en el silencio. Con un tono ligeramente paradójico (apuntando más a la calidad que a la cantidad), valora la generosidad de ánimo y la pureza de intención. Es importante señalar que la mujer ha depositado *dos monedas*, siendo que le bastaba con ofrecer una, dada su pobreza, algo que Jesús cita de manera explícita. El hecho de haber dado dos monedas muestra la heroica generosidad a la que ha llegado la viuda: «*todo lo que tenía para vivir*» (al pie de la letra: «*toda su vida*»), poniendo todavía más de relieve que aquella mujer dio, verdaderamente, todo lo que poseía, todo su sustento, que, en el caso de los pobres, se extendía, de todos modos, sólo hasta el día siguiente.

El relato exalta ese sacrificio silencioso, completo y natural, que no hace histórico su acto, pero en el que el hombre suspende todas sus seguridades para abandonarse enteramente a la bondad de Dios. Representa un duro golpe para nosotros, que exaltamos la «previsión», dispuestos a hacer lo imposible por ella, olvidándonos de la «Providencia» y reacios a hacer por ella incluso sólo lo necesario. La viuda propuso una alternativa al concepto ordinario de riqueza: la confianza en Dios, que no recusa el compromiso personal y la ayuda a los otros, es su única y gran riqueza, que nadie le quitará nunca.

La Palabra me ilumina

Nos «escandaliza» el comportamiento pedante, presuntuoso y arrogante de los maestros de la ley. No nos sentimos menos «escandalizados» por el comportamiento de la viuda, que clasificaríamos de heroico, coloreándolo, no obstante, de extrañeza y «exageración». Nos resulta difícil comprender el motivo de su donación total: tenía dos moneditas, habría podido dar una –el cincuenta por ciento de sus haberes– y conservar algo para ella. Nuestra lógica razona de este modo. Aunque sea difícil,

nos resulta útil replantear el comportamiento de la viuda porque nos hace respirar un aire que no encontramos en nuestros ambientes y, sobre todo, en nuestros pulmones espirituales.

La viuda ha dilatado hasta tal punto el concepto de providencia que ha hecho saltar el de previsión. La santidad conoce estos saltos temerarios en lo insólito que nos permiten echar una ojeada, siquiera sea por un poco, más allá de la pura lógica humana. Muestra asimismo la plena libertad respecto a las cosas cuando ya no se es esclavo del deseo de poseer, que se identifica a menudo con una manía gravemente patológica. El suyo es un desprendimiento heroico, que confina con la irresponsabilidad, en el que se va dibujando una geografía de lo trascendente que muchos querrían conocer y que empieza precisamente curando el apego patológico a las cosas. Todos debemos curarnos un poco de esta patología. La terapia consiste en revitalizar el concepto de providencia, que es, por un lado, amor confiado en el Padre, que sacia el hambre de los pajarillos del cielo y viste las flores del campo, y, por otro, voluntad de intervención en favor de los menos afortunados.

No negamos el valor de la previsión, que es la necesidad de pensar en el mañana; sin embargo, debemos vigilar, porque nuestro tiempo y nuestra mentalidad –el discurso para muchos países del Tercer Mundo sería distinto– nos llenan la cabeza de necesidades a menudo ficticias y artificiosas, hasta el punto de quitarnos la alegría de una mirada serena y sobre todo «normal» sobre el hoy y sobre el mañana. El mensaje que nos llega, aromatizado y embrujado, es el de producir y consumir, acumular y protegernos de todo y de todos (seguros, cajas fuertes, puertas blindadas...). Sabiendo dónde está la verdadera riqueza (capacidad de entrega, atención a los otros, solidaridad genuina, apertura a lo trascendente), seremos capaces de relativizar el dinero, considerando que es un óptimo servidor y un pésimo señor.

La Palabra se convierte en oración

Padre, en tus manos me pongo.
 Haz de mí lo que quieras.
 Por todo lo que hagas de mí, te doy las gracias.
 Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo,
 con tal de que tu voluntad se cumpla en mí
 y en todas tus criaturas.
 No deseo nada más, Dios mío.
 Pongo mi alma entre tus manos,
 te la doy, Dios mío,
 con todo el ardor de mi corazón porque te amo,
 y es para mí una necesidad de amor el darme,
 entregarme entre tus manos sin medida,
 con infinita confianza,
 porque tú eres mi Padre. Amén.
 (Charles de Foucault).

La Palabra en el corazón de los Padres

Tienes al Señor Jesús, que censura a Marta y le dice: ¿Por qué *«andas inquieta y preocupada por muchas cosas, cuando en realidad una sola es necesaria»* (Lc 10,41): escuchar la Palabra divina –dice–, y después encontrará todo, sin pena. Por eso continúa de inmediato diciendo también: *«María ha escogido la mejor parte y nadie se la quitará»* (Lc 10,42).

Tienes también, a continuación, el ejemplo de la viuda de Sarepta: sabes que ella acogió de manera hospitalaria al profeta (cf. 1 Re 17,10ss). Aun teniendo sólo pan y agua, puedes ganarte con ellos el salario de la hospitalidad. Ahora bien, aunque no tuvieras ni siquiera estas cosas y acogieras al huésped sólo con un propósito bueno y le ofrecieras únicamente una palabra útil, también así podrías ganarte igualmente el salario de la hospitalidad. Se ha dicho, en efecto, que *«la Palabra es mejor que el don»* (Eclo 18,17).

Es menester que tengas ese sentir respecto a la limosna. No desearás, por consiguiente, tener riquezas para darlas a los pobres, también esto es un engaño del Maligno, que conduce con frecuencia a la vanagloria y entrega el intelecto a pensamientos que son causa de gran ajeteo.

Tienes en el evangelio a la viuda de la que da testimonio el Señor Jesús, que con «*con sólo dos moneditas*» superó tanto la decisión como el poder de los ricos. Éstos –dice el Señor– «*echaron en el tesoro de lo superfluo*»; *ella, en cambio, toda su sustancia*» (Evagrio Póntico, *Ragioni delle osservanze monastiche*, Magnano [Bi] 1996, 168s [edición española: *Obras espirituales*, Ciudad Nueva, Madrid 1995]).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*El Señor protege al emigrante, sostiene a la viuda y al huérfano*» (Sal 146,9).

Caminar con la Palabra

Usarlo todo para nosotros mismos y según nuestra propia voluntad significa despilfarrar todo y vernos en la necesidad, mientras que usarlo todo por amor a Cristo, darlo todo según el designio y la voluntad de Dios, significa recuperarlo todo. Las sustancias, para seguir siendo tales, tienen un itinerario, que es el del amor: usarlas en referencia a Dios. El que personaliza sus sustancias en referencia a Dios, a Cristo, las conserva para la vida eterna y con esto también él permanece para siempre. Las obras de la caridad y del amor no serán destruidas, sino que permanecerán para siempre. Las sustancias al servicio del amor pasan a la vida eterna. Ahora bien, para entrar en ella, es menester que nuestra voluntad preste oído a la voluntad de Dios. Usar las cosas por amor a Cristo, es decir, amar a Cristo con todas las cosas, no significa privar de ellas a los otros, acumulándolas de una manera egoísta y celosa. Disponer de las cosas

según la voluntad de Dios significa hacerlas entrar en el amor. Dios quiere el amor. Dios, a fin de que el hombre se descubra amado por él, puso todo en manos de los hombres, incluso su propio Hijo. Dar las cosas a Dios por amor significa darlas a todos, porque Dios ama a todos, se entrega a todos y quiere el amor para todos. Su Hijo se entregó, en efecto, por todos y a todos. Amar a Cristo y orientar las cosas a él significa llegar, a través de Cristo, a las manos tendidas de todos, incluso las de aquellos que tal vez no nos gustan, incluso las de nuestros enemigos. Lo más importante es vivir según la voluntad de Dios y no disponer simplemente nuestra propia vida según un pensamiento más o menos bueno. No se trata, en efecto, de elaborar un proyecto que corresponda a cierta idea del bien. No se trata de ser o no ser pobres, sino de cumplir la voluntad de Dios. Podemos obstinarnos también en cosas sacrosantas, convirtiéndolas así en instrumentos para afirmar nuestra propia voluntad. Podemos apoderarnos también de nuestra propia vida, de las virtudes, de ideas piadosas y devotas o de grandes valores, y perseguir todavía en el fondo nuestra propia voluntad. Para servir al amor es preciso renunciar a la autoafirmación. Para entrar en el amor y dejarse penetrar por él es menester renunciar a la propia voluntad (M. I. Rupnik, *Gli si gettò al collo*, Roma 1997, 34s [edición española: *Le abrazó y le besó*, PPC, Madrid 1999]).

No fechas, sino datos;
no tiempo, sino opciones de vida
(Mc 13,1-23)

¹ Al salir del templo, uno de sus discípulos le dijo:

–Maestro, mira qué piedras y qué construcciones.

² Jesús le replicó:

–¿Ves esas grandiosas construcciones? Pues no quedará aquí piedra sobre piedra. Todo será destruido.

³ Estaba sentado en el monte de los Olivos, enfrente del templo. Y Pedro, Santiago, Juan y Andrés le preguntaron en privado:

⁴ –¿Dinos cuándo ocurrirá eso y cuál será la señal de que todo eso está a punto de cumplirse?

⁵ Jesús comenzó a decirles:

–Cuidad de que nadie os engañe. ⁶ Muchos vendrán usurpando mi nombre y diciendo: «Yo soy», y engañarán a muchos.

⁷ Cuando oigáis hablar de guerras y de rumores de guerra, no os alarméis. Eso tiene que suceder, pero no es todavía el fin. ⁸ Pues se levantará pueblo contra pueblo y reino contra reino. Habrá terremotos en diversos lugares. Habrá hambre. Ese será el comienzo de la tribulación.

⁹ Cuidad de vosotros mismos. Os entregarán a los tribunales, seréis azotados en las sinagogas y compareceréis ante gobernadores y reyes por mi causa para dar testimonio ante ellos. ¹⁰ Es preciso que primero se anuncie la Buena Noticia a todos los pueblos. ¹¹ Pero cuando os lleven para entregaros, no os preocupéis de lo que vais a decir. Decid lo que Dios os sugiera en aquel momento, pues no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo. ¹² Entonces el hermano entregará a su hermano y el padre a su hijo. Se levantarán hijos contra

padres para matarlos. ¹³ Todos os odiarán por mi causa; pero el que persevere hasta el fin, ése se salvará.

¹⁴ Cuando veáis que el *ídolo abominable* y *devastador* está donde no debe (procure entenderlo el que lee), entonces los que estén en Judea que huyan a los montes; ¹⁵ el que esté en la azotea, que no baje ni entre a tomar nada de su casa; ¹⁶ el que esté en el campo, que no regrese en busca de su manto. ¹⁷ ¡Ay de las que estén encintas o criando en aquellos días! ¹⁸ Orad para que no ocurra en invierno. ¹⁹ Porque aquellos días serán de una *tribulación como no la ha habido igual hasta ahora desde el principio de este mundo* creado por Dios ni la volverá a haber. ²⁰ Si el Señor no acortase aquellos días, nadie se salvaría. Pero, en atención a los elegidos que él escogió, ha acortado los días.

²¹ Si alguno os dice entonces: «¡Mira, aquí está el Mesías!» ¡Mira, está allí!», no le creáis. ²² Porque surgirán falsos Mesías y falsos profetas, y harán señales y prodigios con el propósito de engañar, si fuera posible, a los mismos elegidos. ²³ ¡Tened cuidado! Os lo he advertido de antemano.

La Palabra se ilumina

El capítulo 13 contiene el único discurso largo de Marcos y se le suele llamar «discurso escatológico», por su interés por las realidades últimas. Las expresiones de esta sección del evangelio hay que comprenderlas en su significado, sin olvidar la naturaleza ni los artificios del lenguaje profético apocalíptico. El «apocalíptico» es un modo particular de expresarse que se caracteriza por la revelación de secretos relacionados con el final de los tiempos y el curso de la historia. Para la Escritura, «apocalíptico» no es sinónimo de «catastrófico»: se trata de un *modo* de describir, más que de una descripción precisa de acontecimientos futuros.

El discurso arranca de una observación sobre la magnificencia del templo, orgullo de los judíos y auténtica maravilla de la antigüedad (v. 1). El natural sentido de asombro atónito queda bloqueado por una afirmación congeladora puesta en labios de Jesús (v. 2). Y, en efec-

to –cuando corría el año 70–, el templo fue destruido primero por el fuego y, después, derribado literalmente por el ejército romano. De esta construcción quedan hoy unas pocas piedras, testigos mudas de la trágica profecía. Los discípulos, helados y, al mismo tiempo, mordidos por la curiosidad a causa de las palabras de Jesús, le plantean una pregunta (v. 4), que es la que provoca todo el discurso que sigue, y que sólo encontrará en él respuesta en parte, porque lo que quiere Jesús es más activar el sentido de la responsabilidad que satisfacer una curiosidad estéril. El *cuándo* seguirá siendo misterioso y secreto; se tratará, en cambio, del *cómo* prepararse y de *qué* hacer mientras esperamos el gran acontecimiento.

Jesús denuncia, en primer lugar, el peligro de un debilitamiento de los ideales: cuando desaparecen los guías y los puntos de referencia, se pierde la capacidad de pensar autónomamente y de decidir en libertad, nos convertimos en víctimas de aventureros sin escrúpulos –se trata de la desorientación general que caracteriza los tiempos oscuros y calamitosos de la historia–. En segundo lugar, Jesús pone los remedios necesarios para hacer frente a la situación y superarla: la adhesión a su Palabra y la asistencia del Espíritu Santo (c. v. 11) serán las garantías suficientes para perseverar hasta el final en fidelidad al Evangelio.

Los discípulos de Cristo están bien informados sobre el hecho de que deberán proporcionar su propia contribución, incluso de sufrimiento, para salir indemnes de todo momento peligroso. El lenguaje usado por Jesús podrá ser apocalíptico en la formulación –los vv. 12ss indican las divisiones que se crearán a causa de Cristo; los vv. 15-18 expresan, con la rudeza de sus imágenes, una situación real conflictiva y urgente que no admite dilación–, pero no lo es, ciertamente, en su sustancia. Tras la presentación de tantas dificultades, llega la prueba final (vv. 14-23). ¿Qué es este «*ídolo abominable* y

devastador» que obliga a una huida tan precipitada? Para algunos intérpretes se trataría de una estatua pagana colocada en el templo con objeto de profanarlo; para otros, en cambio, se trataría de la presencia sacrílega de un personaje hostil (el mismo que en otros contextos toma el nombre de «anticristo»; cf. 2 Tes 2,3s). Interpretación histórica, por tanto, para los primeros e interpretación escatológica para los segundos: en cualquier caso, se trata de una profanación sacrílega. Esta profanación constituye el signo de la «gran tribulación» y determina un período de grave tensión, de desconcierto general, con el grave riesgo de alejarse de la fe. Se cierne una gravísima tentación, casi por encima de las fuerzas humanas (v. 20). La referencia a Cristo ilumina un poco el cuadro y prepara la parte siguiente.

La Palabra me ilumina

Los testigos de Jehová, a partir de una interpretación incorrecta del texto bíblico, afirman que con la muerte concluye tanto la vida de los animales como la de los hombres y que no hay nada más allá de la muerte. En consecuencia, es inútil recordar a los difuntos y orar por ellos (Jehová, sin embargo, resucitaría a algunos privilegiados en diferentes épocas). Más que por la muerte, se muestran interesados por el fin del mundo, fijado para 1914 por la profecía de Russel, el fundador de la secta, y desmentido por los hechos. A continuación, se aplazó la fecha hasta 1960, desmentida una vez más puntualmente. Se remitió la fecha a 1975, y ahora... está pendiente de ser fijada. Además de la fecha, se ofrecen también algunas modalidades. El fin del mundo tendrá lugar con una gran batalla en la que Jehová destruirá la impía trinidad de Satanás, es decir, el poder político, el comercial y el religioso. De estos estragos sólo escaparán los hombres considerados dignos. Los elegidos que tendrán el privilegio de entrar en el reino

de Jehová son, según la interpretación de Ap 7,4, justamente 144.000, sólo hombres adultos (están excluidos, por tanto, los niños y las mujeres), que hayan vivido a la perfección la doctrina de los testigos de Jehová. Hoy ya está completo este número...

¿Qué decir de esta extravagante doctrina? El intento de planificar el proyecto de Dios acaba por revelarse *ridículo*. El ser humano no puede conocer lo que Dios ha querido conservar secreto, incluida la fecha del fin del mundo. Lo que sabemos, porque nos lo han revelado Dios y su Unigénito, que ha venido a nosotros, es que la vida continúa incluso después de la muerte corporal y que a todos se ofrece la resurrección universal. No *fechas* inventadas por los hombres, sino *datos* ofrecidos por la revelación; no búsqueda del tiempo del fin, sino actitudes que debemos tener a fin de prepararnos para la conclusión de la vida del individuo y del mundo: esto es lo que debemos saber, esto es lo que debemos hacer. Una perspectiva escatológica correcta constituye el fundamento de un serio compromiso social y ético.

Lo que importa ahondar ulteriormente es la realidad revelada de la vida futura, de un mañana que, en Dios Trinidad, no tendrá nunca fin. Jesús nos comunica continuamente el camino: la fidelidad al proyecto del Padre.

La Palabra se convierte en oración

No me gusta, dice Dios, el hombre que especula sobre el mañana.

No me gusta el que sabe mejor que yo lo que voy a hacer.

No me gusta el que sabe lo que haré mañana.

No me gusta el que se las da de listo. El hombre fuerte no es mi debilidad.

No me gusta, dice Dios, el que desconfía de mí.

¿Creéis que me voy a divertir jugándoos malas pasadas, como un rey bárbaro?

¿Creéis que dedico mi vida a tenderos trampas y a disfrutar viéndoos caer en ellas?

Toda la malicia que tengo es la malicia de mi gracia, y la finta y el engaño de mi gracia, que con tanta frecuencia actúa con el pecador para su salvación, para impedirle que peque.

Que seduce al pecador, para salvarle.

Pero ¿acaso creéis? ¿Creéis que yo, Dios, me voy a divertir causándoles dificultades y portándome como no haría un hombre honrado?

Yo soy un buen cristiano, dice Dios.

¿Creéis que me voy a divertir sorprendiéndoles como un asesino nocturno?

(oración que Charles Péguy hace decir a Dios en *Los santos inocentes*, Encuentro, Madrid 1993, 25-26).

La Palabra en el corazón de los Padres

También en esto usó de misericordia el Señor. Si consideras las cosas del cuerpo, fíjate que Dios ha tenido consideración a la debilidad de la naturaleza. Es decir, que por la debilidad del cuerpo tal vez no hayamos podido hacer frente al ímpetu de las tentaciones, una vez presente, y, en consecuencia, también habríamos podido perder la fe, derrotados por las tribulaciones. Por eso nos ordenó que, en la medida de lo posible, el hombre no se permita dejarse tentar voluntariamente.

Y no sólo esto, sino que dice también: «*Orad intensamente para no encontraros en tentación de improviso*» (Mc 13,33). Sí, también es posible agradar a Dios sin tentaciones. Ahora bien, si se exige una virtud muy grande cuando nos asaltan las tentaciones, incluso las más terribles, si esta virtud no puede llegar a la perfec-

ción sin que el hombre las padezca, entonces no nos conviene sustraer ni a nosotros ni a ningún otro a estas pruebas. Así tampoco abandonarás por miedo esta gran cosa, en la que se encuentra la vida de tu alma, asumiendo como cobertura de tu negligencia estas palabras: «*Orad para no caer en tentación*» (Isaac de Nínive, *Discorsi ascetici*, Roma 1984, 78s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*El que persevere hasta el fin, ése se salvará*» (Mc 13,13).

Caminar con la Palabra

Jesús acaba de hablar de la destrucción del templo. Los discípulos piensan también que se trata del fin del mundo y preguntan «cuándo» y «cuál» será el signo de la «consumación de todo». Jesús les exhorta a sustituir el alarmismo por el discernimiento. En vez de preocuparse del futuro, deben ocuparse del presente, en fidelidad activa a su Palabra. La finitud del todo se impone. Ahora bien, podemos vivirla como angustia mortal o como dependencia filial respecto a Dios. Entre otras cosas, el fin del mundo no es previsible en virtud de ningún signo; no está en continuidad con los acontecimientos históricos, porque constituye una ruptura definitiva. Los males que acaecen, y que nosotros mismos hacemos, forman parte de nuestra historia después del pecado. Sin embargo, ésta tiene que ser leída ahora como lugar de salvación, a la luz del Señor muerto y resucitado. El cristiano vive todo el espesor y el peso de una realidad de pecado. Pero sabe que su Señor crucificado está presente en ella. Se constituye, por tanto, en su memoria viviente, encarnándolo en su propia vida. Unido a él, participa y prolonga en él mismo su mismo acontecimiento de muerte salvífica. El límite y lo negativo lo asume en virtud de la resurrección, que nos permite vivir el presente con una inteligencia desencantada y una voluntad decidida, con una libertad responsable y una fidelidad activa respecto al Señor, que fue el primero en recorrer el mismo camino. Él, que entró en nuestro mismo túnel, derribó el muro que nos

separaba de la vida y nos relegaba al miedo de la muerte. La historia presente –lo que podemos vivir es siempre y únicamente presente– no hay que verla con las gafas oscuras de nuestros miedos, sino con el ojo limpio de la Palabra de Dios. Jesús vino, viene y vendrá; era, es y será. Su pasado –única profecía– nos proporciona el parámetro para vivir el presente y conocer el futuro. Los que hablan del fin del mundo prometen a sus discípulos escapar de los males que se ciernen sobre ellos. Es una mentira, porque todos vivimos la misma realidad. Jesús, en cambio, enseña cómo vivirla de una manera positiva, prometiéndole asociar a los suyos a su mismo sufrimiento redentor. Y se trata de una promesa divina (S. Fausti, *Ricorda e racconta il Vangelo. La catechesi narrativa di Marco*, Milán 1992, 413-415, *passim*).

¿Qué meta para la historia de la humanidad?

(Mc 13,24-32)

²⁴ Pasada la tribulación de aquellos días, *el sol se oscurecerá y la luna no dará resplandor*; ²⁵ *las estrellas caerán del cielo y las fuerzas celestes se tambalearán*.

²⁶ Entonces verán *venir al Hijo del hombre entre nubes con gran poder y gloria*. ²⁷ Él enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra al extremo del cielo.

²⁸ Fijaos en lo que sucede con la higuera. Cuando sus ramas se ponen tiernas y brotan las hojas, conocéis que se acerca el verano. ²⁹ Pues lo mismo vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que ya está cerca, a las puertas.

³⁰ Os aseguro que no pasará esta generación sin que todo esto suceda. ³¹ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. ³² En cuanto al día y la hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre.

La Palabra se ilumina

El presente texto continúa el discurso del capítulo 13 y consta de tres partes: la primera habla de la venida del Hijo del hombre y representa el centro de gravedad de todo el «discurso escatológico» (vv. 24-27). Estos versículos llevan una nota de serena esperanza –más aún, de certeza de la victoria de Cristo–. Tras haber retomado un texto bíblico de destrucción, como si quisiera cancelar un universo corrompido, se presenta a la mirada de los elegidos la figura victoriosa de Cristo: «*Entonces verán*

venir al Hijo del hombre entre nubes con gran poder y gloria» (v. 26). Ésta es la novedad preparada para los que han sido capaces de hacer frente a la batalla de la fe, de resistir a la seducción de los falsos profetas, permaneciendo tenazmente anclados en la Palabra de Cristo y sufriendo por la causa del Evangelio: «Él enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra al extremo del cielo» (v. 27).

El discurso escatológico se disuelve en una consoladora dulzura gracias a esta representación de comunión e intimidad. La reunión con el Cristo glorioso tiene la finalidad de hacer definitiva la situación victoriosa. La *parusía*, es decir, la venida final del Cristo glorioso, se presenta como la coronación de una vida gastada por él y por él ampliamente recompensada, porque asocia a él en comunión de vida. El texto alude, sin explicitarlo, a la vida eterna. No se habla ni del juicio ni de la suerte que correrán los impíos. El discurso no culmina con una visión del juicio, sino con una estimulante promesa para los elegidos.

La segunda parte de la perícopa (vv. 28s) ilustra con la parábola de la higuera la necesidad de caer en la cuenta del tiempo presente. A fin de no edulcorar una realidad que sigue siendo difícil, y para no dejar a los hombres en una espera perezosa, el discurso vibra en la parte final con las notas de la exhortación. La pequeña parábola de la higuera nos invita a estar atentos al reconocimiento de los gérmenes del tiempo final igual que los habitantes de Palestina, que se dan cuenta de que se aproxima el verano cuando ven que la higuera empieza a cubrirse, en marzo-abril, con grandes hojas.

La tercera parte del fragmento garantiza el valor de las palabras dichas, sin que nadie, ni siquiera el Hijo del hombre, pueda ponerles fecha (vv. 30-32). En contraste con las especulaciones apocalípticas, se precisa que, si bien el fin es ya inminente, nadie conoce ni el día ni la ho-

ra, ni siquiera los ángeles o el Hijo, pues su conocimiento está reservado a Dios: «En cuanto al día y la hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre» (v. 32). El Padre es el único árbitro de los acontecimientos humanos. Este dicho es muy antiguo, porque deja entender –algo que los primeros cristianos nunca se hubieran permitido inventar– que existe un campo en el que el conocimiento del Hijo (Jesús) es limitado. Ciertamente, es el Hijo de Dios y participa de su misma naturaleza; sin embargo, en cuanto Hijo, permanece subordinado al Padre y educa para referir todo sólo a él.

La Palabra me ilumina

Los últimos acontecimientos de la historia del individuo y de todo el mundo están ligados al misterio de Dios y de su Cristo: el Señor es el primero y el último, el principio y el final. Las realidades celestes han hecho irrupción en la historia desde el primer momento de la revelación y siempre están presentes. Será la venida de Cristo la que ponga fin a las cosas corruptibles y deposite el germen de la inmortalidad. Ésta tomará forma plena y definitiva con el retorno glorioso del Señor en el fin del mundo. Mientras tanto, la comunidad cristiana, se sumerge en ellas a fin de elevarlas y transformarlas en unos cielos nuevos y en una tierra nueva.

Con la venida de Cristo ya ha llegado la eternidad, aunque sigue el juego del tiempo. Con reglas nuevas. En consecuencia, debemos sumergirnos con confianza y con empeño en el fluir del tiempo, sabiendo que somos constructores de la historia de la salvación, junto con Cristo. Podemos comprender la historia, el mundo y a nosotros mismos sólo en íntima relación con él. El Concilio Vaticano II contiene esta estupenda afirmación: «Sólo a la luz del Verbo encarnado encuentra el misterio del hombre su verdadera luz» (GS 22). Nuestra actividad de cristianos empieza con el conocimiento de Cristo y continúa espe-

rando su venida. El encuentro con Cristo es demasiado importante como para que podamos vivirlo con serenidad espiritualmente distraídos. Nos va en ello el destino último de vida o de muerte. La movilización de los cristianos se traduce en constancia y en perseverancia, manifestaciones de esa esperanza que «se funda en una eternidad que ya ha entrado en el tiempo, lo cual le hace asumir un carácter de invencible optimismo» (J. Galot).

La Palabra se convierte en oración

Doquiera que yo vaya: tú. Cuando me detengo: tú. Nadie más que tú, todavía tú, siempre tú. Tú, tú, tú.

Cuando todo va bien: tú. Cuando sobreviene la prueba: tú. Nadie más que tú, todavía tú, siempre tú. Tú, tú, tú.

El cielo: tú. La tierra: tú. Allá arriba: tú. Aquí abajo: tú. Doquiera que me encuentre, en cualquier lugar, nadie más que tú, por todas partes tú, siempre tú. Tú, tú, tú.

(Oración judía de la presencia divina.)

La Palabra en el corazón de los Padres

Vendrá, pues, desde los cielos, nuestro Señor, Jesucristo. Vendrá ciertamente hacia el fin de este mundo, en el último día, con gloria. Se realizará entonces la consumación de este mundo, y este mundo, que fue creado al principio, será otra vez renovado. Pues ya que la corrupción, el hurto, el adulterio y toda clase de pecados se han derramado sobre la tierra y una y otra vez se derrama sangre (cf. Os 4,1-2), desaparecerá este mundo presente con el fin de que esta morada no se llene de iniquidad y para suscitar otro más hermoso. ¿Quieres ver una demostración de esto desde la Sagrada Escritura? Oye al profeta Isaías: «Se enrollan como un libro los cielos y todo su ejército palidece como palidece el sarmiento

de la cepa, como una hoja mustia de higuera» (Is 33,4). Y el evangelio dice: «El sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo» (Mt 24,29). No estemos, por tanto, apesadumbrados como si sólo nosotros tuviésemos que morir, pues también mueren las estrellas, aunque quizá resurjan de nuevo. El Señor hará que los cielos se plieguen, y no para hacerlos perecer, sino para hacer otros más hermosos.

Escucha al profeta David cuando dice: «Desde antiguo fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos; ellos perecen, mas tú quedas» (Sal 102,26-27). Pero dirá alguno: abiertamente declara que perecerán. Escucha cómo dice «perecerán», pues de lo que dice a continuación queda claro: «Todos ellos como la ropa se desgastan, como un vestido los mudas tú, y se mudan» (102,27). De modo semejante a como se dice que el hombre perece, según aquello: «El justo perece, y no hay quien haga caso» (Is 57, 1), aunque se esté esperando la resurrección. Así, esperamos también una resurrección de los cielos. «El sol se cambiará en tinieblas y la luna en sangre» (Jn 13,4; Hch 2,20; cf. Mt 24,29). Sépanlo los que se han convertido de los maniqueos y no hagan dioses a los astros ni tampoco piensen impíamente que Cristo habrá de perder su luz algún día.

Escucha de nuevo al Señor, que dice: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24,35), pues las criaturas no son del mismo valor ni tienen el mismo destino que las palabras del Señor (Cirilo y Juan de Jerusalén, *Catequesis prebautismales y mistagógicas*, *Procatequesis* XV, 3).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repíete a menudo y haz tuya esta Palabra:

«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mc 13,31).

Caminar con la Palabra

Jesús hablaba de acontecimientos trágicos, pero no era un pesimista: no sufría estados depresivos ni tampoco quería deprimir. El suyo es un mensaje de esperanza. No pretende hablar del fin del mundo, sino del fin de un mundo. Si desaparece un mundo en la noche y en las tinieblas, surge otro a plena luz, y promete una vida nueva. Allí donde otros ven sólo imágenes de tristeza, porque tienen la impresión de que falta la vida, Jesús advierte en la rama de la higuera una pequeña hoja primaveral y grita de alegría: «Mirad la renovación de este milagro: el verano está cerca. Mirad cuántas hojitas en las ramas de vuestra vida, que parecen secas e insensibles: hojas tiernas pero tenaces, pequeños signos que preludian algo grande y divino, el Reino de Dios, que vendrá, pero que mientras tanto ya está creciendo, lentamente, dentro de las estaciones de cada uno».

La imagen de la hoja es central en esta página del evangelio: vale por sí sola una parábola. La hoja: un poco del Reino, una nada del Reino, pero sí un anuncio y una promesa. ¿De dónde sacaba Jesús esta confianza? No es ningún secreto: de la certeza de que todo ha sido confiado al amor del Padre. Ni siquiera él, Jesús, conoce la fecha de los últimos acontecimientos. Por lo demás, ¿es de verdad importante conocer la fecha? El morir de este mundo y su resurgir es un acontecimiento que no corresponde a una sola jornada, sino a cada día que discurre ante nuestros ojos y en el interior del tejido vivo de nuestra existencia. Lo que importa es abandonarnos en manos del Padre. También nosotros podemos confiarnos al Padre a través de la presencia, la acción y el aliento de Jesús, que viene siempre a nuestra vida para mantener encendida nuestra esperanza. Nadie está sustraído a las pruebas y al llanto, pero también existe la posibilidad de que, entre las lágrimas, venga a brillar una pequeña sonrisa.

La mejor manera de mirar al futuro es contemplar una pequeña hoja verde que despunta de una rama seca. Es una hoja que tiene un nombre: el de la esperanza (L. Pozzoli, *Sul respiro di Dio*, Milán 1999, 321s, *passim*).

El que vela y espera, ama (Mc 13,33-37)

³³ ¡Cuidado! Estad alerta, porque no sabéis cuándo llegará el momento. ³⁴ Sucederá lo mismo que con aquel hombre que se ausentó de su casa, encomendó a cada uno de los siervos su tarea y encargó al portero que velase. ³⁵ Así que velad, porque no sabéis cuándo llegará el dueño de la casa, si al atardecer, a media noche, al canto del gallo o al amanecer. ³⁶ No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos. ³⁷ Lo que a vosotros os digo, lo digo a todos: ¡Velad!

La Palabra se ilumina

La última parte del largo capítulo 13 contiene una invitación a la vigilancia. Se abre con un categórico «*estad alerta*» (v. 33) y se cierra con un práctico «*velad*» (v. 37), dejando resonar en su interior una serie impactante de mandatos, equipados y entretejidos con la parábola del portero que vela (vv. 34-36).

Las palabras de Jesús no pretenden pintar de rosa un futuro que sigue estando cargado de amenazas, ni ilusionar a las personas, que deben permanecer perfectamente conscientes de la situación; las palabras de Jesús pretenden *formar* a los discípulos –no sólo *informarles*–, y lo hacen por medio de una cálida exhortación y de una recomendación apremiante. Lo que se les pide, y lo que el discurso remacha de manera insistente, es «velar». La vigilancia se convierte en una actitud sensatamente

equilibrada, capaz de evitar un doble escollo: el de un fanatismo incontrolado que pretende fantasear sobre el futuro y el de una irresponsable falta de compromiso con la construcción de un mundo mejor.

La espera asume la dimensión de la esperanza, que se colorea de amor y se concreta en una actitud de compromiso responsable. Cada uno tiene su propio ámbito de acción. No vale delegar en el portero el encargo de velar, aunque se le haya ordenado que vele (v. 34). El retorno del dueño puede ser de improviso. La idea se explicita en el detalle de las cuatro fases de la noche, que, en aquel tiempo, servían de puntos de referencia, como las manecillas de un reloj natural: el atardecer, la medianoche, el canto del gallo y el amanecer.

Está prohibido adormecerse, pues es preciso velar de manera continua: está prohibido el sueño de la indiferencia, de la dejación culpable e irresponsable, del abandono de la fe, del olvido de Cristo y de sus exigencias. Al contrario, el hecho de velar es el indicador de una inquietud saludable, una especie de disposición permanente que no se resigna a una fe fácil y de vacaciones, aproximativa o, peor aún, pasota; se trata más bien de una condición moral viva, de la voluntad precisa de concentrar toda la atención en la persona de Jesús, recibiendo con amor en el seno de nuestra vida cotidiana.

La frase final abre un horizonte universal, porque, desde los discípulos, destinatarios iniciales (cf. 13,1.5), se llega al «*todos*» del v. 37, para los que resuena la orden: «*¡Velad!*». La vigilancia continua y la espera activa son las dos condiciones para acoger con amor a Aquel que ha venido, viene siempre y vendrá.

La Palabra me ilumina

El miedo a la oscuridad es el miedo a lo que no se ve y presenta contornos indefinidos. Así es también el mie-

do al futuro, una incógnita que se pinta a menudo con tintas lúgubres: «Si seguimos así, ¿adónde iremos a parar?», se pregunta la gente perpleja con el hoy y temerosa del mañana. Llega espontánea la huida hacia atrás, hacia el pasado que se conoce por experiencia y que da gusto idealizar: «Una vez sí que...», «En mis tiempos...».

Tampoco nosotros somos una excepción a la regla general, y necesitamos ser ayudados a comprender y a esperar. La Palabra de Jesús nos garantiza la presencia eficaz de Dios junto a nosotros, sin suprimir nuestra responsabilidad. Al contrario, sentimos que se nos pide un compromiso más fuerte. En primer lugar, es necesario estar alerta, para no dejarnos inducir a engaño. Jesús dijo un día que su discípulo debía ser sencillo como una paloma y astuto como una serpiente (cf. Mt 10,16). Con esta astucia es como debemos caer en la cuenta de las lisonjas pseudopoféticas, capaces incluso de obrar prodigios, pero incapaces de responder de manera global e integral a la voluntad divina.

Hemos sido instruidos sobre el hecho de que el misterio del mal, con sus puntas extremas, entra en el mismo proceso de la historia y forma parte, trágicamente, de nuestra realidad cotidiana. El realismo de esta cruda afirmación no nos desestabiliza ni nos desanima, sino que nos invita, más bien, a mirar con unos ojos desencantados la historia y el mundo. Nos sentimos animados por la esperanza –una esperanza que penetra en la certeza– de que Cristo es el vencedor. Esperarle es como entonar un canto de victoria.

Los cristianos nos comprometemos a construir un mundo más humano, más justo y más fiel a Cristo. Esto es lo que significa para nosotros estar despiertos y hacer fructuosa la espera de Cristo, como escribe J. Mouroux: «El cristiano es alguien que trabaja, se entrega y se hace disponible para apresurar la venida del Señor, porque Cristo es siempre alguien que debe venir.

La Palabra se convierte en oración

Te esperamos, Señor, Dios nuestro; esperamos ver el esplendor de tu victoria, eliminar de la tierra los ídolos que son nada y que deben ser aniquilados; esperamos preparar el mundo para el Reino del Poderoso. Amén (oración judía de espera).

La Palabra en el corazón de los Padres

Tres cosas son fundamentales para la perfección del cristiano: la fe, la esperanza y la caridad, y de tal modo se enlazan estas virtudes entre sí que cada una de ellas es necesaria a las otras. Si la esperanza no va por delante, ¿a quién aprovechará la fe? Si la fe no existe, ¿cómo nacerá la esperanza? Y si a la fe y a la esperanza les quitas la caridad, una y otra quedarán inútiles, pues ni la fe obra sin la caridad, ni la esperanza sin la fe. Por consiguiente, el cristiano que desee ser perfecto ha de fundamentarse en las tres: si le falta alguna, no alcanzará la perfección de su obra.

En primer lugar se nos propone la esperanza de las cosas futuras, sin la que las mismas cosas presentes no pueden mantenerse en pie. Es más: quita la esperanza, y se paralizará la humanidad entera; quita la esperanza, y cesarán todas las artes y todas las virtudes; quita la esperanza, y todo quedará destruido. ¿Qué hace el niño junto al maestro si no espera fruto de esas letras? ¿En qué barca se aventurará el navegante entre las olas del mar si no espera una ganancia ni confía en llegar al puerto deseado? ¿Qué soldado menospreciará no ya las injurias del cruel invierno o del tórrido verano, sino a sí mismo si no abriga la esperanza de una gloria futura? ¿Qué agricultor esparcirá la semilla si no piensa que recogerá la cosecha como premio de su sudor? ¿Qué cristiano se adherirá por la fe a Cristo si no cree que ha de llegar el tiempo de la felicidad eterna que se le ha prometido? (...).

Por tanto, hermanos, abracemos con tenacidad la esperanza; custodiémosla entre todas las virtudes, dediquémonos a cultivarla constantemente. La esperanza es el fundamento inconmovible de nuestra vida, baluarte invicto y dardo contra los asaltos del demonio, coraza impenetrable de nuestra alma, ventajosa y verdadera ciencia de la ley, terror de los demonios, fortaleza de los mártires, esplendor y muralla de la Iglesia. La esperanza es sierva de Dios, amiga de Cristo, convidada del Espíritu Santo.

El presente y el futuro le están sometidos: el presente, porque lo desprecia; el futuro, porque sabe de antemano que es suyo. No teme que no venga, pues siempre lo lleva consigo en el ámbito de su poder. Por esto, Abrahán, esperando contra toda esperanza confió en Dios, que le haría padre de muchas gentes (Rom 4,18). Contra toda esperanza, es decir, porque parece imposible y no es objeto de visión, pero se hace posible por esta esperanza cuando se confía en la Palabra de Dios sin ninguna duda y con firmeza, pues dice el Señor: todo es posible para el que cree (Mc 9,22). Por eso Abrahán creyó en Dios, y le fue reputado para justicia (Gn 15,6). Es justo por haber sido fiel, pues el justo vive de la fe (Gál 3,6), y es fiel por haber creído en Dios: si no hubiera tenido fe, no habría podido ser justo ni padre de los pueblos. Por esta razón, es evidente que una e inseparable es la naturaleza de la esperanza y de la fe: si cualquiera de ellas falta en el hombre, mueren las dos (Zenón de Verona, *Tratado sobre la fe, la esperanza y la caridad*, I-IV).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«Así que velad, porque no sabéis cuándo llegará el dueño de la casa» (Mc 13,35).

Caminar con la Palabra

Vigilar significa, antes que nada, velar, estar despierto, permanecer alerta. La imagen más inmediata es la del que no se deja sorprender por el sueño cuando acecha el peligro o está a punto de acontecer un hecho extraordinario y emocionante.

Vigilar significa ocuparse con amor de alguien, custodiar con todo esmero algo muy precioso, convertirse en guardián de valores importantes que son delicados y frágiles.

Vigilar es, por consiguiente, disponibilidad para cultivar, sin censurar la emoción que antes o después acaricia a cada hombre, el presentimiento de una profundidad de la vida y del tiempo, de los gestos y de las cosas, del cuerpo y del alma, que resuena en nuestra conciencia como una promesa.

Una verdad del tiempo vivido, que no nos proyecta «más allá», allende las obras y los días que acompasan los ritmos de nuestra vida cotidiana, sino que recorre su trama con el hilo precioso de delicados estremecimientos y de intuiciones fulgurantes.

Son, ciertamente, muchos los acontecimientos que llaman a mi puerta: se me pide tiempo para muchas cosas, y se me pide compartirlo o cederlo de muchos modos. Ahora bien, si permanezco vigilante, podré reconocer la voz del Señor en los golpes que resuenan en la puerta y distinguir su tono amigo que pide a cada instante que le deje entrar.

En la perspectiva del Señor que viene, el tiempo se dilata, se recompone en la paz, asume cualidades y perspectivas que reconcilian los afectos del corazón con la sabiduría de las cosas. La experiencia del tiempo no discurre ya en la superficie de los sentidos hasta caer en la melancolía, porque se convierte en experiencia aguda y profunda de la vida presente, que es, a buen seguro, una vida normal, pero no destinada a la muerte. Es una vida que precisamente el tiempo conduce hacia la vida de Dios, la misma de la que vive el Hijo que se hizo hombre para siempre (C. M. Martini, *Sto a la porta*, Milán 1992, 24-28, *passim* [edición española: *Estoy llamando a la puerta*, PPC, Madrid 1993]).

Tenemos necesidad de Cristo

(Mc 14,1-15,47)

¹ Faltaban dos días para la fiesta de la Pascua y los panes sin levadura. Los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley andaban buscando el modo de prender a Jesús con engaño y darle muerte, ² pero decían:

–Durante la fiesta, no; no sea que el pueblo se alborote.

³ Estaba Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, sentado a la mesa, cuando llegó una mujer con un frasco de alabastro lleno de un perfume de nardo puro, que era muy caro. Rompió el frasco y se lo derramó sobre su cabeza.

⁴ Algunos, indignados, comentaban entre sí:

–¿A qué viene este despilfarro de perfume? ⁵ Se podía haber vendido por más de trescientos denarios y habérselos dado a los pobres.

Y la criticaban.

⁶ Jesús, sin embargo, replicó:

–Dejadla. ¿Por qué la molestáis? Ha hecho conmigo una obra buena. ⁷ A los pobres los tenéis siempre con vosotros y podéis socorrerlos cuando queráis, pero a mí no me tendréis siempre. ⁸ Ha hecho lo que ha podido. Se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. ⁹ Os aseguro que en cualquier parte del mundo donde se anuncie la Buena Noticia será recordada esta mujer y lo que ha hecho.

¹⁰ Judas Iscariote, uno de los Doce, fue a hablar con los jefes de los sacerdotes para entregarles a Jesús. ¹¹ Ellos se alegraron al oírle y prometieron darle dinero. Así que andaba buscando una oportunidad para entregarlo.

¹² El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, cuando se sacrificaba el cordero pascual, sus discípulos preguntaron a Jesús:

–¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?

¹³ Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles:

–Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidle ¹⁴ y, allí donde entre, decid al dueño: El Maestro dice: «¿Dónde está la sala en la que he de celebrar la cena de Pascua con mis discípulos?». ¹⁵ Él os mostrará en el piso de arriba una sala grande, alfombrada y dispuesta. Preparadlo todo allí para nosotros.

¹⁶ Los discípulos salieron, llegaron a la ciudad, encontraron todo tal como Jesús les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

¹⁷ Al atardecer llegó Jesús con los Doce ¹⁸ y se sentaron a la mesa. Luego, mientras estaban cenando, dijo Jesús:

–Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar, *uno que está cenando conmigo*.

¹⁹ Ellos comenzaron a entristecerse y a preguntarle uno tras otro:

–¿Acaso soy yo?

²⁰ Él les contestó:

–Uno de los Doce, uno que come en el mismo plato que yo.

²¹ El Hijo del hombre se va, tal como está escrito de él, pero ¡ay de aquel que entrega al Hijo del hombre! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!

²² Durante la cena, Jesús tomó pan, pronunció la bendición, lo partió, se lo dio y dijo:

–Tomad, esto es mi cuerpo.

²³ Tomó luego una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y bebieron todos de ella. ²⁴ Y les dijo:

–Ésta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos. ²⁵ Os aseguro que ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios.

²⁶ Después de cantar los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos. ²⁷ Jesús les dijo:

–Todos vais a fallar, porque está escrito: *Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas*. ²⁸ Pero después de resucitar, iré delante de vosotros a Galilea.

²⁹ Pedro le replicó:

–Aunque todos fallen, yo no.

³⁰ Jesús le contestó:

–Te aseguro que hoy, esta misma noche, antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres.

³¹ Pedro insistió:

–Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré.

Y todos decían lo mismo.

³² Cuando llegaron a un lugar llamado Getsemaní, dijo Jesús a sus discípulos:

–Sentaos aquí, mientras yo voy a orar.

³³ Tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan. Comenzó a sentir pavor y angustia, ³⁴ y les dijo:

–Siento una tristeza mortal. Quedaos aquí y velad.

³⁵ Y avanzando un poco más, se postró en tierra y suplicaba que, a ser posible, no tuviera que pasar por aquel trance.

³⁶ Decía:

–¡*Abba*, Padre! Todo te es posible. Aparta de mí esta copa de amargura. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú.

³⁷ Volvió y los encontró dormidos. Y dijo a Pedro:

–Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar ni siquiera una hora? ³⁸ Velad y orad para que podáis hacer frente a la prueba; que el espíritu está bien dispuesto, pero la carne es débil.

³⁹ Se alejó de nuevo y oró repitiendo lo mismo. ⁴⁰ Regresó y volvió a encontrarlos dormidos, pues sus ojos estaban cargados. Ellos no sabían qué responderle. ⁴¹ Volvió por tercera vez y les dijo:

–¿Todavía estáis durmiendo y descansando? ¡Basta ya! Ha llegado la hora. Mirad, el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ⁴² ¡Levantaos! ¡Vamos! Ya está aquí el que me va a entregar.

⁴³ Aún estaba hablando Jesús, cuando se presentó Judas, uno de los Doce, y con él un tropel de gente con espadas y paños, enviados por los jefes de los sacerdotes, los maestros de la ley y los ancianos. ⁴⁴ El traidor les había dado una contraseña, diciendo:

–Al que yo bese, ése es; prendedlo y llevadlo bien seguro.

⁴⁵ Nada más llegar, se acercó a Jesús y le dijo:

–Rabbí.

Y lo besó.

⁴⁶ Ellos le echaron mano y lo prendieron. ⁴⁷ Uno de los presentes desenvainó la espada y, de un tajo, le cortó la oreja al criado del sumo sacerdote.

⁴⁸ Jesús tomó la palabra y les dijo:

–Habéis salido con espadas y palos a prenderme, como si fuera un bandido. ⁴⁹ A diario estaba con vosotros enseñando en el templo y no me apresasteis. Pero es preciso que se cumplan las Escrituras.

⁵⁰ Entonces todos sus discípulos lo abandonaron y huyeron.

⁵¹ Un joven lo iba siguiendo, cubierto tan solo con una sábana. Le echaron mano, ⁵² pero él, soltando la sábana, se escapó desnudo.

⁵³ Condujeron a Jesús ante el sumo sacerdote y se reunieron todos los jefes de los sacerdotes, los ancianos y los maestros de la ley. ⁵⁴ Pedro lo siguió de lejos hasta el interior del patio del sumo sacerdote y se quedó sentado con los guardias, calentándose junto al fuego.

⁵⁵ Los jefes de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban una acusación contra Jesús para darle muerte, pero no la encontraban. ⁵⁶ Pues, aunque muchos testimoniaban en falso contra él, los testimonios no coincidían. ⁵⁷ Algunos se levantaron y dieron contra él este falso testimonio:

⁵⁸ –Nosotros le hemos oído decir: «Yo derribaré este templo hecho por hombres y en tres días construiré otro no edificado por hombres».

⁵⁹ Pero ni siquiera en esto concordaba su testimonio.

⁶⁰ Entonces se levantó el sumo sacerdote en medio de todos y preguntó a Jesús:

–¿No respondes nada? ¿Qué significan estas acusaciones?

⁶¹ Jesús callaba y no respondía nada. El sumo sacerdote siguió preguntándole:

–¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?

⁶² Jesús contestó:

–Yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Todopoderoso y que viene entre las nubes del cielo.

⁶³ El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras y dijo:

–¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? ⁶⁴ Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?

Todos lo juzgaron reo de muerte. ⁶⁵ Algunos comenzaron a escupirle y, tapándole la cara, le daban bofetadas y le decían:

–¡Adivina!

Y también los guardias lo golpeaban.

⁶⁶ Mientras Pedro estaba abajo, en el patio, llegó una de las criadas del sumo sacerdote. ⁶⁷ Al ver a Pedro calentándose junto a la lumbre, se le quedó mirando y le dijo:

–También tú andabas con Jesús, el de Nazaret.

⁶⁸ Pedro lo negó diciendo:

–No sé ni entiendo de qué hablas.

Salíó afuera, al portal, y cantó un gallo.

⁶⁹ Lo vio de nuevo la criada y otra vez se puso a decir a los que estaban allí:

–Éste es uno de ellos.

⁷⁰ Pedro lo volvió a negar.

Poco después, también los presentes decían a Pedro:

–No hay duda. Tú eres uno de ellos, pues eres galileo.

⁷¹ Él comenzó entonces a lanzar imprecaciones y a jurar:

–Yo no conozco a ese hombre del que me habláis.

⁷² En seguida cantó el gallo por segunda vez. Pedro se acordó de lo que le había dicho Jesús: «Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres», y rompió a llorar.

¹ Muy de madrugada, se reunieron a deliberar los jefes de los sacerdotes, junto con los ancianos, los maestros de la ley y todo el Consejo de Ancianos; luego llevaron a Jesús atado y se lo entregaron a Pilato.

² Pilato le preguntó:

–¿Eres tú el rey de los judíos?

Jesús le contestó:

–Tú lo dices.

³ Los jefes de los sacerdotes le acusaban de muchas cosas.

⁴ Pilato lo interrogó de nuevo diciendo:

–¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan.

⁵ Pero Jesús no respondió nada más, de modo que Pilato se quedó extrañado.

⁶ Por la fiesta les concedía la libertad de un preso, el que pidieran. ⁷ Tenía encarcelado a un tal Barrabás con los sediciosos que habían cometido un asesinato en un motín. ⁸ Cuando llegó la gente, comenzó a pedir lo que les solía conceder. ⁹ Pilato les dijo:

–¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?

¹⁰ Pues sabía que los jefes de los sacerdotes habían entregado a Jesús por envidia.

¹¹ Los jefes de los sacerdotes azuzaron a la gente para que les soltase a Barrabás. ¹² Pilato les preguntó otra vez:

–¿Y qué queréis que haga con el que llamáis rey de los judíos?

¹³ Ellos gritaron:

–¡Crucifícalo!

¹⁴ Pilato les replicó:

–Pues ¿qué ha hecho de malo?

Pero ellos gritaron todavía más fuerte:

–¡Crucifícalo!

¹⁵ Pilato, entonces, queriendo complacer a la gente, les soltó a Barrabás y entregó a Jesús para que lo azotaran y, después, lo crucificaran.

¹⁶ Los soldados lo llevaron al interior del palacio, o sea, al pretorio, y llamaron a toda la tropa. ¹⁷ Lo vistieron con un manto de púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron. ¹⁸ Después comenzaron a saludarlo, diciendo:

–¡Salve, rey de los judíos!

¹⁹ Lo golpeaban en la cabeza con una caña, le escupían y, poniéndose de rodillas, le rendían homenaje. ²⁰ Tras burlarse de él, le quitaron el manto de púrpura, lo vistieron con sus ropas y lo sacaron para crucificarlo.

²¹ Por el camino encontraron a un tal Simón, natural de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, y le obligaron a llevar la cruz de Jesús. ²² Condujeron a Jesús hasta el Gólgota, que quiere decir lugar de la Calavera. ²³ Le daban vino mezclado con mirra, pero él no lo aceptó. ²⁴ Después lo crucificaron y se repartieron sus vestidos, echándolos a suertes, para ver qué se llevaba cada uno.

²⁵ Eran las nueve de la mañana cuando lo crucificaron. ²⁶ Había un letrero en el que estaba escrita la causa de su condena: «El rey de los judíos».

²⁷ Con Jesús crucificaron a dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda.

²⁹ Los que pasaban por allí lo *insultaban, meneando la cabeza* y diciendo:

–¡Eh, tú, que destruías el templo y lo reedificabas en tres días! ³⁰ ¡Sálvate a ti mismo bajando de la cruz!

³¹ Y lo mismo hacían los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley, que se burlaban de él diciendo:

–¡A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse! ³² ¡El Mesías! ¡El rey de Israel! ¡Que baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos!

Hasta los que habían sido crucificados junto con él le injuriaban.

³³ Al llegar el mediodía, toda la región quedó sumida en tinieblas hasta las tres. ³⁴ Y a eso de las tres gritó Jesús con fuerte voz:

–*Eloí, Eloí, ¿lemá sabaktaní?* (que quiere decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»).

³⁵ Algunos de los presentes decían al oírle:

–Mira, llama a Elías.

³⁶ Uno fue corriendo a empapar una esponja en vinagre y, sujetándola en una caña, le ofrecía de beber, diciendo:

–Vamos a ver si viene Elías a descolgarlo.

³⁷ Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró.

³⁸ La cortina del templo se rasgó en dos de arriba abajo. ³⁹ Y el centurión que estaba frente a Jesús, al ver que había expirado de aquella manera, dijo:

–Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

⁴⁰ Algunas mujeres contemplaban la escena desde lejos. Entre ellas, María Magdalena, María, la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé, ⁴¹ que habían seguido a Jesús y lo habían asistido cuando estaba en Galilea. Había, además, otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

⁴² Al caer la tarde, como era la preparación de la Pascua, es decir, la víspera del sábado, ⁴³ llegó José de Arimatea, que era miembro distinguido del Sanedrín y esperaba el Reino de Dios, y tuvo el valor de presentarse a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús.

⁴⁴ Pilato se extrañó de que hubiera muerto tan pronto y, llamando al centurión, le preguntó si había muerto ya. ⁴⁵ Informado por el centurión, otorgó el cadáver a José. ⁴⁶ Este compró

una sábana, lo bajó, lo envolvió en la sábana, lo puso en un sepulcro excavado en roca e hizo rodar una piedra sobre la entrada del sepulcro.

⁴⁷ María Magdalena y María la madre de José observaban dónde lo ponían.

La Palabra se ilumina

Algunas premisas para una mejor comprensión

«Dios ha resucitado a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis» (cf. Hch 2,36). Éste es el objeto primordial de la fe, la condición de la salvación, el núcleo congregador a partir del cual se leen todos los acontecimientos. Éstos no se cuentan como las noticias de una crónica, ni los autores son «historiadores» en el sentido moderno del término. Ciertamente, refieren cosas verdaderas, pero su intención principal es realizar un anuncio cargado de fe. No se detienen, por consiguiente, en una información de crónica, ni mucho menos ofrecen datos destinados a saciar la curiosidad. Deducimos esto al menos por un par de motivos: «La predicación apostólica no muestra interés alguno por la psicología de los personajes» (K. H. Schelke); por otra parte, faltan los elementos edificantes, como demuestra la desconcertante concisión de la misma crucifixión (habría sido fácil detenerse en detalles que presentaran a Jesús como un héroe, como un campeón en soportar el dolor, como una víctima del poder inicuo).

Los acontecimientos de la Pasión deben su interés y su sentido a la resurrección, hacia la que tienden. La comunidad primitiva no predicó nunca la Pasión sin unir-la de una manera inmediata y directa a la resurrección: sin ésta, aquélla tampoco habría tenido sentido. El misterio pascual –en su integridad, o sea, compuesto por la Pasión, muerte y resurrección– constituye un conjunto lógico, no ciertamente desde el punto de vista humano, sino desde el punto de vista divino.

Las citas bíblicas introducidas en el relato de la Pasión pretenden acompañar al lector mostrando continuamente la perspectiva divina. La resurrección es, sobre todo, la luz divina que se irradia sobre todos los acontecimientos, confiriéndoles un sentido; las mismas apariciones pertenecen a la exposición de la Pasión, porque resuelven el escándalo de la cruz. El significado del sufrimiento sólo se comprende en el momento de la gloria.

El relato goza en su conjunto de una novedad respecto al resto del evangelio. Mientras que la vida pública de Jesús está fraccionada en muchos episodios, presentados a menudo de manera aislada, la Pasión se presenta como un todo orgánico y sólidamente organizado.

La cronología se vuelve continua y puntual (la noche, muy de mañana, la hora sexta, la hora nona...), los acontecimientos están bien ligados a los lugares (valle del Cedrón, huerto de los Olivos, pretorio, camino que conduce al Calvario...) y en la escena aparecen varios personajes, ya sean protagonistas (sumo sacerdote, Pedro, Pilato...) o secundarios (Barrabás, Simón de Cirene...). Una posible explicación de la presencia de tanta precisión es el carácter excepcional del acontecimiento y la atención reservada de inmediato a estos hechos, de suerte que los nombres y lugares se graben de inmediato en la memoria.

El relato de la Pasión en Marcos

El relato de la Pasión ocupa la sexta parte de todo el evangelio de Marcos. La estadística indica la importancia concedida a este acontecimiento. De ahí que el alemán M. Kähler pudiera decir con una frase un tanto sensacionalista: «El evangelio es el relato de la Pasión con una extensa introducción».

La pasión no llega de improviso. La particular naturaleza del ministerio de Jesús la ha ido preparando, casi la provocó. Durante la vida pública aparecen registrados dos complotos, en 3,6 y 11,18, y diferentes hostilidades respecto al Maestro de Nazaret. Él mismo no esconde a los suyos lo que le espera y les anuncia en tres ocasiones su destino. Los discípulos están llamados a recorrer con Jesús el camino que va desde Galilea a Jerusalén: «El tema del viaje se emplea para demostrar que la cruz constituye el centro de la cristología de Marcos» (D. Senior). Rechazar la cruz equivale a no comprender a Aquel que quiso convertirla en el signo de su amor a los hombres, equivale a no sentir un afecto sincero por Jesús. El seguimiento quedaría así seriamente comprometido.

Marcos no se entrega, en el relato de la Pasión, a una representación oleográfica de los discípulos, sino que ofrece, por el contrario, la imagen de unas personas débiles y que ceden fácilmente. Marcos pone en guardia con su evangelio a los seguidores de Jesús, recordándoles que la cruz es un momento de crisis. Pedro, que llega a negar al Maestro (cf. 14,66-72), prueba la fragilidad crónica del creyente; la superación de la debilidad sólo será posible con una confianza plena en Cristo. Mientras que el discípulo muestra su fragilidad, Jesús atestigua su dignidad, definiéndose como el Hijo del hombre de la tradición apocalíptica (cf. Dn 7,13s), que se presenta en la plenitud de su gloria. Jesús explicita lo que Marcos había anunciado ya desde el principio (cf. 1,1) y lo que el centurión proclamará (cf. 15,39) como representante de todos los creyentes venidos del paganismo. La Pasión constituye, al mismo tiempo, la suprema revelación de Jesús y la prueba decisiva para los discípulos.

Será el momento de la muerte el que revele la verdad: el velo del templo se desgarrará en dos, signo de que la era antigua ha concluido, y el centurión pagano reconoce en Jesús al Hijo de Dios, signo de que toda la humani-

dad ha accedido a los beneficios de aquella muerte. Los dos signos tienen en sí mismos el valor de una conclusión y revelan el vuelco paradójico.

La muerte de Cristo no está considerada como punto de llegada, sino como punto de partida: los dos signos del templo y del centurión revelan su fecundidad y la presentan como impulso victorioso hacia la resurrección. Se alude a las mujeres, que serán las mismas testigos de la mañana de resurrección, creando así una conexión intencional entre la muerte y la resurrección. Esta última está preparada por algunos gestos de bondad: José de Arimatea se arma de valor y le pide a Pilato el cadáver de Jesús; Pilato accede a esta petición y «otorgó [lit. «entregó»] el cadáver a José» (15,45); dos mujeres se fijan en el lugar donde ha sido depositado Jesús, obviamente con la intención de volver en cuanto sea posible para honrar el cadáver. Con estos gestos de bondad se cierra un drama de maldad. Se está preparando algo grande, y el amor, que nunca muere, estará en condiciones de transformar también la maldad de los hombres en historia de la salvación.

La Pasión de Jesús e incluso su muerte no están presentadas como elementos negativos, ni tampoco como un fracaso imprevisto o como una trágica fatalidad. En consecuencia, la resurrección no será un remedio, sino que ambas, la Pasión y la resurrección, constituyen dos partes de un único proyecto, que el siervo de YHWH había esbozado (cf. Is 53) y que Jesús llevará a su consumación. Con esto el misterio de la persona de Jesús se revela en su parte más profunda y el evangelio llega a su cima.

Se comprende así por qué la comunidad primitiva demostró tanto interés y tanta solicitud en recoger y transmitir estos episodios. Forman, junto con las apariciones, la realidad más importante: se trata de lo esencial, del fundamento mismo de toda la fe.

La Palabra me ilumina

Es bueno, además de fructuoso, dejar espacio a la contemplación, favorecida por ese «audiovisual» excepcional que es el relato de la Pasión de Jesús. Los numerosos personajes que se alternan en el escenario del tejido narrativo envían mensajes, no demasiado codificados, a nuestra vida, nos implican hasta hacernos sentir actores. Podríamos ser los discípulos temerosos que huyen o las intrépidas mujeres que siguen a Jesús hasta el final. Podríamos participar en clavar los clavos en el cuerpo atormentado del divino Condenado, o bien serle un leve alivio durante algunos instantes, cargando con la cruz, como Simón de Cirene. En suma, hay sitio para todos, sin olvidar también la posibilidad de un papel múltiple: un poco Judas el traidor, un poco el hamlético Pilato, un poco las piadosas mujeres que lloran, un poco el mismo Cristo. De ahí procede una fusión que parece trazar nuestra vida o recordarla en algunos de sus segmentos.

La comunidad cristiana que contempla a su Señor se ve ayudada a comprender el sentido de su propio sufrimiento en su peregrinación terrena, pero se ve ayudada asimismo a no perder nada, porque cada lágrima o gota de pena queda acogida en la cruz, valorada y transformada en materia de vida eterna. Se trata de un metabolismo teológico que el Viernes santo deja entrever, en espera de que lo certifique la resurrección.

La admiración, la participación y el reconocimiento figuran entre los ingredientes recomendados, figuran entre los sentimientos deseables. Así, la lectura meditada del relato de la Pasión hace fermentar el espesor de nuestra sensibilidad espiritual y nos orienta hacia la plenitud pascual.

Y la Pascua, como nos advierte san Agustín, «no se celebra a modo de aniversario, sino a modo de misterio». Y nosotros seremos admitidos al misterio si com-

prendemos el valor de la acción de Cristo, si lo sentimos necesario –más aún, indispensable– para nuestra vida. El relato de la Pasión emana así un himno espontáneo de gratitud y nos invita a continuar nuestro camino, unidos más íntimamente a él.

La Palabra se convierte en oración

Oh Cristo, nuestro único Mediador,
tú nos haces falta
para entrar en comunión con Dios Padre,
para llegar a ser hijos adoptivos suyos contigo,
que eres su Hijo único y Señor nuestro,
para ser regenerados en el Espíritu Santo.
Tú nos eres necesario, y el único verdadero Maestro
de las verdades recónditas e indispensables de la vida,
para conocer nuestro ser y nuestro destino,
y la vida para conseguirlo.
Tú nos haces falta, oh gran Paciente de nuestros dolores,
para conocer el sentido del sufrimiento
y para darle un valor de expiación y de redención.
Tú nos eres necesario, oh Vencedor de la muerte,
para liberarnos de la desesperación
y de la negación
y para tener la certeza que no traiciona nunca.
Tú nos haces falta, oh Cristo,
oh Señor, oh Dios, con nosotros,
para aprender el amor verdadero
y para caminar con la alegría
y con la fuerza de tu caridad nuestro fatigoso camino,
hasta el encuentro final contigo,
en cuanto amado,
en cuanto esperado
y en cuanto bendito por los siglos

(G. B. Montini, *Carta pastoral a la diócesis de Milán para la Cuaresma de 1955*).

La Palabra en el corazón de los Padres

Nuestra naturaleza, enferma, tenía necesidad del médico; el hombre, caído, necesitaba alguien que lo levantara; el que estaba sin vida necesitaba al que da la vida; el que había resbalado fuera de la participación del bien necesitaba quien lo devolviera al bien; el preso en la oscuridad anhelaba la presencia de la luz; el cautivo buscaba al redentor; el presidiario, al defensor; el subyugado en la esclavitud, al libertador.

¿Es que esto era poca cosa y sin importancia para hacer que Dios se molestara en bajar a visitar la naturaleza humana, puesto que en tal estado de miseria y desgracia se hallaba la humanidad?

Ahora bien –se dice–, Dios podía beneficiar al hombre y quedar exento de toda debilidad. Aquel que organizó el universo con un acto de voluntad y dio la existencia al no ser sólo con el impulso de su voluntad, ¿por qué no sustrajo al hombre del poder enemigo con un poder dotado de autoridad y divino para reconducirlo a la condición originaria, si eso le era grato?

Sin embargo, recorre un camino largo y complejo, revistiéndose de la naturaleza corporal, entrando en la vida mediante el nacimiento, recorriendo sucesivamente todas las etapas de la vida, pasando después por la experiencia de la muerte, y llevando así a término su finalidad mediante la resurrección de su propio cuerpo, como si no le fuera posible, permaneciendo en la altura de su gloria, salvar al hombre con un decreto y renunciar a un itinerario tan complicado (Gregorio de Nisa, *La gran catequesis*, XV, 3s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y medita esta Palabra:

«Con sus llagas nos curó» (Is 53,5).

Caminar con la Palabra

Jesús moribundo es insultado por los transeúntes (vv. 39-40), que lanzan contra él nuevamente la acusación de los falsos testigos en el proceso: Se glorió de poder destruir el templo y luego reconstruirlo; que se salve a sí mismo.

Le insultan los escribas, los fariseos y los ancianos, sus jueces: Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo; si realmente fuera el Mesías, Dios le bajaría de la cruz; si realmente fuera amigo de Dios, Dios lo libraría.

Así pues, éstos ponen en duda la validez de sus milagros (ya los habían interpretado como provenientes de Satanás: 12,24), la verdad de sus pretensiones mesiánicas y la validez de su experiencia del Padre. Se niega la identidad más profunda de Jesús. También los dos malhechores crucificados con él le insultan del mismo modo.

El hombre corriente, las autoridades y los desheredados, todos están contra Jesús. Para comprender el significado profundo de estos insultos hemos de hacer una precisión. En la voz de los transeúntes, de los sacerdotes y de los dos malhechores resuena la misma voz de Satanás que ya escuchamos en el relato de la tentación (Mt 4,3): «Si eres el Hijo de Dios...». Si realmente eres el Hijo de Dios, debes usar el poder del que dispones para obtener credibilidad, para hacer triunfar la verdad. Y no se diga que se trata de un razonamiento meramente humano; existe toda una literatura de martirio que asegura justamente que Dios interviene siempre, aunque sea en el último momento, para derrotar a los enemigos y hacer triunfar al justo. Así el Sal 34,8 y el Sal 1,9-12: «Teniendo a Yahvé por refugio, al Altísimo por tu asilo, no te llegará la calamidad ni se acercará la plaga a tu tienda, pues encomendará a sus ángeles que te guarden en todos sus caminos». Por tanto, los jueces tienen ahora la prueba de la verdad de su veredicto (una prueba, diríamos, ¡tomada de las Escrituras!): si no puede salvarse, si Dios no le salva, significa que hemos tenido razón al tomarlo por un falso mesías, por un impostor y un blasfemo. Así comprendemos la soledad de Jesús. Es la soledad del que se siente al final desmentido, abandonado por aquel mismo Dios en el que únicamente había confiado y por cuya obediencia ha emprendido su camino: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46).

Como de costumbre, el evangelista no se limita a relatar los hechos, sino que los interpreta a la luz de las Escrituras. Lo que está acaeciendo es el cumplimiento de las Escrituras (B. Maggioni, *El relato de Mateo*, Paulinas, Madrid 1982, 294).

Invitados al banquete de la eternidad (Mc 14,12-16.22-26)

¹² El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, cuando se sacrificaba el cordero pascual, sus discípulos preguntaron a Jesús:

–¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?

¹³ Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles:

–Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidlo ¹⁴ y allí donde entre decid al dueño: El Maestro dice: «¿Dónde está la sala en la que he de celebrar la cena de Pascua con mis discípulos?». ¹⁵ Él os mostrará en el piso de arriba una sala grande, alfombrada y dispuesta. Preparadlo todo allí para nosotros.

¹⁶ Los discípulos salieron, llegaron a la ciudad, encontraron todo tal como Jesús les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

²² Durante la cena, Jesús tomó pan, pronunció la bendición, lo partió, se lo dio y dijo:

–Tomad, esto es mi cuerpo.

²³ Tomó luego una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y bebieron todos de ella. ²⁴ Y les dijo:

–Ésta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos. ²⁵ Os aseguro que ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios.

²⁶ Después de cantar los himnos, salieron hacia el monte de los Olivos.

La Palabra se ilumina

El fragmento está situado en la fase conclusiva de la vida terrena de Jesús, próximo a la Pasión; se compone de dos minúsculas unidades (vv. 12-16 y 22-25) y de una conclusión que, trasladando incluso geográficamente al grupo al monte de los Olivos (v. 26), marca el paso directo a los últimos acontecimientos. La primera unidad refiere la preparación para la celebración de la cena, vida con toda la solemnidad requerida por la situación. En la segunda se presentan los elementos novedosos con la referencia a la cena, que se caracteriza como pascual. En consecuencia, será importante captar el nuevo significado imprimido por Jesús a los gestos que pertenecían al ritual.

No encontramos aquí, en efecto, una descripción detallada de la cena, sino el nuevo significado de algunos gestos. Jesús retoma los elementos de la antigua alianza y les confiere un vínculo íntimo con su persona. Los contrayentes son ahora Dios y toda la humanidad, en vez de sólo el pueblo de Israel, destinatario privilegiado de la primera alianza. El mediador Moisés es reemplazado por Jesús, que reasume la doble función de mediador y de ofrenda sacrificial. Jesús es, efectivamente, en la cruz la víctima sacerdotal que se ofrece a sí mismo en un acto de amor sublime, como él mismo había anunciado: «*Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos*» (Jn 15,13). Por amor se ofrece también «*por todos*».

Siguiendo en la misma trayectoria de un amor manantial, primordial e incondicionado, se sitúa la ofrenda de Jesús, expresada en el pan partido y en el vino vertido. Nos encontramos bajo el signo de la gratuidad total, como nos recuerda el texto paulino de Rom 5,8s. En consecuencia, el don de Dios/Cristo se convierte en la medida del don del hombre y nos enseña cómo debe responder éste: «*Os doy un mandamiento nuevo: Amaos*

los unos a los otros. Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros» (Jn 13,34). El mandamiento es nuevo porque Jesús se convierte en la medida del amor; nuevo también porque la demostración del amor a Dios/Cristo se certifica con el amor a los hermanos (cf. 1 Jn 4,20s).

Pero vayamos a los gestos de Jesús. Éstos son en parte los habituales: como partir el pan y distribuirlo, tomar el cáliz de vino y pasarlo. La novedad está en el hecho de que los gestos pretenden anticipar y hacer presente un acontecimiento futuro, establecer una relación entre el símbolo y la realidad evocada. El pan partido y el vino vertido anuncian su muerte y contienen un valor preciso: es la ofrenda libre que Jesús hace a sus discípulos y, a través de ellos, a todos los hombres. Las palabras recuerdan el sentido profundo que debemos adjuntar a los gestos: «*Tomad, esto es mi cuerpo... Ésta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos*». La segunda expresión remite de un modo más directo a la muerte, presente ya de una manera más difuminada en la primera. El cuerpo y la sangre expresan la totalidad del hombre. La sangre derramada por los hombres alude al sacrificio preanunciado por el Siervo de YHWH y a la antigua alianza, que encuentra ahora su consumación en Cristo. En su muerte se funda y se sella la nueva alianza, ofrecida a todos de una manera gratuita. Nuevo sacrificio, nueva alianza, nueva ley, nuevo pueblo.

Los comensales entran en la nueva alianza gracias a la invitación a participar en la mesa: «*Tomad... y bebiéron todos de ella*» (vv. 22s). Junto a los discípulos están idealmente presentes todos los hombres que participarán, en el tiempo y en el espacio, en el banquete presidido por Jesús.

El texto de Marcos no recoge el mandato de repetir lo realizado por Jesús (cf., en cambio, Lucas y Pablo). Sin

embargo, el hecho, realizado históricamente una sola vez, asume un valor que trasciende el espacio y el tiempo. Así lo entendió la comunidad apostólica, que estructuró la celebración eucarística a partir del esquema de la última cena. No se trata de un simple recuerdo (pensamiento protestante), sino de reactualizar, haciéndolo presente y eficaz, un acontecimiento del pasado. Y Cristo se presenta como el Viviente, como aquel que, por medio de la obra de los apóstoles y de sus sucesores, prosigue su actividad cultural de sumo y eterno sacerdote «*siempre vivo para interceder*» (Heb 7,25) por todos los hombres.

La Palabra me ilumina

El cristianismo posee, entre sus innumerables elementos originales, el de una participación tan íntima del hombre en la divinidad que crea una fusión sin confusión. A esto apunta principalmente la eucaristía. Nosotros, los cristianos, somos transformados por la eucaristía. Podemos probarlo con algunas citas dotadas de autoridad. Escribe santo Tomás: «El efecto propio de la eucaristía es la transformación del hombre en Dios» (*Sent. IV, dist. 12, q. 2, a. 1*); por consiguiente, su divinización; difícilmente podría ambicionar el hombre una meta más elevada. En la misma estela, el Concilio Vaticano II emplea una frase de san León Magno: «La participación en el cuerpo y la sangre de Cristo no hace otra cosa sino que pasemos a ser aquello que recibimos» (LG 26). Y ahora vamos a dejar la palabra a una mística, santa Teresa de Lisieux:

«Mi cielo está escondido en la pequeña hostia
en la que Jesús, mi Esposo, se oculta por amor.
Y de este divino horno quiero sacar mi vida;
mi Salvador está en él y me escucha noche y día.
¡Oh dichosísimo instante cuando,
en tu inmensa ternura,

vienes a mí, Amado mío,
para transformarme en ti!
Esta inefable embriaguez
y esta unión de corazones
¡son mi cielo para mí!»
(*Poesías 21,3*).

Desde que existe la Iglesia, la eucaristía ha sido siempre su corazón. Nos lo recuerda Juan Pablo II: «La eucaristía dominical es el lugar privilegiado donde la comunión es anunciada y cultivada constantemente» (*Ecclesia de Eucaristia, 41*). Por eso deseamos que la eucaristía ocupe el centro no sólo teológico, sino también pastoral de nuestras comunidades, creando una comunión que se estratifica en distintos niveles, como tonalidades diferentes del mismo color. Así, la Iglesia primitiva, como se desprende de Hch 2,42, se presenta escuchando la Palabra, en oración, en solidaridad con los hermanos necesitados: en este contexto se celebra la liturgia eucarística, que constituye verdaderamente «el corazón y la cumbre de la vida de la Iglesia» (*Catecismo de la Iglesia católica, 1.407*).

Por último, no hemos de olvidar la dimensión mistagógica, la del misterio. Para comprender algo es preciso realizar el esfuerzo necesario; pero también es verdad que hay muchas cosas que nos escapan. El Espíritu es el gran protagonista de toda venida de Cristo entre nosotros. Por obra del Espíritu, la Palabra eterna toma carne en el seno virginal de María; también por obra suya se transforman el pan y el vino, como escribe Cirilo de Jerusalén: «Una vez santificados nosotros mismos por estos himnos espirituales, suplicamos a Dios, amante de los hombres, que envíe el Espíritu Santo sobre los dones ahí colocados para que haga del pan el cuerpo de Cristo y del vino la sangre de Cristo, pues todo lo que toca el Espíritu viene a ser santificado y transformado» (*Cat. myst., 5,7*).

Si nos referimos más al Espíritu, tendremos inteligencia para comprender, fuerza para actuar, fantasía para inventar, bravura para afrontar las dificultades, serenidad para hacer huir el desánimo cuando no obtengamos los frutos esperados, confiado abandono que hace huir el ansia de estar solos y de ser incapaces. Se podrá afirmar, y lo probarán los hechos, que la eucaristía está en el centro de la vida cristiana y constituye el corazón de la vida eclesial.

La Palabra se convierte en oración

¡Oh sagrado banquete en el que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su Pasión, el alma se llena de gozo y se nos da la prenda de la gloria futura!

La Palabra en el corazón de los Padres

El Hijo único de Dios, queriendo hacernos partícipes de su divinidad, tomó nuestra naturaleza, a fin de que, hecho hombre, divinizase a los hombres.

Además, entregó por nuestra salvación todo cuanto tomó de nosotros. Porque, por nuestra reconciliación, ofreció, sobre el altar de la cruz, su cuerpo como víctima a Dios, su Padre, y derramó su sangre como precio de nuestra libertad y como baño sagrado que nos lava, para que fuésemos liberados de una miserable esclavitud y purificados de todos nuestros pecados.

Pero, a fin de que guardásemos para siempre en nosotros la memoria de tan gran beneficio, dejó a los fieles, bajo la apariencia de pan y de vino, su cuerpo, para que fuese nuestro alimento, y su sangre, para que fuese nuestra bebida.

¡Oh banquete precioso y admirable, banquete saludable y lleno de toda suavidad! ¿Qué puede haber, en efecto, más precioso que este banquete en el cual no se nos

ofrece, para comer, la carne de becerros o de machos cabríos, como se hacía antiguamente, bajo la ley, sino al mismo Cristo, verdadero Dios?

No hay ningún sacramento más saludable que éste, pues por él se borran los pecados, se aumentan las virtudes y se nutre el alma con la abundancia de todos los dones espirituales.

Se ofrece, en la Iglesia, por los vivos y por los difuntos, para que a todos aproveche, ya que ha sido establecido para la salvación de todos.

Finalmente, nadie es capaz de expresar la suavidad de este sacramento, en el cual gustamos la suavidad espiritual en su misma fuente y celebramos la memoria del inmenso y sublime amor que Cristo mostró en su Pasión.

Por eso, para que la inmensidad de este amor se imprimiese más profundamente en el corazón de los fieles, en la última cena, cuando después de celebrar la Pascua con sus discípulos iba a pasar de este mundo al Padre, Cristo instituyó este sacramento como el memorial perenne de su Pasión, como el cumplimiento de las antiguas figuras y la más maravillosa de sus obras, y lo dejó a los suyos como singular consuelo en las tristezas de su ausencia (Tomás de Aquino, *Opusc.* 57, 1-4).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«¡Justificados ahora por su sangre, seremos por él salvos de la ira!» (Rom 5,9).

Caminar con la Palabra

El Señor está ante sus discípulos como quien se consagra a la muerte por ellos. Sólo falta una cosa aún: que se manifieste de una manera eficaz, incluso de manera tangible y corpórea, el

hecho de que, en la muerte ya aceptada del Señor, cada uno de ellos sea realmente objeto de una intención absolutamente concreta; que este acontecimiento de la muerte vivificante que es el mismo Señor penetre real y verdaderamente en el centro más íntimo de la vida de cada uno de los discípulos; que la comunión que forman y manifiestan en la cena sea una realidad que llegue hasta el más recóndito e inquietante secreto de la existencia, allí donde se encuentran la culpa y la muerte, el juicio y la responsabilidad eterna, la eterna perdición y la salvación eterna.

Él, el Señor, se señala a sí mismo de la manera más clara y en el sentido del todo corpóreo: él mismo en la más cruda realidad de su existencia inmolada, él mismo como el redentor y la redención, como la muerte y la vida, y por eso dice: «Esto es mi cuerpo, que se ofrece; ésta es mi sangre, que se derrama». Y da su cuerpo y su sangre con el poder de su Palabra creadora, que transforma las profundidades de la realidad y reduce a pura apariencia nuestra experiencia cotidiana, y por eso puede dejar subsistir, bajo las formas de pan y vino, los signos cotidianos del amor y de la unión de sus discípulos, a fin de que se manifieste de manera eficaz, y al manifestarse se vuelva eficaz, el hecho de que todo esto –él mismo en su realidad inmolada para salvarles a ellos– les pertenece verdaderamente y penetra en lo íntimo de la existencia de cada uno en particular: «Tomad y comed, esto es mi cuerpo; bebed, ésta es mi sangre de la nueva alianza, que se derrama por todos». *Ellos toman y son tomados* (K. Rahner, *Eucaristia*, Brescia 42005, 17s).

De sorpresa en sorpresa (Mc 16,1-8)

¹ Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron perfumes para ir a embalsamar a Jesús.

² El primer día de la semana, muy de madrugada, a la salida del sol, fueron al sepulcro. ³ Iban comentando:

–¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?

⁴ Pero, al mirar, observaron que la piedra había sido ya corrida, y eso que era muy grande. ⁵ Cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado a la derecha, que iba vestido con una túnica blanca. Ellas se asustaron. ⁶ Pero él les dijo:

–No os asustéis. Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado. Ha resucitado; no está aquí. Mirad el lugar donde lo pusieron.

⁷ Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro: Él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, tal como os dijo.

⁸ Ellas salieron huyendo del sepulcro, llenas de temor y asombro, y no dijeron nada a nadie por el miedo que tenían.

La Palabra se ilumina

Un relato sobrio, casi descarnado, cuenta lo esencial, que es, a continuación, también lo espectacular. El centro literario y teológico del relato, estrechamente unido al de la Pasión, lo brindan las palabras del joven vestido de blanco que comunica a las mujeres la resurrección de Jesús y su encuentro con los discípulos en Galilea (vv. 6s). Las mujeres son las protagonistas en la parte inicial y en la final: su visita al sepulcro para honrar a

un difunto (vv. 1-3) se transforma en sorpresa al encontrar corrida la piedra del sepulcro (v. 4) y en algo excepcional por las palabras que oyen y el encargo que reciben. De ahí deriva una reacción muy humana: huyen atemorizadas y guardan un enigmático silencio (v. 8).

Precisamente en torno a la tumba, que habían encontrado vacía, comienza el increíble anuncio de la resurrección. Las tres mujeres que se dirigen al sepulcro para embalsamar el cadáver proporcionan una primera conexión entre Pasión y resurrección. Son María Magdalena, María la de Santiago y Salomé, las mismas que, en el momento de la crucifixión, «*contemplaban la escena desde lejos*» (15,40). Las testigos son, por consiguiente, las mismas en uno y otro caso: las tres mujeres. Son ellas las que se dirigen al sepulcro «*el primer día de la semana, muy de madrugada, a la salida del sol*», con objeto de completar los piadosos cuidados al cadáver. Algunos de ellos ya los habían llevado a cabo en el momento de la colocación en el sepulcro, pero los interrumpieron bruscamente por la inminencia de la fiesta (cf. 15,42). Ha llegado el momento de concluir el «trabajo».

La piedra corrida –hacían falta dos o tres hombres para moverla– suprime una de sus preocupaciones y proporciona una primera sorpresa. La sorpresa de las mujeres crece de una manera notable cuando, al entrar en el sepulcro, se espantan por la presencia de un joven vestido de blanco (el color que remite al mundo divino, como las vestiduras de Jesús en la transfiguración) y sentado a la derecha (el puesto de honor que los cristianos atribuían al Cristo glorioso). Muestra conocer bien la situación («*Buscáis a Jesús de Nazaret*») y crea una continuidad entre el crucificado y el resucitado: «*Ha resucitado, no está aquí*». No está aquí porque está vivo. La cita con él tendrá lugar en Galilea –tierra del norte, en el confín con los paganos–, donde Jesús había empezado su ministerio: es una vuelta al punto de partida, ahora con el Jesús resucitado, es decir, vivo para siempre.

Las mujeres son las primeras en recibir esta misión excepcional; en cierto sentido, son *las primeras apóstoles*, enviadas a dar la bella noticia a los mismos apóstoles. Sin embargo, llegados a este punto, el sorprendido es el lector del evangelio, cuando considera el comportamiento de las mujeres. En vez de sentir un explosivo motivo de alegría, nace en ellas un sentimiento de miedo, de alejamiento y de cierre. ¡Qué extraño! Sin embargo, es una constante: el contacto con lo divino se vuelve destabilizador para la pobre naturaleza humana. El ser humano se siente perdido e impotente ante su Dios. Por otra parte, «creer en la resurrección supone, para la inteligencia humana, aceptar que, en virtud del poder divino, lo imposible se vuelva realidad» (J. Galot).

La Palabra me ilumina

Esta descripción de Marcos traza el elogio más bello y sublime que se pueda hacer a la mujer, a la feminidad de la mujer. Nos imaginamos a estas mujeres judías, María Magdalena y sus compañeras, mientras «*observaban dónde lo ponían*». Habían seguido a Jesús con una gran fe, maravilladas por la novedad de su enseñanza, con un amor cautivador, a lo largo de toda su peregrinación por Galilea y, después, en Jerusalén. En estos días pascuales le han seguido a lo largo de todo el camino pedregoso hasta el Calvario, hasta la terrible muerte en la cruz, y ahora quieren manifestarle su amor hasta el final. Más allá del fin. Compran aceites aromáticos para embalsamar su cuerpo: ¿no piensan que después de tres días ya estará en putrefacción? No, el amor va a veces más allá de las posibilidades humanas. Jesús está ahora en la tumba. Las mujeres no piensan en la posible resurrección; aman y basta... Se dirigen al sepulcro –de buena mañana– con el alma desgarrada por el dolor, pero se quedan descompuestas. Observan: «*al mirar, observaron*», señala Marcos para acentuar el inte-

rés y la prisa de las mujeres amantes, las primeras que recibirán la aparición del Jesús resucitado.

El miedo no es, en este episodio, una realidad negativa, sino tal vez el *estupor* frente a una experiencia espiritual que supera las capacidades humanas de comprensión. También nosotros debemos buscar continuamente a Jesús, su cuerpo, para encontrarle en cada eucaristía, en todas nuestras respuestas positivas a la iluminación del Espíritu. Entonces oiremos resonar para nosotros las mismas palabras del ángel: «No os asustéis. [...] *Ha resucitado; [...] Él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis*».

La Palabra se convierte en oración

Enséñame a buscarte
y muéstrate a quien te busca,
porque no puedo ir en tu busca,
a menos que tú me enseñes,
y no puedo encontrarte
si tú no te manifiestas.

Deseando te buscaré,
te desearé buscando;
amando te encontraré
y encontrándote te amaré.

(Anselmo de Canterbury).

La Palabra en el corazón de los Padres

Se observa el equinoccio en la Pasión para [mostrar] la recapitulación de los orígenes. Lo mismo para el viernes de Parasceve: en él fue creado, en efecto, el primer hombre, y era necesario que en el día en el que fue creado y cayó, en ese mismo día fuera restaurado. El sábado lo refiere después la Escritura al reposo, cuando dice que Dios «descansó de todas sus obras el día séptimo

y lo santificó». Así también ahora el Señor, tras haber realizado de una vez por todas la recapitulación con la Pasión del viernes, cuando realizó todo lo que se refiere al levantamiento del hombre caído, en el día séptimo descansa y permanece en el corazón de la tierra, llevando como don a los que estaban en el Hades la libertad [brotada] de la Pasión... Así, habiendo observado en su Pasión, según el orden originario, tanto el equinoccio como el viernes y el sábado, «*el primer día de la semana*» hace aparecer la luz de la resurrección, también ella de acuerdo con la sucesión cronológica. Éste era, en efecto, el primer día del tiempo total, [el día] que [Dios] estableció en el origen como principio de la luz sensible y ahora, coherentemente, como comienzo de la luz espiritual de la resurrección (Pseudo-Crisóstomo, *Omelia sulla santa Pasqua*, VII, 35s, Turín 1978, 125).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y medita esta Palabra:

«*Ha resucitado. [...] Ahora id a decir a sus discípulos y a Pedro: Él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis*» (Mc 16,6s).

Caminar con la Palabra

Si Jesús ha resucitado verdaderamente de entre los muertos y se aparece como el Resucitado a los discípulos en Galilea, entonces es realmente lo que decía de sí mismo, a saber: el Mesías y el último y definitivo Señor y Juez ante el que todos nosotros nos encontraremos, el único consolador y salvador, el único con el que tenemos futuro. Entonces con él ha venido Dios a nosotros y ha caminado entre nosotros. Entonces tenemos la voluntad de Dios en él y en sus palabras y obras, en su vida y en su cruz. Entonces todo lo que pensamos y decimos, creemos y esperamos de Dios ya no está lejos, puesto en un inalcanzable futuro, sino que Dios nos sale al encuentro en este Jesús y nos sale al encuentro aquí y ahora, y así, y no ya de una manera

distinta. Entonces le tenemos muy cerca de nosotros y así seguirá para toda la vida, estará siempre así, para nosotros y para todos los hombres, sin excepción. Entonces Dios está presente en él para siempre. Entonces el problema consiste en si nosotros queremos a Dios y nuestra vida en medio de nosotros. Entonces ya no podemos sustraernos. ¿Qué debemos hacer entonces? Tiremos los ungüentos preciosos con los que queríamos embalsamar a un muerto; el viviente, el ungido de Dios, el señor y juez, salvador y socorredor para siempre, no tiene ninguna necesidad de nuestro aceite. Tiene necesidad de nosotros. Tiene necesidad de nosotros, hasta el punto de que renunciemos a nosotros mismos ante él y nos liberemos de nosotros mismos.

Si Jesús ha resucitado de entre los muertos, entonces, en este Jesús, está aquí Dios, entonces él es el Señor por excelencia, entonces ha quedado inaugurado en él el Reino de Dios. Entonces dichosos nosotros si nos inclinamos ante él, y ay de nosotros si le «crucificamos de nuevo» (H. Schlier, *La passione secondo Marco*, Milán 1979, 115s).

La luz de la misión resplandece sobre las sombras de la duda

(Mc 16,9-15)

⁹ Jesús resucitó en la madrugada del primer día de la semana y se apareció en primer lugar a María Magdalena, de la que había expulsado siete demonios. ¹⁰ Ésta fue a comunicárselo a los que lo habían acompañado, que estaban tristes y seguían llorando. ¹¹ Ellos, a pesar de oír que estaba vivo y que ella lo había visto, no lo creyeron.

¹² Después de esto se apareció, con aspecto diferente, a dos de ellos que iban de camino hacia el campo. ¹³ También fueron a dar la noticia a los demás. Pero tampoco les creyeron.

¹⁴ Por último, se apareció a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y su terquedad, por no haber creído a quienes lo habían visto resucitado. ¹⁵ Y les dijo:

–Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda criatura.

La Palabra se ilumina

El final del evangelio según Marcos (vv. 9-20) es obra de un autor desconocido para nosotros, que añadió estos versículos, ciertamente muy pronto, al texto de Marcos. De todos modos, se trata de un texto inspirado y, en consecuencia, debe ser considerado como «Palabra de Dios». El fragmento que estamos analizando, precisamente por estar «separado» del resto del evangelio, no tiene en cuenta el mandato del v. 7, donde se había en-

cargado a las mujeres referir a los discípulos y a Pedro que el Resucitado les esperaba en Galilea.

El escenario está ambientado en Jerusalén y sus alrededores. La idea de la resurrección de Jesús tiene dificultades para imponerse incluso entre los mismos apóstoles. Sin embargo, precisamente ellos habían sido los destinatarios privilegiados de las muchas confidencias del Maestro, que les había preparado para el escándalo de su Pasión y muerte, y «evangelizado» sobre la resurrección. Su primera reacción fue un claro rechazo, como declara nuestro texto, sin vacilación.

Los dos primeros relatos siguen un esquema común: Jesús se aparece a algunas personas y éstas van a contarlo a los discípulos, que se niegan a creer. En el primer caso la protagonista es María Magdalena, «fotografiada» con el detalle de la mujer liberada de «*siete demonios*», número perfecto que indica la gravedad de la situación. Su identificación remite al pasaje de Lc 8,2, y la tarea que le había sido confiada remite a Jn 20,17s. Su testimonio fue rechazado por los discípulos con un gélido «*no lo creyeron*».

En el segundo caso se habla de dos hombres que iban al campo y encuentran a Jesús «*con aspecto diferente*». Probablemente significa que encuentran al Resucitado. No es difícil entrever el episodio de los dos discípulos de Emaús referido por Lc 24,13-35. Los que ahora dan testimonio son dos hombres, y su credibilidad, según la mentalidad de la época, debería ser total con respecto a la mujer de antes; además, son dos, por lo que para la legislación antigua sus palabras son dignas de un crédito absoluto. El resultado –a diferencia del texto de Lucas– no cambia y sigue siendo profundamente negativo, por que los discípulos «*tampoco les creyeron*».

Tras el fracaso de los testigos, Jesús en persona se presenta a los Once y «*les echó en cara su incredulidad y su terquedad, por no haber creído a quienes lo habían visto*

resucitado» (v. 14). No se puede decir, ciertamente, que la idea de la resurrección fuera acogida de inmediato y de una manera triunfal. Es verdad, más bien, lo contrario: hizo falta la presencia del Resucitado para hacer cambiar de idea al grupo apostólico, transformado ahora y dispuesto para la misión.

El fragmento tiene un final positivo, rico de luz. El Resucitado confía a los suyos el mandato misionero de llevar la Buena Noticia al mundo entero. La comunidad toma conciencia de tener la exaltante tarea de anunciar que Cristo está vivo y realiza su acción benéfica para bien de todos. De ahora en adelante, la apostolicidad y la catolicidad serán dos características esenciales de la Iglesia.

La Palabra me ilumina

La clausura del evangelio según Marcos es «una auténtica reliquia de la primera generación cristiana» (Swete), más allá de quién sea el autor de estos versículos. Es un fragmento de una enorme utilidad para realizar una profunda meditación sobre la realidad cristológica de Jesús resucitado.

Todos los verbos de estos versículos son verbos de movimiento. Se trata de vivir el mensaje de Jesús resucitado, la «*Buena Nueva del Reino*», en una dimensión de vida madura y entusiasta, incluso en los momentos de duda, de miedo, de debilidad. Nos quedamos fascinados frente a este Dios que revela su misterio de amor a través de la humanidad de Jesús. Él aparece continuamente, pero nuestra respuesta no es siempre positiva y pronta.

María Magdalena corre, cree, anuncia. Los apóstoles «*no lo creyeron*» porque sólo quieren la evidencia, como Tomás. Y Jesús, que conoce la dureza del corazón humano, les sale al encuentro para acabar con su incredulidad.

lidad. No se escandaliza de la pobreza del hombre, del trabajo que les cuesta creer a sus discípulos, a pesar de los signos y los milagros realizados. Ya había experimentado muchas veces este sufrimiento durante su vida terrena: «¿También vosotros queréis marcharos?»; «Pedro, antes de que el gallo cante tres veces... me negarás...». Ahora, resucitado, se acerca a ellos con un corazón paterno, con la fuerza del Espíritu, con el ardor del Salvador.

¡Ha resucitado! Ha realizado la voluntad del Padre, ha salvado al hombre de todo mal con su carne inmola-da, con su sangre derramada. Jesús no se detiene en considerar su falta de fe, no les castiga. Se lo echa en cara para que puedan creer, ver, tocar, en una experiencia nueva, pascual. Los envía como embajadores y testigos de su amor a todos los seres humanos.

Jesús hace lo mismo con nosotros: no nos echa en cara nuestra indolencia, la pobreza de nuestra fe, la languidez de nuestro ánimo, sino que nos envía continuamente a nuestros hermanos, enriquecidos con su riqueza, con la fuerza del Espíritu. Ésta es nuestra misión a partir del momento del bautismo. Nosotros, como Iglesia, continuamos con la vida para ver, para gritar, para anunciar que «*Jesús es el Señor*», en dimensión misionera, para que todo el mundo crea. Ahora, en la fe de que Jesús es el Resucitado, vuelven todavía más vivas las palabras de Pedro: «*Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna*».

La Palabra se convierte en oración

Oh Cristo Dios, tú que en todo tiempo y en toda hora eres adorado y glorificado en el cielo y en la tierra, que estás lleno de misericordia y de condescendencia, que amas a los justos y tienes piedad de los pecadores, que llamas a todos a la salvación con la promesa de los bienes futuros, tú, Señor, acoge también en esta hora nuestras súplicas.

Santifica nuestras almas, purifica nuestros cuerpos, corrige nuestros pensamientos, rectifica nuestras intenciones,

líbranos de toda aflicción, de todo mal y dolor.

Defiéndenos con tus santos ángeles a fin de que, custodiados y guiados por ellos, lleguemos a la unidad de la fe y al conocimiento de tu gloria inaccesible, porque tú eres bendito por los siglos de los siglos (Basilio de Cesarea).

La Palabra en el corazón de los Padres

Oh hermanos, «*éste es el día que hizo el Señor, exultemos y alegrémonos en él*». Exultemos en su esperanza, a fin de ver y gozar en su luz. Exultó Abrahán [con la esperanza] de ver el día de Cristo y, por este mérito, lo «*vio y se alegró*».

También tú, en efecto, si velas cada día a las puertas de la sabiduría y vigilas su umbral y haces guardia vigilante con Magdalena a la entrada del sepulcro, experimentarás, si no me equivoco, junto con la misma María, cuán verdadero es lo que se lee respecto a la misma Sabiduría que es Cristo: «*Se deja ver sin dificultad por los que la aman y hallar por los que la buscan. Se adelanta para manifestarse a los que la anhelan. Quien madrugue para buscarla no se fatigará, pues la encontrará sentada a sus puertas*». Y así también él la ha prometido diciendo: «*Amo a los que me aman, y los que por la mañana velen por mí me encontrarán*». Así María encontró corporalmente a Jesús, por quien velaba y a cuyo sepulcro había llegado para estar de guardia cuando todavía estaba oscuro.

Pero tú, que no debes conocer ahora a Jesús según la carne, sino según el espíritu, podrás encontrarle ciertamente con el espíritu: si lo buscas con semejante deseo se dará cuenta de ti mientras estás en oración igual-

mente vigilante. Di, por tanto, al Señor Jesús con el deseo y el afecto de María: *«Mi alma te ha deseado en la noche, pero también mi espíritu en mi corazón; desde la mañana velaré por ti»*. Di con la voz y el ánimo del salmista: *«Por ti velo desde la primera luz, mi sed tiene sed de ti»*, y fíjate si no te acontecerá cantar junto con ellos: *«Por la mañana hemos sido saciados de tu misericordia, hemos exultado y hemos experimentado placer»* (Guerrico de Igny, *Terzo sermone per la risurrezione del Signore*, 2, Magnano [Bi] 2001, 432s).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y medita sobre este reproche:

«Les echó en cara su incredulidad y su terquedad, por no haber creído a quienes lo habían visto resucitado» (Mc 16,14).

Caminar con la Palabra

Cuando te encuentras con una cosa bella, lo cuentas. Cuando te encuentras con una cosa verdadera, lo vuelves a decir. Si has comprendido que el espectáculo del Crucificado es como un fulgor que ha iluminado el camino del mundo y de todo hombre, entonces lo dices a todos, pues no puedes dejar de hacerlo. Y si el espectáculo ha cambiado tu existencia dándole fuerza y dirección, entonces invitas a todos a contemplarlo. No hay fuerza misionera en un Evangelio «de oídas», ni hay fuerza misionera en una orden que sobreviene del exterior. La misión nace de dentro. La fuerza misionera nace del hecho de haber comprendido que no es lo mismo conocer a Cristo que no conocerle. La misión nace de la conciencia de haber encontrado una verdad que todos los hombres –lo sepan o no– van buscando. Naturalmente, la misión está sostenida por el amor al hombre, por el deseo de salvarle, de comunicarle el don que nosotros hemos recibido antes. Ahora bien, eso no es todo. Estoy convencido de que la incoercible necesidad de invitar a todos al espectáculo nace también –y sobre todo– del deseo de mostrar lo que Dios

ha hecho. Útil o no, lo que Dios ha hecho es demasiado grande como para no contarlo. Tomo del evangelio de Marcos las palabras finales que Jesús dirige a sus discípulos enviándoles en misión. Escribe el evangelista: *«Les echó en cara su incredulidad y su terquedad [...] Y les dijo: "Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda criatura"»* (Mc 16,14s). ¿Qué puede haber más sorprendente y más bello que este *«id por todo el mundo y proclamad»*? Los discípulos son duros de corazón, es cierto, y, a pesar de todo, son «enviados». El pecado no tiene derecho a ralentizar la fuerza de la misión (B. Maggioni, *Era veramente uomo. Rivisitando la figura di Gesù nei Vangeli*, Milán 2001, 166s, *passim*).

Yo estoy siempre con vosotros (Mc 16,15-20)

¹⁵ Y les dijo:

–Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda criatura. ¹⁶ El que crea y se bautice, se salvará, pero el que no crea, se condenará. ¹⁷ A los que crean, les acompañarán estas señales: expulsarán demonios en mi nombre, hablarán en lenguas nuevas, ¹⁸ agarrarán serpientes con las manos y, aunque beban veneno, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos y éstos se curarán.

¹⁹ Después de hablarles, el Señor Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios.

²⁰ Ellos salieron a predicar por todas partes y el Señor cooperaba con ellos, confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban.

La Palabra se ilumina

El evangelio de Marcos llega a sus últimos compases. Jesús envía a los misioneros cristianos (v. 20) y asegura la eficacia de su obra (vv. 17s); él concluye su experiencia terrena (v. 19), pero su obra y su presencia están aseguradas por la obra de los que ha enviado (v. 20).

A partir de esta página conclusiva del evangelio resulta claro que el anuncio de la salvación constituye un *deber primario*, algo que incumbe a *toda* persona a la que Cristo haya llamado. Los destinatarios de ese anuncio son todos los seres humanos; la universalidad está

bien subrayada por expresiones como «*por todo el mundo*» y «*a toda criatura*». La predicación del mensaje cristiano es condición para que se pueda creer, entendiendo por «creer» la adhesión a Cristo. El encuentro con su persona tiene lugar en el bautismo, principio y causa de salvación (cf. Tit 3,5; 1 Pe 3,21). La adhesión o no a la persona de Cristo determina la vida del hombre. Las dos posibles soluciones, salvación o condena, indican la urgencia de la tarea misionera por parte de los anunciadores y la necesidad de la decisión por parte de los destinatarios. En términos simplificados: Cristo no es algo *opcional*.

Lo importante y transformador que es el encuentro con Cristo en la fe lo manifiestan de una manera figurada cinco ejemplos de milagros enumerados por Jesús. Son los signos de la presencia del Señor (cf. v. 20). Así como el Resucitado había intervenido antes para hacer crecer la incierta fe de sus apóstoles (cf. v. 14), así también los signos, testimonio de su obra, constituyen la ayuda ofrecida para decidirse en su favor. Los milagros no fundamentan ni, mucho menos, crean la fe; son en todo caso dones del Señor destinados a favorecer el camino de los hombres abriendo sus corazones.

El 19 es el versículo central que refiere el misterio de la ascensión, presentándolo, primero, de un modo más fotográfico, siguiendo el modelo de Elías (cf. 2 Re 2,4), y, después, de un modo más teológico, con la ayuda del Sal 110, el más citado en el Nuevo Testamento. El Jesús terreno encontrado y conocido por los apóstoles se presenta ahora como el «Señor Jesús», expresión que le adecua al Resucitado y que sólo aparece aquí en el evangelio, mientras que está muy presente en Pablo. El significado, más que a la tosca interpretación de un alejamiento, por lo general espacial, de Cristo –y, por consiguiente, a una distinción entre quién se va y quién se queda–, remite a una nueva presencia de Jesús y a una comunión real entre él y su Iglesia. Un mayor centra-

miento cristológico del hecho favorece la nueva comprensión que la comunidad tiene de sí misma, de su relación con su cabeza y de su apertura misionera. Cristología y eclesiología abren el camino a una visión más madura y completa del hombre, con lo que también la antropología resulta beneficiada.

La Palabra me ilumina

La ascensión constituye un artículo del Credo: «Resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso». No es correcto sostener que el que estaba antes con sus discípulos ya no lo está. También nosotros, hoy, estaríamos privados de Cristo. La ascensión no celebra la separación de Jesús de los suyos, porque constituiría un contrasentido: si Jesús es la vida del creyente, ¿cómo puede vivir éste sin él? Por otra parte, ¿puede estar ausente Jesús? No, Jesús está siempre presente, aunque de formas diferentes.

Los discípulos experimentaron al menos tres presencias distintas de Jesús: una que llamaríamos ordinaria, otra excepcional y otra invisible. La presencia *ordinaria* es la experiencia del Jesús histórico: cuando, estando con él, tenían la posibilidad de verle, escucharle, comer con él, captar de una manera directa o indirecta algunos de sus sentimientos. Esta experiencia se prolongó cerca de tres años. A continuación, la presencia *excepcional*: es la experiencia del Resucitado que se deja ver algunas veces y ofrece los signos para reconocerle; a pesar de todo, la duda envuelve todavía a los discípulos. Es una presencia extraña, fuera de lo normal, decididamente excepcional: basta pensar que aparece y desaparece, se presenta sólo a alguien para reprochar, impartir órdenes, comunicar poderes. Esta experiencia dura poco, unos cincuenta días, según la cronología lucana. Por último, está la presencia *invisible*: es la experiencia de la

comunidad tras la ascensión. Jesús sigue actuando con los suyos, que forman la comunidad fundada por él, o sea, la Iglesia. Ésta no puede sostenerse ni tiene valor sin él. Los discípulos ya no le ven, no le sienten; sin embargo, le experimentan tan cerca que están convencidos de que ahora está incluso más presente. Esta experiencia durará hasta el fin del mundo.

La ascensión representa para Jesús la conclusión de su jornada terrena, su colocación a la diestra del Padre. A los cristianos se nos ofrece vivir ahora, al mismo tiempo, la triple presencia de Cristo: la presencia ordinaria está en los hermanos con los que cada uno se encuentra y a los que lleva su propio amor; la excepcional está en la gracia sacramental; la invisible, en la comunión de los santos. Podemos y debemos gozar de la eterna presencia del Señor en medio de nosotros. Con su ascensión nos ha responsabilizado, pidiéndonos un mayor compromiso de cara a una apertura al mundo. Se trata de una fase de gran progreso y de madurez. La comunidad cristiana, ayudada por el Espíritu, que es la perenne presencia del Resucitado, se hace adulta.

La Palabra se convierte en oración

Señor, las verdades reveladas por el cielo a nuestros padres han sido divinamente confirmadas con signos y prodigios tan numerosos, grandes y admirables que alimentar aunque sea una ligera duda al respecto parece una especie de locura.

Dirige ahora tu mirada a nosotros, tu Iglesia peregrina en la historia: ayúdanos a ver las maravillas que tú obras incesantemente en medio de nosotros, a fin de que podamos anunciarte a ti y tu resurrección con renovado ánimo y entusiasmo. Envíanos a tu Espíritu y haznos sentir tu presencia eficaz: necesitamos sentir en nuestros hombros el calor de tu mano que nos anima y nos sostiene en los momentos de aridez y dificultad.

La Palabra en el corazón de los Padres

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por el lugar en el que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. [...] Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se les condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida.

Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les die-
ra la vida. Los judíos los combaten como a extraños y los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad.

Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo. El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible; los cristianos viven visiblemente en el mundo, pero su religión es invisible (*Carta a Diogneto*, 5-6).

Para custodiar y vivir la Palabra

Repite a menudo y vive esta Palabra:

«*El Señor cooperaba con ellos, confirmando la Palabra con las señales que la acompañaban*» (Mc 16,20).

Caminar con la Palabra

¿Qué debemos vivir en el misterio de la ascensión? No tanto el hecho de que nuestro Señor se haya ocultado para siempre a nuestros ojos: los discípulos gozan porque le han visto, porque, en el fondo, son en cierto modo partícipes, llevan en sus carnes, en su alma, este recuerdo que arde en ellos, que nunca les dejará reposar, que les impedirá encontrar un lugar aquí abajo, en la tierra, donde reposar finalmente como en su patria. Si desde aquel momento todos los apóstoles de Jesús están en camino por los senderos del mundo, es porque todos suspiran mirando al cielo, todos suspiran por entrar en la nube en la que han visto entrar a Jesús para siempre. Así como la historia de la Iglesia empezó sobre todo con las apariciones del Resucitado, así también la vida de todo cristiano comienza con un encuentro fugaz con Cristo. Y nosotros, al no poder permanecer ocultos para siempre en la nube, debemos pedir a Dios que nos haga entrar de vez en cuando en ella, porque nuestro corazón no puede darse por satisfecho con la perfección de las virtudes, con las misiones que podamos recibir en la Iglesia, con el servicio a nuestros hermanos. Lo que nos distingue como cristianos no es esto, sino el hecho de ser hijos de Dios, es la visión del Padre, es la vida divina en la que Cristo nos ha introducido.

La ascensión gloriosa de Cristo representa para nosotros una invitación a considerar que nuestra verdadera realidad, nuestra verdadera patria, está más allá de la nube, en el mismo seno del Padre. Llevamos en el corazón una herida que nos produce nostalgia, una herida que supone para nosotros un estímulo continuo para querer seguir a Jesús allí donde él se encuentre. Porque, en verdad, allí donde él se encuentre, allí estará también nuestra verdadera patria. Y por esa razón, al no encontrar ya aquí patria alguna, el cristiano es, necesariamente, un hombre que no puede echar ya raíces en la tierra, un hombre que está en perpetuo camino, porque no encuentra su reposo en nada. En efecto, precisamente desde la ascensión de Cristo empieza el éxodo de los apóstoles. Se quedaron algunos días para recibir el Espíritu Santo, pero, una vez que lo recibieron, nació la Iglesia peregrina: es un ir más allá, siempre más allá, porque nuestra meta está más allá de toda realidad terrestre (D. Barsotti, *Nello Spirito Santo*, S. Lazzaro di Savena [Bo] 1998, 243.247, *passim*).